DIANE GASTON

Una dama muy especial



DIANE GASTON

Una dama muy especial



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una dama muy especial, n.º 573 - abril 2015
Título original: A Lady of Notoriety
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-6311-8
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

A Catherine, una bella amiga en todos los sentidos.

Nota de la autora

Belleza y redención. Dos temas que continúan fascinándome.

¿Pueden las personas cambiar o están sus caracteres fijados de por vida?

Yo creo en el cambio. Creo que cualquiera de nosotros puede superar los pasados errores, las pasadas debilidades, las pasadas faltas, y esforzarse por convertirse en una mejor persona.

La gente hermosa, sin embargo, puede tener un camino algo más difícil que la gente normal y corriente. Admirada, mimada, festejada únicamente por su apariencia, creo que esa gente puede tener menos oportunidades para enfrentarse a sus imperfecciones. Sospecho que para ellos es más difícil aprender y convertirse en mejores personas.

En un libro anterior del Club de la Máscara, una bella dama intenta forzar el matrimonio de un hombre al que lleva mucho tiempo deseando. Como resultado, ocasiona una catástrofe que puede llegar a tener efectos devastadores. ¿Puede redimirse esa mujer? ¿Y puede cualquier hombre creer en su redención y amar a la mujer en la que ella tanto se esfuerza por convertirse? Leed este libro y lo sabréis.

Uno

Ramsgate, Kent, abril de 1821

—¡Milady! ¡Milady! ¡Despertad! ¡Fuego!

Dafne, lady Faville, se despertó sobresaltada a los gritos de su doncella. El humo le picaba la nariz y los ojos. Gritos y golpes en las puertas resonaban en los pasillos de la posada de Ramsgate.

—¡Fuego! ¡Fuera todo el mundo! —tronó una vez masculina.

Fuego. Su mayor miedo.

Dafne saltó de la cama y se calzó los zapatos. Su doncella empezó a recoger sus pertenencias y a guardarlas en la maleta.

—Déjalas, Monette —Dafne buscó su bolso monedero y se echó la capa sobre los hombros. El corazón le latía a toda velocidad—. ¡Tenemos que irnos ya!

Iba a agarrar el picaporte cuando la doncella le sujetó el brazo.

—¡Esperad! Puede que el pasillo esté ardiendo —tocó la puerta—. No, no está caliente. Es seguro —la abrió.

No era seguro.

El pasillo estaba lleno de humo, con lenguas de fuego lamiendo las paredes aquí y allá. En un momento, el papel de la pared se prendería. El fuego se extendería. Y podría rodearlas.

Dafne tuvo una visión de otro tiempo, de otro incendio. El corazón le atronaba en el pecho. ¿Estaba destinada a morir abrasada por las llamas, después de todo?

—Recógete las faldas y mantenlas lejos del fuego —le gritó a Monette.

Avanzaron a ciegas por el largo pasillo.

—Date prisa, Monette —la agarró de la mano, lamentando haberle pedido al posadero las habitaciones más recogidas de la casa.

Porque esas habitaciones estaban demasiado lejos de la escalera.

—Hay alguien en el pasillo. ¡Al fondo! —gritó una voz masculina.

A través del humo gris salió un hombre, una aparición que acudió corriendo hacia ellas. Las agarró a las dos y medio las arrastró por el corredor, pasando por delante de residentes que aporreaban las puertas y otros que salían en camisón.

Llegaron a la escalera y empujó primero a Monette. La joven bajó corriendo los escalones. Dafne enterró el rostro en su pecho, temerosa

de ver el fuego tan cerca.

De repente el aire se enfrió y ella pudo volver a respirar. Estaban fuera. La bajó al suelo y su doncella se acercó corriendo para abrazarla aliviada. ¡Estaban vivas! Dafne se giró para dar las gracias al hombre que las había rescatado.

Pero ya estaba corriendo de vuelta al fuego.

Su criado apareció de pronto.

—Estáis a salvo, milady. Alejaos del edificio.

La llevó a donde se había congregado un grupo de personas en diversos estados de desnudez.

—Debo seguir llevando cubos —le dijo con un tono de disculpa.

—Sí, Carter. Claro —aprobó Dafne—. Ayuda todo lo que puedas.

El hombre corrió hacia la brigada de bomberos que había hecho una cadena para apagar el fuego con los cubos de agua. Otros hombres sacaban los caballos de los establos y alejaban los coches del edificio en llamas.

Dafne clavaba la mirada en el umbral, anhelando que reapareciera su salvador. Otros hombres sacaban a gente, pero a él no lo veía. No se había fijado en su rostro, aunque sabía que lo reconocería. Alto, moreno, fuerte. Llevaba chaqueta oscura y pantalón beis de caballero.

Finalmente apareció con dos niños bajo los brazos y una frenética madre corriendo detrás.

Dafne dio un paso adelante, dispuesta a hablar con él, a darle las gracias. Para su asombro, lo vio salir corriendo de nuevo hacia la puerta. Uno de los otros hombres lo agarró de un brazo, aparentemente intentando detenerlo, pero él se liberó y volvió a entrar a la carrera.

Dafne se llevó una mano a la boca. «Por favor, Dios mío, que salga de nuevo».

Un caballero mayor se le acercó.

—¿Lady Faville?

Quería seguir acechando a su salvador, y no entablar conversación alguna.

—¿Me recuerda? —le preguntó el caballero.

Supuso que sería alguien a quien habría conocido en Londres.

—Lo siento. Yo no…

El hombre pareció decepcionado.

—Soy lord Sanvers. Nos encontramos varias veces en el Club de la Máscara.

¿El Club de la Máscara?

Era un lugar que deseaba olvidar, la casa de juego londinense donde los clientes podían jugar enmascarados para preservar su identidad. Y el lugar que ella misma había estado a punto de destruir.

Por el fuego.

—Han pasado dos años desde la última vez que estuve en el club —respondió—. Fueron muchos los caballeros que conocí allí.

Como disculpa, era inadecuada. Seguro que él, como todo el mundo, sabía que ella se había obsesionado con un hombre, un hombre que nunca la amaría. Había huido a Europa, a Suiza y a la abadía Fahr. La abadía se había convertido en su refugio y su salvación, escogida a capricho debido a la similitud entre el apellido de su marido y el nombre del pueblo donde se había sentido segura. En la abadía de Fahr, sin embargo, había plantado también cara a sus defectos.

¿Pero podría cambiar?

¿Podría llegar a ser tan altruista como su valiente salvador?

Los minutos se le hicieron horas, pero finalmente él salió de nuevo, salvando a más personas. El fuego se intensificaba, rugía en aquel momento como una bestia salvaje. ¿Habría más gente dentro? ¿Volvería a arriesgar su vida?

Corría de vuelta al incendio. Acababa de recortarse su silueta en el umbral cuando una enorme lluvia de brasas cayó del techo. El edificio gruñó, como en los estertores de la muerte. Se derrumbaron maderas del techo y el hombre alzó los brazos como para protegerse la cara. Dafne contempló horrorizada cómo lo derribaba una gran viga en llamas.

—¡No! —sin pensar, corrió hacia él.

Otros hombres llegaron primero y lo sacaron a rastras hasta el patio. El edificio se desmoronó por completo.

Dafne se arrodilló junto a él mientras sus salvadores le sacudían las brasas de la chaqueta y lo despojaban de la ropa chamuscada.

—¿Está vivo? —gritó.

Le dieron la vuelta y un hombre le acercó un dedo al cuello.

—Por ahora, sí.

Dafne se quedó sin aliento.

—¡Lo conozco!

Aunque tenía el rostro negro por el hollín y rosado por las quemaduras, lo reconoció. Era Hugh Westleigh, hermano menor del nuevo conde de Westleigh. Y hermano también de la dama a la que tanto había perjudicado en el Club de la Máscara.

¿Habría llegado en el barco de Calais, al igual que ella? ¿O estaría viviendo allí? En cualquier caso, sospechaba que no le habría gustado verla después de todos los problemas que había causado a su familia.

Seguía inconsciente, y eso la alarmó.

—Será mejor que lo llevemos al médico —propuso uno de los hombres.

Lo levantaron. Dafne los siguió.

Su doncella y el criado se reunieron con ella. Monette la miraba

con los ojos muy abiertos.

—¿Milady?

—Conozco a este hombre —explicó—. Debo asegurarme de que reciba los cuidados necesarios. Esperadme aquí.

—Tenemos un herido grave, señor Trask.

El médico hizo levantar al herido que había estado atendiendo y ordenó que sentaran en la misma silla a Westleigh.

El hombre todavía cojeaba.

Dafne se retorcía las manos.

—¿Vivirá?

—No lo sé, señora —dijo el médico.

—Recibió un golpe en la cabeza —dijo ella—. Yo lo vi.

El hombre revisó el cráneo de Westleigh.

—Eso parece.

Westleigh gruñó y Dafne soltó el aliento que había estado conteniendo.

El médico le levantó la cabeza.

—Despierte, señor —se volvió hacia Dafne—. ¿Cómo se llama?

—Es el señor Westleigh —dijo—. Hermano menor del conde de Westleigh.

—¿De veras? —uno de los hombres que lo había cargado enarcó las cejas—. ¿Quién lo habría esperado de alguien tan distinguido? Este hombre tiene coraje.

—¡Westleigh! —el médico alzó la voz—. Despertad.

Gruñó de nuevo.

—Abrid los ojos.

Westleigh se esforzó por complacerlo. Esbozó una mueca e intentó frotarse los ojos.

—No puedo…

Gracias a Dios que podía hablar.

El médico le retiró las manos.

—No hagáis eso. Permitidme miraros —examinó los ojos de Westleigh y se volvió hacia Dafne—. Tiene un velo en los ojos. El fuego los ha afectado —ladeó la cabeza de Westleigh y le lavó los ojos con agua limpia—. Debe permanecer con los ojos vendados durante dos semanas o perderá la vista —se encogió de hombros—. Puede que la pierda de todas maneras, pero a veces los ojos curan extraordinariamente bien. Me preocupa más la cabeza. Tiene una fuerte contusión. Necesita cuidados.

—¿De qué clase? —inquirió Dafne.

—Necesita descanso y tranquilidad. Nada de agitaciones. Durante una semana al menos —pasó a examinar la boca y la nariz de Westleigh—. No sangra. Eso es buena señal.

—Me duele la cabeza… —masculló Westleigh.

El cirujano le aplicó sendas gasas sobre los ojos y le vendó luego la cabeza para sujetárselas. Tan pronto como hubo terminado, le llevaron otra víctima del incendio, cubierta de quemaduras. La atención del médico se concentró de inmediato en el nuevo paciente.

—Ahora debo atender a este hombre —despachó a Dafne—. Los ojos constantemente vendados y reposo. Nada de viajes. Debe permanecer tranquilo.

Dafne sacó unas monedas de su bolso y las dejó sobre la mesa. El médico se merecía su recompensa.

El hombre que había llevado a Westleigh con el médico lo levantó de la silla.

—Vamos, señor —se volvió hacia Dafne—. Seguidme.

Debía de pensar que era la esposa o la compañera de Westleigh.

Abandonaron el edificio cuando empezaba a amanecer.

Carter, su criado, corrió hacia ella.

—Milady, John el cochero encontró una cuadra para los caballos. Está esperando con la doncella junto al carruaje, que estaba cerca de la posada.

El hombre que asistía a Westleigh se estaba resintiendo del esfuerzo de mantenerlo en pie.

—Écheme una mano, ¿quiere? —preguntó al criado. Carter se apresuró a ayudarlo, pero el hombre aprovechó la oportunidad para desentenderse de su carga—. Debo ocuparme de mi propia familia, señora —se alejó apresurado.

Westleigh gimió.

—¿Qué hago con él? —Carter cambió de postura para sostenerlo mejor.

A Dafne le daba vueltas la cabeza

—Llevarlo a nuestro carruaje, supongo. Debemos encontrar a alguien que lo cuide

Los hombres seguían ocupados en la posada, apagando las brasas y rescatando los muebles y enseres que no se habían quemado, y que habían sido muy pocos.

Los baúles de viaje de Dafne y de su criada se habían quedado en el carruaje, así que únicamente habían perdido el contenido de la maleta.

Carter y el cochero ayudaron a Westleigh a subir al carruaje.

—¿Vendrá con nosotros? —preguntó Monette.

—Oh, no —repuso Dafne—. Él lo detestaría… Debe de estar viajando con alguien —se volvió hacia Carter—. ¿Podrías preguntar por ahí, por favor? Su nombre es Hugh Westleigh, hermano de lord Westleigh.

Westleigh se removió e intentó quitarse los vendajes que le cubrían los ojos.

—¡No, Westleigh! —Dafne subió al carruaje y le retiró las manos de la cara—. No debéis tocaros las vendas —le colocó los cojines para que estuviera más cómodo.

—Tengo sed… —farfulló Westleigh.

Qué descuido por su parte. Debía de tener una sed terrible después de aquel esfuerzo.

—Monette, consíguele un poco de cerveza y algo de alimento —¿qué debería comer un hombre herido? No tenía la menor idea, pero volvió a echar mano al bolso y entregó varias monedas a su doncella y a su criado—. Compraos los dos algo de comer y beber, y traed también algo para el cochero.

Monette volvió un cuarto de hora después con comida y bebida de una taberna cercana para Westleigh y el cochero.

—Tienen una habitación donde podríamos cambiarnos de ropa —le dijo a Dafne—. Pagué por ella y por la comida, así que podemos comer allí privadamente.

Eso era mejor que comer en un carruaje en plena calle, con el olor a ceniza flotando todavía en el aire.

—Yo me ocuparé del caballero, milady —dijo John—. En cualquier caso, deberé quedarme a vigilar el carruaje. Dentro estará suficientemente cómodo, con los cojines y demás.

Monette escaló a lo alto del carruaje y sacó la ropa de los baúles, con la que hizo un hatillo. Guio luego a Dafne a la taberna, a unas dos calles de distancia de allí.

El lugar estaba atestado de gente variopinta y en diferentes estados de desarreglo, que aparentemente habían escapado también del fuego. Dafne siguió a Monette a través de la multitud. El olor a sudor, a humo y a cerveza le revolvía el estómago.

Una dama de su rango no tenía por qué soportar aquella clase de lugares.

Se tapó la boca con la mano.

Pero entonces recordó las palabras de la abadesa de Fahr: «Debéis practicar la compasión con todo el mundo, milady. Todos somos hijos de Dios».

La entrañable abadesa. Las monjas de Fahr le habían dicho que era muy vieja, pero a Dafne le había parecido como si no tuviera edad. Por alguna inescrutable razón, la abadesa la había colmado de amor y de atenciones.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. La muerte de la anciana había significado un golpe terrible, peor que el fallecimiento de su propia madre, o que el de su esposo. Quedarse en Fahr después de aquella pérdida se le había hecho insoportable.

Pero al menos las palabras de la abadesa permanecían con ella. A veces, cuando Dafne necesitaba escucharlas, era casi como si la mujer estuviera a su lado, susurrándole al oído.

Dafne miró una vez más a su alrededor y procuró contemplar a la gente de la taberna a través de los ojos de la abadesa. La mayoría parecían exhaustos. Algunos cercanos a la desesperación. Otros llevaban vendas en los brazos o las manos.

Dafne se compadeció por ellos.

O, más bien, una parte de su ser se compadeció de su sufrimiento; porque la otra se sintió muy agradecida por haberse ahorrado sus aflicciones.

Se disponían a entrar ya en el cuarto privado cuando un caballero se levantó del banco en el que estaba sentado solo. Era el mismo caballero que se había dirigido antes a ella, y que la recordaba del Club de la Máscara. ¿Cómo se llamaba…?

Lord Sanvers.

—Mi buena señora. Aquí estáis. Estaba preocupado por vos —llevaba el cabello plateado cuidadosamente peinado y parecía haberse puesto ropa limpia. Comparado con el resto, tenía un aspecto inmaculado.

—No he sufrido daño alguno, señor.

Él le bloqueó el paso. ¿Puedo ayudaros de alguna forma? Mi brazo está a vuestra disposición.

¡Bien podría hacerse cargo de Westleigh! ¿No sería eso lo mejor para todo el mundo?

Miró el banco que lord Sanvers tenía para el solo, y luego la cantidad de gente amontonada que ni siquiera disponía de una silla.

¿Le habría ofrecido su ayuda si no hubiera sido la bella y rica viuda de un vizconde?

Le hizo una rápida reverencia.

—Gracias, señor, pero mis criados se han ocupado ya de todo.

Pasó de largo a su lado y entró por fin en el cuarto, donde esperaba Monette.

Una vez dentro, se dejó caer en una silla con una sensación de alivio.

Y de culpa.

Porque… ¿por qué debía ella disponer de aquel cuarto privado y tantos otros de mucho menos? ¿Era acaso tan egoísta como lord Sanvers?

Apresuradamente se quitó el camisón para ponerse el vestido que Monette había sacado de su baúl. Monette hizo lo mismo. Después de un desayuno rápido, pagó al tabernero y le pidió que proporcionase ese mismo cuarto y algo de comida a quienes más lo necesitaran. Ni Monette ni ella se quedaron para asegurarse de que cumplía su

petición.

Abandonaron el edificio y volvieron al carruaje.

Carter esperaba allí, con el cochero.

—¿Localizaste a los compañeros de viaje del señor Westleigh? —Dafne se asomó al carruaje, pero no vio más que al herido recostado sobre los cojines.

—Localicé al posadero, señora —respondió Carter—. Me dijo que el señor Westleigh viajaba solo. Sin un ayuda de cámara siquiera.

¿Quién se ocuparía de él, entonces?

—¿Cómo está? —le preguntó a su cochero.

—Durmiendo —contestó—. Está inquieto y habla en sueños, pero se ha quedado dormido. No antes de beberse la cerveza.

Dafne miró a su alrededor

—Debemos encontrar a alguien que se ocupe de él.

Carter sacudió la cabeza.

—Creo que eso no va a poder ser. Hay mucha gente herida en el incendio y muchos no tienen lugar donde alojarse. Sería difícil conseguirle incluso un cuarto. O uno para nosotros.

—Deberíamos marcharnos hoy, milady —apuntó el cochero—. Si salimos pronto, podremos encontrar alojamiento en la carretera y llegar a Faville pasado mañana según lo planeado.

Tardarían tres días en llegar a su propiedad en Vadley, cerca de Basingstoke. Su esposo le había dejado la residencia campestre y la finca, no vinculadas con el mayorazgo, en lugar de asignarle la casa que como viuda le correspondía en Faville. Había pasado muy poco tiempo en Vadley, sin embargo, apenas las pocas semanas del luto. En ese momento planeaba volver y llevar allí una vida retirada. Aunque de lo que no estaba segura era de si podría expiar sus días de frivolidad e irreflexión.

—No podemos llevarlo con nosotros —dijo.

Pero podía escuchar la voz de la abadesa, chasqueando la lengua: «Debéis aprender a ayudar a los necesitados».

—El médico dijo que no podía viajar —añadió.

—No tenemos elección, milady —dijo Carter en voz baja.

—Yo propongo que partamos y que preguntemos en cada posada del camino hasta que encontremos a alguien que cuide de él —añadió el cochero—. Será más fácil una vez que salgamos de Ramsgate.

—Pero no podemos abandonarlo aquí —dijo Monette, suplicando con la mirada a su señora.

Aquellos sirvientes estaban dispuestos a ocuparse de un extraño, mientras que ella solo estaba buscando una manera de abandonarlo, y solo porque sabía que él detestaría verse cuidado por la dama que había comprometido a su hermana.

¿O acaso simplemente estaba pensando en su propia incomodidad?

«Debéis aprender a ayudar a los necesitados».

—Muy bien —asintió, decidida—. Pero dirijámonos a Londres, entonces. Estoy segura de que su familia estará en la capital. Cuando encontremos de camino un lugar donde pueda recuperarse, mandaremos recado a su familia y así no tendrán que desplazarse muy lejos. Y si no lo encontramos, llevaremos al señor Westleigh con nosotros durante todo el viaje.

Un viaje que ni siquiera llegaría a dos jornadas completas.

Para media tarde aún no habían encontrado lugar conveniente alguno para Westleigh, ni tampoco a nadie deseoso de asumir la responsabilidad de cuidarlo. Peor aún: resultó evidente que no podría soportar otra jornada de viaje para llegar a Londres.

El trayecto había sido una pesadilla. El coche lo zarandeaba y el hombre gritaba de dolor. Se despertó a menudo, febril y desorientado, difícil de tranquilizar.

Consiguieron llegar a Thurnfield, un pequeño pueblo en el camino de Maidstone. Su única posada no podía acomodarlos, pero el posadero sabía de una casa de campo que se alquilaba cerca. Dafne firmó los papeles y pagó la renta. Antes de recorrer la corta distancia hasta la casa, se dirigió a Carter, a Monette y al cochero:

—Le he dicho al agente que la alquila que soy la señora Asher, no lady Faville. Creo que el señor Westleigh se sentirá más cómodo si no sabe quién se está encargando de su cuidado. Él solo me conoce como lady Faville, y… y su familia tiene buenas razones para censurarme. Se sentiría muy disgustado si supiera que lady Faville lo ha estado cuidando —suspiró y se pasó una mano por la frente—. Asher era mi apellido de soltera, así que en puridad no estaríamos mintiendo a nadie…

¿A quién quería engañar? Se estaba mintiendo a sí misma, de la misma manera que estaba mintiendo sobre su verdadera identidad.

¿Acaso no le había dicho la abadesa que debía dejar de decir falsedades como medio de evitar situaciones incómodas? Incluso aunque se tratara de mentiras piadosas.

Se prometió que lo haría.

La próxima vez.

—Intentad acordaros de llamarme «señora Asher». Y nada de «milady», por favor.

Los tres sirvientes asintieron con la cabeza.

¿Estaría siendo injusta con ellos por complicarles en su mentira? Por supuesto que sí.

—Será como vos gustéis, milady —dijo Carter—. Quiero decir… señora.

—Vámonos entonces —dejó que el criado la ayudara a subir al carruaje. Monette subió después que ella y Carter se sentó junto al cochero.

Recorrieron la corta distancia hasta llegar a una casita blanca con un jardín bien cuidado y una pequeña cuadra para los caballos.

Carter abrió la portezuela y desplegó la escalerilla. Dafne y Monette bajaron mientras la patrona y el portero se acercaban para saludarlos.

—Somos el señor y la señora Pitts, señora —se presentó el hombre —. A su servicio.

—Yo soy la señora Asher —Dafne les estrechó la mano, sintiendo solamente una pequeña punzada de culpa. Procedió a presentarles a los demás—. Llevamos a un herido con nosotros, el señor Westleigh. Necesitará que lo instalen en un cuarto lo antes posible.

La patrona señaló una puerta

—Entrad entonces, señora Asher, y decidnos cuál será la habitación del caballero.

Dejando a Monette a cargo de Westleigh, y a Carter y al cochero descargando el equipaje, Dafne siguió a la mujer al interior.

La decoración era modesta, pero lujosa si se la comparaba con la abadía de Fahr. Allí estarían muy bien. Solo sería por un día o dos, hasta que la familia de Westleigh acudiera a visitarlo.

—Permitidme que os muestre los dormitorios —la señora Pitts empezó a subir las escaleras—. Así escogeréis la del señor.

Carter y el señor Pitts entraron en la casa.

—Traemos el baúl del señor Westleigh —informó el criado.

—Seguidme.

Dafne subió las escaleras.

Escogió para Westleigh la mejor de las habitaciones. Un dormitorio de chaflán, con ventanas en ambos lados para dejar entrar mucha luz y aire fresco.

—¿Tiene la cama sábanas limpias? —preguntó.

—Por supuesto —respondió la señora Pitts—. Preparamos las habitaciones cuando el agente nos mandó recado de que veníais enseguida.

Era todo lo que una buena patrona debía hacer, pensó Dafne. Su obligación. Había aprendido, sin embargo, que incluso a los sirvientes les gustaba que les dieran las gracias.

—Es usted muy amable —sonrió a la señora Pitts antes de volverse hacia Carter—: Lo instalaremos aquí.

El señor Pitts y él bajaron el baúl y abandonaron la habitación.

—¿Deseáis ver el resto de la casa ahora? —le preguntó la señora Pitts a Dafne.

—Me ocuparé antes de instalar al caballero —contestó.

—Permitidme entonces que me ocupe de la comida.

La señora Pitts se marchó y, momentos después, los hombres ayudaron a Westleigh a acostarse.

—¿Dónde estoy? —inquirió Westleigh, tenso y confuso. ¿Adónde me habéis traído?

Dafne se acercó a su lado y le tocó una mano.

—Estáis en una casa de campo en el camino de Maidstone —usó su tono de voz más dulce.

—No quiero ir a Maidstone. Quiero ir a Londres —intentó levantarse.

Dafne le puso una mano en el hombro y él se sentó de nuevo.

—Estáis demasiado enfermo para viajar a Londres —llevaba dándole explicaciones como aquella durante las dos últimas horas: cada vez que se despertaba y no sabía dónde estaba—. Estuvisteis en un incendio y os heristeis en los ojos y en la cabeza. Necesitáis descansar; nosotros os cuidaremos hasta que os encontréis mejor. Entonces podréis ir a Londres.

—¿Descansar? —pareció relajarse—. Y luego a Londres.

Carter habló entonces.

—Deberíais abandonar la habitación, mila… señora Asher, mientras lo desvisto.

Dafne se volvió hacia el marido de la patrona:

—¿Podrían traerle agua? Jabón y toallas también, si es posible, para que Carter pueda bañarlo… Estoy segura de que se sentirá mucho más cómodo una vez que esté limpio. Tened cuidado con su cara, sin embargo.

—El agua, el jabón y las toallas ya están aquí, señora —el hombre señaló una cómoda de cajones sobre cuya superficie había una jofaina, una palangana y toallas. Abandonó luego la habitación.

Carter dijo:

—Yo me encargo de limpiarlo, señora. Dejádmelo a mí.

Dafne retiró la mano, dispuesta a apartarse, pero Westleigh se la agarró, reteniéndola.

—No os marchéis —gruñó—. No me dejéis solo.

La firmeza e intensidad de su actitud la conmovió. No sabía cómo tranquilizarlo.

Le acarició el cabello, el poco que asomaba bajo los vendajes.

—Sssh, tranquilo —le dijo con la misma voz que había utilizado la abadesa cada vez que la había consolado—. No estáis solo. Carter está aquí.

—Así es, señor —dijo el criado.

Dafne continuó:

—Ahora quedaos quieto para que Carter os quite las botas. Así os sentiréis más cómodo.

—Os lavaré un poco y os pondré una camisa de dormir limpia —añadió Carter.

Dafne sintió cómo se relajaban sus músculos.

—No llevo ninguna —murmuró.

Dos

El dragón lo perseguía, con su aliento abrasándole la piel. Le escocían los ojos.

Hugh se obligó a correr más rápido, a escapar.

La salida estaba allí delante, un punto de luz que parecía alejarse tanto más cuanto más obligaba a sus piernas a alcanzarlo. Las llamas rugían, como si el dragón se estuviera riendo de él. El fuego lo rodeó, envolviéndolo. Devorándolo.

Se despertó sobresaltado.

Y se topó con la oscuridad.

Se sentó en la cama, llevándose las manos a los ojos.

—¡No puedo ver! ¿Por qué no puedo ver? —tenía una tela en los ojos.

Entonces recordó. El fuego no había sido un sueño. Le había quemado los ojos. ¿Estaba ciego?

—Las vendas. ¡Quitádmelas! —empezó a tirarse de ellas.

Oyó un rumor de ropas y un aroma a rosas asaltó su olfato. Unas manos cálidas atraparon las suyas.

—Vuestros ojos están heridos —la voz era femenina, tranquilizadora, pero no familiar—. Las vendas tienen que quedarse donde están para que se curen.

—¿Quién sois? —tragó saliva. Le dolía la garganta cuando hablaba.

—Yo… soy la señora Asher. Vos me rescatasteis del incendio…

Solo recordaba haber rescatado a una mujer del incendio, cargándola en brazos por una escalera en llamas.

—¿Dónde estoy?

—Estáis… estáis en mi casa de… de Thurnfield.

¿Thurnfield?

¿La aldea en el camino de Londres? Había pasado muchas veces por ella.

Ella continuó:

—No podíais viajar, así que os hemos traído aquí.

Aquello no tenía sentido.

—Yo estaba en Ramsgate. Si no podía viajar, ¿cómo es que me encuentro en Thurnfield?

La voz de la mujer se volvió cautelosa.

—No podíamos encontrar un lugar para vos en Ramsgate. Un lugar

donde pudierais recibir cuidados.

¿Lo estaba cuidando ella? ¿Quién era esa mujer? Quería verla. Mirarla a los ojos. Averiguar el motivo de la inquietud que percibía en su voz.

Pero eso era imposible.

Se aclaró la garganta.

—Habéis hablado en plural.

—Mi doncella, mi criado y yo.

Tenía una doncella y un criado. Una mujer de la nobleza, entonces. ¿Acaudalada? ¿Tendría más sirvientes, quizá?

—Una doncella y un criado. ¿Quién más hay aquí?

—La patrona y su marido, el portero —se interrumpió—. No hay nadie más.

Una dama de medios modestos, pero que ocultaba algo. Estaba seguro de ello.

—¿Dónde está el señor Asher?

—Soy viuda —pronunció con voz débil, lo que le provocó una nueva descarga de emociones.

De repente recordó que la mujer a la que había cargado en brazos no había pesado más que una pluma. Se había acurrucado confiada contra su pecho, escondiendo su rostro del fuego.

Maldijo los vendajes que le cubrían los ojos. Quería verla.

—Mi nombre es Westleigh —le tendió la mano, que pareció flotar en el vacío.

Ella se la estrechó.

Sintió la suavidad de su mano, como la de una mujer de casa noble.

—Sé quién sois vos —dijo ella, nuevamente con voz tensa—. Nos enteramos en la posada de que sois el señor Hugh Westleigh. Tenemos vuestro baúl de viaje. Como el nuestro, estaba en los carruajes y se libró del incendio.

¿Acaso había averiguado también que era el hermano menor del conde Westleigh? ¿Explicaría eso que lo hubiera llevado allí?

Ojalá pudiera mirarla a los ojos y leer en ella su intención.

Ojalá pudiera ver.

Se presionó las vendas que le cubrían los ojos. El dolor se intensificó.

Una mano suave y cálida le retiró los dedos de la cara, como había hecho antes.

—Por favor, no os toquéis los vendajes. El médico dijo que vuestros ojos debían permanecer vendados durante dos semanas. Todo ese tiempo es necesario para que curen.

—¿Se curarán, entonces? —preguntó—. ¿O me voy a quedar ciego?

Ella no respondió al momento.

—El médico dijo que debían permanecer vendados, ya que en caso contrario no curarían. Pero dijo que podrían curarse.

Hugh soltó una seca carcajada.

—Podrían. Eso no es muy reconfortante.

—Solo estoy repitiendo lo que me dijo —repuso ella, bajando de nuevo la voz.

Se dominó. Obviamente aquella mujer había asumido la tarea de cuidarlo. No tenía ninguna necesidad de mostrarse grosero a cambio.

Volvió a levantar la dolorida cabeza y la giró en la dirección de su voz.

—Disculpadme. No tengo por costumbre sucumbir a la autocompasión.

—Por supuesto que no.

En ese momento su voz le recordó a Hugh la de su antigua institutriz.

—¿Tenéis sed? —le preguntó ella.

Muy bueno por su parte ese cambio de tema.

Por Dios que estaba sediento. Tenía la garganta reseca.

Asintió con la cabeza.

Volvió a oír un rumor de faldas y el sonido de un líquido al verterse. Ella le puso un vaso en la mano. Bebió un sorbo.

Era agua, aromatizada con menta. ¿Quién podía tomarse tantas molestias por un desconocido?

Se la bebió de un trago.

—¿Hay más?

Le tendió el vaso vacío, la mano nuevamente suspendida en el aire. Esperó a que ella lo recogiera.

Así lo hizo y se lo rellenó, y otra vez se lo puso en la mano.

Bebió y le devolvió el vaso.

—Detesto sentirme tan inválido.

—No lo dudo —respondió la institutriz—. Pero debéis descansar. No solo os habéis quemado los ojos, sino que también habéis sufrido un fuerte golpe en la cabeza. El médico dijo que necesitabais descanso.

Se recostó sobre los cojines. El simple esfuerzo de despertarse en un lugar extraño y de beberse dos vasos de agua lo había fatigado. Qué irritante. Y qué débil. Odiaba la debilidad.

—¿Os traigo el desayuno? —le preguntó ella—. ¿O preferís dormir más?

Salivó ante la mención de la comida. Pero obligó a su áspera voz a permanecer tranquila:

—Preferiría desayunar, si fuerais tan amable.

Otra vez el rumor de faldas.

—Ahora vuelvo.

Ciego, dependía de aquella mujer para comer, para todo. No podía sentirse más impotente.

Sus pasos se fueron apagando y se abrió una puerta. Cuando la oyó cerrarse de nuevo, fue como si la habitación se hubiera tornado fría y amenazadora.

De niño nunca había tenido miedo de la oscuridad. Nunca había tenido miedo de nada, pero aquello era como una pesadilla hecha realidad. ¿Había cambiado el feroz dragón de su sueño por la oscuridad?

¿Por la ceguera?

Se palpó cuidadosamente los vendajes. Eran más gruesos sobre los ojos y le envolvían firmemente la cabeza. Intentó abrir los párpados, pero apenas se movían, de apretadas que estaban las vendas. El esfuerzo le provocó pinchazos de dolor en los ojos y ya no volvió a intentarlo para no dañárselos todavía más.

¿Era su destino quedarse ciego y desvalido?

Golpeó el colchón con el puño, deseoso de poder agarrar algo y destrozarlo en mil pedazos.

No temía a la oscuridad. No temía al peligro, pero la idea de verse inútil de por vida era demasiado horrorosa para poder ser expresada con palabras. Y se veía, efectivamente, inútil.

Se palpó los brazos, las piernas y el torso. Alguien le había puesto una camisa de dormir y calzones. Se llevó la tela de la camisa a la nariz. Ropa limpia. Ni un rastro de humo. Alguien lo había bañado y vestido.

¿Lo había desnudado ella y vestido con ropa limpia? ¿Los calzones también?

Intentó recordar. Recordaba haber rescatado a gente del incendio. Recordaba el fuego abrasándole la cara. Recordaba vagamente el traqueteo de un carruaje, pero aquellos recuerdos eran meros fogonazos, sin ninguna coherencia entre sí.

La cabeza le latía y se presionó las sienes. ¿Hasta qué punto estaba herido? Estiró los brazos y flexionó las piernas. El resto de su cuerpo parecía estar entero. Sentía el escozor de las quemaduras aquí y allá, pero nada importante.

Todavía podía caminar, ¿no? Si ese era el caso, no pensaba seguir encamado.

Se deslizó fuera del lecho. Sus piernas le sostenían, así que palpó todo el perímetro de la cama antes de alejarse. Extendiendo las manos frente a sí, dio unos pasos tentativos. ¿Así sería su vida a partir de ese momento? ¿Atrapado en la oscuridad y el vacío? ¿Inseguro de cada paso que daba?

Se abrió una puerta.

—¡Señor Westleigh! —era la voz de la señora Asher—. ¡No deberíais haberos levantado del lecho!

Oyó un tintineo de vajilla… y olió a gachas. La sintió acercarse. Reconoció su aroma a rosas.

Ella lo agarró de un brazo.

—Permitidme que os ayude a volver a la cama.

—No soy un inválido —intentó apartarse.

Pero ella tiró de él.

—No lo seréis, pero debéis descansar si no queréis convertiros en uno.

Seguía reacio a complacerla.

—¿Habéis traído comida?

—Sí —respondió—. Y una bandeja. ¿Lo veis? Podréis comer tranquilamente en el lecho.

Se liberó de un tirón.

—No puedo ver.

Ella se apartó y lo dejó de nuevo en el vacío. ¡Que lo abandonara de una vez! Ya encontraría él el camino de vuelta, si era necesario.

Se volvió hacia donde imaginaba que estaría.

—¿Hay mesa y silla en esta habitación?

Ella no respondió de inmediato.

—Sí.

—Entonces me sentaré y comeré como una persona.

—Muy bien —suspiró—. Quedaos donde estáis.

Oyó un movimiento de muebles. Y luego ella volvió a tomarlo del brazo.

—Venid aquí.

Se dejó guiar hasta una silla. Se sentó y oyó el ruido de una mesa cuando ella se la acercó. Un momento después olía la comida y oía el sonido de la bandeja cuando le fue colocada delante.

Ella le puso una cuchara en la mano y se la acercó al cuenco.

—Son gachas. Y té.

De repente experimentó un hambre atroz pero se contuvo, volviendo el rostro de nuevo hacia donde se imaginaba que estaba.

—¿Señora Asher?

—Sí —su voz era malhumorada, como habría sido de esperar después de su abominable comportamiento.

—Perdonadme —había vuelto a comportarse mal con ella—. Debería daros las gracias, en vez de trataros así.

Tardó varios segundos en hablar.

—Acepto vuestras disculpas, señor Westleigh —su tono se había suavizado—. Pero comed. Necesitáis comer para recuperar las fuerzas.

—Os agradezco la comida. Tengo mucha hambre —bajó la cuchara, pero erró el cuenco—. Diablos —se había olvidado de dónde

estaba.

Ella lo guio en su siguiente intento. Esa vez Hugh recogió una cucharada de gachas y la levantó. Al ir a llevársela a la boca, se manchó una comisura de los labios.

Ella lo limpió con una servilleta.

—Permitidme que os ayude —le guio la mano cuando volvió a llevarse la cuchara a la boca.

El primer sabor aguzó su hambre, pero no podía soportar que le dieran de comer como si fuera un bebé.

—Creo que me podré arreglar —levantó el cuenco para acercárselo a la cara. Luego, con la otra mano, recogió una cucharada de gachas y se la llevó a la boca.

No dudaba de lo espantosas que debían ser sus maneras.

Dejó completamente limpio el cuenco y palpó la mesa antes de dejarlo encima.

Con los dedos, exploró cuidadosamente la superficie de la mesa. Una taza de té, caliente bajo sus dedos. ¿Cómo se las iba a arreglar para levantar una taza de té sin derramarla?

—¿Cómo tomáis el té? —le preguntó ella—. Yo os lo prepararé.

—Leche y un terrón de azúcar —escuchó el tintineo de la cucharilla mientras lo removía.

Cuando cesó el tintineo, ella volvió a guiar su mano hasta la taza. Él la agarró con ambas manos y se la llevó con cuidado a la boca, oliendo el aroma antes de dar un sorbo. Lo sorbió lentamente, no para paladear el sabor, sino porque no quería derramarlo.

Cuando terminó, consiguió dejar la taza sobre el plato.

—Gracias, señora Asher. Habéis sido muy amable.

—Ahora debéis descansar —repuso—. El médico dijo…

—No discutiré más con vos —palpó su servilleta y se la llevó a la boca.

Ella volvió a acercarse como para tomarlo de nuevo del brazo.

—Quiero intentarlo yo solo —empujó la silla hacia atrás y se levantó, para orientarse hacia donde estaba la cama. Consiguió llegar hasta ella y se metió bajo las sábanas, consciente en todo momento de que ella debía de estar vigilando cada uno de sus torpes movimientos. Y en ropa interior.

—¿Escribo a vuestra familia para decirles dónde estáis y contarles lo que os ha sucedido?

«¿Mi familia? Dios mío, no», exclamó Hugh para sus adentros.

Después de aquel viaje, pretendía liberarse de los grilletes de las responsabilidades familiares durante un tiempo. Desde que se licenció del ejército había estado pendiente y al servicio de su familia.

—No escribáis a mi familia —alzó la voz—. Ellos no deben saber nada de esto.

Ella no dijo nada.

Sacudió entonces la cabeza, consciente del tono que había utilizado.

—Vuelvo a disculparme con vos —pronunció con tono suave—. Mi familia sería el peor de mis cuidadores —no lo esperaban, de modo que tampoco se preocuparían. No los había informado de que había abandonado Bruselas—. Os suplico que busquéis otra solución. Me doy cuenta de la carga que supongo, pero bien puedo pagar por los cuidados que reciba. No debéis ponerme en manos de mi familia. En eso no puedo menos que insistir.

—Muy bien. No avisaré a vuestra familia.

Hugh la oyó recoger la bandeja de la mesa.

—Pero ahora debéis descansar. Alguien vendrá más tarde a ver cómo estáis.

Oyó sus pasos alejándose hacia la puerta.

Acababa de abrirla cuando volvió a hablar.

—¿Señor Westleigh?

Hugh se tensó, esperando una reprimenda.

—No sois ninguna carga.

Se cerró la puerta.

Estaba solo de nuevo. En la oscuridad.

La presencia de la señora Asher era un consuelo, un ancla. Estar solo era como flotar en el vacío. Escuchó y creyó oír un pájaro cantando cerca, el ladrido de un perro, unos pasos al otro lado de la puerta.

Se quedó inmóvil, esperando escuchar el ruido de la puerta al abrirse.

Los pasos volvieron a apagarse.

Le dolía la cabeza, le dolía la garganta, le dolían los ojos, pero estaba determinado a permanecer despierto. Si se quedaba despierto, no estaría del todo inerme.

Para no dormirse, evocó los detalles del incendio.

Acababa de abandonar la taberna de la posada, de regreso a su habitación, cuando oyó unos gritos de «¡fuego!». Se había puesto de inmediato en movimiento, aporreando puertas, haciendo salir a la gente. El incendio había empezado en un cuarto de la planta baja. Él y otros más habían vaciado aquella planta antes de subir a las superiores, donde el incendio seguía extendiéndose mientras la tarea de rescate se volvía cada vez más peligrosa.

La excitación lo había espoleado. Había gente que salvar y alguien tenía que enfrentar el peligro para conseguirlo: el papel perfecto para Hugh. Él siempre había hecho lo que había que hacer, lo que se necesitaba hacer. Y si para hacerlo había que correr algún riesgo, tanto mejor.

Había combatido en la guerra porque Inglaterra lo había necesitado y, si tenía que ser sincero, le había encantado la sensación de aventura, de arriesgar la propia vida, de probarse a sí mismo. Y después de licenciarse, se había preparado para la siguiente aventura: los viajes. Viajaría. A África. A las colonias de América. O a Chile… No, a Chile no. Con la suerte que tenía, habría terminado enredándose en su guerra de independencia. Y una cosa era arriesgar la vida por el país de uno, y otra muy distinta luchar como mercenario. Además, era su propia independencia la que anhelaba conquistar.

Pero, en lugar de eso, lo había atrapado una crisis familiar. Primero, su padre había empobrecido a la familia dilapidando en juego y mujeres toda su fortuna, para después intentar engañar al hombre que había acudido en su rescate, su propio hijo bastardo: John Rhysdale.

Después de aquello, Hugh, su hermano Ned y Rhysdale habían obligado a su padre a mudarse a Bruselas y a traspasar todas sus finanzas y asuntos a Ned. A Hugh le fue encargada la misión de asegurarse de que su padre se atuviera al trato, lo que significó repetidos viajes a Europa. Al menos su último viaje había sido efectivamente el último de todos. Hugh había sido llamado a Bruselas porque su padre había muerto de repente tras una noche de excesos.

Hugh no había lamentado en absoluto la muerte de su padre. Aquel hombre no se había preocupado una pizca ni por él ni por su familia. Su muerte lo había liberado por fin de sus obligaciones.

Pero ahora la independencia de Hugh estaba nuevamente amenazada, cuando tan cerca la había tenido. Solo que esa vez no sería una obligación familiar lo que lo retuviera.

Esa vez iba a ser la ceguera.

Dafne abandonó a paso rápido la cámara de Westleigh y salió al jardín, donde la vista de los arriates de tulipanes rojos y narcisos amarillos debería haberle alegrado el ánimo.

¿Cómo podía estar tranquila? Había contado con que la familia de Westleigh se encargaría de él. ¿Quién no querría dejarse cuidar por su familia? Había planeado marcharse de allí tan pronto como llegara un miembro de la misma. Ellos nunca verían a la escurridiza señora Asher. Una nota sería lo único que verían de su persona.

Los Westleigh detestarían saber que la despreciable lady Faville había estado cuidando a un miembro de su familia. Y Hugh Westleigh lo detestaría también. Al fin y al cabo, en su momento había intentado robarle al nuevo marido de su hermana, Phillipa Westleigh.

Y, como su vanidad se había sentido herida, había arrojado una lámpara de aceite encendida contra la pared del Club de la Máscara.

Se había roto en mil pedazos, al igual que todas sus ilusiones. Inmediatamente, las cortinas y sus propias faldas se habían prendido.

Se apretó las mejillas, que le ardían. Había tenido tanto miedo… ¡y tanta vergüenza! ¿Qué clase de persona podía hacer algo así?

Sí, los Westleigh la odiarían, indudablemente.

Aquel día había sido una cobarde al huir después de que Phillipa la hubiera salvado, evitando que se le quemaran las faldas. Y seguía siéndolo. Lo que debía hacer era revelarle sin más su identidad a Hugh Westleigh. Que era lo que debería haber hecho desde el principio.

¿Qué le habría dicho la abadesa? «Haz lo que sea justo, niña mía. Nunca errarás si sigues la guía de tu propia conciencia. Haz siempre lo que sea justo».

¿Pero qué sucedía cuando una no sabía lo que era justo? ¿Qué se suponía que tenía que hacer alguien en esa tesitura? ¿Era justo confesarle la verdad, o era mejor ocultársela y no incomodarlo?

Dafne paseó arriba y abajo por el jardín. Solo tendría que esperar dos semanas hasta que le retiraran los vendajes y entonces se marcharía. De repente se detuvo y volvió a llevarse las manos a las mejillas.

A no ser que se quedara ciego.

«Por favor, Dios mío», rezó. «¡Que no se quede ciego!».

Sacudió la cabeza. ¿Quién era ella para rezar?

Ella, Carter y Monette simplemente debían cuidarlo lo mejor posible. No alterarlo. Proporcionarle las mayores oportunidades de que curara.

Quizá su querida abadesa intercediera por él ante Dios en nombre de Dafne. Y quizá la perdonara por no haber dicho la verdad esa vez. A Westleigh no le haría ningún daño pensar por tan poco tiempo que no era más que la señora Asher. Sintiéndose tan solo ligeramente culpable, se dirigió al frente de la casa.

Dos jóvenes que se acercaban por el camino apresuraron el paso al verla.

—Perdonad, señora. ¿Sois la señora Asher?

No parecían tener más de quince años.

—Sí, soy yo —respondió.

—Hemos venido a buscar trabajo, señora —dijo una de ellas—. El señor Brill, el agente de la propiedad, nos dijo que quizá necesitarais alguna ayuda en la granja…

—Podemos hacer de todo —intervino la otra—. Somos muchachas fuertes. El señor Brill responderá por nosotras.

Ambas vestían con sencillez. Su ropa parecía vieja y gastada. De hecho, les quedaba grande de lo muy delgadas que estaban.

—Necesitamos desesperadamente trabajo, señora —dijo la primera niña—. Haremos lo que sea.

—No sé si… —Dafne se mordió el labio. ¿Sería adecuado contratar sirvientas para trabajar en una casa en la que no se quedaría más allá de dos semanas?

—Por favor, señora Asher —le suplicó la otra muchacha—. Permitidnos demostraros lo bien que trabajamos. Dadnos una oportunidad.

¿Qué diferencia podía suponer eso para ella? Tenía dinero más que suficiente para pagarles. Aceptar era la cosa más fácil del mundo. Además, la abadesa lo habría considerado una buena obra.

—Muy bien, chicas —dijo—. Seguidme. Si la señora Pitts lo aprueba, podréis convertiros en nuestras nuevas criadas para todo.

Podrían servir las comidas al señor Westleigh. Ella podría evitarlo completamente. De esa manera, no importaría quién pensara él que era.

Tres

Hugh perdió la batalla de permanecer despierto. Ignoraba cuánto tiempo había dormido, pero cuando volvió a despertarse, seguía a oscuras.

¡Malditos ojos!

¿Era de día o de noche? ¿Estaba solo o había alguien en la habitación?

¿Estaba ella allí?

Permaneció muy quieto mientras se esforzaba por escuchar los sonidos de alguien moviéndose, respirando.

Nada.

El crepitar del fuego de la chimenea. Por lo demás, silencio. ¿Había alguien cerca? ¿Lo oiría alguien si llamaba pidiendo ayuda?

Aunque no pensaba pedir ayuda.

Ni agua.

Tenía la garganta reseca por la sed. En alguna parte de la habitación debía de haber agua. Debían de haber dejado alguna para él.

Bajó de la cama y se levantó, no tan firme sobre sus pies como le habría gustado. Sintió el tacto blando y cálido de la alfombra. Cuidadosamente, empezó a alejarse de la cama palpando, y encontrando, una mesa. Deslizó una mano por su superficie. No había agua. Solo una palmatoria… ciertamente un objeto que no necesitaba para nada.

Dejó atrás la mesa y tropezó con una silla. Al retroceder bruscamente, derribó la mesa. La alfombra amortiguó el sonido,

Agachándose, encontró la mesa y la levantó de nuevo. La palmatoria debía de haber rodado por el suelo. De todas maneras, era inútil buscarla.

Moviéndose cautelosamente de nuevo, se alejó de la silla. Con la pared como guía, fue avanzando hacia la chimenea, sintiendo acercarse el calor del fuego conforme avanzaba. Su mano encontró la repisa. Sintió bajo sus pies unas cenizas secas.

Retrocedió y encontró más sillas y otra mesa, sobre la cual había un libro. Otro objeto que no le servía para nada.

Continuando su camino, descubrió una puerta. Era de un armario y olía a polvo; los estantes estaban vacíos. La cerró y siguió palpando la pared con los dedos hasta que encontró otra puerta. La puerta del

cuarto, la que daba al pasillo. Giró el picaporte y la abrió, sintiendo el cambio de temperatura. El pasillo estaba en silencio.

Volvió a cerrarla y caminó a tientas hasta la cama. Al otro lado había otra mesa. Sobre ella encontró un vaso y la jarra de agua. Nunca podría llenar el vaso sin derramar el agua. Así que se llevó la jarra a los labios y bebió varios tragos del fresco líquido con sabor a menta.

Volvió a colocarla sobre la mesa y se dirigía de vuelta a la cama cuando se detuvo. La idea de yacer en la cama como un inválido no le atraía en absoluto.

Bien podría continuar con su azarosa exploración de la habitación.

Localizó su baúl de viaje en una esquina, y al lado sus botas, oliendo a betún. Luego encontró una mecedora y una ventana.

¡Una ventana! Aire fresco, Hugh encontró la falleba, abrió la ventana y sintió la fresca brisa en el rostro. La brisa transportaba un olor a hierba húmeda, a tierra fértil y a flores. Sacó la mano e intentó discernir si era de día o de noche.

Sin sus ojos, no podía saberlo.

Agarró a tientas la mecedora y la colocó frente a la ventana. Ella debía de haberse sentado allí mientras permaneció en la habitación, porque tenía impregnado su leve aroma. Se sentó y empezó a mecerse. El ritmo lo serenó. La brisa refrescaba su piel. Y ahuyentaba el recuerdo del calor infernal del incendio.

Debió de haberse quedado dormido. ¿Por cuánto tiempo esa vez? A medias despierto y a medias dormido, fue consciente de los golpes en la puerta, que no tardó en abrirse. Supo al momento que no era ella.

—¡Señor! No estáis en la cama —era una voz masculina.

Hugh se despertó del todo.

—¿Quién es?

—Soy Carter, señor. El criado de la… de la señora Asher —la voz no se acercó, así que el hombre debió de quedarse en la puerta—. He venido a asistiros.

—Se lo agradezco —recordó que ella le había advertido que acudiría a verlo su criado—. ¿Puede decirme qué hora es?

—Las siete, señor.

—¿De la mañana o de la tarde? —¿acaso no se daban cuenta de que no podía saberlo?

—De la mañana, señor.

—¿De qué día? —intentó no dejar traslucir su impaciencia.

—¡Oh! No debéis de daros cuenta… —la voz de Carter se tornó preocupada—. Disculpadme, yo os lo explicaré… Hoy es viernes. Llegamos aquí el miércoles. Al día siguiente del incendio. Dormisteis durante la mayor parte del día de ayer.

Había perdido dos días.

—Yo os asistiré, señor. Os afeitaré y ayudaré en todo lo que requiráis.

¿Afeitarse? Se pasó una mano por la barba de su mentón. Debía de haberle parecido un rufián a la señora Asher.

La voz de Carter se acercó.

—A no ser que prefiráis que os ayude a volver a la cama.

—No —Hugh se obligó a no responderle de mala manera. No era culpa de Carter que necesitara ayuda—. No pienso volver a la cama. Aféiteme y ayúdeme a vestirme, si es usted tan amable.

Los caballeros del rango de Hugh tenían por costumbre emplear a un ayuda de cámara, pero Hugh nunca lo hacía. No tenía escrúpulo en solicitar los servicios del de otro caballero cuando era absolutamente necesario, pero lo que podía hacer solo, prefería hacerlo él mismo. Eso le permitía una mayor libertad de movimientos, sin tener que pensar en las necesidades de otra persona.

En ese momento, sin embargo, no era libre. Era tan dependiente como un niño de pecho.

Se sometió a las atenciones de Carter con la mayor dignidad de que fue capaz, pese a que Carter tuvo que ayudarlo con sus más básicas necesidades. Se prometió a sí mismo que lo haría todo sin ayuda tan pronto como pudiera. Una vez estuvo afeitado, bañado y vestido, supo encontrar el camino de vuelta a la mecedora, aunque más fatigado de lo que le habría gustado admitir.

—Gracias, Carter. ¿Qué hay del desayuno? —volvía a tener hambre—. ¿Me ayudará a caminar hasta el comedor?

Percibió que Carter retrocedía.

—Yo… creo que la señora Asher prefería que comieseis aquí, señor. Vuestra salud es frágil, según tengo entendido.

Hugh se negaba a sentirse «frágil».

—Muy bien, pero dígale a la señora Asher que desearía hablar con ella tan pronto como estime conveniente.

—Muy bien, señor —el criado se dirigió hacia la puerta.

—De hecho —Hugh levantó la voz—, dígale a la señora Asher que me gustaría que me examinara el médico del pueblo. Soy bien capaz de pagar por sus servicios, así que no tiene que preocuparse por ello. Deseo verlo hoy —y descubrir, si era posible, si iba a quedarse ciego o no.

—Como gustéis, señor.

Se lo imaginó haciéndole una reverencia.

—Ahora mismo os traigo el desayuno, señor.

La puerta se cerró y los pasos del criado se fueron apagando.

Hugh se levantó de nuevo. Era bueno estar vestido, aunque solo fuera en camisa, pantalón y medias. Al menos, cuando volviera la

señora Asher, parecería más un caballero y menos un inválido.

Eso si pudiera ignorar los vendajes que le cubrían los ojos.

Rodeó la cama. Si la memoria no le fallaba, era en la mesa del otro lado de la cama, la que había derribado durante la noche, donde había comido las gachas. Volvió a encontrar la mesa, se golpeó de nuevo con la mecedora y dio una patada sin querer a la palmatoria perdida, mandándola todavía más lejos.

Sin embargo, se las arregló para preparar la mesa y la silla para comer. Era una victoria, por muy pequeña que fuera. No era un ser completamente inútil.

Aun así, una vida entera de ese modo sería insoportable.

Dafne había dejado a las dos futuras criadas en compañía de la señora Pitts después de resolver finalmente su contratación. Había pensado que simplemente tendría que entregarlas a la patrona para conseguir que se encargara de ellas, pero la mujer se había mostrado asombrosamente dependiente de Dafne hasta en la menor de las decisiones, como por ejemplo cuáles serían sus obligaciones, o si deberían vivir en la casa. Por supuesto que debían vivir en la casa. ¿Para qué tener criadas si no estaban cerca cuando una las necesitaba? La señora Pitts también tendría que ofrecer a las muchachas una pitanza por el trabajo duro que habrían de hacer: ocuparse de los fuegos, limpiar la casa y demás tareas. Resultaba también muy obvio que necesitaban ropa nueva.

Y que tenían hambre. Ambas no apartaron los ojos del pan que la señora Pitts había sacado del horno, y ninguna de las dos prestó demasiada atención a la conversación. De manera que Dafne le dijo a la señora Pitts que les diera de comer, lo cual llevó a una larga discusión sobre lo que comerían ellas y lo que comería el señor Westleigh, más las quejas de que sería ella, la señora Pitts, la que tendría que cocinar toda esa comida, ahora que había dos bocas más que alimentar y dos trabajadoras más que supervisar…

Para cuando terminaron de discutirlo, Dafne había dado permiso a la señora Pitts para contratar a una cocinera, una pinche de cocina, otro criado y dos mozos de cuadra para que ayudaran a John, el cochero. El señor Pitts fue comisionado al pueblo para hablar con algunas personas a las que tanto él como su señora consideraban perfectos para los empleos, mientras que Monette fue a buscar su capa y su sombrero para acompañar a las muchachas a la mercería local en busca de telas para sus nuevos vestidos y delantales.

Cuánto escándalo… Dafne pensó que su marido se habría quedado consternado si la hubieran molestado con asuntos tan triviales. Hasta en el convento de Fahr siempre había habido alguien que se había

ocupado de la cocina, de la ropa, de la limpieza.

Por muy tedioso que fuera todo ello, Dafne atravesó el vestíbulo con un sentimiento de orgullo. Sus decisiones habían sido acertadas, después de todo. Y bien podía permitirse pagar a todos los criados incluso aunque se quedaran allí un año entero, en lugar de dos semanas.

Justo en ese momento, Carter bajó las escaleras.

Dafne le sonrió.

—¿Cómo se encuentra el señor Westleigh esta mañana, Carter?

—Mucho mejor, milady. Desea hablar con vos.

Qué contrariedad. Y ella que quería evitarlo…

—¿Sabes qué es lo que quiere? —pensó que quizá había cambiado de idea sobre lo de contactar con su familia.

Carter frunció el ceño.

—Quiere ver al médico del pueblo. Creo que se resiente mucho de verse vendado y encerrado. Desea que lo vea inmediatamente un médico.

Era una petición razonable. Había estado casi inconsciente cuando el galeno de Ramsgate lo examinó. De haberlo sabido unos minutos antes, le habría pedido al señor Pitts que buscara al médico.

—¿Podrías ir tú al pueblo y localizarlo? ¿O buscar al señor Pitts para darle el recado? Apenas hace unos minutos que ha salido para el pueblo.

Carter frunció el ceño.

—¿Puedo servirle antes el desayuno al señor Westleigh, milady? Le dije que se lo llevaría ahora mismo.

El pobre hombre debía de estar muerto de hambre. Solo había comido un cuenco de gachas desde que llegaron allí. Suspiró.

—No. Se lo llevaré yo misma. Quizá haya algo más que quiera decirme.

Carter la acompañó a la cocina, donde la señora Pitts le dio las señas del médico y preparó la bandeja para el señor Westleigh.

Dafne subió las escaleras con la bandeja y llamó a la puerta del cuarto.

—Adelante, Carter.

Su voz sonaba más firme que el día anterior.

Dafne abrió la puerta y entró. La cerró con el pie.

Estaba sentado ante la misma mesa donde había comido las gachas, vestido con una camisa blanca limpia y unos pantalones pardos que resaltaban sus anchos hombros y sus estrechas caderas. Tragó saliva, evocando de repente sus fuertes brazos cuando la rescató del fuego.

—Puedo oler el pan desde aquí —hizo un gesto con la mano—. Comeré en la mesa.

Dafne atravesó la habitación.
—Soy la señora Asher.
Vio que se tensaba, como si no le hubiera gustado que hubiera equivocado su identidad. Se levantó como debía hacer un caballero cada vez que una dama entraba en una habitación.
—Buenos días —la saludó, rígido.
—Sentaos, por favor. Carter me dijo que deseabais verme, así que os he traído yo el desayuno.
Volvió a sentarse.
—Os agradezco vuestra presteza al venir.
Le colocó la bandeja delante.
—Mandé a Carter a buscar a un médico. No queríamos haceros esperar. ¿Tenéis hambre?
—Un hambre canina —palpó suavemente la comida con los dedos.
Dafne había pedido a la señora Pitts que sirviera comidas que pudiera comer con las manos y ahorrarle así el esfuerzo de manejar cubiertos. Le habían preparado pan caliente relleno de mantequilla, dos huevos cocidos, dados de queso y un tazón de té.
Vio que vacilaba.
—Os serviré yo el té —le dijo—. Recuerdo cómo lo tomabais, pero, por favor, comed. Debéis de estar muy hambriento.
—Espero que mis maneras no os escandalicen.
—No tengáis temor. No me escandalizo fácilmente.
Resultaba curioso que hubiera dicho tal cosa. Antaño habría tenido mucho que decir sobre las pésimas maneras en la mesa, y a menudo había sacudido la cabeza con disgusto ante la forma de comer de las clases subalternas. Quizá estuviera desarrollando cierta tolerancia, como la abadesa la había animado tantas veces a hacer.
—Me sorprende veros vestido —continuó con tono coloquial—. Creía que aún seguirías en cama.
—Basta de cama —su tono era firme—. Me encuentro lo suficientemente bien como para permanecer levantado.
Dafne frunció los labios.
—¿Estáis seguro? El médico de Ramsgate dijo que necesitaríais tiempo para recuperaros. Creo que se refería a que debíais permanecer acostado.
—Yo creo que se equivocaba —repuso, tenso—. Me siento ya recuperado. Quizá el médico del pueblo me diga que puedo quitarme las vendas y seguir mi camino —se interrumpió—. Le dije a Carter que estaba en condiciones de pagar los gastos que sean necesarios. Y pretendo compensaros a vos, también.
—El dinero no me preocupa. Ciertamente no necesito ninguna compensación —hizo un gesto de indiferencia—. Pero yo… yo no sé si Carter será capaz de conseguir que el médico venga hoy mismo.

El pueblo tenía un médico, según le había dicho la señora Pitts, pero se mantenía muy ocupado.

Westleigh mordió un pedazo de pan, lo masticó y tragó el bocado. Dafne no pudo evitar fijarse en el movimiento de los fuertes músculos de su cuello.

Ella misma se llevó una mano al cuello.

—Esperemos que pueda venir hoy —dijo él.

Debía de tener tantas ganas de marcharse como ella de que lo hiciera, pero… ¿debería dejarlo en manos de un médico de pueblo? Quizá debería mandar traer a un médico de Londres. Le habría encantado llamar al facultativo que su marido había usado durante sus estancias en la capital, pero aquel hombre la conocía.

Por supuesto, podía simplemente confesarle su identidad a Westleigh en aquel mismo momento.

Abrió la boca para hacerlo.

Pero él habló primero.

—¿Podríais darme un reloj? —le preguntó—. Para orientarme. Ahora ni siquiera puedo saber si es de día o de noche.

Horrible. Todo se volvía tan difícil cuando alguien no podía ver… Tanto peor si nunca volvía a recuperar la vista.

Se prometió dar una cuantiosa limosna al próximo mendigo ciego con el que se tropezara.

—Lo siento, de verdad… Debí haber pensado en proveeros de un reloj. Quizá pueda proporcionaros uno de campanillas. Los he visto. Podríais tenerlo al lado.

Aunque, ahora que pensaba sobre ello, ¿podría tener un pueblo tan pequeño un reloj así? Solo los había visto en las tiendas de Londres.

—Con un reloj normal será suficiente —repuso—. Puedo pagar por él, si no hubiera ninguno disponible en la casa.

—Os conseguiré uno, no temáis —había uno sobre la repisa de la chimenea de la biblioteca. Haría que se lo llevaran inmediatamente.

O se lo llevaría ella misma, dado que había despachado a todo el mundo fuera de la casa excepto a la señora Pitts, que debía de estar muy ocupada.

—Esperadme un momento —le dijo, lo cual era estúpido. Ciego, ¿adónde podría ir?

Abandonó apresuradamente la habitación y corrió escaleras abajo hasta la biblioteca. Cuidadosamente recogió el reloj de la repisa y se lo llevó a Westleigh.

Acercándose, le guio la mano para que lo tocara.

Él se quedó muy quieto y ladeó la cabeza.

Deseó poder verlo, contemplar su rostro al descubierto. Lo había visto unas pocas veces en el Club de la Máscara y se lo habían presentado en una ocasión. Era la única vez que recordaba haber

hablado con él, y en aquel entonces le había prestado muy poca atención.

—¿Hay algo más? —murmuró—. ¿Alguna otra cosa que pueda hacer por vos?

—Quiero abandonar este cuarto —dijo—. Entrar y salir cuando lo desee. Seguro que en esta casa habrá un salón o una biblioteca donde pueda sentarme sin molestar a nadie.

—¿Pero cómo podríais…? No podéis ver —exclamó.

Frunció el ceño.

—Puedo caminar.

Temió que pudiera herirse todavía más. ¿Qué haría entonces?

—El médico de Ramsgate dijo… —se interrumpió—. Esperemos al menos a que el otro médico os examine. Detestaría poner en peligro vuestra recuperación.

Apuró de un trago su té. Ella se acercó para retirarle la bandeja.

—Rosas —murmuró él.

—¿Perdón?

—Oléis a rosas —explicó.

Se ruborizó. Estaba encantada de que lo hubiera notado. Era su aroma favorito. Siempre se perfumaba con agua de rosas, y cualquier perfume que adquiría tenía que oler a esa flor.

—Yo… debería marcharme ya, a no ser que deseéis algo más… —se mordió el labio.

—No. Nada —bajó la voz—. Os estoy muy agradecido por el desayuno y por el reloj. Y por haber mandado llamar al médico.

Dafne se aclaró la garganta.

—Esperemos que venga pronto.

Cargada con la bandeja, abandonó la habitación y solo entonces se dio cuenta de que una vez más se había marchado sin revelarle su verdadero nombre. Quizá, cuando llegara el médico del pueblo, certificara la recuperación de Westleigh. Quizá le retirara los vendajes y sus ojos funcionaran perfectamente, y ella pudiera despacharlo para Londres con su cochero aquel mismo día.

Era media tarde cuando el médico se presentó en la casa.

Carter lo anunció a Dafne cuando estaba sentada en el salón escribiendo una carta a su apoderado, informándole de su llegada a Inglaterra y de su estancia en Thurnfield.

Por supuesto, no le explicó por qué se había quedado en Thurnfield.

Se levantó cuando vio entrar al médico.

—Señor Wynne, cuánto me alegro de que haya venido.

Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto rudo pero

amable. Nada más verla, su rostro se iluminó primero de sorpresa y luego de admiración.

—¡Señora Asher! Yo… os doy la bienvenida a Thurnfield. Sois una visita absolutamente deliciosa, si se me permite el atrevimiento.

—Gracias, señor —la respuesta de Dafne estaba bien ensayada. Los hombres que la veían por primera vez solían reaccionar así. En ese momento, sin embargo, no deseaba que su belleza distrajera al médico del objetivo de su visita—. El señor Westleigh está deseoso de que lo examine usted. Carter podrá llevarlo enseguida con él.

El hombre se dio unos golpecitos en los labios, pensativo.

—Enseguida. Por el señor Carter tengo entendido que estuvisteis vos presente cuando el incidente con el señor Westleigh y su examen por el otro médico. Creo que sería mejor que hablara con vos primero.

Dafne volvió a sentarse y le señaló una silla.

—Tome asiento.

El médico así lo hizo y se inclinó hacia delante, todo oídos. Y todo ojos.

—Bien. Contadme lo sucedido.

Ella le expuso toda la información lo más sucintamente que pudo, pero él le hizo varias preguntas sobre la herida y el examen del otro médico, obligándola a repetirse.

Se alegró de no haber pedido el té, ya que en ese caso no habría subido nunca a la habitación de Westleigh.

Su paciencia empezó a resentirse.

—Creo que debería usted ver cuanto antes al señor Westleigh. Lleva mucho tiempo esperándolo.

—Por supuesto, por supuesto —el señor Wynne se tomó su tiempo en levantarse del asiento—. ¿Me acompañáis? Puede que necesite alguna información que solo vos podáis darme.

Acababa de darle toda la información que poseía. Y varias veces.

Pero parecía expeditivo satisfacer su demanda, aunque solo fuera para conseguir que viera de una vez por todas a Westleigh, que llevaba esperando al hombre todo el día. Se levantó.

—Venid conmigo.

Acababa de llamar a la puerta cuando oyó la campana del reloj de péndulo que había mandado subir a la habitación de Westleigh. Había pasado un cuarto de hora desde que llegó el médico.

—Adelante, por favor —Westleigh parecía impaciente,

—Señor Westleigh, soy la señora Asher —dijo Dafne tan pronto como abrió la puerta—. He traído al doctor Wynne, el médico, para que os examine.

Hugh estaba sentado en la mecedora junto a la ventana, que estaba abierta para dejar entrar la brisa de la tarde. Se levantó y tendió la mano en la dirección de donde pensaba que estaba el médico, errando

por muy poco.

Wynne se la estrechó.

—Westleigh. Encantado de conoceros. La señora Asher me ha hablado de vuestras heridas.

—¿De veras? —se tensó—. Quizá tenga usted entonces la amabilidad de contarme lo que ella le ha dicho.

—Le he dicho que estuvisteis en un incendio —respondió Dafne por el médico—. Que recibisteis un golpe en la cabeza y os quemasteis los ojos. Le dije también que el otro médico os diagnosticó una contusión y ordenó que permanecierais con los ojos vendados durante dos semanas.

—Eso se lo podría haber dicho yo mismo —comentó Westleigh.

—Estoy de acuerdo —no había querido estar presente en la visita. ¿Debía decirle que el médico prefería su compañía a cumplir con su obligación?

—Feo asunto —dijo finalmente Wynne, concentrando su atención en el paciente—. Por favor sentaos. Acercaré una silla a la vuestra para poder examinaros.

Westleigh volvió a sentarse en la mecedora y Wynne acercó la otra silla. Dafne se quedó de pie junto a la puerta.

—Y bien, decidme —empezó el médico—. ¿Tenéis alguna dificultad para respirar?

Westleigh suspiró profundamente.

—No.

Wynne asintió, pero sacó un objeto cilíndrico de su maletín.

—Mejor será comprobarlo, por si acaso —apoyó un extremo del tubo en el pecho de Westleigh y acercó la oreja al otro—. Respirad profundo.

Westleigh hizo lo que le pedía y el médico fue desplazando el tubo por diversos puntos de su pecho.

—Parece que vuestros pulmones están limpios —dijo Wynne—. ¿Habéis experimentado algún mareo?

—Ahora ninguno —respondió—. Tampoco cuando camino. Me mantengo bastante firme sobre mis pies.

—¿Algún dolor? —inquirió el médico.

Westleigh se encogió de hombros.

—La garganta me raspa un poco. La cabeza todavía me duele, aunque no excesivamente. Son mis ojos… lo que más me preocupa. Me duelen con una especie de dolor sordo, que no excesivo. Pero cuando intento mover los párpados, el dolor se agudiza mucho.

—Mejor será entonces que no los mováis —rio por lo bajo el médico.

Westleigh frunció el ceño.

Dafne quiso decirle que aquello no era como para tomarlo a burla.

Wynne se inclinó hacia delante.

—Permitidme que os examine.

Palpó con los dedos la cabeza de Hugh. Tenía los dedos gordezuelos, pero su contacto parecía seguro.

—Resulta extraordinario que las lesiones no fueran más graves —Wynne exploró su cabeza, examinando de cerca las partes al descubierto de su rostro—. Pero los ojos pueden haber resultado muy dañados, aunque no haya ocurrido así con la piel. Tenéis el pelo chamuscado en algunos lugares y no puedo verlo bajo el vendaje, pero sospecho que no habéis perdido el cuero cabelludo.

Dafne, sin embargo, había visto sus ojos. Y el alarmante velo que los había cubierto.

Wynne se echó hacia atrás.

—Me gustaría examinaros sin los vendajes, pero debéis prometerme algo.

—¿Qué? —inquirió Westleigh.

—Mantened los ojos bien cerrados —el médico subrayó cada palabra—. Si no lo hacéis, os arriesgáis a empeorar la lesión y a quedaros ciego. ¿Me comprendéis?

—Sí —respondió en voz baja.

Wynne se volvió hacia Dafne.

—Señora Asher, ¿podemos cerrar la ventana y correr las cortinas?

—Por supuesto —se apresuró a hacer lo que le pedía.

Westleigh permaneció inmóvil mientras el señor Wynne desenrollaba los vendajes. Parecía una tensa cuerda de arco, vibrando de tensión. Las vendas parecían interminables, hasta que finalmente el médico descubrió las dos gasas redondas que protegían sus párpados.

—Acordaos: mantened los ojos bien cerrados —le advirtió.

Retiró la última gasa y se inclinó para examinarle de cerca los párpados. Le tocó uno muy suavemente con el pulgar.

Westleigh esbozó una mueca.

—¿Os duele? —inquirió Wynne.

—Un poco —respondió, crispado.

Manteniendo los párpados del paciente cerrados, Wynne se volvió hacia Dafne.

—¿Querríais traerme una vela encendida?

Recogió la palmatoria de la mesilla y la encendió con una candela de la chimenea.

Wynne acercó la vela al rostro de Westleigh.

Los párpados seguían enrojecidos, con legañas amarillentas pegadas a las pestañas. De haber recuperado la vista, si hubiera abierto los ojos en aquel preciso instante la habría reconocido de inmediato, pero Dafne procuró ahuyentar aquel pensamiento. Él era más importante que su orgullo… y que su vergüenza.

Westleigh permanecía quieto como una estatua.

—¿Percibís la luz sin abrir los ojos? —preguntó Wynne.

—¡Sí! —su voz estaba llena de entusiasmo. Empezó a mover los párpados.

—Mantenedlos cerrados —volvió a advertirle el médico.

—¿Significa eso que seré capaz de ver?

—Ojalá pudiera prometéroslo —Wynne se echó hacia atrás y sacó más vendas de su maletín de piel—. Vuestros ojos necesitan más tiempo para que podamos estar seguros de ello. Dos semanas, como dijo el otro colega. Si queréis llegar a curaros completamente, esperad las dos semanas. Ahora mismo los ojos no están infectados, pero si los abrís… bueno, nunca me cansaré de subrayaros lo importante que resulta que esperéis esas dos semanas. Es vuestra única oportunidad.

Westleigh alzó la barbilla, alta la cabeza.

Por algún estúpido motivo, Dafne se sintió orgullosa de ver que no se dejaba arrastrar por la emoción.

Todavía podía quedarse ciego.

Cuatro

Hugh estaba harto de su encierro. Estaba harto de ceder a sus miedos.

Hugh estaba harto de su confinamiento. Harto de dejarse doblegar por el miedo. Volvería a ver. Tenía que volver a ver. No pensaba esperar dos semanas sentado en una habitación. Se movería. Actuaría como si pudiera ver, por muchos que fueran los muebles con los que tropezara, por muchas que fueran las veces que se cayera al suelo. Pagaría por los daños que ocasionara.

Pero no seguiría encerrado allí.

El señor Wynne no le había prescrito que se quedara en cama. Su única prescripción había sido que no se quitara los vendajes de los ojos. Le había dicho que volvería en unos pocos días para revisarlo y cambiarle las vendas, en caso necesario. Mientras tanto, Hugh estaba decidido a abandonar aquella habitación.

Wynne también le había dicho que podía viajar, si así lo deseaba. Podría estar en Londres a un solo día de carruaje de allí, y encerrado en los agobiantes confines de los cuidados de su madre.

Antes que eso, prefería seguir imponiendo su presencia a la señora Asher. ¿Era poco caballeroso por su parte? Así lo sospechaba. Pero en su casa, como inválido, recibiría todo tipo de atenciones y él no tenía ningún deseo de recibirlas. Por otro lado, sabía que disgustaría a la dama si no se quedaba en aquella habitación, pero si lo hacía se volvería loco.

Carter llamó a la puerta y entró en la habitación.

—¿Necesitáis algo, señor?

—Nada por el momento —respondió Hugh.

—Muy bien, señor.

La puerta sonó como si fuera a cerrarse y Hugh alzó la voz:

—¿Carter?

Se abrió de nuevo.

—¿Sí, señor?

—¿A qué hora se sirve la cena?

—Cuando gustéis, señor —respondió Carter.

—No quiero causar molestia alguna —dijo Hugh—. ¿Cuándo cena la señora Asher? Puedo esperar a que le sirvan a ella la cena, por supuesto.

—Mi… —Carter se interrumpió en seco—. La señora Asher cena a

las ocho.

—A las ocho. Espléndido. Me servirán entonces después de que ella haya cenado.

—Muy bien, señor —volvió a decir Carter.

La puerta se cerró.

Hugh acechó la siguiente hora en punto del reloj.

Seis campanadas. Tiempo suficiente para prepararse.

Fue a tientas hasta la esquina de la habitación donde tenía su baúl. Lo abrió y rebuscó hasta que palpó una tela gruesa y suave, una solapa y botones.

Tal como había esperado. Una de sus casacas, y debajo, un chaleco.

Palpó a su alrededor hasta que tocó el lino almidonado de un pañuelo de cuello. Bien podría anudárselo a ciegas. ¿Cuántos pañuelos de cuello se había anudado él mismo a lo largo de los años?

Se lo puso y se hizo un nudo simple. O al menos eso esperaba. A continuación se puso el chaleco y la casaca, y se llevó las botas hasta la mecedora. Sentado en ella, se las puso.

Por primera vez desde el incendio, Hugh estaba completamente vestido. Y se sentía mucho más persona.

Se dirigió confiadamente hacia la puerta.

Pero erró, tocando en su lugar la pared. Deslizó la mano por la pared hasta que sintió la puerta. Experimentó una oleada de entusiasmo. ¿Era así como se sentía un hombre liberado de la cárcel? Libre pero receloso, porque no sabía qué había al otro lado.

Dio un paso fuera de la habitación y se detuvo de nuevo, aguzando los oídos, buscando las escaleras.

Escuchó unos sonidos procedentes de abajo. Debía de estar cerca de las escaleras. Caminó con cuidado y llegó a la pared. Bien. La pared podría servirle de guía. La fue siguiendo hasta que encontró la barandilla. Estaba eufórico.

Se echó a reír. Cualquiera habría pensado que había encontrado una brecha en las defensas del enemigo.

Bajó con cuidado los escalones, agarrándose a la barandilla. Era increíble lo inseguro que se sentía. Se había internado en edificios y por todo tipo de terrenos en la oscuridad sin llegar a sentir tanto miedo.

Aunque en aquel entonces al menos había podido distinguir sombras. En aquel momento no podía ver nada.

Llegó al último escalón y todavía mantuvo una mano sobre la barandilla. Lo más lógico era que la puerta principal de la casa estuviera delante de él, frente a la escalera, lo que significaba que las habitaciones estarían a su derecha, a su izquierda o detrás. ¿Cuál de ellas sería el comedor?

Le habría ayudado haber visto aunque solo fuera una vez la casa, siquiera su exterior.

Aspiró profundamente y empezó a caminar hacia delante hasta que, sin ninguna duda, encontró la puerta principal. Luego, utilizando la misma estrategia que había seguido en el dormitorio, se fue guiando a tientas por la pared.

—¿Qué estáis haciendo, señor? —era una voz de mujer. Con acento de pueblo. ¿La patrona de la que le había hablado la señora Asher?

—¿Es usted la señora Pitts? —preguntó.

—Dios mío, no, señor —respondió la voz—. Soy Mary, una de las criadas, señor.

La señora Asher no había mencionado que hubiera criadas.

—¿Pero qué estáis haciendo aquí, señor? —continuó—. Deberíais estar arriba, ¿no? Os estáis recuperando, ¿verdad?

—He bajado para cenar —utilizó un tono firme que ninguna criada podría cuestionar —. Te agradecería que me guiaras al comedor.

—Es pronto para la cena, señor —dijo ella—. ¿Preferiríais esperar en el salón? la señora Asher nos ordenó que fuéramos al salón a avisarla de que la cena está servida.

—Al salón, entonces —sonrió Hugh—. ¿Puedes mostrarme dónde está?

—¡Oh! —pareció como si la criada acabara de resolver un gran acertijo—. ¡No podéis ver y todavía no habéis estado allí! Recuerdo que la señora Asher dijo que os habían llevado directamente al piso de arriba.

La oyó acercarse.

La joven tocó su brazo.

—Venid conmigo —lo guio hacia la derecha, hacia el umbral del salón—. Creo que la señora Asher vendrá pronto. Monette y ella están hablando de nuestros nuevos vestidos, así que supongo que vendrá directamente cuando termine.

—Eso espero —repuso él.

—Os suplico me perdonéis, señor, pero debo atender mis obligaciones —pronunció con un sorprendente sentimiento de orgullo.

—Gracias por tu ayuda, Mary —no quería que se retirara todavía —. Solo una pregunta más.

—¿Sí, señor? —parecía muy joven. E inexperta. De lo contrario no sería tan locuaz.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para la señora Asher? — porque la dama no le había informado de la presencia de ninguna criada.

—Oh, este es mi primer día, señor. Para mí y para mi hermana Ann. Así que no puedo entretenerme —se interrumpió—. ¿Puedo

irme, señor?

—Por supuesto —se preguntó si la señora Asher habría contratado a dos criadas más por su culpa—. Gracias de nuevo, Mary.

La muchacha soltó una risita nerviosa y Hugh oyó cerrarse la puerta.

Una vez más se encontraba en una habitación desconocida.

Pero ya se estaba acostumbrando a la sensación. Girándose, aguzó los oídos para escuchar el crepitar del fuego, asociado a la sensación de calor en la piel. Memorizó la localización de la chimenea y de la puerta. En algún lugar entre ambas habría sillas y otros muebles. Avanzó con cautela hasta que encontró una y se sentó. Al quedarse inmóvil, escuchó también el tictac de un reloj. Bien. Así sabría la hora que era.

Las campanas del reloj dieron la media. Los tres cuartos.

Poco después se abrió la puerta y Hugh olió a rosas.

—¡Dios mío! —era la señora Asher—. ¡Señor Westleigh, me habéis dado un susto de muerte!

—Os presento mis disculpas —se levantó.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —no parecía muy complacida.

—Carter me dijo que la cena era a las ocho. Dado que no estoy obligado a quedarme en cama, no vi razón alguna para molestar a vuestros sirvientes obligándolos a servirme.

Ella se le acercó.

—Pero Carter no me dijo…

—No lo consulté con él.

Parecía confundida.

—¿Entonces cómo habéis llegado hasta aquí? De la habitación, quiero decir.

Hugh se irguió.

—De la misma manera que las demás personas, supongo. Andando.

—¿Solo?

—Bueno, hasta el vestíbulo sí —replicó—. Mary me ayudó a llegar al salón.

—¿Mary? —volvió a parecer perpleja—. Ah, Mary. La nueva doncella. Qué amable por su parte —se interrumpió antes de añadir—: Sentaos, señor Westleigh.

Volvió a sentarse en la silla.

Aquella mujer era un enigma para él. Se había tomado las molestias de instalarlo en su propio hogar para cuidar de él, y sin embargo parecía como desagradada por su presencia. Era una mujer que ocultaba algo. De eso estaba seguro.

La oyó moverse por la habitación.

—¿Os apetecería una copa de clarete antes de cenar?

—Ciertamente que sí —echaba de menos el vino. Y el brandy

todavía más. Se preguntó si podría tomar brandy después de cenar.

La oyó abrir un armario y luego el sonido del líquido al verterse. Ella le tendió la copa.

El aroma del clarete le gustó: afrutado e intenso, lo saboreó antes de beber un sorbo. El sabor suave y terrenal reconfortó su lacerada garganta.

La oyó sentarse.

—Entiendo que habéis contratado a Mary y a otra doncella. Si ha sido por mi causa, debéis permitirme que asuma los gastos —era mejor hablar claro. Tal vez a ella le gustara esconderse en la sentina, pero él prefería estar en cubierta.

—El gasto es mínimo —lo dijo como si se hubiera tratado de una bagatela—. Y no las contraté por vuestra causa, no exactamente. Necesitaban el trabajo y pensé que sería más fácil para todo el mundo contar con más ayuda.

—Aun así, sigo obligado a compensaros por los gastos que os estoy ocasionando.

—Por favor, no habléis más de dinero —pronunció la palabra como si le dejara un mal sabor de boca—. Detesto hablar de dinero. Tengo el suficiente para ser una buena anfitriona. Estáis aquí para recuperaros y eso es lo que haréis. Lo que pueda costar no significa nada para mí.

¿Por qué estaba tan tensa?

Intentó bromear.

—¿Sois una viuda acaudalada, entonces?

Se quedó callada durante un buen rato antes de contestar con tono serio.

—Sí. Soy una viuda acaudalada.

Bebieron el clarete en medio de un silencio tan intenso que Hugh pudo escuchar el tictac del reloj y hasta el menor rumor de sus faldas. Pero no tardó mucho tiempo Carter en abrir la puerta para anunciar la cena.

—La cena está servida, mi… ¡Oh! —se interrumpió—. ¡Señor Westleigh! Estáis aquí.

—El señor Westleigh cenará conmigo en el comedor, Carter.

Lo dijo con toda naturalidad, como si no hubiera sucedido nada extraño. Debía de tener experiencia en esconder sus sentimientos a la servidumbre.

—Muy bien, señora —dijo Carter—. Me retiro entonces a poner los dos cubiertos.

Hugh oyó a la señora Asher levantarse y se levantó también, ofreciéndole su brazo. O esperando al menos no ofrecerlo al aire.

Sintió sus dedos cerrándose sobre su antebrazo.

—Os guiaré al comedor.

Hugh sonrió.
—Esa es una buena cosa, ya que de lo contrario vagaría por la casa chocándome contra las paredes.
—Fuisteis muy diestro al conseguir llegar al salón —no parecía disgustada.
Quizá hubieran llegado a una especie de tregua.
Ella lo guio fuera de la habitación.
—Estamos atravesando el vestíbulo. El comedor está al otro lado, una réplica de esta habitación. La casa tiene un diseño muy simple.
De modo que, bajando por la escalera, el salón quedaba a la izquierda y el comedor a la derecha.
—¿Qué otras habitaciones hay en esta planta?
—Una biblioteca detrás del salón —empezó, pero él la interrumpió con una carcajada.
—No creo que yo pueda encontrarle mucha utilidad.
La sintió vacilar.
—Detrás del comedor hay una antecámara con alacenas para platos y vajillas. De allí baja una escalera hasta la cocina y las habitaciones de la servidumbre.
Fue capaz de visualizarlo. No parecía una casa grande para tratarse de una viuda rica, sin embargo.
Entraron al comedor y ella lo acompañó hasta lo que debía de ser la cabecera de la mesa.
Oyó a alguien sacar una silla. Ella le soltó el brazo y se sentó.
Carter acudió a su lado.
—Vuestra silla está aquí, señor —lo acercó al asiento contiguo al de ella.
—Nuestra cena será bastante sencilla, me temo —dijo la señora Asher—. Estofado de cordero y pan.
Debía de estar cerca, porque Hugh podía olerlo.
—Será perfectamente adecuado para mí. Parece que mi apetito ha retornado con toda su fuerza. Probablemente me coma cualquier cosa que me pongan delante y hasta repita.
Oyó a Carter verter un líquido en la copa. Vino, a juzgar por su fragancia.
—Síntoma de que recuperáis la salud —dijo ella—. Quizá mañana la comida sea más elaborada. Tendremos una cocinera. Y otro criado.
Hugh frunció el ceño.
—Estáis contratando muchos sirvientes nuevos.
—Sí-sí —le falló la voz—. Bueno —se recuperó—. He regresado de una larga estancia en el extranjero.
—¿Y estás recomponiendo vuestra plantilla de sirvientes?
—Sí. Eso es.
Hugh ladeó la cabeza. ¿Por qué siempre tenía la sensación de que

aquella mujer escondía algo?

Pero por el momento no tenía ninguna intención de desafiarla. No cuando había conseguido que se sintiera cómoda con él, por el momento.

—Yo también estuve en el extranjero —dijo él—. En Bruselas. ¿Estuvisteis vos allí?

—No —se interrumpió como si no quisiera decir más—. En Suiza.

—Ah, Suiza. Un país que me gustaría visitar.

Carter le puso un plato delante y el aroma del estofado asaltó su olfato.

—Aquí tenéis el estofado, señor. Os dejaré el pan a vuestra izquierda.

—Gracias, Carter —giró la cabeza hacia donde esperaba que se encontrara la señora Asher—. Huele absolutamente delicioso.

Oyó a Carter sirviéndola, también. Ella le dio las gracias y los pasos del criado se fueron apagando.

—Comed, señor Westleigh —lo animó ella.

Palpó primero el tenedor. Pinchar la carne con el tenedor le parecía la mejor manera de llevarse la comida a la boca. Necesitó varios intentos, pero al final lo consiguió. El cordero estaba tierno y sabroso. Lo siguiente que pinchó fue una patata. Había comido tan poco durante los dos últimos días que tenía el apetito trastornado. Tenía la sensación de que no podría hartarse nunca.

—¿Es la comida de vuestro gusto? —inquirió ella.

—¿Y lo preguntáis? —rio él—. Seguro que estoy engullendo la comida como el campesino más patán.

—Vuestras heridas os disculpan cualquier falta de elegancia.

Se refería a la ceguera.

Hugh se obligó a comer más despacio. Tomó el pan y partió un pedazo.

—¿Qué os llevó hasta Suiza? —preguntó.

—Un… —se interrumpió—. Un retiro, podría decirse.

Había oído hablar de ciudades balneario en Europa, lugares donde una viuda rica podía disfrutar de prolongadas estancias de recuperación.

O quizá tuviera un hijo fuera del matrimonio. ¿Sería ese su secreto? Parecía una mujer triste, lo suficiente para haber padecido una experiencia así. Eso explicaría el aire de secretismo que percibía en ella.

Una oleada de ternura hacia ella lo invadió de golpe. Las mujeres siempre tenían un papel más difícil en la vida. Los hombres las seducían, y las mujeres pagaban el precio. Una criatura nacida fuera del matrimonio. Tenía perfecto sentido.

Dafne jugueteaba con su comida. Su apetito había volado ante las preguntas de Hugh y el impacto que le había producido su aspecto, ataviado con casaca y chaleco. La casaca le sentaba maravillosamente, acentuando la anchura de sus hombros y la estrechez de su cintura. Le había puesto difícil ignorar que era algo más que un inválido, o el miembro de una familia que la despreciaba. Era un hombre, y su presencia parecía llenar la habitación.

Había dejado de comer y ella casi temía que hubiera percibido la intensidad de su mirada. Desvió la vista, deseando en aquel momento que le preguntara por su retiro en Suiza, aunque no sabía muy bien cómo iba a decirle que ese retiro había tenido lugar en un convento católico.

Vio que partía otro pedazo de pan.

—Mi estancia en Bruselas no tuvo nada de retiro.

Dafne soltó un suspiro de alivio. Él era como la mayoría de los hombres. Deseosos siempre de hablar de sí mismos.

—¿De veras? —inquirió, discreta.

—Dediqué mi tiempo a desenredar los asuntos de mi padre —continuó él—. Él estaba viviendo allí. Y falleció hace varios meses.

—Lo siento mucho —experimentó una genuina punzada de compasión. No había sabido de la muerte del conde.

Había oído que el conde de Westleigh estaba viviendo en Europa. Algún escándalo relacionado con el Club de la Máscara, pero no podía recordar los detalles. En las noches que había pasado en el club, no había prestado mayor atención a nada que no fueran sus propios intereses.

—No lo sintáis —replicó—. Fue el peor de los padres. Y el peor de hombres. Quizá hayáis oído hablar de él. ¿El infame conde Westleigh?

—Sí que he oído hablar de él —había sido un conocido de su difunto marido, solo unos años mayor que él—. Solo de nombre —era cierto. Su marido no había tenido por costumbre chismear con ella sobre sus conocidos.

—Mi hermano Ned, el nuevo conde, me envió a Bruselas para lidiar con cualquier problema que pudiera ocasionar nuestro padre. Y me alegro de que ese fuera mi último viaje.

Dafne no supo qué responder a aquello, así que le ofreció más comida.

—¿Os apetece más estofado?

—Por supuesto que sí —sonrió.

Tenía una bonita sonrisa, pensó.

También era la primera persona que conocía que confesaba no dolerse en absoluto de la pérdida de un miembro de su familia. Quizá ella no fuera tan rara, después de todo. Ella, a la que las muertes de

sus padres la habían afectado tan poco. Apenas los había conocido. Eso sí que lo lamentaba.

—¿No os gustó Bruselas, entonces? —le preguntó, solo para hacer conversación.

—Es una hermosa ciudad —volvió la cabeza—. Pero demasiado llena de recuerdos. Cuando camino por sus calles, solo puedo pensar en Waterloo.

—¿Estuvisteis en la gran batalla? —lo único que sabía de ella era lo que había leído en los periódicos que llegaban a Faville.

—Sí —su voz se volvió tensa.

Dafne bebió un largo trago de vino.

—Me temo que la guerra y las batallas no son buenos temas para una conversación de sobremesa.

—Ciertamente —sonrió de nuevo—. Habladme de Suiza. He visto los Alpes franceses, pero no los del otro lado. ¿No son de una majestuosa belleza?

La abadía se encontraba en un valle. Desde allí, las escarpadas cumbres de los Alpes casi no resultaban visibles.

—Oh, sí —respondió animada—. Son muy hermosos. Es un país precioso.

—Debería viajar allí —dijo él, riendo—. Debería viajar a todos los sitios… Eso es lo que haré una vez que me haya reportado con mi familia en Londres. Viajar.

Pero era posible que se quedara ciego. ¿Qué sucedería entonces con sus sueños de viajes?

—Hay muchos lugares —repuso ella por decir algo.

Continuaron hablando de distintos lugares de Europa mientras cenaban. Dafne solo había visto los países que había tenido que atravesar para llegar a Suiza, y también algo de Italia cuando su marido la llevó allí.

La cena resultó agradable. La más agradable que Dafne podía recordar en mucho tiempo. Y la disfrutó más de lo que debería, teniendo en cuenta su decisión de guardar las distancias con él.

Tras la cena, se retiraron al salón.

—No tengo brandy que ofreceros, me temo —al día siguiente enviaría a Carter al pueblo a procurarse algunas botellas—. ¿Os apetece un té?

—Gracias.

Aquella mañana había estado muy hosco, pero en ese momento se mostraba complaciente y divertido. Dafne casi podía llegar a olvidarse de que ella era lady Faville y él un hombre que ciertamente la despreciaría, de saberlo.

Cuando terminaron su té, pudo ver que le flaqueaban las fuerzas.

—Creo que será mejor que me retire —dijo, ahorrándole la necesidad de confesarle que estaba cansado.

Él sonrió.

—¿Me permitís que os acompañe? No estoy muy seguro de que sea capaz de encontrar mi habitación.

—Será un placer —respondió ella.

Mientras subían las escaleras, él le preguntó:

—¿A qué hora se sirve el desayuno?

—A la que gustéis.

—Decid vos una hora.

Pensó que debía consultar con la señora Pitts antes de tomar una decisión. La mujer había trabajado mucho ese día. Las nuevas criadas le habían dado más trabajo y la perspectiva de contratar más mano de obra había terminado por angustiarla.

¿Pero qué pensamientos eran esos? ¿Desde cuándo se había parado a pensar en los sentimientos de los sirvientes?

—Os enviaré a Carter por la mañana para que os ayude a vestiros. Desayunaremos justo después —lo dejó en el umbral de su habitación —. Buenas noches, señor Westleigh. Carter subirá enseguida a ayudaros.

Él deslizó la mano por su brazo hasta apretarle los dedos.

—Gracias por tan agradable velada.

El corazón se le aceleró de placer. El agradecimiento de un caballero siempre resultaba agradable, pero no estaba acostumbrada a recibirlo. Al menos no de su marido, ciertamente. Ni del único hombre que había amado, el mismo que se había casado con la hermana de Westleigh.

Pensó que el efecto debía de ser achacable a la novedad. Mientras estuvo en el convento, había permanecido alejada de los hombres durante mucho tiempo. Hugh Westleigh era el último sobre la tierra que habría debido despertarle esas reacciones.

Recorrió el pasillo hasta llegar a su habitación, justo al otro lado de la de Westleigh. Era más pequeña que la que le había cedido a él, pero tenía otra contigua, más pequeña, que resultaba perfecta para Monette.

Además, en la abadía se había acostumbrado a dormir en un cuarto todavía más pequeño que el de una doncella. Un catre. Una mesa. Un arcón para la ropa. Eso era todo lo que había necesitado.

Dentro del dormitorio, Monette estaba extendiendo su camisón sobre la cama.

Alzó la mirada hacia Dafne, frunciendo el ceño.

—¿Era el señor Westleigh a quien he oído con vos? Carter me dijo que había bajado solo a cenar.

—Sí. Yo lo he acompañado de vuelta a su habitación.

—¿Se encuentra mejor, entonces? —inquirió Monette.

—Sí. No quiere pasar mucho tiempo en su cuarto —desafortunadamente para ella.

—Parece que eso no os complace —adivinó su doncella.

Monette no era una confidente. De hecho, Dafne le había contado muy poco sobre su vida. Ella era la viuda de un vizconde, y punto. Dafne no le había contado a nadie, ni siquiera a la abadesa, nada más que eso. Mientras estuvo en el convento, había sobrellevado su desgracia con absoluta discreción.

Pero necesitaba encontrar una respuesta.

—Eso me complica las cosas. Al margen de lo que piense él, no puede ir por ahí solo.

Monette retiró la colcha y las sábanas de lino.

—Es bueno, entonces, que hayáis contratado más ayuda. Así seremos más los que lo atendamos.

Sí, pero Westleigh era su huésped, y una anfitriona no delegaba la tarea de atender a un huésped en sus criados.

—Ya.

No había razón alguna para que Monette estuviera enterada de lo muy difícil que le resultaba pasar tiempo con Westleigh.

Pasar tiempo con él era un constante recordatorio de su propia mentira y de lo que más la avergonzaba.

Y en ese momento, además, era demasiado consciente de él como hombre.

Cinco

Según lo esperado, Carter apareció a la mañana siguiente a tiempo de prepararlo para el desayuno. En vez de comer solo, Hugh disfrutó de compañía. La señora Asher desayunó con él, conversando civilizadamente como si estuviera sentada con un hombre que podía ver. La comida le resultó fácil de comer. Sospechaba que ella se había asegurado de ello.

Oyó que corría su silla,

—Si me disculpáis, señor Westleigh, debo hablar con la patrona.

Hugh se levantó también.

—Una cocinera y una ayudante de cocina llegarán hoy —le explicó ella—. Y un nuevo criado, también. El señor y la señora Pitts necesitan de mi intervención, por algún motivo. Carter os atenderá. Estará aquí para asistiros cuando hayáis terminado de comer. Tomaos vuestro tiempo.

Pero permanecer en el comedor sin ella no le atraía demasiado, y Hugh no se demoró mucho más. Carter lo acompañó al salón, aunque ignoraba lo que podría hacer allí.

Se sentó en la misma silla que el día anterior.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para la señora Asher? —le preguntó a Carter.

—No mucho —respondió el criado, algo vacilante—. Me contrató justo antes de emprender su viaje de vuelta.

—¿Estaba usted en Suiza?

Un extraño lugar para contratar a un criado.

—Así es, señor —contestó Carter, sin mayores explicaciones.

Tampoco pensaba Hugh exigírselas al pobre hombre. Era simplemente que no tenía otra cosa que hacer más que hablar.

—Debo pediros permiso para retirarme, señor, para cumplir con mis otras obligaciones. Volveré para ver si necesitáis algo. ¿Dentro de una hora o así, por ejemplo?

—Vaya usted, Carter. Ya me las arreglaré solo —¿qué otra opción le quedaba?

Oyó los pasos del criado en dirección a la puerta.

—¿Carter?

—¿Sí, señor?

¿Podría usted procurarme un bastón?

—¿Un bastón, señor? Disculpadme, señor. No me había fijado en

que caminabais con alguna dificultad —comentó, preocupado.

—Camino perfectamente —le aseguró Hugh—. Simplemente pensé que si tuviera un bastón, podría evitar chocarme con las cosas. Y así caminar sin ayuda.

—Entiendo, señor —carraspeó—. Os conseguiré un bastón.

Carter cerró la puerta y Hugh tamborileó con los dedos sobre su rodilla. ¿Qué diantre iba a hacer para pasar el tiempo?

Se levantó y exploró la habitación, moviéndose con cuidado e intentando no tirar muebles ni cualquier preciado ornamento.

Era un salón modesto. Encontró al menos tres grupos de sillas y una fila de armarios a lo largo de una de las paredes. Uno de los armarios contenía clarete. Se sintió tentado de servirse una copa, pero temía verte el líquido y manchar la alfombra. Podría beber de la garrafa, pero eso habría sido de pésima educación. Además, acababa de desayunar. Era demasiado temprano para beber.

Continuó recorriendo la habitación a lo largo de la pared hasta que encontró una ventana. Sabía, por haber abierto la ventana de su habitación antes de desayunar, que hacía un día muy frío para el mes de abril. Si abría aquella haría fracasar la batalla del fuego de la chimenea para calentar el cuarto, pero no pudo resistirse. El aire fresco olía a libertad.

Aspiró grandes bocanadas de aire, tan hambriento como estaba de aire puro como de la primera comida que había probado allí. Pero volvió a cerrar la ventana. Nada resultaba más molesto que un huésped que cambiaba la rutina entera del hogar que lo acogía. El problema era que estaba harto de estar encerrado entre cuatro paredes.

Pero ese era su destino por el momento. Debía, al menos, soportarlo sin compadecerse constantemente de sí mismo.

Continuó su recorrido por la habitación.

Encontró un pianoforte en una esquina y deslizó los dedos por las teclas. Pulsó una, haciendo sonar una nota.

Y recordó a su hermana.

¿Cómo le estaría yendo a Phillipa? ¿Seguiría pasando largas horas sentada ante su pianoforte, componiendo aquellas canciones suyas? ¿Seguiría su marido vendiendo sus partituras? Hugh había escuchado una de sus canciones interpretadas por una orquesta en los jardines Vauxhall, toda una hazaña para una joven de buena familia.

Phillipa había vivido conforme a sus propios deseos, sin importarle la presión de su madre y la indiferencia de su padre y hermanos. Y ahí estaba el resultado. Se había casado con Xavier, un hombre lo suficientemente decente como para avergonzar a la familia Westleigh al completo y perfectamente capaz de mantenerla. Y acababa de convertirse en madre.

Hugh esperaba que Phillipa siguiera haciendo música. Él nunca había prestado demasiada atención a la música; si tenía que ser sincero, nunca había prestado suficiente atención a la propia Phillipa. Con su rostro desfigurado, ella siempre se había ocultado. Y era siete años más joven que él. Hugh había estado estudiando, y luego en el ejército, durante la infancia y adolescencia de su hermana.

Y en ese momento la admiraba.

La cicatriz de Phillipa, su música, la abominable manera en que la había tratado todo el mundo: todo ello la había liberado de cualquier responsabilidad hacia su familia. Ned, el nuevo conde, había asumido la de preservar el legado familiar y su buen nombre para las generaciones venideras. Y a Hugh le había tocado hacer de caballo de carga de la familia.

¿Que surgían dificultades en la finca campestre? Se enviaba a Hugh para que las resolviera. ¿El señor padre recaía una vez más en un mal comportamiento? Se despachaba a Hugh para que lo pusiera firme.

Todo eso había terminado. Ned necesitaba ocuparse de su propiedad y su padre ya no molestaría a nadie más. Hugh era libre.

O lo sería, si recuperaba la vista.

Cerró el puño y golpeó las teclas del pianoforte. El sonido resultó tan discordante como sus emociones. Su libertad dependía de su vista. ¿Y si nunca llegaba a curarse?

Se irguió. «Basta de autocompasión», se dijo.

Deslizó de nuevo los dedos por el teclado, tocando ya una música más agradable.

Por deseo o la falta de otra cosa que hacer, se sentó en el banco y probó las teclas, escuchando de nuevo las interminables escalas de su hermana que habían sonado en su casa durante años. Encontró la media C y tocó la escala C sencilla, donde se detenían sus escasos conocimientos de música.

Tocó de nuevo la escala. Una vez más. Y otra, hasta que sus dedos se movieron fluidamente de una nota a otra y la novedad del ejercicio lo agotó. Intentó pergeñar una melodía, en un ejercicio de ensayo y error. Y persistió.

Encontró el tono de un toque de corneta que señalaba el fin de la jornada… o el fin de la batalla.

Aquello le despertó recuerdos.

—¿Tocáis el piano, señor Westleigh? —la voz de la señora Asher le llegó desde el umbral.

—En absoluto —se volvió—. Es posible que hayáis oído todo el talento que poseo —el enorme placer que experimentó al tener por fin compañía lo dejó sorprendido—. ¿Habéis contratado ya a todos vuestros sirvientes?

—Así es.

No dijo más. No se movió. La cautela que mostraba hacia él persistía y lo dejaba perplejo.

Se volvió hacia el teclado.

—Juguetear con el pianoforte es algo que al menos puedo hacer sin ver. Poco más hay.

La oyó aproximarse por el rumor de sus faldas, y supo que estaba muy cerca por su aroma a rosas y por el calor de su cuerpo. Aquella mujer inflamaba sus sentidos, pero no sabía si era debido al sentimiento de soledad que le producía su ceguera o al hecho de que fuera tan misteriosa y tan femenina.

«Dios mío», exclamó para sus adentros. Debía vigilarse a sí mismo.

Dafne había resuelto alejarse todo lo posible de Westleigh, pero Carter estaba ocupado con el nuevo criado y no podía atenderlo. Debería simplemente preguntarle a Westleigh si necesitaba algo y luego marcharse, pero le había parecido tan… tan solo, tan solitario, que le había resultado difícil no ejercer de anfitriona.

Al menos eso fue lo que se dijo a sí misma.

Vio que volvía a poner los dedos sobre las teclas.

—¿Lo veis? Puedo hacer una escala.

Pero empezó con una nota equivocada.

Ella le cubrió la mano con la suya. Tenía una mano grande, de dedos largos y fuertes. Le colocó uno sobre la media C.

—Probad ahora.

Así lo hizo. Volvió la cabeza y le sonrió.

Dafne se ruborizó.

Se alegró de que no pudiera ver el efecto que le causaba su sonrisa, acelerándole el corazón. En realidad era absurdo que reaccionara de esa forma a un hombre. Se había prometido a sí misma que nunca más volvería a hacerlo. O quizá había pensado simplemente que nunca volvería a hacerlo.

—¿Tocáis vos? —le preguntó él—. Supongo que sí, porque sabíais cómo encontrar la C y tenéis un pianoforte en vuestro salón.

Pensó en todas las horas de su infancia que había pasado practicando escalas.

—Aprendí, por supuesto, pero mi forma de tocar no es nada excepcional.

Al contrario que su hermana, que tenía tanto talento que Dafne había pensado en un principio que había tocado en Covent Garden. Aunque los elogios que su marido le había prodigado habían sido muy efusivos, ella siempre había sospechado que exageraba.

—¿Qué melodía estabais tocando? —le preguntó ella, ahuyentando

el sentimiento de culpa que le provocaba la devoción que le había demostrado Faville.

—El último puesto —respondió—. Un toque de corneta que señala el final de la jornada.

—Ah, sí —ella no sabía gran cosa de toques de corneta y asuntos militares—. La he oído antes, por supuesto.

Él retomó la melodía.

—Creo que esta vez la he tocado bien —le hizo sitio en el banco—. Vuestro turno. Sentaos y tocad algo para mí.

No había vuelto a tocar desde que murió su marido y tampoco quería hacerlo en ese momento, pero le parecía una grosería negarse.

—Muy bien —se sentó a su lado, dándose cuenta por primera vez de que era mucho más alto y grande que ella.

Tocó la primera pieza que se le ocurrió. *La batalla de Praga*.

Él se echó a reír.

Ella alzó las manos, con el rostro ardiendo de vergüenza.

—¿Tan mal la he tocado? ¿Ha sido horrible?

—No, no es eso en absoluto —encontró su mano y la tocó—. Es que me he acordado de algo. Mi hermana tocaba esa pieza tan a menudo que yo solía tirarla del pelo por ello.

Ella retiró las manos y las apoyó sobre su regazo.

—¿Vuestra hermana?

—Lady Phillipa —dijo—. Amaba el pianoforte por encima de todo… hasta que conoció a su marido, quiero decir.

—Ah —la punzada de dolor que experimentó no fue tan fuerte como debería haber sido. El año que había pasado en la abadía le había hecho algún bien.

«Te recuperarás», le había asegurado la abadesa. Quizás había hecho algún pequeño progreso.

—Por favor, seguid tocando —le pidió él.

Deseó escapar de la habitación, pero sus buenas maneras se impusieron. Esa vez tocó *Barbara Allen*.

Para su sorpresa, él empezó a cantar.

En el pueblo de Scarlet donde nací,
Moraba una rubia doncella
Que a cada joven hacía llorar desconsolado:
Su nombre era Barbara Allen…

Tenía una agradable voz de barítono. Después de tres estrofas, le falló y tuvo que interrumpirse.

—¡Esto sí que ha sido horrible!

Dafne se dio cuenta de que había estado disfrutando de la canción.

—¿Os duele todavía la garganta?

Se puso a toser.

—Lo tomaremos como una excusa.

—Disculpadme —se había olvidado de su tarea principal—. Vine aquí para preguntaros si necesitabais algo. Quizá os apetezca algo de beber.

—Un poco de agua estaría muy bien —tosió de nuevo.

—Ahora os la traigo —se levantó del banco y abandonó apresurada la habitación.

Maldijo a su garganta.

O a su intento de cantar. Temía haberla ahuyentado. Parecía como si algo tuviera siempre que ahuyentarla cada vez que empezaban a sentirse cómodos.

Se había sentido muy cómodo con ella sentado a su lado viéndola tocar, conversando un poco. Le había ayudado a pasar el tiempo. A aliviar su soledad.

El tictac del reloj parecía atronar en la habitación. Encontró una nota en el pianoforte y la repitió. ¿Cuántas notas tendría que tocar para llegar al final de aquel día? ¿Cuántas para llegar al final de la semana? ¿Cuántas para llegar al final de las dos semanas?

No. Rechazó ese pensamiento. La manera de superar esa situación era poco a poco. Sesenta notas. Repetidas una y otra vez.

Tocó al azar, siguiendo el ritmo del tictac del reloj hasta que, aburrido, cambió a la melodía de *Barbara Allen*. O intentó al menos tocar las notas adecuadas.

Finalmente volvió ella.

—Ya estoy aquí —dijo con lo que parecía una forzada alegría—. Pensaba que podría apeteceros una limonada.

Hugh levantó un dedo.

—Escuchad esto.

Tocó las notas.

—¿*Barbara Allen*? —sugirió, dudosa.

—¡Correcto! —le satisfizo que lo hubiera reconocido—. Y gracias. La limonada me sentará estupendamente.

Alzó la mano, consciente nuevamente de que no sabía con exactitud dónde estaba ella o el vaso de limonada. Ella se lo puso en la mano y él bebió con avidez.

—Debí haberme asegurado de que tuvierais a mano algo de beber cuando os dejé en el comedor. Creo que vuestros ejercicios os han dado mucha sed.

Ciertamente. Tenía la garganta continuamente seca y áspera.

—No os reprendáis por ello. Soy capaz de pedir lo que necesite —dijo, aunque detestaba pedir.

Incluso había detestado pedirle a Carter que le consiguiera un bastón.

El bastón, sin embargo, le ayudaría a ser más autosuficiente.

—Por supuesto —su anfitriona había recuperado su tono conciliador—. Debéis decirme entonces qué es lo que podríais necesitar antes de que me marche.

¿Marcharse?

Había contado con que lo ayudaría a pasar el tiempo. Podía despreciarse por pedir cosas, pero eso no significaba que no pudiera ser egoísta.

—Me gustaría contar con vuestra compañía durante un rato más.

—¿Mi compañía? ¿Para qué? —inquirió con un levísimo temblor en la voz.

—Quiero salir al exterior —esperó, pero ella no dijo nada—. Quiero estirar las piernas y sentir el sol en la cara —ella seguía sin decir nada—. Si no podéis acompañarme, quizá podáis llamar a un criado para que lo haga.

—Os acompañaré yo —lo dijo como si fuera una onerosa tarea—. Por favor, esperadme aquí. Voy a buscar mi chal y mi sombrero.

Sabía que debería decirle que retomara sus tareas. Que ya se entretendría de otra manera, pero el tiempo pasaba más rápido en su compañía. Además, necesitaba un desafío, y resolver su misterio era el único desafío que se le ofrecía en aquellas circunstancias. A no ser que considerara su ceguera como un desafío, algo que se negaba a hacer.

Su ceguera no era más que una incomodidad temporal. Provisional.

En menos de quince días, volvería a ver. Tendría que ver.

Dafne se dirigió apresurada a los cuartos de las criadas, donde Monette estaba tomando las medidas a Mary y a Ann para hacerles sus nuevos vestidos. Su talento con la aguja era más decorativo que útil, limitado al bordado de fantasía, pero podía coser una costura en caso necesario.

—Aquí estáis, señora —la saludó Monette con tono alegre—. Estoy a punto de terminar.

Monette se había hecho sus propios vestidos sin patrones, copiándolos de la ropa que Dafne se había llevado consigo al convento. Mientras estuvo allí, Dafne había vestido una sencilla túnica similar al hábito de las monjas. La ropa elegante había formado parte de su vanidad.

Las criadas estaban entusiasmadas. A Dafne no se le había ocurrido que las doncellas pudieran disfrutar de la ropa elegante tal y como ella misma había hecho antes. No hasta que fue testigo del deleite de

Monette cuando empezó a vestir a la última moda.

La abadesa le había dicho más de una vez: «Dios nos hizo a todas iguales».

En algunos aspectos la gente era igual; en eso Dafne estaba de acuerdo, pero a ella siempre la habían tratado de forma distinta, incluso en el convento.

A causa de su belleza.

—No puedo ayudarte como pensaba hacer —le dijo a Monette, examinando la tela azul con estampado floral que su doncella había elegido para los vestidos—. Debo hacer compañía al señor Westleigh. Desea salir a dar un paseo.

—No os preocupéis, señora —le dijo Mary—. Seguiremos cosiendo y aún nos quedará tiempo para desempeñar nuestras obligaciones —se volvió hacia su hermana—. ¿Verdad que sí, Anne?

—Claro que sí —respondió su hermana.

—Yo os ayudaré después —se ofreció Dafne.

—¿Señora? —fue Mary la que se dirigió a ella—. No deberíais poneros a coser nuestros vestidos, si se me permite decirlo. Nosotras los terminaremos —se volvió hacia Monette—. Anne y yo podemos terminarlos, ¿verdad? ¿Nos enseñaréis lo que queréis?

Coser un vestido nuevo y realizar al mismo tiempo las cotidianas tareas de una criada, todo en el mismo día, era un trabajo abrumador. Dafne pensó en todo el trabajo excesivo que había impuesto a las criadas de Faville House sin detenerse a pensar ni un momento en ellas.

—Sí, pero coser los nuevos vestidos constituirá hoy vuestra prioridad —les dijo—. Ya os ocuparéis mañana de las tareas de limpieza y demás.

Las tres jóvenes ensayaron una reverencia.

—Gracias, señora —dijeron al unísono.

Dafne se dirigió apresurada a su cuarto en busca de su chal y su sombrero, ya que hacía un día frío. Se detuvo en la habitación de Westleigh para recoger también su sombrero.

Carter estaba allí con el nuevo criado, que debía permanecer todo el día a su lado para aprender debidamente sus obligaciones.

—Carter, voy a llevarme al señor Westleigh a dar una vuelta por el jardín —le dijo—. ¿Tiene sombrero y guantes?

Carter abrió mucho los ojos.

—No, mila… señora. Me había olvidado de decírselo. Debió de haberlos perdido —se volvió hacia el nuevo criado—. Busca al señor Pitts y pregúntale sin tiene algún sombrero que pueda llevar un caballero.

—No —lo detuvo Dafne—. Le preguntaré antes si no le importa salir sin ellos. Carter, quizá tú o… —no recordaba del nombre del

criado nuevo.

—Toller, señora —dijo.

—Toller —se avergonzó de no acordarse—. Quizá uno de vosotros pueda acercarse al pueblo y comprárselos.

—Nos encargaremos de ello —Carter atravesó la habitación—. Aquí tengo algo que el caballero me pidió antes —levantó un bastón de madera.

—¿Un bastón? —se había quedado sorprendida.

—Me dijo que le serviría para caminar mejor.

—Gracias —lo agarró Dafne—. Yo se lo llevaré.

Abandonó la habitación y bajó las escaleras, pero enseguida aminoró el paso

¿Qué le había sucedido a su resolución de pasar el menor tiempo posible con él? Podría haber insistido en que Carter se lo llevara a dar un paseo, pero entonces habría tenido que dejar de supervisar al nuevo criado. Y las criadas tenían razón. No debería coser ropa para ellas.

No podía delegar la tarea de atender a Westleigh en la servidumbre. Ese era su trabajo como anfitriona. Y eso muy bien podía hacerlo sin revelar quién era. Westleigh todavía no tenía por qué conocer la verdadera identidad de la señora Asher.

Volvió a escuchar la voz de la abadesa: «Sé sincera, sobre todo contigo misma».

Muy bien. Si tenía que ser sincera, le gustaba la compañía de aquel hombre. No, era algo más. Todos sus sentidos despertaban a la vida cuando estaba cerca de él, de una manera que nunca había experimentado antes.

Semejante reacción era simplemente algo más que debería esconderle. Si era mejor que él no conociera su verdadera identidad, lo era todavía más que no descubriera nunca la emoción que sentía en su presencia.

Seis

—Me temo que no tenéis ni sombrero ni guantes —la señora Asher sobresaltó a Hugh con su brusca entrada—. Puedo intentar que os presten unos.

—No los necesito —Hugh habría salido hasta en ropa interior, si no le hubiera quedado otro remedio.

—No nos acordamos de ellos —lo dijo como si fuera algo importante—. Debieron de haberse perdido en el incendio.

Junto con su abrigo, parte de su dinero y una muda de ropa.

Y posiblemente su vista.

Ciertamente no quería insistir en el tema

—No pensemos ahora en guantes ni sombreros. Estoy loco por estirar las piernas y respirar un poco de aire fresco.

—Tengo algo para vos —dijo ella—. Un bastón del señor Carter.

Se lo puso en la mano.

—¡Qué bien! —agarró el mango y lo probó—. Tengo que darle las gracias. Esto me ayudará a caminar solo —había visto a gente ciega servirse de bastones para andar, moviéndolos delante de sí para adelantarse a los obstáculos.

—No ver debe de ser tan difícil… —empezó ella, y se interrumpió.

—Nada de eso —le tendió la mano—. Vamos. Mostradme el camino.

Lo sacó de la habitación, tomándolo del brazo como si estuvieran paseando por Hyde Park.

—Hay un escalón.

Le pareció sentir una baldosa bajo su pie, y le sorprendió la sensación de inseguridad que le producía caminar en el vacío, sin ver lo que tenía delante. Blandió el bastón y no tocó nada.

Ella se agarraba a su brazo. El aire era fresco y vigorizante. No era un día para estar triste o abatido. Era un día para disfrutar del aroma de las flores, del olor de la cuadra cercana, de la hierba de los prados. Todo lo entusiasmaba.

Bajaron el escalón.

—Decidme qué veis delante de vos.

—Hay un sendero —dijo con voz tranquilizadora—. No corréis riesgo de tropezar

—No lo de delante de vuestros pies —señaló con la mano el paisaje que le era negado—, sino todo lo que vería si pudiera ver. Huele a

cuadra. Debe de estar a la vista.

—Oh. Hay una cuadra. A la izquierda, a menos de un centenar de metros. El sendero termina en un camino y la cuadra se encuentra cerca de allí. El camino pasa por delante de algunos árboles y un campo, y al fondo se distingue la carretera que lleva a la aldea. La aldea se ve perfectamente, ya que no está a más de un kilómetro y medio o dos de distancia. El campanario de la iglesia se alza por encima de los demás edificios.

Pudo haber sido la descripción de cualquier pueblo, pero le ayudó a sentirse orientado.

—¿Cómo es la cuadra?

—De muros blancos, como la casa. ¿Queréis que recorramos el sendero hasta el camino?

—Sí —no le importaba, tan pronto como estirara las piernas.

Pero no podían avanzar a paso rápido. Él dependía de su apoyo más de lo que había esperado. Tropezó un par de veces. La señora Asher y el bastón lo ayudaban a mantener el equilibrio. Las únicas palabras que murmuró ella fueron advertencias.

—Cuidado, hay un charco. Una piedra

Lo cual le hacía sentirse como un maldito inválido.

Se obligó a caminar con mayor confianza, aunque no sabía lo que podía tener delante.

Quizá ella percibió su frustración. De repente hizo un intento por conversar.

—Habladme de vuestra familia. De aquellos con los que no quisisteis que me pusiera en contacto.

¿Su familia? Ya le había hablado de su padre libertino. Probablemente se estaría preguntando qué otros horrores escondía.

—Los demás no son como mi padre.

—¿Entonces por qué os negáis a que contacte con ellos?

Frunció el ceño. ¿Por qué le estaba preguntando eso?

—Porque vendrían todos corriendo a buscarme.

—¿Y encontráis eso criticable?

Pensó que tal vez estuviera intentando deshacerse de él.

—Ninguno sería un buen cuidador para mí —dijo, e intentó explicarse—: Mi madre me asignaría sin más el papel de niño y velaría para que yo no hiciera nada. Me volvería loco en una hora —no mencionó al amante de su madre, de la que no se separaba nunca—. Mi hermano Ned, el nuevo conde, es quien carga con el peso de la responsabilidad familiar. Si viniera, tendría que descuidar algo importante. Y peor aún: se casó con una muchachita de cabeza hueca que resultaría absolutamente irritante —tampoco mencionó a Rhys, su hermano bastardo. No tenía derecho a pedirle nada a Rhys—. Y luego está mi hermana…

—¿Vuestra hermana? —inquirió, tensa.

Eso le sorprendió.

—Phillipa sí que me cuidaría bien, estoy seguro. Pero yo no se lo pediría. Bastante trabajo tiene con el bebé.

—¿Un bebé? —su tono se volvió tierno, pero persistía la tensión.

Se había olvidado. Un bebé debía de haber sido la probable razón de su larga estancia en Europa.

—Recientemente ha alumbrado a una hija.

Lamentaba haber sacado el tema a colación.

—Qué alegría para vuestra hermana —pero la voz de la señora Asher se tornó afligida.

Le tocó un hombro.

—¿Es este un tema triste para vos?

La sintió tensarse.

—No. ¿Por qué habría de serlo?

Quiso preguntarle si tenía más hijos. Si no era así, su situación era desgarradora. La de una viuda sin hijos obligada a renunciar a su bebé ilegítimo.

Hugh se lo preguntó de otra manera.

—¿Dónde está vuestra familia? ¿Vuestros padres? ¿Hermanas o hermanos? ¿Los veis?

—No tengo familia —su tono se endureció.

No tenía entonces más hijos.

—Perdonadme. No sabía que estuvierais tan sola.

Ella se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrada. Mis padres fallecieron hace mucho tiempo. Y lo mismo mi marido. No tengo a nadie, en realidad.

—¿Hace mucho tiempo? Habláis como si tuvierais más años que Matusalén.

En su mente, era joven, pero… ¿qué edad tendría?

—Soy mayor —pronunció ella con convicción, evitando su pregunta.

Él se detuvo, dejando caer la mano.

—No os creo.

—Lo soy —insistió.

Se colgó el bastón del hombro y alzó una mano hasta su rostro. Lo exploró con los dedos. Su piel era fina e impoluta, sin granos ni arrugas. Le rozó los labios con el pulgar y la oyó inspirar de golpe. Tenía los labios llenos. Carnosos. Húmedos.

Un largo suspiro escapó de su boca y su aliento le calentó la mano.

Un súbito deseo se apoderó de él, haciéndolo retroceder.

—Vos no sois tan vieja como Matusalén, eso es seguro.

Ella volvió a tomarlo del brazo.

—Pero soy mayor —insistió, con voz algo chillona—. Tengo treinta

y dos años.

Frunció el ceño.

Él era un año mayor. Ninguno de los dos estaba en la flor de la vida, pero tampoco eran lo que podría llamarse viejos, o mayores. Por otro lado, él conocía bastante bien la sensación de sentirse viejo. Esa sensación provenía de los horrores de la vida que había tenido que soportar. De la gente que había perdido. Y ella seguro que había perdido gente.

—¿Qué edad teníais cuando fallecieron vuestros padres? —le preguntó él.

No era la clase de conversación que un caballero debería tener con una dama, pero prefería hablar de algo sustancial en vez de intercambiar inanidades sobre el tiempo.

Además, quería llegar a conocerla.

Ella siempre podría negarse a contestar, si así lo quería.

Para su sorpresa, respondió a su pregunta.

—Tenía dieciocho años. Apenas llevaba un año casada.

¿Tan joven se había casado?

—Pobres papá y mamá… —continuó—. Nunca tuvieron oportunidad de disfrutar de su triunfo.

—¿Su triunfo?

No contestó de inmediato.

—Mi marido era un hombre rico. Para mí fue una suerte casarme con él.

—Me pregunto por qué no puedo recordar haber oído su nombre —quizá su marido no perteneciera a la alta sociedad. O quizá él había estado demasiado ocupado en la guerra para seguir el rastro de los miembros de la aristocracia.

—No bajábamos mucho a la capital —dijo ella—. Prefería el campo.

—Habladme de él —bien podría intentar satisfacer toda su curiosidad.

Avanzaron varios pasos antes de que ella respondiera:

—Mi esposo era muy bueno conmigo. Mi felicidad constituía su mayor preocupación. Cualquier cosa que quería, si él estaba en posición de dármela, me la proporcionaba.

Excepto un hijo.

El hijo de Rhys y la hija de Phillipa parecían haberlos colmado a ambos de felicidad. Lo último que había sabido de Ned era que su esposa estaba obsesionada con tener un bebé. Hugh nunca había pensado en esa perspectiva para sí mismo. Le parecía como una fase de su vida que debía seguir a aquella en la que se estableciera. Y él no tenía ninguna intención de establecerse.

Pero ella no sabía eso, por supuesto. ¿Qué podía saber ella de su

situación, si tenía una esposa o hijos?

—Vos nunca me habéis preguntado si estoy casado —intentó decirlo sin un tono acusatorio.

Ella tardó todavía varios pasos en responder.

—Yo sabía que no lo estabais.

—¿Cómo lo sabíais? —le preguntó con demasiada brusquedad.

Vaciló de nuevo.

—Mi esposo siempre recibía los periódicos de Londres y yo también continué recibiéndolos. A mí… me gustaba leer las crónicas de sociedad, las fiestas, la gente… El matrimonio de un hijo de lord Westleigh habría sido anunciado.

Una explicación lógica. Aun así, ella le escondía algo, algo que no deseaba que supiera. Se alarmó. ¿Qué podría ser…?

—¿Conocisteis vos a mi padre, señora Asher? —frunció el ceño.

Si había llegado a encontrarse con su padre…

A Dafne se le aceleró el corazón. Le estaba haciendo demasiadas preguntas. Sospechaba de ella, como no podía ser menos. Después de todo, lo estaba engañando.

—No, no conocí a vuestro padre —respondió.

Era la verdad. Tal vez hubiera coincidido con él una o dos veces, en aquellos primeros días en que Faville la bajaba a la capital para la Temporada, pero no lo recordaba en concreto.

Él suspiró.

—Menos mal. Por un momento temí que pudiera haberos ofendido en algo. Era enteramente capaz de semejante comportamiento.

—Pero supe de él por los periódicos, por supuesto —los periódicos nunca usaban nombres completos cuando estallaba un escándalo, pero todos sabían de quién se estaba escribiendo en cada momento.

Pasaron por delante de las cuadras y de otros dos edificios de los que ella desconocía su uso. El camino estaba flanqueado de arbustos verdes, con nuevos brotes. Botones de oro y pensamientos silvestres salpicaban los prados que se extendían detrás. ¿Debería describírselos? ¿O empeoraría las cosas saber que la primavera estaba estallando a su alrededor y él no podía verlo?

—Todavía no me habéis dicho cuándo falleció vuestro marido.

¿Por qué insistía en aquel interrogatorio?

Pero bien podía responder a eso.

—Hace poco más de tres años.

—¿Tres años? —alzó la voz, sorprendido—. Creía que habíais dicho que había pasado mucho tiempo desde entonces.

—A mí me pareció mucho —al igual que todo lo que le había ocurrido después, aunque la mayor parte de ello había ocurrido en el

campo de su mente y de sus sentimientos. En comparación, su matrimonio le parecía un sueño.

—¿Cómo sucedió? —le preguntó.

—¿Cómo sucedió el qué?

Él soltó un suspiro exasperado.

—El fallecimiento de vuestro marido.

—Ah. Se cayó de su caballo.

Había muerto casi al instante. Había guardado luto, pero… ¿le había dolido su muerte? Mucho se temía que no.

¿Qué clase de esposa no se dolía de la muerte de su marido, y más aún cuando había sido tan bueno con ella?

Faville siempre la había amado. La había amado como un hombre amaba una valiosa posesión o una preciada joya. En el convento Dafne había descubierto que había habido un hombre detrás de aquella devoción, un hombre con sus propias necesidades y sentimientos. Le había dado mucho más de lo que ella le había dado a él. En lugar de ello, se había llenado la cabeza con fantasías de Xavier Campion, el marido de la hermana del hombre con quien estaba paseando en ese momento.

Debería decírselo. Decírselo ya.

Pero él la detestaría si lo hiciera. No podría soportarlo: saber que un hombre que estaba conviviendo con ella, bajo sus cuidados, la odiaba. Ya se odiaba bastante a sí misma.

—¿Por qué no os casasteis vos, señor Westleigh? —le preguntó con tono ligero, como flirteando. Tales habilidades para desviar la conversación en la dirección que ella deseaba eran su fuerte… o lo habían sido antaño.

Él respondió bromeando.

—La mayor parte del tiempo lo pasé luchando contra Napoleón. No eran las mejores condiciones para ponerme a cortejar a alguien.

—Pero la guerra ha durado años…

—Yo no me licencié hasta 1818 —le explicó él—. Luego mi hermano descubrió que nuestro padre había colocado a la familia al borde de la ruina. Eso, ciertamente, no me convirtió en una buena perspectiva matrimonial para nadie.

Dafne no había tenido ni idea. Los rumores sobre los apuros financieros de los Westleigh no habían llegado a los periódicos.

—¿Al borde de la ruina?

—Estuvimos en peligro de perderlo todo. Faltaban minutos para que los recaudadores de deudas llamaran a nuestra puerta —tropezó con una piedra y ella tuvo que agarrarle con fuerza del brazo, de su musculoso brazo, para evitar que perdiera el equilibrio.

—Deberíamos dar media vuelta —habían llegado al final del camino, donde se cruzaba con la carretera de Thurnfield. No habían

dado más que unos pocos pasos de regreso a casa cuando ella abandonó su tono de flirteo, ya verdaderamente interesada—. Dijisteis que estuvisteis en peligro de perder vuestro dinero. ¿No lo perdisteis entonces?

—Fuimos rescatados. Arañamos hasta la última libra que teníamos y convencimos a nuestro hermanastro de que dirigiera para nosotros una casa de juego —pareció animarse—. Él, Rhysdale, tuvo una brillante idea. Llamó al garito El Club de la Máscara y lo diseñó de forma que tanto hombres como mujeres pudieran acudir allí enmascarados para preservar sus identidades. Las damas podían así acudir sin arriesgar su reputación.

Dafne sintió que la sangre le abandonaba el rostro. ¿Cómo podía haber estado acudiendo al Club de la Máscara durante tantas semanas y no haber sabido de su conexión con los Westleigh?

—¿Tuvo… o tiene éxito esa casa de juego? —debía de tenerlo todavía. Mientras estuvo acudiendo, Dafne nunca había jugado en serio. Había estado demasiado obsesionada con obligar a Xavier Campion a admitir que la amaba.

Pero no había sido a ella a quien había amado Xavier.

La primera vez que lo vio fue en un baile, cuando ella tenía veinte años. Un hermoso joven, el más hermoso que había visto nunca, la clase de hombres que habían inspirado las estatuas de los antiguos griegos. Su pelo oscuro y su piel atezada habían sido como el contrapunto perfecto a la pálida y rubia belleza de Dafne. E incluso sus magnéticos ojos azules eran casi gemelos a los suyos. Lo había tenido como una prueba de que habían estado destinados a estar juntos, de que eran los amantes perfectos.

Pero su marido los había separado antes de que se convirtieran en amantes y Dafne pasó años soñando con volver a reunirse con Xavier. Diez estúpidos años.

La atronaba la cabeza con aquel recuerdo. Las tonterías se habían acabado. Xavier no era más que un sueño, una fantasía. Y en aquel momento caminaba junto a un hombre muy real, del que sabía muy poco.

—Y… ¿continúa vuestro hermanastro dirigiendo esa casa de juego? —le preguntó para seguir haciéndole hablar.

—Así es.

Había oído hablar de Rhysdale, por supuesto. Xavier había sido su amigo y había dirigido la casa de juego en ausencia de Rhysdale. ¿Habría sabido en aquel entonces que él era hermanastro de los Westleigh?

Miró al hombre que caminaba a su lado, que parecía ensimismado en sus pensamientos.

Finalmente habló:

—De toda la familia, Rhys es el mejor. Bueno, él y Phillipa, supongo.

Phillipa. Sí. Mejor mujer que ella, ciertamente.

Westleigh continuó:

—Rhys era hijo natural de mi padre. Yo crecí despreciándolo por ello, pero fue él quien nos salvó cuando lo necesitamos. Tenía todas las razones del mundo para no hacerlo.

—¿Lo despreciáis todavía? —Dafne pensó que se podía despreciar a una persona y admitir su valía al mismo tiempo. ¿Pertenecería él a esa clase de hombres?

—En absoluto —respondió—. Tengo a Rhys en la más alta consideración. Él hace que me avergüence de mí mismo.

Eso era algo que tenían en común, entonces.

—Bueno, lo que hacéis actualmente es lo que más importa —dijo ella—. No podéis deshacer el pasado, pero sí que podéis aprender de él.

¿Acaso no le había dicho eso mismo su abadesa, muchísimas veces?

—Oh, he aprendido de él —admitió—. Aunque no espero por ello que Rhys cambie de opinión sobre mí. Al menos tenemos establecida una especie de tregua, que es más de lo que me merezco —sonrió, triste—. Yo me comporté de manera horrible con él cuando éramos críos. Me burlaba y le obligaba a luchar conmigo. Nada me gustaba más en aquel entonces que una buena sesión de mamporros. Me temo que era una especie de muchacho salvaje. Y lo sigo siendo.

—¿Todavía os gusta liaros a mamporros? —le preguntó ella.

—No rehuiría una pelea… —gruñó—. Pero no hago más que hablar de mí mismo. Terminaré por confesaros todos los pecados de mi juventud.

—No creo que nuestro paseo dure tanto tiempo…

Él se echó a reír, con una risa profunda y vibrante que la hizo estremecerse por dentro.

—Necesitaría como poco estas dos semanas —su sonrisa se volvió sincera, genuina—. No temáis. No os cargaré con el peso de todos mis pecados, bajo ningún concepto.

Le ardieron las mejillas. No estaba acostumbrada a hacer sonreír a la gente.

Su bastón volvió a tropezar con una gruesa raíz y ella lo agarró con fuerza hasta que recuperó el equilibrio. Casi se había olvidado de que no podía ver.

—Es vuestro turno —dijo él.

—¿Mi turno?

—De confesar los pecados de vuestra infancia —y añadió—: A no ser que fuerais una niñita modosita y obediente.

Ciertamente no lo había sido.

—Era terrible, lo confieso —más recuerdos dolorosos—. No era muy rápida aprendiendo.

—No me lo creo —replicó—. No me parecéis una mujer poco inteligente, al contario.

Pasaron por delante de los edificios exteriores de la finca, cerca de la cuadra.

—Supongo que las lecciones las aprendía, pero a menudo me olvidaba de sentarme con propiedad, de sonreír siempre… cosas así.

Él sacudió la cabeza

—¿Estáis bromeando de nuevo?

—No —no había dicho ninguna tontería.

Su madre la había castigado a menudo, reprochándole que no se sentara bien derecha, que no caminara como deslizándose, que no sonriera, que no sirviera el té con elegancia, inclinándose hacia el caballero para poder exhibir mejor sus encantos. Solo se salvaría por su rostro, solía insistir su madre. Debía ser hermosa y además mostrar unas maneras agradables. Así que Dafne había practicado esas maneras una y otra vez, hasta que se convirtieron en una especie de segunda naturaleza suya. Tanto entrenamiento había tenido también su recompensa, sin embargo. Se había prometido con el vizconde Faville durante su primera Temporada en Londres, para casarse con él poco después.

Pero no quería admitir ante Westleigh que cualidades que él podía juzgar naturales no eran más que el resultado de un entrenamiento adecuado.

Desvió la mirada.

—No estaba bromeando.

Él suspiró.

—Me atrevo a decir que la educación de un niño difiere grandemente del de una niña.

—Vos deberíais saberlo por vuestra hermana —seguro que Phillipa había pasado por aquel mismo entrenamiento.

—Yo soy bastante mayor que mi hermana, así que le presté poca atención —dijo él—. Pero probablemente la educación que ella recibió fue bastante especial. Su rostro quedó desfigurado cuando era niña.

Dafne recordó las crueles palabras que le había dirigido a Phillipa en el Club de la Máscara y se encogió por dentro de vergüenza. En ese momento, en cambio, solo podía pensar en el sufrimiento que debía de haberle producido la cicatriz de su cara.

—Qué difícil debió de ser eso para ella —logró pronunciar al fin.

—Supongo que sí —golpeó el suelo con el bastón, delante de él—. Pero, en cierta manera, eso la liberó.

—¿La liberó? —no comprendía.

—No podía esperar seguir la trayectoria habitual de la hija de un conde. El mercado matrimonial y todo eso. En lugar de ello, se convirtió en una consumada pianista. ¿Sabéis que han tocado sus composiciones musicales en Vauxhall y otros lugares elegantes?

Toda una hazaña. Recordaba que Phillipa había tocado de manera maravillosa. ¿Habría compuesto música, también?

—Parecéis sentiros muy orgulloso de vuestra hermana —Dafne la envidiaba. ¿Quién se había sentido alguna vez orgulloso de ella, al menos por otra cosa que no hubiera sido su ventajoso matrimonio? ¿Que era lo que había conseguido ella?

—Así es. Phillipa hace lo que quiere hacer, sea lo que sea. Y eso es lo que haré yo también —bajó la voz—. Tan pronto como pueda quitarme estos vendajes.

—Viajaréis, entonces. ¿No es cierto, señor Westleigh? Habían hablado de ello durante la cena.

—Sí —repuso con voz tensa.

Todo dependía de que sus ojos acabaran curándose o no.

Siete

Una vez de vuelta, Hugh no quiso robarle más tiempo a la señora Asher. Pidió los servicios del nuevo criado para que lo acompañara en sus recorridos por la casa. Quizá si recorría todos los espacios suficientes veces, sería capaz de caminar solo y no alterar la rutina tanto de la servidumbre como de la señora Asher… aunque, si de él hubiera dependido, se habría apropiado de todo el tiempo de la dama.

En lugar de ello, Toller, el nuevo criado, quedó a su entera disposición. Toller era un joven alegre y locuaz que parecía perfectamente contento con acompañar a Hugh desde su cámara en la primera planta hasta el salón y el comedor de la planta baja, una y otra vez, mientras le hablaba durante todo el tiempo de su familia, del pueblo, de las criadas y del señor y la señora Pitts.

—Esa Monette es una preciosidad —proseguía Toller—. Pero no creo que vaya a verla mucho, siendo como es doncella de una dama. Probablemente esté fuera de mi alcance, de todas formas.

Monette, según le había dicho Toller, era la doncella personal de la señora Asher, que la había seguido desde Suiza. El criado nada sabía sobre la muchacha, sin embargo, y Hugh todavía no se había encontrado con ella allí… aunque lo había hecho antes. En el incendio.

—¿Qué me dices del señor Asher? —Hugh bien podía canalizar su locuacidad hacia asuntos por los que sentía verdadera curiosidad—. ¿Cómo era?

—¿El señor Asher? —Toller pareció absolutamente perplejo—. No tengo ni idea.

«Mala suerte», pensó.

—¿Viniste a Thurnfield después de su muerte?

—He vivido toda mi vida en Thurnfield —respondió Toller, orgulloso—. Lo sé todo sobre este pueblo.

—¿Cómo es que entonces no sabes nada del señor Asher?

—Nada puedo saber sobre él, ya que nunca estuvo en Thurnfield —dijo Toller—. Al menos nunca vivió aquí. Puede que pasara por el pueblo, sin embargo. Es mucha la gente que pasa por aquí de camino hacia Londres.

—¿El señor Asher nunca vivió aquí?

—En Thurnfield no —insistió el criado.

¿Habría vivido ella separada de su marido?

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí la señora Asher, entonces?

—Unos tres días —contestó Toller.

¿Tres días?

Toller continuó hablando.

—Llegó al pueblo buscando a alguien que cuidara de vos, o algún sitio donde pudiera quedarse ella para cuidaros. La posada de la taberna estaba llena de gente venida de Ramsgate. Hubo un incendio allí, según me dijeron. ¿Quizá fue el mismo en el que os lastimasteis los ojos? —el joven no esperó a que respondiera—. En cualquier caso, nadie deseaba hacerse cargo de un hombre enfermo sin saber si podía pagar sus cuidados, y vos no estabais en condiciones de continuar viaje, así que la señora Asher alquiló esta casa. Los anteriores inquilinos fueron un marino y su esposa. Se marcharon hará cosa de un mes. La casa ha estado vacía desde entonces.

Llegaron una vez más a la escalera.

Hugh apoyó una mano en la barandilla.

—¿Quieres decir que la señora Asher simplemente estaba de paso por aquí? ¿Que nunca había tenido intención de vivir en Thurnfield?

—Eso último no lo puedo afirmar de cierto —respondió Toller—. Pero el señor Brill, el agente de la propiedad, dijo que pidió la casa por dos semanas, aunque dado que él no podía alquilársela por tan poco tiempo, ella le pagó tres meses.

¿Que había pagado tres meses? ¿Por qué?

¿Y por qué ella le había dicho que vivía allí?

Aunque… ¿le había dicho explícitamente alguna vez que vivía allí? Hugh se esforzó por recordarlo.

Volvió la cabeza hacia donde imaginaba que estaba Toller.

—Subamos de vuelta a la habitación. Luego te liberaré de tu papel de niñera.

—Muy bien, señor —repuso el muchacho de buen humor.

Hugh subió las escaleras con mucha mayor confianza que al principio. Se estaba acostumbrando cada vez más a usar el bastón.

Una vez en la puerta de su cámara, dio las gracias al criado.

—Estoy muy contento, Toller. No lo habría conseguido sin tu ayuda. Estoy en deuda contigo.

Le pagaría al joven una generosa compensación al final de su estancia. Seria generoso con todos los criados, dado que él había sido la única razón por la que habían sido contratados, aparentemente.

¿Por qué la señora Asher no le había informado sin más de que había alquilado la casa para cuidar de él? ¿Que se había visto obligada a pagar por un tiempo que no llegaría a agotar? ¿Dónde residiría ella, entonces? ¿Dónde tenía su hogar?

Estaba razonablemente convencido de que no había habido malevolencia alguna por su parte al ocultarle toda aquella

información, aunque al principio había sospechado de ella. Evidentemente la señora Asher nada tenía que ganar asumiendo sus cuidados. Lo único que podía ganar era su dinero, pero dinero era algo que obviamente tenía.

¿Se trataba simplemente de que poseía un corazón bueno y generoso? ¿O acaso había creído estar en deuda con él porque la había salvado del incendio? Pero entonces…. ¿por qué no ordenar simplemente a sus criados que cuidaran de él?

Era un misterio.

Aquella mujer poseía un singular talento para la conversación del que solía servirse para ocultar más cosas de las que revelaba. Cambiaba del tono superficial a matices de una profunda tristeza.

Le intrigaba también en otros aspectos. Su voz musical, el aroma a rosas cuando estaba cerca, la suavidad de sus manos. Tocar su rostro había sido una experiencia excitante, más de lo que le habría gustado admitir.

Quería verla, conocerla, descubrir lo que tan meticulosamente ocultaba. ¿Era esa la fuente de su desgracia? No podía preguntárselo sin más. Quería saber de su vida, de su marido. ¿Lo había amado? ¿Había sido él bueno con ella? ¿Había habido otros hombres aparte de él? ¿Y qué era lo que había estado haciendo, viajando sola por Europa? ¿Sería acertada su suposición de que se había escondido para tener un bebé ilegítimo?

Probablemente no tenía ningún derecho a entender de asuntos tan personales, pero sí que se merecía saber por qué se había hecho cargo de él, incurriendo en tantas molestias y gastos. Lo descubriría esa misma noche. O al menos, la confrontaría con lo que ya sabía.

Aquella tarde, Dafne encontró a Westleigh esperando en el salón antes de cenar. Como la noche anterior, le sirvió vino. Parecía preocupado, inquieto. Supuso que sería por su ceguera.

Él respondió a sus esfuerzos por entablar conversación con una llamativa economía de respuestas, aunque aceptó una segunda copa de vino. El humor de Dafne se ensombreció. La cómoda camaradería que habían alcanzado durante el paseo se había evaporado. ¿Por qué? La echaba terriblemente de menos.

Finalmente Carter anunció que la cena estaba servida.

Westleigh tomó su bastón con una mano y se levantó. Le ofreció su brazo.

—¿Me permitís que os acompañe hasta la mesa?

¿Qué significaba aquello? La noche anterior ella lo había guiado cuidadosamente hasta el comedor.

Vio que se dirigía sin vacilar hacia la puerta. Ella lo guio para

corregirle el rumbo, ya que de lo contrario habría chocado contra la pared.

—Gracias —dijo, tenso—. Mañana lo haré mejor.

—Lo estáis haciendo muy bien —utilizó un tono conciliador.

Vio que seguía atravesando confiadamente el vestíbulo, aunque con excesiva concentración. La llevó hasta el comedor casi como si pudiera ver y localizó su silla con igual facilidad.

—Recluté a Toller para que me ayudara a recorrer la casa —le sacó la silla—. La recorrimos varias veces hasta que pude memorizar la planta baja y no chocar contra los muebles.

—Muy inteligente por vuestra parte.

—No necesitáis hacer eso —torció de pronto el gesto.

No sabía lo que quería decir.

—¿Hacer qué?

—Hablar con vuestra voz de institutriz —le espetó.

—¿Mi… qué? —el corazón se le aceleró.

—Vuestra voz de institutriz, como si estuvieras hablando con un colegial. La utilizáis a menudo.

«Habla con el corazón», le había aconsejado repetidamente la abadesa. «Esa es tu verdadera voz». Dafne seguía sin saber lo que eso quería decir.

—Yo… yo… es la manera que tengo de hablar —no conocía otra.

Solo que su tono había cambiado con aquellas últimas palabras. Incluso ella se había dado cuenta.

—No siempre.

Carter y Toller entraron en ese momento, con lo que Westleigh se interrumpió.

Toller sirvió la sopa bajo la mirada atenta de Carter.

Cuando los criados se retiraron, Westleigh hundió la cuchara en la sopa y se la llevó cuidadosamente a la boca.

No derramó ni una gota.

Dafne permaneció callada, pero continuó mirándolo fijamente. Sus esfuerzos por comer con normalidad resultaban enternecedores. Finalmente se las arregló para terminar la mayor parte de la sopa.

No bien hubo bajado la cuchara, Carter y Toller regresaron con el segundo plato. Toller fue a recoger su plato de sopa.

Carter lo detuvo.

—¿Habéis terminado, señora?

Se había olvidado hasta de probarla.

Hizo un gesto de indiferencia.

—Sí. No tenía apetito para sopa.

El criado dejó la codorniz asada en la mesa, ya deshuesada y cortada para Westleigh.

—¿Codorniz, señor? —le preguntó Carter.

Westleigh asintió.

Carter sirvió también patatas asadas y buñuelos de albaricoque, explicándole a Westleigh lo que era cada cosa.

Los dos criados volvieron a abandonar la habitación.

¿Sería una descortesía preguntarle a Westleigh por aquello que le preocupaba… o lo sería más bien fingir que no lo había notado?

Dafne inspiró profundamente.

—Señor Westleigh, ¿qué es lo que os preocupa?

—¿Preocuparme? —levantó la cabeza.

Ella asintió en silencio, hasta que se dio cuenta de que no podía ver.

—Vuestro humor es muy diferente del de esta mañana, cuando dimos ese paseo tan agradable.

Palpó el plato con el tenedor hasta que pinchó un pedazo de carne y se lo llevó a la boca. Los músculos de su cuello se flexionaron mientras masticaba. ¿Se habían movido los de su marido alguna vez con aquella fuerza contenida? Nunca se había fijado en ello.

—No pretendía poneros más incómoda —dijo finalmente él.

¿Más incómoda?

—Estoy perfectamente cómoda, os lo aseguro —mantuvo un tono tranquilo de voz, para disimular la tensión que sentía por dentro.

Vio que él torcía la boca con un gesto escéptico.

Apretó con fuerza el tallo de su copa de vino.

La puerta se abrió de nuevo. Carter y Toller estaban ya listos para asistirlos.

—Después —dijo Westleigh en una voz tan baja que ella apenas la oyó.

Una vez recogidos los platos, Dafne se volvió hacia Carter.

—¿Sería tan amable de servirnos el brandy del señor Westleigh y mi té con fruta y pastas en el salón?

—Sí, mi… señora —dijo, e hizo una seña a Toller para que se hiciera cargo de ello.

Ella se levantó y Westleigh se levantó también, tomando su bastón con una mano y rodeando la mesa para ofrecerle nuevamente su brazo.

—¿Os está sirviendo bien el bastón? —le preguntó con el tono más razonable de que fue capaz, porque necesitaba decir algo,

Su respuesta fue carente de expresión.

—Sí. El bastón me da confianza, aunque sea falsa.

—La falsa confianza es al menos confianza —aprobar lo que decía un caballero era casi un reflejo en su carácter. Pero, en aquel caso, la frase era también cierta para ella. La falsa confianza era lo único que parecía poseer últimamente.

Vio que esbozaba una media sonrisa.

—Un comentario muy sabio por su parte, señora Asher —repuso, remedando el tono que había criticado antes en ella.

La guio fuera del comedor sin chocar con nada.

Dafne bajó la cabeza.

—¿De verdad que utilizo ese tono?

—He exagerado —hizo un gesto de indiferencia—. No me hagáis caso. Es mi mal humor.

Mientras atravesaban el vestíbulo, Dafne volvió a maravillarse para sus adentros de lo bien que se las arreglaba. La puerta del salón era más difícil por ser más pequeña, pero ella lo guio discretamente y quizá esa vez él no percibió su ayuda.

Toller acababa de dejar la bandeja del té. Una licorera y dos copas estaban ya sobre la mesa.

—Gracias, Toller —dijo ella.

El criado se retiró después de hacerle una reverencia.

—Sentaos, Westleigh. Yo os serviré el brandy.

Él encontró la silla donde se había sentado antes. Ella le entregó la copa y miró la otra que había dejado Toller.

¿Por qué no tomar un poco de brandy? Había visto a mujeres beber en el Club de la Máscara. Se sirvió una generosa dosis y bebió un buen trago. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no toser. Él levantó la cabeza, alerta, pero no podía saberlo, ¿verdad? Se sirvió té de todas formas, solo por si acaso.

Pero fue brandy lo que bebió.

Él inspiró profundo y soltó lentamente el aire.

—No hago más que pensar en el motivo por el cual no queríais que descubriera la verdad.

Se quedó pálida. ¿Acaso había descubierto quién era…?

Westleigh continuó:

—¿Por qué no me lo dijisteis?

—Yo… no sé a qué os referís —al menos no lo sabía exactamente. Solo lo que temía escuchar.

—Alguien, no diré quién, me lo ha dicho. Con toda inocencia, debería añadir. No ha sido una traición, sino la revelación de una persona que no sabía que me estabais escondiendo la verdad.

Bebió un sorbo de brandy y, esa vez, saboreó el calor que se extendió por su pecho. Solo Monette, Carter y el cochero sabían quién era ella, y ninguno podía haberla traicionado.

—Vaya, Westleigh… —adoptó su tono más encantador—, estoy perpleja. ¿Qué verdad os he estado escondiendo?

Él alzó una mano con gesto exasperado.

—Que alquilasteis esta casa por tres meses por mi causa. Y dándome la impresión de que vivíais aquí.

—¿Yo? —se hizo la inocente. El brandy le facilitaba las cosas—. Si

llegué a hacer eso, no fue de manera intencionada.

Él bebió un trago de brandy.

—Por favor, hablemos con sinceridad. ¿Por qué habéis incurrido en tantos gastos y molestias por mí? Me sacasteis de Ramsgate. Alquilasteis esta casa de campo por mucho más tiempo del necesario. Contratasteis más sirvientes para mí.

Se lo quedó mirando fijamente, deseando poder ver su rostro al completo, deseando poder mirarlo a los ojos para calibrar cuánta dosis de verdad podía revelarle.

Apuró su copa y soltó una corta carcajada.

—Os aseguro que no pretendía tomarme tantas molestias por vos. Pensé que en Ramsgate podría localizar a alguien que os cuidara y, de fracasar, confiaba en encontrar a alguien en el camino. Cuando eso no sucedió, los acontecimientos simplemente se fueron acumulando —rellenó su copa—. Por favor, creedme cuando os digo que el dinero es una minucia para mí, como ya os dije antes. Y, al igual que os sucede a vos, nadie me está esperando en casa —no había nadie para quien su llegada revistiera algún interés—. Un retraso de dos semanas no tendrá consecuencia alguna.

—Pero la contratación de los sirvientes…. —empezó él.

—Eso no fue por vos —explicó ella—. Creo que nos las habríamos arreglado bien con Monette y Carter. Y con el señor y la señora Pitts. Los otros… parecían necesitar el trabajo.

—¿Los contratasteis sin necesitarlos? —inquirió sorprendido.

—Mary y Anne, las criadas, parecían… pasar hambre —se encogió de hombros, aunque él no podía ver el gesto—. Me pareció justo hacerlo, y para mí no representaba ningún problema —pero sí alguna que otra molestia, teniendo como había tenido que organizarlo todo y asegurarse de que tuvieran vestidos y delantales que lucir—. Luego resultó que la señora Pitts conocía a una cocinera y más gente para contratar. Me pareció todavía más justo y fácil contratarlas. Nuestra cena de hoy ha sido deliciosa, ¿no os parece?

—¿Están todos enterados de que su contratación será por tres meses? —la sorpresa no había abandonado su voz.

—Oh… —contarle todo aquello le hacía sentirse estúpida—. No lo sé. Hablamos en términos de salarios anuales, así que supongo que es eso lo que les pagaré.

—Señora Asher… —en ese momento parecía que iba a reñirla.

Estaba segura de que la abadesa lo habría aprobado, pero eso tampoco podía decírselo.

—Es mi dinero y puedo hacer con él lo que yo quiera.

—¿Tenéis un representante? ¿Alguien que os ayude con las cuentas y las facturas?

Dafne suspiró. El querido señor Everard… Le había escrito para

informarle de que había vuelto a Inglaterra y que se quedaría un tiempo en Thurnfield—. Sí. Tengo un hombre muy capaz. Era el apoderado de mi marido y ha continuado ayudándome.

Si alguien conocía la historia completa de su locura con Xavier y Phillipa, ese era el señor Everard. Había permanecido leal a Dafne, a pesar de todo.

Westleigh se levantó y, usando el bastón, se puso a caminar de un lado a otro de la habitación.

—Señora Asher, no acepto que nadie sufrague mis necesidades. Me disgusta que me hayáis ocultado esa información. Una cosa es que acepte hospitalidad en vuestra casa, pero otra muy distinta que os permita que me paguéis un alquiler y que contratéis sirvientes.

—Que contrate sirvientes no tiene nada que ver con vos —protestó ella.

—No estaríais aquí para contratarlos de no haber sido por mí —se volvió a su silla, tocándola ligeramente para localizarla. Volvió a sentarse y encontró su copa de brandy. La bebió hasta apurarla.

Ella le sirvió un poco más.

—Aquí tenéis pastas y fruta acaramelada —dejó el platito junto a su copa.

Él levantó la copa, pero los dulces no los probó.

—Pagaré todos estos gastos. La casa y los sirvientes.

«¡Ridículo!», exclamó Dafne para sus adentros. Él no podía tener tanto dinero como ella, a juzgar por lo que le había contado sobre los recientes apuros económicos de su familia. Pero, obviamente, había herido su vanidad.

Quizá, en su opinión, ella fuera demasiado independiente. Su madre le había enseñado que a los hombres no les gustaban las mujeres que exhibían demasiada independencia.

Aunque la abadesa siempre le había dicho que debía pensar en sí misma…

Dafne sacudió la cabeza.

—Muy bien, Westleigh. Haremos las cuentas y me pagaréis.

Él bebió otro trago de brandy.

—Bien.

Ella se sirvió un poco más y dio un pequeño sorbo.

Al cabo de un rato, Westleigh dijo:

—No necesitáis quedaros aquí, entonces.

Ella lo miró.

—¿Queréis que os deje solo?

—No, en absoluto —se apresuró a asegurarle—. Me refería a que vos y vuestros sirvientes no necesitáis quedaros conmigo por más tiempo. Podéis seguir vuestro camino. Si yo voy a pagar…

—¿Queréis que me marche? —el brandy había aturdido su cerebro

y agudizado sus sentimientos. La idea de que quisiera despacharla de manera inesperada la había herido y tuvo que esforzarse por contener las lágrimas.

Westleigh frunció el ceño e hizo una pausa antes de continuar:

—No tengo derecho a reteneros aquí. A no ser que deba pagaros por vuestra asistencia.

«¿Pagarme?», exclamó para sus adentros.

—¡Por supuesto que no!

Había querido hacer algo por alguien, algo desinteresado. Había querido hacer algo por él. Para restituirle su ayuda y… porque él había necesitado desesperadamente a alguien. Pero la situación era esa: la única vez que se había ofrecido a ayudar a otra persona, que había necesitado ofrecerse… se encontraba con que esa persona la despachaba.

Hugh estaba hecho un lío.

Había sido ella la que había estado actuando bajo falsas pretensiones, así que… ¿por qué se sentía tan vil, tan despreciable? Parecía como si la señora Asher fuera a ponerse a llorar en cualquier momento. ¿Cómo había podido invertirse la situación de esa manera?

Habló en voz baja,

—¿Por qué lo hicisteis, entonces? ¿Por qué asumisteis mis cuidados desde el principio? No fuisteis vos la única a la que salvé del fuego. Alguien más habría acudido en mi ayuda.

—No puedo explicarlo —su voz se volvió triste y débil, a la defensiva—. Simplemente no podía abandonaros —suspiró—. Estáis en lo cierto, sin embargo. Podéis pagar por Toller, Mary, Anne y los demás que cuidan de vos. A mí no me necesitáis. Me marcharé si ese es vuestro deseo.

El pecho se le apretó de emoción. ¿Su deseo? Su marcha era lo último que quería. ¿Cómo podría soportar la oscuridad sin su compañía? Su mundo se había limitado terriblemente por culpa de su ceguera, pero ella llenaba todo el espacio que le había quedado. Si ella se marchaba, él se hundiría en el abismo.

Soportaría lo que hiciera falta, pero aquellas dos semanas serían mortales sin su compañía.

Además, algo seguía sin resolverse entre ellos. Ignoraba qué era, pero si ella se marchaba, no lo sabría nunca.

—No deseo vuestra marcha —murmuró—. Es solo que no puedo pediros que os quedéis.

La oyó servir más brandy en una copa, que no era la de él. Se preguntó cuánto habría estado bebiendo.

—¿Por qué tiene que ser esto tan complicado? —su voz estaba

teñida de tristeza. Si fuéramos amigos, vos aceptaríais mi ayuda sin dudarlo y sin todas estas nobles protestas. No cuestionaríais mi voluntad de ayudaros.

—Si fuéramos amigos —repitió él.

—Eso es lo que he dicho.

Prefería su irritación a su tristeza.

—Entonces seámoslo —decidió—. ¿Por qué no podemos serlo? Tenemos buenos motivos. Yo os rescaté de un incendio y vos me ayudasteis a curar mis heridas.

—¿Podríamos ser amigos?

Lo dijo como si jamás hubiera tenido un amigo en el mundo.

—Ciertamente —pensó que al menos la había animado un poco—. Podéis quedaros aquí a hacerme compañía. Como amiga. Y podéis ser mis ojos hasta que los míos vuelvan a funcionar. Tengo que confesar que me sentiría más seguro sabiendo que una amistad me está cuidando.

—Sí… —su voz se volvió soñadora—. Yo podría ayudaros como amiga. Velar por vos —su tono cambió a otro más decidido—. Muy bien, señor Westleigh. Comportémonos como amigos.

Él se relajó y terminó su segunda copa de brandy.

—¿Hasta dónde llevaremos nuestra amistad? —le preguntó—. Podríamos fingir que nos conocemos de la infancia y usar nuestros nombres de pila.

Ella soltó una risita. Un sonido delicioso.

—Si así lo deseáis…

—Tuteémonos entonces. Llámame Hugh a partir de ahora —sonrió—. Se acabó el «señor Westleigh». ¿De acuerdo?

—Hugh —repitió, haciendo que su nombre sonara como un regalo—. Yo soy Dafne, pues.

—Dafne —susurró.

Ocho

Hugh la oyó levantarse.

—¡Oh! —exclamó ella. Tintineó la vajilla—. ¡Dios mío! Me estoy tambaleando.

Él recogió su bastón para levantarse, y ella se agarró inmediatamente de su brazo.

—¿Demasiado brandy, quizá?

Enlazó el brazo con el suyo.

—¿Sabías que estaba bebiendo brandy?

Se señaló el vendaje.

—Sin mi vista, mis otros sentidos han mejorado mucho. Te oí servirte brandy, el sonido no me pareció de té, y además olí el aroma.

Se había servido tres copas, algo insólito en ella.

—Yo… no me apetecía el té —explicó a la defensiva. Lo soltó, pero enseguida se cayó sobre él y tuvo que agarrarse a su brazo para sujetarse—. Quizá debería retirarme. A la cama.

—¿Llamo a Carter para que te ayude?

—Preferiría que no se enterase. Estaré bien si consigo llegar a mi habitación —intentó apartarse, pero él seguía agarrándola.

—Te llevaré yo entonces —se echó a reír—. Será como un ciego llevando a… una ebria.

—¿Estoy ebria? —alzó la voz—. ¿Cómo es posible? Otras veces he bebido la misma cantidad de vino y no me ha hecho ese efecto.

—El brandy es más fuerte —caminó hacia donde imaginaba que estaría la puerta—. ¿No lo sabías?

La sintió sacudir la cabeza, con sus rizos rozándole el hombro.

—Nunca lo había bebido antes.

«¿Por qué esta noche, entonces?», se preguntó.

—Desvíate hacia la izquierda —le aconsejó ella—. Vamos directamente contra la pared.

—Maldita sea —evidentemente necesitaba más práctica con aquella habitación. Se desvió hacia la izquierda—. ¿Ahora sí nos dirigimos hacia la puerta?

—Sí.

Atravesó el vestíbulo con ella y encontró las escaleras. Se colgó el bastón del brazo y se agarró a la barandilla. Ella se agarró a él. Subieron lentamente. Ella se apoyaba en su brazo como si confiara completamente en su capacidad para dejarla sana y salva en la puerta

de su cuarto. No estaba dispuesto a fallarle.

Pero no había practicado el recorrido hasta su puerta.

Cuando llegaron a lo alto de la escalera, se detuvo.

—¿Por dónde?

—Mmmm.

¿Se habría quedado dormida? La sacudió suavemente.

—¿Dafne? Tienes que indicarme el camino a tu habitación.

—Oh —dio un respingo, como si se hubiera recuperado de repente —. Por aquí.

Dio un paso adelante y él la siguió, aunque no con la misma absoluta confianza que ella le había demostrado antes. Con su mano libre, utilizó el bastón para asegurarse de no chocar contra ningún mueble.

Finalmente ella se detuvo.

—Ya estamos.

Hugh palpó la puerta y encontró el picaporte.

—Aquí te dejo, entonces.

Pero ella seguía agarrada a su brazo. Apoyó la cabeza en su hombro.

—Me gusta esta sensación.

Él le desasió suavemente el brazo para colocarse frente a ella.

—Y a mí, Dafne.

—Tener amigos —murmuró ella—. Es bonito tener amigos.

El calor de su cuerpo contra el suyo, el aroma a rosas que llevaba impregnado, su voz afectada por el brandy: todo ello tuvo el efecto de embriagarlo tanto como el licor la había embriagado a ella. En aquel momento no deseaba solamente una relación de amistad con ella, sino algo más. Una relación de amantes.

Resistió el impulso, pero no la soltó.

—Pues como amigo tuyo, te deseo que pases una buena noche.

Apoyó el bastón contra la pared y buscó su rostro. Palpando su mejilla, se la acunó suavemente con una mano e inclinó la cabeza hasta que sintió su aliento en la cara. Le acarició entonces los labios con los suyos, ligeramente de lado. Se corrigió rápidamente y la besó como solo un hombre podía besar a una mujer cuando se dejaba arrastrar por el deseo.

—Mmmm… —ella entrelazó los dedos detrás de su cuello y se entregó totalmente al beso.

Fue agudamente consciente de cada curva de su cuerpo que estaba en contacto con el suyo. Su mano no pudo resistirse de recorrer su costado y apoderarse de su seno: un seno lleno y erguido. Ella se apretó entonces contra él al tiempo que le acariciaba la nuca.

Quiso tomarla allí mismo, en el pasillo: hundirse en su cuerpo contra la puerta de su cámara. Ella estaría dispuesta. Nunca ninguna

mujer le había parecido más dispuesta.

—Dafne… —susurró.

Alguna parte racional de su cerebro escuchó pasos en las escaleras.

—Alguien viene —la apartó de sí—. Será mejor que nos despidamos antes de que podamos hacer algo de lo que dos amigos puedan arrepentirse.

—¡Yo no me arrepentiría, Hugh! —intentó abrazarlo de nuevo.

—Ahora no —la apartó con delicadeza.

Los pasos se acercaban. Hugh calculó que habrían llegado casi a lo alto de la escalera. Abrió su puerta y recogió su bastón.

—¡Oh, *madame*! —exclamó una voz con acento francés—. Yo… venía a ayudaros. Si… si no es molestia.

—Tú debes de ser Monette —dijo Hugh—. Acababa de acompañar a la señora Asher a su habitación. No se encuentra muy bien.

Oyó a Monette apresurarse hacia ella.

—¡Señora! ¿Estáis enferma?

—No, enferma no —dijo Dafne—. Me siento maravillosamente bien. Aunque algo mareada.

—Bebió un poco de brandy —explicó Hugh—. Sin ser consciente de los efectos.

—*Je comprends*, señor —dijo Monette—. Yo cuidaré de ella.

Sintió a las dos mujeres pasar a su lado y traspasar el umbral. La puerta se cerró a su espalda y Hugh quedó solo, pendiente únicamente de sí mismo para encontrar el camino hasta su habitación y esperar allí a Carter a que lo ayudara a acostarse.

Mucho se temía que esa noche le iba a costar demasiado dormirse.

Dafne se levantó a la mañana siguiente tarareando la melodía *Barbara Allen*. Se rio de sí misma. ¿Por qué estaba cantando una melodía tan triste cuando se sentía tan feliz?

La noche anterior se le desdibujaba en la memoria, pero recordaba su discusión sobre temas de dinero y recordaba también que Westleigh y ella habían hecho un pacto de amistad. Era una sensación maravillosa la de tener un amigo, aunque solo fuera provisional.

Recordaba haber llamado «amiga» a Phillipa Westleigh, pero en realidad solo había estado intentando manipularla en sus intentos de conquistar a Xavier. Dafne nunca había tenido amigos. Quería comportarse de manera diferente con Hugh… porque ahora podía llamarlo Hugh. Quería ser una buena amiga suya.

Tenía la visión de haber compartido besos con él, pero eso era absurdo. Un sueño, ciertamente. Había soñado que besaba a Hugh, como antes había soñado que besaba a Xavier. Una no podía hacer nada contra sus sueños.

Una cosa era cierta. La fantasía nunca debía imponerse a la razón en su relación con Hugh, al contrario de lo que le había ocurrido con Xavier. Ella estaría más que satisfecha, gozosa incluso, con que Hugh y ella pasaran los diez días siguientes como buenos amigos.

Monette entró en la habitación para ayudar a Dafne a vestirse. Dafne se sintió tentada de pedir el más bonito de los tres vestidos que había llevado consigo. Pero lo que pudiera ponerse no tenía importancia, ya que él no podía verla. No tenía que ponerse guapa para él. «¡Increíble!», exclamó para sus adentros. Él quería ser su amigo sin saber siquiera qué aspecto tenía…

Una vez lista, abandonó apresurada la habitación. Hugh salía de la suya al mismo tiempo.

—Buenos días —lo saludó, súbitamente reticente a llamarlo por su nombre de pila. ¿Y si él había cambiado de idea durante la noche?

Él sonrió y se volvió en su dirección.

—Buenos días, Dafne —su voz, baja y profunda, pareció calentarla por dentro—. ¿Lista para desayunar?

La expresión de Dafne se iluminó.

—Desde luego que sí.

—¿Quieres ver si recuerdo cómo se llega hasta el comedor?

Lo tomó del brazo.

—Será un placer.

Bajaron las escaleras juntos.

—¿Alguna secuela del brandy? —le preguntó él.

La cabeza le dolía un poco, pero se sentía demasiado feliz como para preocuparse.

—Ninguna de importancia.

Cuando llegaron al último escalón, él vaciló.

—Ve delante y guíame. No me importa tropezar, pero detestaría que chocaras tú contra un mueble o una pared por mi culpa.

—Lo haré esta vez —respondió—. Pero ya sabes que no debes conducirte como un inválido…

Él sonrió de nuevo.

—Supones que ese es un papel que detesto.

—Oh, desde luego —exageró su expresión. Su tono no era muy distinto del que había utilizado con los hombres en otras conversaciones, pero por dentro se sentía transformada.

El desayuno transcurrió de manera muy agradable. A Dafne le recordó aquellos primeros días de su matrimonio, cuando parecía que iba a hacer feliz a su marido.

Tras el desayuno, Dafne le sugirió que dieran un paseo.

Salieron de la casa para disfrutar de una mañana tan gloriosa como

su humor.

—Dime qué día hace —le pidió él mientras ella lo llevaba por el mismo camino que el día anterior—. ¿Es tan bueno como parece?

No quiso responderle de inmediato, demasiado consciente de todos los detalles que se le escapaban debido a su ceguera.

—Primero dime tú por qué crees que es bueno.

—Bien… —se detuvo antes de que llegaran a la carretera—. En primer lugar, el aire tiene esos maravillosos aromas de un día de primavera: el de las hojas nuevas, la hierba fresca, las flores florecientes. El sol calentándome el rostro. Y los pájaros haciendo mucho ruido —le cubrió la mano con la suya—. Ahora dime lo que ves tú.

Había llovido la noche anterior y era como si la lluvia hubiera lavado el paisaje para que ofreciera su mejor apariencia.

—Primero, hay rocío en la hierba y relampaguea —«como pequeñas joyas», pensó—. Hay capullos en flor, en los arriates que rodean la casa. El cielo es muy claro. De un azul tan limpio que no suele verse muy a menudo.

¿Cuántas veces había comparado su marido el color de sus ojos con aquella clase de cielo? ¿Y su cabello con los narcisos florecidos de su jardín? Los hombres siempre estaban haciendo comentarios sobre su belleza. Aquel hombre no podía verla, sin embargo, y de todas maneras le gustaba.

—Hemos llegado ya al camino —le advirtió.

Se acercaron a la cuadra donde John esperaba en la puerta.

—Nos acercamos a la cuadra. Mi cochero está allí.

El hombre se adelantó.

—Buenos día, señora. Buenos días, señor Westleigh. Tenéis mucho mejor aspecto que la última vez que os vi.

Hugh se detuvo y le tendió la mano, pero el hombre estaba demasiado lejos para estrechársela. Se acercó para hacerlo.

—Usted me ayudó —dijo Hugh—. Se lo agradezco mucho.

El cochero se puso colorado.

—No fue nada, señor.

—Conoce usted mi nombre —Hugh le soltó la mano—. ¿Cuál es el suyo?

A Dafne no se le había ocurrido presentarlos.

—Me conocen simplemente como John, el cochero… —repuso el hombre.

Hugh asintió.

—Mi padre siempre llamaba «John» a nuestros cocheros. Mi madre conocía en cambio sus nombres de pila y los de sus esposas y sus hijos. Estaba también al tanto de la educación que daban a sus hijos y hasta de los menores detalles de sus vidas.

Dafne no sabía nada de todas aquellas cosas. Cuando mandó llamar al cochero para que la recogiera en Ramsgate, ¿lo habría alejado de su familia? Ciertamente no se había detenido a pensarlo.

El cochero sonrió de oreja a oreja.

—Yo no estoy casado, ni tengo hijos —le hizo un guiño—. Que yo sepa.

Hugh se puso serio.

—Será mejor que no sigamos con esta conversación. No con su patrona aquí presente…

El cochero lanzó a Dafne una mirada nerviosa.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó ella, avergonzada de sí misma—. Lamento no habérmelo aprendido.

—Oh, con John el cochero será suficiente… Pero si queréis saber mi verdadero nombre, es Henry Smith.

—Le llamaré Smith a partir de ahora, entonces —escuchó de repente unas voces procedentes del interior de las cuadras. Desvió la mirada hacia allí—. ¿Qué tal se están desempeñando los nuevos mozos?

Smith volvió también la mirada hacia allí, con satisfecha expresión.

—No me dejan nada que hacer. Son buenos trabajadores, señora.

Pensó que al menos había aliviado un tanto su carga de trabajo.

—Debe disfrutar entonces de un descanso, Smith. Tómese algo de tiempo libre.

Volvió a tomar a Hugh del brazo y continuaron con el paseo.

—Debería haberle preguntado su nombre desde el principio —murmuró.

Él volvió a tocarle la mano.

—El estilo de mi madre es meterse siempre en las vidas de los demás, tanto si son familia como sirvientes. No todo el mundo adopta ese estilo.

Sabía algo sobre la vida de Monette. Monette había nacido de padres ingleses residentes en Suiza. Y se había quedado huérfana a una edad muy temprana, sin parientes que pudieran hacerse cargo de ella. El convento le había proporcionado un hogar, pero ella no había estado hecha para esa vida. Dafne le había dado una opción diferente.

De Carter solamente sabía que se había quedado atrapado en Suiza, sin empleo. En ese momento se preguntó también por su historia.

Pensó en los sirvientes de Faville House, en lo poco que sabía de sus vidas, y en la plantilla de la finca de Vadley, la casa y la propiedad que le había dejado su marido y en las que había pasado tan poco tiempo. ¿Qué pensarían los sirvientes de su retorno? ¿Lo temerían acaso?

La voz de Hugh la sacó de sus reflexiones.

—Un penique por tus pensamientos —dijo—. O la tarifa que corresponda a una viuda acaudalada.

—Estaba pensando en la plantilla de sirvientes de mi hogar —respondió, sincera—. Y si acogerán con agrado mi retorno.

—¿Cuánto tiempo has estado fuera? —le preguntó él.

—Más de dos años —solo había pasado unos pocos meses en la casa de campo de Vadley después de que el nuevo vizconde tomara posesión de Faville House. Él era el hijo del primo de su marido, cuya esposa había estado más que deseosa de que Dafne se marchara.

—¿Pasaste dos años en Suiza?

Lo guio para evitar un bache del camino, dando un rodeo.

—Casi.

Si sentía más curiosidad por su estancia en Suiza, no lo demostró. El sonido de unos cascos de caballo a lo lejos pareció distraerlo.

—¿Alguien está cabalgando por aquí? —inquirió Hugh.

Dafne se volvió para mirar.

—No, uno de los mozos está llevando a uno de los caballos de la rienda. Va en dirección opuesta a la nuestra.

—Lo cual me recuerda una cosa —dijo Hugh con tono ligero—. Lo de contratar a mozos de cuadra, ¿fue otra de tus obras de caridad?

—Supongo que sí —frunció el ceño—. ¿Ha sido una gran estupidez por mi parte?

Él la acercó hacia sí.

—Creo que has sido terriblemente generosa.

Le entraron ganas de llorar ante el cumplido. Al mismo tiempo, su cercanía inflamó sus sentidos.

—Tú no podías verlas, pero las nuevas criadas estaban tan delgadas y tenían tantas ganas de trabajar… ¿Cómo podía decirles que no? Y luego el señor y la señora Pitts salieron con la idea de contratar a los demás —reflexionó sobre ello—. Me pregunto si habrá mucha gente que necesite trabajar con tanta urgencia.

—Hay muchos antiguos soldados en el paro, ahora que ha terminado la guerra —respondió él—. Y, con las Leyes del Maíz, hay muchísima gente hambrienta.

«Da de comer al hambriento», pensó Dafne.

Un día había ayudado a las monjas a repartir pan entre la gente necesitada. Las expresiones de hambre de sus rostros habían resultado casi grotescas. Un estómago vacío era un padecimiento que nunca había experimentado.

—¿Qué puede hacer una sola persona? —reflexionó en voz alta.

—Tú has hecho más que suficiente —respondió él.

Ella le dio un empujón, de broma.

—Pero eres tú quien lo va a pagar todo, ¿recuerdas? Menos los

mozos de cuadra. Esos los pagaré yo. Insisto en ello.

Otro mozo sacó un segundo caballo de las cuadras.

—Dios mío, echo tanto de menos montar… —su voz se tornó soñadora—. Supongo que no tendrás un caballo en esa cuadra. Me sentiría tentado de pedirle a uno de esos mozos que me acompañara a dar un paseo.

—Allí solo tengo los caballos de mi carruaje —repuso Dafne, pero enseguida sonrió. Seguro que habría caballos de monta que procurarse en el pueblo. Quizá a John el cochero… Smith, se corrigió, no le importaría interrumpir su descanso para hacer posible ese paseo para Hugh.

Para su amigo.

Al día siguiente, después del desayuno, cuando Dafne y Hugh, ya provisto de sombrero nuevo y guantes, caminaban hacia las cuadras, ella le comentó:

—Oh, allí está de nuevo Smith.

—Buenos días, señora. Buenos días, señor Westleigh —los saludó el cochero

—Buenos días, Smith —le devolvió el saludo Hugh, alegre. Inspiró profundo—. ¿Lleváis un caballo de la rienda?

—Desde luego, señor —sonrió Smith—. Y uno de los mozos está aquí, también. Montándolo. Se llama Henry.

—Hola, Henry —lo saludó Hugh.

Dafne sonrió al joven que, desde lo alto del caballo, se la había quedado mirando con la boca abierta. De alguna manera se alegraba de que Hugh no pudiera ver la reacción del muchacho.

—Esto puede que parezca estúpido, pero… —Hugh esbozó una media sonrisa. ¿Podría acariciar al caballo?

—Haréis una cosa mejor, señor —dijo Smith, adelantando el animal—. ¿Qué tal si lo montáis en compañía de Henry?

Esa vez fue Hugh quien abrió la boca de asombro.

—Está usted bromeando.

—No es ninguna broma —dijo Dafne, empujándolo suavemente—. El señor Pitts nos consiguió dos caballos de monta. Uno para ti y otro para Henry, de manera que podrá acompañarte.

Hugh se volvió hacia ella, sacudiendo la cabeza. Pero no dijo nada.

—Disfruta —añadió. A Smith le han asegurado que el caballo es manso. No te tirará contra un seto.

Él se echó a reír.

—Menos mal.

Smith le acercó el animal y Hugh lo acarició.

—Yo os ayudaré a montar, señor —Smith le guio hasta el estribo,

pero él montó con agilidad nada más apoyar el pie.

Smith se tocó el sombrero a manera de despedida y se volvió a la cuadra.

Dafne observó a Hugh alejarse a lomos del caballo, erguido y confiado, casi como si pudiera ver.

El corazón le estallaba de alegría. ¿Era eso lo que siempre sentía una persona cuando hacía feliz a otra? Era un regalo mucho más valioso que cualquiera que hubiera recibido nunca.

Nueve

¿Qué posibilidades tenía Hugh de disfrutar con cualquier proceso de recuperación, especialmente con aquel? Al principio había pensado que muy pocas.

Durante los cuatro últimos días había estado montando a caballo por las mañanas antes de desayunar, al romper el día, sintiéndose libre y nada impedido por los vendajes que le cubrían los ojos. Después solía compartir agradables desayunos con Dafne y la mayoría de las veces pasaban juntos el resto de día. Paseando. Tocando el pianoforte. Algunas tardes y noches ella le leía los periódicos de Londres o bien libros sobre exóticos lugares, lugares que tenía intención de visitar y de ver por sí mismo. Cenaban también juntos y después se retiraban al salón, donde él tomaba brandy y ella té. El hecho de que Dafne pareciera perfectamente feliz le producía una satisfacción para la que no tenía palabras.

Ella no se servía brandy, sin embargo. No se repitió aquel desliz que derivó en el beso que, a esas alturas, Hugh no podía quitarse ya de la cabeza. Sus sentidos ardían por ella. Por lo demás, aquellos días fueron idílicos.

Esa mañana no fue diferente. Dafne y él se dirigieron juntos a las cuadras, donde Henry lo esperaba con su caballo. Hugh se despidió de ella y él se marchó con el mozo. Había un campo cercano donde podían hacer correr a los caballos a estimulante velocidad.

Aquella era la hora favorita de Hugh, la hora en la que se olvidaba de los vendajes de los ojos. Saboreaba simplemente el viento en la cara y la potencia del caballo bajo su cuerpo. Durante la guerra, había galopado así a través del humo de los cañones y de los mosquetes. Aquello no era tan distinto… aparte, quizá, de que nadie disparaba contra él. Tanto el caballo como Hugh se habían familiarizado mucho con el terreno. Hugh podía predecir en qué momento el caballo aminoraría la marcha para cabalgar ya a medio galope entre los arbustos.

Pero en ese momento estaba galopando a toda velocidad. La vida era hermosa.

De repente el caballo frenó de golpe. Hugh se vio impulsado hacia delante y se golpeó la cara contra el cuello del animal, con lo que el vendaje de los ojos se le aflojó. Consiguió aferrarse a la montura y no caer, pero en su forcejeo, hizo lo impensable.

Abrió los ojos.

No vio nada más que el blanco del vendaje medio suelto. Una punzada de dolor le atravesó ambos ojos e inmediatamente los cerró con fuerza mientras volvía a sentarse en la silla y tiraba de las riendas para tranquilizar al caballo. El dolor persistió hasta que finalmente se convirtió en un sordo recordatorio de los dos primeros días de convalecencia. Volvió a colocarse los vendajes lo mejor que pudo, pero había vuelto a lesionarse los ojos. Estaba seguro de ello.

Oyó el caballo de Henry acercarse.

—¿Estáis herido, señor? Estuvisteis a punto de caer.

—Herido no —respondió Hugh. Al menos no de la manera a la que se refería Henry—. Solo un poco sobresaltado. ¿Sabes qué es lo que ha sucedido?

—Algo espantó a la yegua —dijo Henry—. No llegué a ver lo que era.

—Bueno —la respiración de Hugh casi había vuelto a ser normal —. No ha pasado nada. Continuemos —no quería dar media vuelta. No quería admitir que podía haber perdido todo lo que había esperado recobrar.

Para el final de la cabalgada, Hugh se había recuperado del todo. El señor Wynne lo visitaría ese mismo día. Le cambiaría el vendaje, de modo que volviera a estar tenso y apretado. Hasta entonces, simplemente debía acordarse de mantener los párpados cerrados. Quizá Wynne le dijera que todavía tenía posibilidades de curarse. Que el daño que se había hecho no era tan grave.

Se las arregló para comportarse con normalidad durante el desayuno. Dafne no necesitaba saber que podía haber echado a perder todos los esfuerzos y cuidados que le había dedicado.

—Debo bajar al pueblo esta mañana —le dijo ella—. Monette me pidió que la acompañara. Últimamente la he estado descuidando un tanto.

—¿Has descuidado a tu doncella? —indudablemente era una afirmación extraña.

—Ella no está acostumbrada a vivir en Inglaterra —le explicó Dafne, aparentemente algo avergonzada—. Ni a vivir rodeada de tanta gente.

¿Tanta gente? ¿En un pueblo?

—Además, estoy segura de que le pasa algo —continuó Dafne—. Nada ayuda más a soltar la lengua que un agradable paseo.

Hugh pensó que debería tener buen cuidado de no salir a pasear con ella ese día, entonces.

—Estaré de vuelta para la visita del señor Wynne —añadió ella.

La visita estaba prevista para después de mediodía.

—Ya encontraré alguna manera de distraerme —probablemente se quedaría sentado en su habitación, preocupándose, pero ella no tenía por qué saberlo.

Dafne estuvo fuera la mayor parte del día, afortunadamente. Hugh escuchó su voz en el exterior cuando volvió. Se levantó de la mecedora en la que había estado sentado y se dirigió a las escaleras.

—¡Hola, Hugh! —lo saludó, alegre.

¿Tendría las mejillas arreboladas como consecuencia del ejercicio y del aire fresco? ¿Sería capaz alguna vez de ver algo así?

—Bienvenida —intentó parecer más animado—. ¿Tú también estás ahí, Monette?

—Sí, señor —respondió la doncella, tímida.

—¿Encontraron las damas mucho que ver en el pueblo?

—Nos los hemos pasado muy bien —respondió Dafne—. Tomamos té en una bonita tetería y curioseamos todas las tiendas que pudimos encontrar.

—¿Curioseasteis solamente? No me digas que no comprasteis nada. Mi madre habría sido incapaz de hacer eso.

—Compramos unas telas para Monette y algunas otras cosas. Y unos espléndidos mazapanes en una pastelería. Los comeremos después con el té.

Los mazapanes solían tener curiosas formas y colores, con figuras de frutas y verduras. Un dulce más agradable de ver que de comer.

¿Volvería a verlo alguna vez?

—Estupendo.

—Confío en que el señor Wynne no habrá adelantado su visita… —dijo Dafne.

Hugh podía escuchar el ruido del papel de los paquetes.

—Mandó recado de que llegaría tarde.

Más espera que tendría que soportar. Al menos estaría distraído con Dafne.

Llegó por fin al último escalón.

—Perdón, señor —Monette pasó a su lado.

Sintió a Dafne acercarse.

—¿Vas al salón? Ahora mismo me reúno contigo. Debo subir a cambiarme. Llevo las faldas llenas de barro de la carretera.

Hugh asintió con la cabeza. Ella podía verlas, pero él no.

Le agradó escuchar el tono de placer de su voz como consecuencia de un simple paseo hasta las tiendas del pueblo. Habían sido muchas las veces que había percibido la tristeza que la envolvía, incluso mientras se entretenían tocando el pianoforte, paseando o leyendo.

Quizá fuera él la causa de su tristeza, si tanto se había animado después de haber pasado casi todo el día sin verlo.

Maldijo para sus adentros. Se estaba amargando. Y lo menos que podía hacer era evitar amargarla a ella.

Se dirigió al salón y se entretuvo tocando en el pianoforte las escalas y acordes que ella le había enseñado.

Eso lo ayudó a pasar el tiempo. Le pareció que solamente habían trascurrido unos minutos cuando ella volvió a entrar en la habitación, diciendo:

—Carter nos traerá el té. Podrás saborear los mazapanes —se acercó para quedarse de pie, a su lado—. Progresas muy rápido. Estoy impresionada.

Hugh forzó una carcajada.

—No tanto como yo.

—¿Tienes ganas de seguir practicando? ¿Quieres que te dé otra lección?

Su aroma lo envolvía.

—No —juntó las manos sobre el regazo—. ¿Por qué no me lees un poco?

—¿Continuamos con el *Registro Anual*? —le preguntó ella.

—Sí. El *Registro Anual* —habían encontrado un viejo ejemplar de 1808. Entre los temas habituales cubiertos por la publicación, como política, finanzas, noticias internacionales y locales, había también crónicas de viajes, de lugares que le gustaría ver por sí mismo. Eso si podía llegar a ver alguna vez…

—«Riberas del Misisipi», de *Viajes por América*, obra del señor Ashe —empezó ella.

—¿El señor Ashe? —lo interrumpió él—. ¿De tu señor Ashe?

No respondió de inmediato.

—Ashe, que no Asher. Son dos nombres distintos —su tono era tenso.

—Por supuesto —había intentado hacer una broma, pese a que no estaba de humor—. Continúa.

Dafne se aclaró la garganta.

—«El Misisipi constituye un vasto escenario de impresionante grandeza…».

Mientras ella leía, Hugh tamborileaba con los dedos en el brazo de su silla escuchándola a medias. Era a Wynne a quien quería escuchar. Que apareciera por fin para soltarle la mala noticia de una vez.

Wynne no llegó hasta cerca de la hora de la cena.

—Lamento llegar tarde —dijo mientras irrumpía en el salón—. Hoy he tenido un día muy ajetreado —se interrumpió—. Qué maravilla

volver a veros, señora Asher. Espero que disfrutéis de buena salud…

—Mi salud es excelente, gracias, señor. Le ofrecería un té, pero el señor Westleigh lleva esperándole mucho tiempo —Dafne hablaba como si fuera la anfitriona de un baile londinense, pero su voz tenía un matiz de impaciencia. En cualquier caso, el té ya se había enfriado.

—Sería para mí un placer compartir un té en vuestra compañía, mi querida señora, pero… ¡ay! Hoy no dispongo de esa libertad —comentó el médico, triste—. Espero que renovaréis vuestra invitación más adelante. Me temo que hoy no puedo demorarme mucho. Tengo todavía otro paciente que ver antes de volver a casa para cenar.

Hugh escuchó el sonido de una correa al desatarse. Seguramente la de su maletín.

—¿Cómo os encontráis, señor Westleigh? Confío en que hayáis podido mantener los ojos cerrados durante todo el tiempo.

¿Había podido finalmente el médico dejar de prestar atención a Dafne para concentrarse en su paciente?

—Hoy los abrí —ya estaba. Lo había dicho—. Volví a cerrarlos enseguida, pero los abrí.

—¡Hugh! —exclamó Dafne.

—El vendaje se me aflojó cuando estaba montando a caballo y abrí los ojos sin darme cuenta —sonaba como si se estuviera inventando excusas.

—¿Estuvisteis montando a caballo? —Wynne parecía incrédulo.

—Solo no —le aseguró Hugh.

—Mmmm —evidentemente el médico lo desaprobaba—. Cuando abristeis los ojos, ¿experimentasteis algún dolor?

—Un dolor punzante, sí —y el dolor persistía. Eran más las cosas que había notado—. Puedo sentir que mis ojos se mueven bajo los párpados mucho más que antes, cuando quiero mirar algo. Pero los he mantenido cerrados durante todo este tiempo, excepto esa única vez.

Y en ese momento le dolían los ojos cada vez que se movían.

—Bueno… —Wynne suspiró como si estuviera todo perdido—. Echemos un vistazo.

Abarcó con una mano los vendajes de Hugh y se los levantó más que desenrollárselos. Hugh se quedó sorprendido de lo ligero que se sintió cuando se libró de ellos. Sus párpados se movieron.

—Mantened los ojos cerrados —Wynne le cubrió fugazmente los párpados para que no los abriera.

A través de los párpados cerrados, Hugh no podía ver nada.

Sintió el calor de una vela acercándose.

—¿Veis la luz? —le preguntó Wynne.

Dafne debía de tener ya la vela dispuesta.

—Veo luz —respondió, pero no más que durante su primer examen.

La vela se apartó, y Wynne volvió a tocarle los párpados.

—Vuestros párpados han curado muy bien. No veo señales de infección.

Hugh sintió que el hombre se apartaba y lo oyó rebuscar en su maletín.

—Voy a aplicaros una pomada en los ojos y a volver a vendaros.

El contacto de la pomada era fresco, y agradable el del vendaje limpio. Wynne se lo apretó con fuerza.

—Me atrevo a afirmar, sin embargo, que os habéis vuelto a herir los ojos. El dolor que sentís lo confirma. Espero que puedan curar de nuevo, pero eso no lo sabremos hasta pasada otra semana.

Volvió a rebuscar en su maletín y Hugh lo oyó atar las correas para cerrarlo.

—Debo marcharme.

Hugh oyó el rumor de las faldas de Dafne y supuso que ella también se había levantado.

—Lamento no poder quedarme más tiempo, querida.

—Sé que es usted un hombre muy ocupado —repuso ella.

Los oyó alejarse hacia la puerta. Wynne no le había dicho nada alentador. Había estado demasiado ocupado galanteando con Dafne.

Pero estaba siendo injusto. Wynne le había examinado con el mismo cuidado que la primera vez. Hugh no había esperado escuchar buenas noticias. No le quedaba otro remedio que esperar.

Y esperaba también poder mantener los ojos cerrados. Y curarse.

Dafne acompañó al señor Wynne hasta la puerta y regresó apresurada al salón.

—¡Hugh! ¿Por qué no me lo dijiste?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que porque si lo hubiera hecho habría sido como más real.

Ella se arrodilló frente a él y le tomó las manos.

—Debes de estar preocupado.

—Eso no puedo negarlo.

Se inclinó hacia ella, y Dafne apoyó la frente contra la suya.

—Pobrecito…

Él soltó un suspiro y ella se apartó. ¿En qué estaba pensando? Comportarse con tanta intimidad con un hombre… Hugh era su amigo. Y era un Westleigh. No debía esperar nada de él.

Carter llamó en ese momento a la puerta.

—La cena está servida, señora.

Apretó la mano de Hugh y lo ayudó a levantarse.

—Vamos. Debes de estar hambriento.

Durante la cena intentó animarlo. Supuso que él se estaría esforzando por fingir que no pasaba nada, pero la perspectiva de su ceguera parecía planear sobre los dos.

Después, de vuelta en el salón, le sirvió una copa de brandy. Se sirvió también un poco para ella, solo para entrar en calor y tranquilizar las emociones que bullían en su interior.

—¿Seguimos leyendo el *Registro Anual*? —no era el libro que ella habría elegido para entretenerse, pero a él le interesaba y podría distraerlo de su preocupación.

—Claro, si quieres… —respondió sin mucho entusiasmo.

Le rellenó la copa, sirviéndose también ella.

Abrió el libro y encontró el punto donde se había quedado antes.

—Estábamos a punto de empezar la parte sobre el precio del oro en Abisinia.

Él no hizo ningún comentario.

—«El precio del oro» —comenzó—. «El oro se vende a diez patakas por cada wakea, o diez derims. La sal…» —aquellas palabras significaban poco para ella, pero la arrullaban mientras continuaba leyendo sobre precios del oro, pesos y medidas, salarios de sirvientes, modos de elaboración de la cerveza y, finalmente, sobre matrimonio —. «Sucede a veces que el marido y la mujer, mutuamente, sin mala voluntad alguna, acuerdan separarse. En ese caso, los efectos aportados por la mujer se unen a la suma estipulada por el marido y el conjunto se divide en partes iguales de las que cada uno toma una, y regresa a su antigua morada respectiva» —dejó de leer—. Oh, vaya —¿había leído bien?—. ¿Qué piensas tú de esto?

—¿De qué?

—De lo que acabo de leer —revisó de nuevo el párrafo para asegurarse—. En Abisinia, un marido y su mujer pueden dar por terminado su matrimonio por mutuo acuerdo. Dividen las propiedades aportadas y ya está —no podía dar crédito—. Y su iglesia lo sanciona.

Él volvió el rostro en su dirección.

—Dafne, ¿por qué te interesa ese tema?

No podía responder a eso.

—Por ninguna razón.

—Has estado leyendo todo tipo de cosas extrañas —señaló—. ¿Por qué te interesa esta en particular?

—No lo sé —más sinceramente, no deseaba decírselo—. Supongo que por lo difícil y hasta bochornoso que es conseguir un divorcio en Inglaterra.

—¿Tú deseabas divorciarte de tu marido, Dafne?

El estómago le dio un vuelco.

—No —le salió la voz chillona—. Por supuesto que no.

No lo había deseado. ¿O sí?

Él se llevó su copa a los labios.

—Háblame de tu marido, Dafne. De tu matrimonio.

¿Hablarle de su marido? ¿De que su marido había sido bueno con ella, de que la había mimado… y de que, a pesar de todo eso, ella no había sido una buena esposa para él?

—Yo… yo… —se retorcía la falda con las manos. Lo que pensaba de su matrimonio no hablaba demasiado bien de su persona—. ¿Seguirías considerándome tu amiga si te dijera que no deseo hablar de esto?

—Por supuesto —tenso, bebió otro sorbo de brandy.

Lo mismo hizo ella.

—Por favor, compréndelo, Hugh. No puedo hablar de mi matrimonio… más de lo que tú puedes hablar de tus ojos.

Él se levantó de repente.

—Tienes razón. Yo no deseo hablar de mis ojos, aunque tampoco hay mucho que hablar. Todo se reduce a si me quedaré ciego o no —recogió su bastón—. Me retiro. No soy una buena compañía para ti esta noche.

Ella también se levantó y le puso una mano en el brazo.

—Por favor, no te enfades conmigo, Hugh. Por favor. Quiero que este tiempo que estamos pasando juntos se vea… libre de cualquier pasado. Y de cualquier futuro. Quiero disfrutar de nuestra amistad ahora, mientras estemos aquí.

—No estoy enfadado contigo, Dafne —se volvió hacia ella y le cubrió la mano con la suya—. Espero que alguna vez confíes en mí lo suficiente como para explicarme qué es lo que tanto te entristece. Pero tienes razón: esta noche no es la noche. Antes necesito aclararme yo primero.

Sus dedos, largos y fuertes, envolvieron con fuerza los suyos. Le entraron ganas de llorar. Nadie había vuelto a tocarla así. Nadie la abrazaba, no desde la vez en que la abadesa la había estrechado en sus brazos. Sollozando como una chiquilla herida, Dafne se había aferrado a la abadesa como si la anciana hubiera sido su única salvación. Deseaba que la abrazaran así en aquel momento. Deseaba que Hugh pudiera abrazarla y consolarla, pero sabía que no se merecía aquel consuelo, no después de lo injusta que había sido con su familia y de la manera en que lo había engañado.

Para su sorpresa, él le soltó los dedos y deslizó las manos a lo largo de sus brazos, subiendo hasta sus hombros, su cuello, su rostro. Sintió el calor y la suavidad de sus palmas en las mejillas, y su contacto la excitó como nunca antes la había excitado la caricia de ningún hombre.

El bastón cayó al suelo y él le acunó el rostro con ambas manos.

—Ojalá pudiera verte… —murmuró.

Dafne sabía que, de haber podido verla, nunca la habría tocado. Aquella podría ser su única oportunidad de recibir el consuelo que tanto anhelaba. Resistirse era imposible.

Sus pulgares le acariciaban la tersa piel de las mejillas, y Dafne tuvo la sensación de que la huella de su contacto quedaría allí grabada para siempre. Pero ella quería, necesitaba más. Su cuerpo temblaba de necesidad. Quería algo más preciado que el consuelo. Quería a Hugh.

Echándole los brazos al cuello, se puso de puntillas y lo urgió a bajar la cabeza. Sus labios estaban tan cerca que saboreó el aroma a brandy de su aliento. Temblaba de deseo, pero temía cerrar la distancia que todavía los separaba. Quizá él no albergara otra intención que consolarla. Quizá no la deseara.

Él le acunó con mayor firmeza las mejillas, y la excitación que le produjo aquel gesto se extendió por todo su cuerpo. Le acercó entonces el rostro hasta que se apoderó de sus labios con una necesidad que era un reflejo de la suya.

Dafne sintió que su cuerpo se encendía de pasión, de pasión por aquel hombre. Pensó que podría morir si no sentía en aquel preciso instante su piel desnuda contra la suya, si no fundía su cuerpo con el de él. Lo deseaba más de lo que había deseado a ningún hombre.

Xavier incluido.

Aquello era nuevo para ella. Irresistible. No haría ningún daño a nadie si hacía el amor con él, ¿no?

Pero de repente él la apartó.

—Será mejor que nos despidamos y nos deseemos una buena noche —se inclinó para recoger su bastón.

Estremecida, desolada, Dafne se agachó para recogérselo.

—¿Hugh? —le tocó un brazo.

Él buscó nuevamente su rostro para una última caricia, aún más tierna que las anteriores.

—Buenas noches, Dafne.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras lo veía erguirse y alejarse de ella. ¿Por qué se había detenido? Él la deseaba tanto como ella a él, ¿no?

Después de que Hugh se hubo marchado, permaneció sentada en el salón durante largo rato, pensando, intentando tranquilizarse, intentando convencerse de que no lo necesitaba.

Diez

El reloj de la habitación de Hugh dio la hora. Contó cada campanada. Una… dos… diez… once… doce. Medianoche.

Aunque hacía dos horas que Carter lo había alistado para acostarse, el hombre le había dejado una botella de brandy y Hugh permanecía despierto, sentado en la mecedora, bebiendo.

Al menos la noche equilibraba las cosas. En la oscuridad nadie podía ver.

¿A quién estaba engañando? Oyó el silbido del carbón en la chimenea. El resplandor de la chimenea habría permitido a cualquiera ver los muebles de la habitación. A cualquiera que pudiera ver.

Si quería ser completamente sincero consigo mismo, tenía que admitir el verdadero motivo por el cual seguía despierto.

Dafne.

Ella consumía sus pensamientos. Un segundo beso con una promesa de pasión semejante al primero lo había conseguido. Había contado las veces que Dafne se había servido brandy. Solo tres y en poca cantidad, no lo suficiente para explicar su reacción ante él. No, había escogido besarlo con una mente clara y despejada.

¿Había ido él demasiado lejos? Solo había pretendido tocarla.

¿Y no lo había hecho?

Sus instintos masculinos se alborotaban, liberados por aquel beso. Ella no estaba lejos de allí, apenas a unos pasos de distancia. Podía encontrar el camino hasta su habitación. Por Dios, habría podido encontrarlo sin bastón, sin necesidad de palpar las paredes.

Acostarse con una viuda no era un asunto escandaloso, pero en lo único que podía pensar era en el riesgo que correría ella de engendrar otro hijo al que tendría que renunciar. Porque pese a la frialdad de maneras que había demostrado en un principio, resultaba claro que era una mujer apasionada capaz de encenderse fácilmente. La responsabilidad de mantener a raya sus instintos más básicos era suya. ¿Durante cuánto tiempo más podría resistirse? Aunque decidiera comportarse en ese momento, ¿podría resistirse a buscar otro beso en una siguiente ocasión? Porque cada momento pasado con ella sería decisivo.

Para acostarse con ella o no.

Anhelaba sentir su cuerpo desnudo bajo el suyo. Llenarse las manos de sus senos y frotar sus pezones contra su piel. Quería

enterrarse en ella y llenarla de placer en el mismo momento de su desahogo, de su liberación.

Bebió brandy directamente de la botella, sin molestarse en servirse una copa.

Lo que debía hacer era marcharse a Londres, resignarse a los agobiantes cuidados de su madre y soportarlos durante una semana. O durante más tiempo, si sus ojos no llegaban a curar. Porque si no curaban, ¿qué otra opción le quedaría? Había sido injusto por su parte imponerle su presencia a Dafne, impidiéndole que siguiera su propio camino. Fuera el que fuera.

Bebió de nuevo, dejando que el licor le quemara la garganta y el pecho.

Carter podría prepararlo todo. Contratar un carruaje. Ni siquiera estaba a un día entero de viaje de Londres.

Oyó abrirse la puerta. Bien podría pedírselo ya, antes de que perdiera las ganas.

—¿Carter? —pero reconoció de pronto el aroma a rosas y se levantó—. Dafne. ¿Qué estás haciendo aquí? —no llevaba más que sus calzones—. No estoy presentable.

Ella permaneció cerca de la puerta.

—¿Por qué…? —empezó.

—No hables —lo interrumpió ella.

La sintió acercarse, sintió el calor de su cuerpo conforme se aproximaba.

—Yo… yo me quedé tan triste cuando me dejaste antes.

Estaba lo suficientemente cerca como para que pudiera tocarla. Y quería hacerlo.

—Tuve que dejarte, Dafne. Y tú deberías dejarme ahora.

—He estado pensando —su aroma, su voz, su proximidad, lo embriagaban—. Soy viuda, y las viudas pueden permitirse ciertas licencias.

Pero también era una mujer, y las mujeres concebían niños.

—Somos amigos ¿no? —dijo ella—. ¿Por qué no podemos serlo… de una manera física, también?

—Hay riesgos, Dafne.

—Nadie lo sabrá —alzó la voz—. Excepto los sirvientes, por supuesto. Monette y Carter nunca murmurarán, eso te lo puedo asegurar, y a los demás no volveremos a verlos. No se preocuparán de nosotros —apoyó las manos sobre sus hombros desnudos.

—Hay otros riesgos, como tú bien sabes.

—No me importa —sus dedos empezaron a juguetear con el pelo de su nuca—. Por favor, Hugh. Solo disponemos de una semana. ¿Por qué no la pasamos juntos… de verdad?

Una semana. O quizá una sola noche. Quizá pudiera arriesgarse a

una noche. Todavía podría salir para Londres por la mañana. Una única oportunidad de amarla. ¿Podría rechazarla?

Sus manos resbalaron hasta su pecho.

—De aquí a una semana, tú ya estarás viajando y yo volveré a mi hogar.

—O estaré ciego —repuso.

Ella le echó los brazos al cuello y se apretó contra él.

—No digas eso. Verás. Tienes que ver. Tienes que hacer todas esas cosas que al final te harán feliz. La vida no puede ser tan injusta contigo.

Debía de llevar un simple camisón. Solo una fina pieza de tela entre ellos. Y él estaba excitado. Dolorosamente excitado.

—Puedo sentir que me deseas, Hugh —susurró—. Hazme el amor.

No podía negarse.

La levantó en brazos y la llevó a la cama. Sabía los pasos que tenía que dar para llegar hasta ella.

—¿Estás segura, Dafne?

—Muy segura.

El corazón de Dafne latía tan rápido que temió que el pecho fuera a estallarle. Había intentado seducir descaradamente a Xavier más de una vez, pero aquello era distinto e ignoraba por qué. Solo sabía que estallaría en mil pedazos si no sentía pronto las manos de Hugh sobre su piel.

Hugh permanecía al pie de la cama, quitándose los calzones mientras ella se sacaba el camisón por la cabeza. Cuando fue a arrojarlo a un lado, la prenda le rozo un brazo.

Él la atrapó y sostuvo la tela en la mano.

—Ojalá pudiera verte.

—Yo solo quiero que me toques —se acercó a él, impaciente por sentirlo a su lado en la cama. O encima de su cuerpo. Dentro de ella —. Mírame con tus manos.

Subió por fin a la cama y se arrodilló ante ella. Sus manos la tocaron ligeramente, subiendo hasta su cabeza. Enterró los dedos en su melena suelta, como si estuviera deslizándolos por una corriente de agua fresca. Se la peinó cuan larga era, llegando hasta las puntas y explorando su textura.

—Tu cabello es más largo de lo que pensaba —le dijo—. Rizado. ¿De qué color es?

Vaciló en decírselo. Pero no podría identificarla solamente por el color de su pelo, ¿verdad? Muchas mujeres tenían ese mismo color.

—Rubio —se aclaró la garganta—. Rubio claro.

—Me lo imaginaba —jugueteó con su cabello, enredándolo en sus

muñecas, peinándoselo con los dedos.

Exploró luego su rostro, como había hecho antes; pero esa vez sus dedos se mostraron casi reverentes, acariciando cada contorno como si la estuviera esculpiendo. ¿Podría sentir lo que otros hombres veían con los ojos? ¿Sería su rostro importante para él? No quería que lo fuera. O quizá sí. Quería que la admirara, ¿no?

Lágrimas de confusión asomaron a sus ojos. ¿Cómo podría explicar la aparición de lágrimas justo en aquel momento? ¿Cómo podía decirle que no quería ser hermosa para él, sino simplemente sentirse amada?

Afortunadamente las manos de Hugh pasaron a acariciarle el cuello y a delinearle los contornos de las orejas. Parpadeó varias veces para contener las lágrimas y saborear las sensaciones que le provocaban sus caricias. Luego él deslizó las manos más abajo y llegó hasta sus senos, acariciándolos, dibujando con los dedos los pezones. Ella reaccionó arqueando la espalda. Sus manos habían sido tiernas en sus exploraciones, pero en ese momento Dafne podía sentir su fuerza conforme le apretaba la carne con mayor firmeza, tomando posesión de su cuerpo como antes había hecho con su beso.

Estaba ardiendo de necesidad. Un gemido escapó de sus labios y su cuerpo se arqueó hacia él. Lo agarró, amasando su piel, no tanto explorándolo como urgiéndolo a que continuara tocándola, llenándola de necesidad.

Las manos de Hugh continuaron bajando, apretando su caja torácica, alcanzando su cintura y abriendo los dedos como si quisiera medirla. Sí, ella sabía que sus senos eran generosos, su cintura estrecha y su trasero lo suficientemente grande como para agradar a un hombre. ¿Cuántas veces se lo habían dicho?

—¿Te importa la figura que tenga? —le preguntó con un tono mezclado de disgusto y satisfacción.

—¿Que si me importa? —subió y bajó las manos por su torso—. Es la única manera que tengo de verte.

—¿Yo… te gusto?

Él bajó la cabeza y se apoderó de sus labios en un beso largo y embriagador. Dafne sintió que sus músculos se derretían como una mantequilla puesta demasiada cerca del horno.

—Me gustas mucho, Dafne —murmuró, todavía acariciándole los labios con los suyos—. Me gustas desde el primer momento en que me desperté en esta habitación.

Aquello la entusiasmó. Él no había podido conocer su aspecto en aquel entonces, ni siquiera por el tacto, y aun así le había gustado desde el principio. Un recuerdo relampagueó en su mente. El de su marido desvistiéndola como si fuera una muñeca, con un brillo de admiración en los ojos.

No. No quería pensar en su marido en aquel momento. Quería pensar únicamente en aquella noche, en aquel hombre. En Hugh. Podría ser feliz durante una semana, ¿por qué no? El recuerdo de aquella semana con Hugh le duraría toda la vida.

Él deslizó los dedos por su vientre, mientras ella le acariciaba la espalda. Todo lo que tocaba era duro músculo. Qué excitante pensar en todo aquel poder masculino bajo su piel. La luz de la habitación era débil, apenas el resplandor de la chimenea, pero bastaba para revelar su magnífico cuerpo. No pudo evitar compararlo con Xavier, a quien se había imaginado como epítome de la perfección masculina.

Hugh no era la perfección, pero era la misma gloria en su tosca y acendrada masculinidad.

«Basta de exploraciones», quiso gritarle. «Tómame ya».

Arqueó la espalda y le tomó una mano para guiarlo hacia donde más ansiaba sentirlo.

«Dame placer», quiso decirle. Nunca antes había pronunciado palabras tan lascivas.

No tuvo necesidad de pronunciarlas. Sus dedos la tocaron con exquisita intimidad, excitándola todavía más. Gritos febriles escaparon de sus labios, y empezó a retorcerse en la delicia de su contacto, frotando y acariciando, cada vez más necesitada…

Hasta que no pudo quedarse ya callada.

—Por favor, ahora, Hugh. Ya —aferró sus nalgas y se las arañó ligeramente con las uñas—. Ya, Hugh.

Pero primero se inclinó y la besó de nuevo, moviendo la lengua hasta que su boca se abrió a él. Tenía la lengua caliente y húmeda, con sabor a brandy. En el momento en que interrumpió el beso, entró en ella y la euforia de Dafne estalló. Le gustaba que no fuera tierno, ni cuidadoso. Era firme, diestro. Y sabía que su propio cuerpo estaba húmedo y dispuesto para él.

Hugh se movía con tanta habilidad como control. Con la cadencia exacta para calmar su necesidad, pero alimentándola lentamente al mismo tiempo, como un alud del que ella había sido testigo cuando estuvo visitando las montañas de Suiza. Empezó poco a poco, para ir creciendo y creciendo hasta que todo quedó barrido y consumido a su paso.

Ella estaba siendo barrida, embriagada como estaba por la maravilla de aquel viaje.

Cuando el control de Hugh saltó, Dafne se vio envuelta por la impetuosidad del momento, por sus gruñidos animales, por su abandono, hasta que el placer estalló también dentro de ella y él dio un último y frenético embate. Había derramado su semilla en su interior, su regalo, la parte de su cuerpo que ahora formaba también parte del suyo.

Hugh soltó un largo y profundo suspiro. Estaba empezando a aplastarla con su peso cuando rodó a un lado y la acunó en sus brazos.

—Dafne —murmuró.

Las palabras se agitaban en su interior, palabras de maravillado asombro, de agradecimiento y de júbilo, pero no podía pronunciarlas. En lugar de ello lo besó, con un tierno y prolongado beso en el que volcó todo lo que no podía decirle.

Hicieron el amor una segunda vez. Y otra. Hasta que, saciada y agotada, yació junto él, piel desnuda contra piel desnuda, disfrutando del mero hecho de respirar, del suave rumor del corazón de Hugh.

Hugh se sentía como si sus huesos se hubieran derretido como la cera de una vela. No sentía la menor tensión en su interior. Estaba donde más anhelaba estar.

Junto a ella.

—Dafne, Dafne —murmuró. Nada podría ser mejor que esto.

—Mmmm…

Lo interpretó como un gesto de asentimiento. Sabía que había experimentado tanta pasión como él. Sabía que había disfrutado tanto como él, pero antes de que pudiera evitarlo, el pasado volvió a hacer acto de presencia. Aquel acto, ¿habría sido tan maravilloso con su marido? De ser eso cierto, había sido un hombre afortunado. ¿Habría sido así con otros hombres?

Ella soltó un suspiro. Un sonido feliz, satisfecho.

—Yo siempre tuve la sensación de que había más en esto —se arrebujó contra él—. Ahora lo sé de seguro.

¿Le estaba leyendo el pensamiento?

—¿Me estás diciendo que nunca antes habías experimentado algo así con un hombre?

—¿Como esto? —rio por lo bajo—. No.

Aquello no tenía sentido. Dafne había sido diseñada para amar. ¿Cómo podía creerse que ningún hombre había experimentado aquello antes con ella? Su marido, ¿había sido un estúpido? ¿Y los otros hombres también?

—Mi marido fue el único hombre con el que me acosté.

¿Estaban sus pensamientos tan unidos como sus cuerpos y sus almas? Pese a haber hecho el amor con Dafne solo una vez, Hugh se sentía parte de ella, y a ella, parte de sí.

Le acarició la preciosa melena. La más fina seda no podría comparársele.

—¿Tu marido…? —había estado a punto de prometerle que no volvería a preguntarle por su marido, pero él siempre había imaginado que había algo más. Si no se había marchado a Suiza para disimular su

embarazo y renunciar a un bebé ilegítimo, ¿por qué lo había hecho entonces?

—Mi marido era un hombre mayor —continuó ella—. Tenía dos veces mi edad y más. Pero seguía siendo un hombre vigoroso. Y yo era muy joven cuando me casé con él. No tenía ni diecisiete años. Era un partido muy ventajoso para mí: rico y de clase alta. Su… su manera de hacerme el amor era… —se interrumpió—. Diferente.

Hugh frunció el ceño.

—¿Fuiste desgraciada? —¿era esa la infelicidad que percibía en ella?

—¿Desgraciada? —pareció reflexionar sobre ello—. No, no era desgraciada. Solo demasiado joven y tonta, y llena de ideas estúpidas.

Hugh la consideraba una persona muy sensata.

—¿Ideas estúpidas? No te creo.

—Oh, sí —su tono se volvió triste—. Tenía unos pensamientos muy tontos.

Se incorporó sobre un codo, deseoso de mirarla a los ojos.

—¿Qué clase de pensamientos?

Se interrumpió de nuevo antes de responder finalmente:

—Tenía de todo, pero quería lo que no podía tener y también lo que no debía. Me llevó mucho tiempo aceptar que debía conformarme con lo que me había sido dado.

Había habido otro hombre. Hugh estaba seguro de ello.

—¿Hubo otro hombre, entonces?

Otra vez se quedó callada.

—Sí. Una vez, pero no de verdad. Quiero decir que aquello no terminó en nada.

Hugh quería saberlo todo.

—¿Hubo hijos? —no pudo evitar preguntarle.

—No fui bendecida con ese regalo —sonaba triste, aunque no demasiado—. Quizá fuera para mejor.

¿No había tenido hijos? Se había equivocado entonces con sus suposiciones.

—¿Por qué para mejor?

Ella inspiró profundamente.

—No habría sido una buena madre.

Hugh volvió a recostarse, envolviéndola en sus brazos.

—Por supuesto que habrías sido una buena madre. Piensa en lo buena niñera que has sido conmigo…

Sintió que se encogía de hombros.

—Bueno, en aquel entonces no, al menos.

La besó en la sien.

—Cuéntamelo entonces —quería comprender. Contribuir a aliviar el dolor que había soportado, fuera el que fuera.

Ella se apartó y se sentó en la cama.

—Oh, no quiero pensar en el pasado. Solo quiero pensar en el presente.

La buscó a tientas, la encontró y la levantó en vilo para sentarla encima de él. A horcajadas, ella se inclinó para besarlo con un largo y apasionado beso que volvió a excitarlo.

—Bueno, en este momento es lo que más me complace —le dijo él—. Y me complacerá todavía más si consientes en volver a hacer el amor conmigo.

Ella se echó a reír. Hugh quería oírla reír para siempre.

—Haré lo que mandes.

—Lo que te pido —la corrigió—. Yo no te mando —entró en ella.

Dafne se movió de manera tan perfecta como él podía desear, en un ritmo que se adaptaba al suyo como si hubieran sido creados el uno para el otro. Solo una cosa podía mejorar aquel momento. Que pudiera verla. Recorrerla con la mirada, darse un festín con los ojos. Sus ojos no podían estar más hambrientos de verla.

Ella empezó a moverse más rápido, con mayor urgencia, buscando su propio placer en el preciso instante en que la necesidad de Hugh aumentó. El hecho de que se excitara tan rápido lo excitó a él, hasta que la necesidad terminó imponiéndose.

Dafne gritó en el momento de su desahogo, y el de Hugh fue como una explosión de proporciones idénticas al placer que habían compartido.

Ella se derrumbó sobre él, tal como había hecho él antes, solo que su peso fue una minucia. La estrechó contra sí, deslizando las manos por su piel, disfrutando de los tersos y levemente húmedos contornos de su cuerpo.

—Tengo que admitir que estaba equivocado —murmuró, acariciándole el cabello con los labios—. Dije que nada podría mejorar la última vez, y que en todo caso sería igual. Ha sido todavía mejor —deslizó los dedos por su pelo—. Nada es tan maravilloso como hacer el amor contigo, Dafne.

Ella dejó escapar un suspiro satisfecho.

—Creía que habías compartido este placer con muchas mujeres.

Esa vez fue su turno de reírse.

—No tantas como imaginas. Y nunca tan gratificante.

Volvió a arrebujarse contra su costado y se quedó callada durante tanto rato que él pensó que se había dormido. Él mismo se quedó adormilado.

—¿Te has enamorado alguna vez, Hugh? —le preguntó ella.

—No —había experimentado un juvenil enamoramiento una vez o dos, pero nunca como hombre adulto—. Supongo que he estado demasiado ocupado. Como oficial del ejército y luego atendiendo los

asuntos de mi familia —esa era la respuesta fácil. Sospechaba que lo que más peso había tenido sobre sus decisiones era la infelicidad de su madre y el hecho de que su padre hubiera sido un réprobo redomado.

—Me atrevo a decir que fueron muchos los oficiales que encontraron razones para casarse durante ese periodo de tiempo —la voz de Dafne se volvió triste—. Y después habrías podido casarte por dinero.

Era lo que había hecho ella, ¿no? Pero Hugh no podía imaginarse haciendo lo mismo.

—Basta de hablar de esto —lo último que deseaba era entristecerla—. Al final, todos hacemos lo que consideramos es lo mejor en su momento, ¿no?

—Supongo —repuso, vacilante.

—Yo lo sé.

La estrechó de nuevo entre sus brazos y sintió cómo se relajaban sus músculos y su respiración volvía a tranquilizarse. ¿Qué podía haber más placentero que aquello, que sentir el calor de la piel de Dafne contra la suya?

Cuando se despertara por la mañana, se arrepentiría de aquella intimidad. ¿Se arrepentiría él? No había mal alguno en lo que acababa de suceder, ¿verdad? Sobre todo cuando sabía que no había habido ningún hijo.

¿Le contaría ella alguna vez la verdadera razón de su estancia en Suiza? No importaba. Nada importaba excepto amarla. Hacer el amor con Dafne lo había cambiado todo. No pensaba ya pedirle a Carter que le preparara un carruaje para volver a casa. Planeaba disfrutar de aquella semana con ella. Quería pasar hasta el último minuto con ella, disfrutando de aquella delicia.

El pensamiento lo sorprendió. Él no quería establecerse, quedarse mucho tiempo en un solo lugar, pero… ¿qué mejor aventura podía haber que poder pasar cada día con ella, forjar una vida en común? Quizá incluso podrían viajar juntos. No se le ocurría una mejor compañera de viaje que Dafne. Pero más que viajar, incluso, lo que quería era simplemente estar con ella. Estaba absolutamente seguro. De hecho, había llegado a pensar que incluso había disfrutado de su recuperación gracias a su compañía. Y cuando le quitaran los vendajes y volviera a ser una persona normal, tanto más gozoso sería estar con ella.

Eso si sus ojos llegaban a curarse. Esa era la pregunta principal. Para finales de esa semana podía quedarse ciego. Si ese fuera el caso, ¿podría pedirle que pasara su vida con él, con un hombre permanentemente disminuido y dependiente? Ella aceptaría: estaba seguro de ello. Demasiadas molestias se había tomado por él cuando solo había un sido desconocido para ella. Por un amante sería capaz

de hacer mucho más.

O por un marido.

Hugh intentó imaginarse viviendo en medio de una interminable oscuridad como inválido. ¿En qué clase de hombre, o de medio hombre, le convertiría la ceguera? Nada tendría que ofrecerla. Se dedicaría solamente a pedir, pedir, pedir.

En una semana, lo sabría. ¿Qué era esperar una semana? Una cosa era segura: pasaría esa semana amándola y gozando al máximo del tiempo que les quedara de estar juntos. Si la suerte estaba de su lado, cuando le quitaran los vendajes lo primero que vería sería el rostro de su Dafne.

Y entonces no albergaría ninguna duda sobre su futuro. Le pediría que lo compartiera con él, y estaba seguro de que ella le diría que sí.

Once

La semana siguiente se reveló como la más hermosa de la vida de Dafne, pero al final acabó. Aquel era su último día con Hugh. Aquel conocimiento le hizo el mismo efecto que si se paseara con un puñal clavado en el corazón, un puñal que ni podía desclavárselo ni enseñárselo.

La semana había sido extraordinariamente maravillosa y a la vez atormentadora.

Su acto amoroso había triturado cualquier barrera que hubiera habido entre ellos. Nunca en toda su vida se había sentido tan cerca de alguien.

Él formaba ya parte de ella. Siempre formaría parte de ella.

Pero, en poco tiempo, ella se marcharía.

Estaba todo arreglado.

Monette, Carter y Smith, el cochero, estaban en el secreto, pero Carter fruncía los labios cada vez que ella le mencionaba su plan y Monette se ponía triste. También se lo había dicho a Toller, porque necesitaba su ayuda y porque quería que alguien conocido de Hugh se quedara con él para cuando le retiraran los vendajes. Toller también recibió el encargo de entregar a Hugh su carta de despedida, o de leérsela.

Había dispuesto que el señor Wynne lo visitara después del desayuno, aunque Hugh esperaba que lo hiciera por la tarde.

Después de vestirse, Dafne bajó al comedor y esperó a Hugh. Se quedó mirando la mesa del bufé sin apetito. Tendría que obligarse a tragar la comida cuando Hugh se sentara con ella, si no quería que lo notara y le preguntara al respecto.

¿Por qué no podía simplemente decirle quién era, que era lo que debería haber hecho desde el principio?

No podía resolverse a hacerlo. Mejor que Hugh pensara que lo había dejado por alguna misteriosa razón a que la despreciable lady Faville lo hubiera engañado durante todo el tiempo.

La abadesa había estado en lo cierto respecto a lo de las mentiras: crecían con el tiempo. Si desde el principio le hubiera dicho que era lady Faville, y no la señora Asher, probablemente Hugh habría partido inmediatamente para Londres y aquella última semana nunca hubiera tenido lugar.

Pero no, nunca se arrepentiría de la semana que había pasado por

él. Había aprendido muchas lecciones. Había aprendido que podía amar desinteresadamente, que el bienestar de la otra persona podía significarlo todo, y el suyo propio, nada. Había aprendido que la felicidad venía de tener algún gesto amable con Hugh. Como ayudarlo a montar a caballo. Como leerle, o tocar el pianoforte para él. Había aprendido que el acto del amor podía ser algo glorioso cuando el placer era mutuamente compartido y cuando dos personas se amaban una a la otra.

Dafne también había aprendido una cosa más, quizá la más importante de todas. Había aprendido que un hombre podía amarla por ser ella misma, y no meramente por la belleza de su rostro o por la forma de su figura. Le estaría agradecida para siempre a Hugh por aquel regalo.

¿Qué le había dado ella a cambio? Mentiras. Engaños. ¿Sería capaz de vivir con eso sobre su conciencia?

Esperaba, y rezaba, para que Hugh recibiera la recompensa que se merecía por lo que le había hecho a ella. Rezaba para que abriera los ojos y viera.

Aunque nunca llegara a verla.

Oyó el golpeteo de su bastón conforme se acercaba. ¡Quizá fuera aquel el último día que lo necesitara! Rápidamente se enjugó los ojos, se sonó la nariz con un pañuelo y se pintó una sonrisa en la cara, lista para representar su papel por última vez.

Hugh había cabalgado aquella mañana. Había galopado por los campos, despreocupado del riesgo de que pudiera abrir los ojos. ¿Qué diferencia podría suponer eso ahora? Ese día, o estaría ciego o recuperaría la vista.

No podía disimular su angustia. Ansiaba con tanta desesperación estar entero para Dafne, para no tener que forcejear con el asunto de si podría quedarse con ella o no…

La casa entera parecía reflejar su nerviosismo. El mismo aire lo sentía diferente, tenso de expectación. Durante el desayuno, no le pasó desapercibido el buen humor que se esforzaba Dafne por proyectar. Estuvo hablando con su voz de institutriz, señal de que lo que sentía por dentro no tenía nada que ver con lo que estaba dispuesta a revelar. Después de comer, se disculpó con la excusa de que tenía que tratar algo con la servidumbre. Él, por su parte, se retiró al salón para practicar sus escalas.

En lugar de ello, sin embargo, tocó *El último puesto*, cosa que ya podía hacer sin vacilar. Sus tristes notas se le antojaron premonitorias. La otra canción que se sabía de memoria era *Barbara Allen*, pero esa también resultaba deprimente. No quería pensar en la pérdida… en la

posible pérdida de su vista.

Dafne debió haberle enseñado una canción más alegre.

Oyó un golpe en la puerta y la voz de Toller diciendo:

—El señor Wynne está aquí, señor.

—¿Wynne? —el médico llegaba temprano—. Busque a la señora Asher y pídale que venga inmediatamente—. Lo recibiré aquí.

—Sí, señor —el tono de Toller era tenso.

Le conmovió que incluso los criados estuvieran preocupados por él.

Tomó asiento en su sillón de costumbre, donde se había sentado las otras veces que lo examinó Wynne.

—Buenos días, señor Westleigh —irrumpió el médico, y se detuvo de pronto—. ¿La señora Asher no esta aquí hoy?

—He mandado a buscarla —dijo Hugh—. Ha venido usted temprano.

El médico empezó a desatar las hebillas de su maletín.

—A veces no puedo evitar retrasarme.

Hugh no intentó buscar la lógica a la frase.

—¿Deseáis esperarla?

—Bueno… —Wynne pareció tentado—. Me encantaría verla, pero no puedo quedarme mucho tiempo.

—Perdón, señor —Toller volvió a entrar en la habitación—. No consigo localizar a la señora Asher.

—¡Vaya! —Wynne estaba obviamente decepcionado—. Podemos empezar ya. Imagino que estaréis nervioso por saber lo que tenéis.

Hugh también se sintió decepcionado. Había contado con que Dafne estaría a su lado en aquel momento.

—Sí, proceded —quizá fuera lo mejor, sin embargo. De esa manera, si la retirada del vendaje resultaba tal como temía, ella no sería testigo de su desesperación.

Wynne sacó una silla para sentarse frente a él. Hurgó en su maletín y Hugh oyó el sonido de unas tijeras al abrirse y cerrarse. Hugh cortó el vendaje a la altura de la nuca y empezó a desenrollarlo.

—Mantened cerrados los ojos —le aconsejó el médico—. Toller, ¿quiere correr las cortinas? No queremos tanta luz.

Hugh oyó a Toller aplicándose a la tarea.

Wynne sujetó las gasas que cubrían cada ojo y terminó de quitarle el vendaje.

—Continuad con los ojos cerrados. Voy a retiraros estas gasas.

Hugh mantuvo los ojos cerrados con dificultad. Era como si se le escaparan bajo los párpados. ¿Sería eso una buena o una mala señal?

Wynne le alzó ligeramente los párpados.

—Hasta ahora, bien.

Hugh veía luz por la rendija que había alzado el médico. Pero ver luz no era lo mismo que tener visión.

Wynne inspiró profundo.

—Y ahora, abridlos lentamente. Si sentís dolor —se apresuró a añadir—, cerradlos de nuevo.

Hugh levantó cuidadosamente los párpados, la primera vez que lo había hecho de manera deliberada en quince días. Sintió dolor, pero no tanto como la otra vez que los había abierto. Era más bien el dolor de mirar directamente al sol. Todo estaba borroso. Parpadeó y lo intentó de nuevo. Esa vez distinguió formas. Otro parpadeo y las formas adquirieron una figura más precisa.

Se quedó mirando el curtido rostro del médico y se echó a reír.

—Puedo ver, Wynne.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del hombre.

—¡Bravo!

Hugh se volvió hacia el joven alto y flacucho que se hallaba a su derecha.

—¡Toller!

—Ese soy yo, señor —sonrió.

Wynne recogió los viejos vendajes y los hizo a un lado. Guardó sus tijeras en un viejo maletín de piel negra.

—Procurad no forzar vuestros ojos, joven. Protegedlos durante unos días de la luz fuerte del sol. No leáis demasiado. Descansad la vista con frecuencia. No os apresuréis en hacer un uso normal de ella —examinó el rostro de Hugh—. Tenéis algunas huellas de quemadura, pero desaparecerán con el tiempo.

Hugh contempló la habitación. La decoración era sencilla y algo gastada. Las sillas estaban tapizadas de tela verde, con las cortinas a juego. Sabía exactamente dónde se encontraba el pianoforte, o el armario donde se guardaba el brandy.

—Qué maravilla poder ver…

Wynne se levantó,

—Debo irme. Transmitidle mis saludos a la señora Asher.

Hugh acompañó al médico al vestíbulo. Allí las paredes estaban forradas de madera de roble. La puerta principal también era de roble, al igual que la escalera y la puerta del comedor.

Toller entregó a Wynne sus guantes y su sombrero, mientras Hugh lo acompañaba hasta la puerta.

—Gracias otra vez, Wynne —rebuscó en su bolsillo y le puso unas monedas en la mano.

Pero el médico se las devolvió.

—La señora Asher ya me envió el pago. Es tan generosa como bella.

¿Era bella? Hugh ya lo había sabido. Había sentido su belleza bajo las yemas de sus dedos. No tardaría en verlo por sí mismo.

Abrió la puerta. Wynne se despidió con la mano y se marchó.

Hugh se volvió hacia Toller.

—Debo encontrar a la señora Asher.

Apenas podía contener su excitación. La sorprendería, la abrazaría, le pediría que se casara con él.

Toller frunció el ceño.

—No está aquí, señor Westleigh —le entregó una nota doblada y sellada.

Hugh le lanzó una mirada de perplejidad, rompió el sello y desdobló el papel.

La letra era limpia y precisa, con ocasionales y artísticas florituras, tal y como había imaginado que sería.

Querido Hugh

Si lees esto, mi corazón se henchirá de gozo por ti. Si no es así, no habrá palabras que puedan expresar mi dolor. Me he marchado. No puedo explicarte la razón, solo que es lo mejor para ti. No tiene sentido que intentes encontrarme.

No hay ninguna señora Asher. No soy quien te dije que era. Lo único verdadero de mí es el amor con el que he llegado a quererte. Te doy las gracias por la semana más gloriosa de mi vida. Viviré el resto de mi vida evocando su recuerdo.

Olvídame y sé feliz.

Mi imperecedero amor te acompañará siempre,
Dafne

El aire escapó de sus pulmones, como si hubiera caído de una gran altura. Y se había desplomado, efectivamente. De la más alta alegría a la más profunda angustia.

¿Se había ido?

No, imposible.

Se frotó los ojos y releyó la carta. ¿Qué bien le había reportado recuperar la vista, si tenía que leer aquellas palabras? No había error alguno. Se había ido.

Miró a Toller. La desesperación se enroscaba en su cuerpo como una serpiente venenosa.

—¿Os informa en la carta de su marcha, señor? —le preguntó Toller, con la angustia reflejada en su rostro—. Ella, la señorita Monette y el señor Carter se fueron en su carruaje…

Hugh habría oído el sonido del carruaje. A no ser que la hubiera esperado a alguna distancia. Lo había engañado deliberadamente.

Toller continuó:

—Escribió cartas para el señor y la señora Pitts, para Mary, Ann y los mozos de cuadra. A todos nos dejó salarios que cubrían dos años en lugar de dos semanas. Eso es todo lo que sé, señor. Estamos para ayudaros en todo lo que necesitéis. Podéis quedaros el tiempo que gustéis, porque todos nosotros estamos pagados por dos años.

Qué generosidad. ¿Por qué se mostraba tan generosa con ellos cuando a él le había robado lo que más necesitaba?

—Gracias, Toller —logró pronunciar Hugh, aunque por dentro se sentía como si lo estuvieran destripando—. Yo… ya os avisaré si necesito algo —lo que más necesitaba lo había abandonado. Se había desvanecido.

Y ni siquiera sabía cómo era.

Toller le hizo una reverencia y abandonó el vestíbulo.

Hugh miró a su alrededor, pero la vista no le reportaba ningún consuelo. Se sentía tan desorientado como cuando se despertó por primera vez en aquella casa. Levantó la carta y leyó de nuevo las palabras: *Lo único verdadero de mí es el amor con el que he llegado a quererte. Te doy las gracias por la semana más gloriosa de mi vida. Viviré el resto de mi vida evocando su recuerdo.*

Hermosas palabras, pero seguramente tan falsas como la historia que ella le había contado desde el principio. ¿Amor? No era amor mentir, marcharse sin despedirse, sin dar explicaciones.

Le ardía el pecho y gritó. Un grito frustrado, impotente, furioso.

Había más de una manera de ser ciego. Se había cegado a la verdad de Dafne. Deliberadamente. Ella lo había engañado, fingiendo estar enamorada.

Estrujó el papel en el puño.

La maldijo. Y ni siquiera sabía quién era.

Doce

El día siguiente estaba cubierto de nubes grises que amenazaban aguaceros, pero Hugh estaba determinado a marcharse. Ni siquiera la advertencia de Wynne de dejar descansar la vista lo disuadiría. Desempacó su abrigo y mandó que despacharan su baúl a la casa de su madre en Londres. Compró el caballo que había estado montando durante cerca de dos semanas y repartió generosas propinas entre los sirvientes de la casa. Dafne, si ese era su nombre, no era la única en ser generosa.

Después de lanzar una última mirada al lugar que había sido incapaz de ver, despidió a los sirvientes y montó en su caballo. Que lloviera, que todas las aguas del cielo se derramaran sobre su cabeza: no le importaba. Quería alejarse de aquella casa. Necesitaba campo libre. Necesitaba aire. Necesitaba libertad. Un carruaje se cerraría sobre él como un ataúd y lo atraparía con sus propios pensamientos.

Londres estaba a menos de una jornada a caballo, pero cabalgó sin prisas, sin cambiar de montura, aferrándose a su viejo amigo equino, el que le había proporcionado aquella distracción esencial cuando más la había necesitado.

Y había sido ella quien le había proporcionado aquella distracción.

Ansió recorrer cuantos más kilómetros mejor, para olvidar los recuerdos de Thurnfield, pero fue inútil. Los recuerdos nunca desaparecerían. Los recuerdos anegaban su mente sucediéndose sin cesar, y si se le ocurría detenerlos, lo acometían las preguntas. ¿Por qué lo había engañado ella? ¿Qué clase de mujer sería capaz de hacer tal cosa? ¿Había estado simplemente jugando con él? Seducir al ciego. Hacerle pensar que la idea era suya y convencerlo de que era un gran amante. ¿Y luego qué? ¿Y por qué? ¿Por qué hacer eso? ¿Por qué convertirse en una parte de él… para luego desaparecer? ¿Habría significado alguna diferencia si no hubiera recuperado la vista? ¿Le habría entregado a Toller dos cartas, una para cada situación?

No. Durante todo el tiempo ella había sabido que se marcharía.

La maldijo de nuevo.

Mejor habría hecho ella en despedazarlo con un sable. El dolor que sentía por dentro empezaba a ponerse al rojo vivo. Era una suerte que no pudiera salir en su busca. La rabia le quemaba tanto que… ¿quién sabía lo que sería capaz de hacer?

La furia era preferible a la pura desesperación de perderla.

Su mente y sus sentimientos habían girado en círculos conforme el caballo cabalgaba sin apresurar el paso. Para cuando llegaron a las riberas del Támesis y distinguió a lo lejos la cúpula de la catedral de San Pablo, había tomado algunas decisiones. Primero, no contaría nada a su familia ni sobre el incendio, ni sobre Dafne ni sobre su recuperación. No había razón alguna por la que debieran saber algo de todo aquello. Les diría que había venido directamente de Bruselas. Si le notaban alguna marca de quemadura en la cara, les diría que se había acercado demasiado a las llamas de un fuego, lo cual era cierto. En segundo lugar, se alejaría enseguida de su familia para comprar un pasaje de barco a… alguna otra parte. Y retomaría su plan original de viajar por el mundo y hacer lo que se le diera en gana.

Hugh cruzó el Támesis y se dirigió a Mayfair. Pasar por delante de aquellos edificios y calles tan familiares le reportó un mayor consuelo de lo que había imaginado. Cabalgó por Piccadilly, pasando cerca del Club de la Máscara. Se sintió medio tentado de hacer una parada para ver cómo marchaba el local, pero los ojos le dolían del esfuerzo de cabalgar durante todo el día. Continuó hacia las cuadras de la familia en Brooks Mews y entregó su montura a uno de los mozos de los Westleigh, intentando no acordarse de los de Dafne, trabajadores que no había tenido ninguna necesidad de contratar.

Recorrió a pie la corta distancia que lo separaba de Davies Street y, al encontrar la puerta cerrada, hizo sonar la aldaba.

Mason, el mayordomo, abrió la puerta.

—¡Vaya, señor Hugh! ¿Sabíamos que ibais a llegar hoy?

Hugh sospechaba que se montaría un buen tumulto para asegurarse de que su habitación estuviera preparada.

—No mandé recado, lo siento. Pero no hace falta que se molesten tanto por mí.

—Oh, vuestra madre querrá que vuestra habitación esté convenientemente preparada —Mason asomó la cabeza fuera de la puerta—. ¿No traéis equipaje?

Hugh levantó el maletín que portaba con una muda de ropa.

—Mi baúl está en camino —entró en el vestíbulo—. ¿Está mi madre en casa?

Mason se encargó de su maletín.

—El general Hensen y ella se hallaban en el salón.

El omnipresente general Hensen, el amante de su madre.

—Entraré a anunciarle que habéis venido.

Hugh miró a su alrededor, contemplando los retratos que colgaban en las paredes, y pensó en el vestíbulo mucho más pequeño y forrado de madera que había sido incapaz de ver hasta apenas el día anterior.

Caminó hasta el salón, dio unos rápidos golpes en la puerta y entró.

Su madre y el general estaban sentados juntos en un sofá, mirando por un caleidoscopio. Ambos alzaron la mirada.

—¡Hugh!

El rostro de su madre se iluminó con una sonrisa y, para su sorpresa, Hugh se alegró de verla, algo que no solía ocurrir muy a menudo. En ocasiones podía ser algo tiránica, pero, para ser justos con ella, siempre era por el bien de sus hijos.

El general Hensen la ayudó a levantarse.

—¡Qué alegría! ¿Verdad, Honoria?

Su madre se acercó apresurada y esperó a que la besara en la mejilla.

—Madre, general. Sí, aquí estoy, llegado directamente de Bruselas.

El general le estrechó la mano.

—Qué bien tenerte de vuelta, sano y salvo.

—Yo también me alegro de verte, pero tienes un aspecto terrible —su madre le acarició el rostro—. ¿Qué te ha pasado aquí?

Evidentemente acabaría descubriendo las marcas de quemadura.

—Nada importante —se apartó—. Unas brasas que me saltaron en la cara.

La dama frunció los labios.

—Deberías tener más cuidado, Hugh. No hay que jugar con el fuego.

Y bien que lo sabía él. Al fin y al cabo, se había metido corriendo en un incendio.

El general rio por lo bajo.

—Honoria, el muchacho no tiene dos años… Hugh ha estado en la guerra.

Cualquier hombre que se acostara con su madre nunca sería del agrado de Hugh, pero Hensen era un tipo decente y se portaba bien con ella. Se rio de sí mismo. Al fin y al cabo, él también se había estado acostando con una viuda.

Eso si acaso lo era realmente Dafne. Tal vez le había mentido en eso también.

Se apartó de su madre y se miró. Tenía la ropa húmeda y manchada de barro.

—Tienes toda la razón, madre. No estoy presentable en este momento. Solamente quería informarte de mi llegada —«y verte», añadió para sus adentros. «Porque temía no volver a verte nunca»—. Debo cambiarme de ropa.

—Sí, hazlo —volvió a sentarse su madre.

Hugh le hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta.

La voz de su madre lo siguió hasta allí.

—Qué oportuno que hayas llegado hoy. Esta noche tenemos cena

de familia.

¿Una cena de familia? Había confiado en poder pasar un día o dos en relativa calma, si la calma y su madre podían coexistir en la misma casa.

Se volvió hacia ella.

—¿Quién vendrá?

—¡Todos! —exclamó ella, radiante.

Hugh se quitó el barro del camino y desempacó ropa limpia que ponerse, pero los ojos le dolían tanto que lo único que quería hacer era cerrarlos. Vestido únicamente con los calzones, se tumbó en la cama. Mejor sería que descansara la vista por unos momentos. Wynne le había dicho que no se forzara mucho.

Lo siguiente que oyó fue a Higgley, el criado de su madre, tocando a la puerta.

—Es casi la hora de la cena —le informó Higgley—. Vuestra madre me ha enviado para asistiros.

Hugh se incorporó con un gruñido.

—Debo de haberme quedado dormido —lo cual no parecía haber ayudado mucho a sus ojos. Todavía le dolían.

Higgley se acercó directamente a la ropa que él había sacado antes del baúl. Le tendió la camisa.

—Cuéntame lo que ha estado pasando en la familia, Higgley —metió las manos en las mangas—. ¿Hay algo que deba saber?

Hugh había crecido con Higgley. Tenían más o menos la misma edad y habían jugado juntos de críos. Desde que Higgley entró a trabajar para los Westleigh, Hugh y él habían llegado a una especie de trato. Higgley le contaba a Hugh cualesquiera secretos familiares que descubriera, y este nunca lo traicionaba por ello. Además, siempre encontraba una manera de deslizarle unas monedas de propina o asegurarse de que recibiera algún privilegio especial.

El criado se puso a cepillarle el chaleco.

—Nada de importancia, que yo sepa. El general Hensen pasa aquí la mayor parte del tiempo, pero estoy seguro de que eso no es ninguna sorpresa para vos.

Ciertamente no era ninguna sorpresa.

—¿Qué hay de mi hermano y su esposa? ¿Qué nuevas hay de ellos?

Hugh le abrochó el pantalón.

—El conde está muy ocupado, al ser el primer año que pasa en la Cámara de los Lores. La condesa se encuentra finalmente encinta, lo cual es una buena cosa, porque vuestra madre se estaba mostrando muy impaciente. Creo que la condesa no estaba muy complacida de que vuestra hermana y el señor Rhysdale fueran a tener familia y ella

todavía no.

A Higgley le encantaba hablar de la familia. En ese aspecto, se parecía un poco a Toller. Hugh sabía que echaría de menos a Toller. Se dio cuenta de que había echado de menos a Higgley. Había echado de menos la comodidad del hogar.

—¿Cómo están tus padres?

Los padres de Higgley también trabajaban para la familia. Se habían jubilado hacía unos años y vivían en una casita cerca del pueblo. Se contaban entre la numerosa gente vinculada a la propiedad de los Westleigh que habrían sufrido mucho si Hugh y Ned no hubieran encontrado una manera de restaurar la fortuna familiar.

—Bastante bien —respondió Higgley—. Mi madre dice que sus flores nada tienen que envidiar a las de Westleigh House, mientras que mi padre se jacta de tener el mejor huerto del condado.

Hugh le preguntó por otros miembros de la familia mientras se abrochaba el chaleco y se dejaba ayudar con la chaqueta. La familiaridad de la escena lo reconfortó. Permitió que Higgley le hiciera el nudo del pañuelo, que era algo que habitualmente hacía por sí mismo. Una vez que terminó de vestirse, Hugh se pasó un cepillo por el pelo y se calzó los zapatos.

Abandonó el dormitorio y bajó las escaleras. Un recuerdo relampagueó en su mente: se vio bajando por la escalera en llamas de la posada, con Dafne en brazos. Cerró los ojos y comparó aquellas escaleras con la que había bajado a tientas en la casa de Thurnfield.

Abrió los ojos. «¡Olvídate de todo eso!», se ordenó.

Oyó un rumor de risas procedente del salón. La familia se había reunido, obviamente. Hugh se olvidó de su anhelo de estar solo y de su deseo de descansar. Se apresuró a entrar en la habitación.

—¡Hugh! —su hermano Ned lo vio primero y se acercó inmediatamente a estrecharle la mano. Su frente estaba surcada de arrugas y parecía cansado, como si hubiera envejecido automáticamente al asumir el título familiar.

Antes de que Hugh pudiera pronunciar una simple palabra de saludo, Phillipa se le acercó corriendo con una enorme sonrisa y ojos chispeantes de alegría. Todavía tenía la cicatriz de la cara, pero no era eso lo primero que había advertido en ella.

Lo primero que había advertido en ella era su felicidad.

—Phillipa, estás preciosa —exclamó. Debía de ser la primera vez que se lo decía. La besó en la mejilla, la mejilla de la cicatriz, y luego le dio un abrazo—. Preciosa de verdad.

Ella se echó a reír.

Su marido, Xavier, un amigo de toda la vida de su familia, se acercó también.

—La maternidad le sienta bien, ¿verdad?

Así era. Era todo dulzura y feminidad, nada que ver con la muchachita a la que antaño solía ignorar.

La soltó y estrechó la mano de su marido.

—Xavier. Me alegro de verte.

—Tienes que visitarnos pronto —le dijo Xavier—. Y conocer a nuestra pequeña. Es la viva imagen de tu hermana —el hombre estaba que reventaba de orgullo.

—Lo haré. Claro que sí —pensó que podría sacar tiempo suficiente para visitar a su hermana antes de emprender su viaje.

Hugh descubrió a su hermanastro Rhys, y a su esposa, Celia, esperando en un segundo plano. La siguiente persona a la que debía saludar era Adele, la esposa de Ned, que también era la hijastra de Celia. El protocolo ordenaba que saludara a una condesa antes que a su hermano bastardo.

—Adele, tú también estás preciosa.

La muchacha soltó una risita ante el cumplido, agitando sus rizos rubios.

Para su sorpresa, sintió una punzada de ternura. Podía perdonarla por ser tan cabecita hueca. Era muy joven, no tendría quizá ni veinte años. Además, ella adoraba a Ned. Incluso en aquel mismo momento lo estaba mirando como si fuera el mismo Zeus.

¿Acaso la semana que había pasado con Dafne lo había convertido en un sentimental? ¿O había sido tal vez su abandono lo que hacía que se sintiera tan cómodo en compañía de la gente que lo quería?

Hugh tomó las manos de Adele entre las suyas y se apartó levemente mientras le lanzaba una aprobadora mirada.

—Te veo diferente. Maravillosamente diferente —sabía la razón, gracias a Higgley.

La muchacha se ruborizó y se inclinó hacia él con tono cómplice:

—Eso es porque estoy encinta. ¡Vamos a tener un bebé!

—¿No es una noticia encantadora?

Había hablado su madre, que se encontraba a varios pasos de distancia. Debía de haberlo oído todo. Nada se le escapaba.

Pero incluso eso le llenó de ternura.

—Encantador, desde luego que sí —apretó las manos de Adele y sonrió—. Una noticia maravillosa. No puedo sentirme más feliz por ti.

Hablaba en serio. Tener un hijo significaría muchísimo para Adele.

Antaño se había imaginado que Dafne había tenido que renunciar a un hijo… pero luego se había descubierto equivocado en eso y en todo lo referente a su persona.

Ahuyentó ese pensamiento y besó a Adele en la mejilla antes de dejarla en manos de su marido. Ned le pasó un brazo por los hombros. En ese momento su madre llamó a los dos a donde estaba conversando con el general. Y su obediente hijo mayor se acercó inmediatamente a

ver lo que quería.

Hugh atravesó el salón para saludar a Rhys y a Celia.

—Rhys —le tendió la mano.

—Hugh —se la estrechó.

Tenían una relación incómoda, y toda la culpa era de Hugh. De niño, Hugh había detestado la idea de que su padre tuviera un hijo bastardo, traicionando de esa manera a su madre. En aquel entonces se había comportado de manera atroz con Rhys, buscando pelea con él a la menor oportunidad. Pero en ese momento la admiración que le profesaba era enorme. Tal y como le había contado a Dafne.

Maldijo para sus adentros. ¿Por qué todo tenía que recordarle a ella?

Se volvió hacia la esposa de Rhys, Celia, que antes había sido viuda de un barón. La besó en la mejilla.

—¿Qué tal le va a mi tercera hermana?

Ella le lanzó una mirada burlona.

—Estoy esperando mi cumplido.

Hugh ladeó la cabeza, sin saber si había oído bien.

Celia se echó a reír.

—Bueno, Phillipa es hermosa, Adele es encantadora… Todo eso es cierto, pero entonces… ¿dónde está mi cumplido?

Fingió que la recorría con la mirada de los pies a la cabeza. No era una belleza según el canon estético dominante. Era demasiado alta. Demasiado delgada. Pero sus rasgos brillaban de inteligencia. Era la clase de mujer que parecía más bella cuanto más tiempo pasaba uno en su compañía. De hecho, antaño había sido la típica mujer que no llamaba demasiado la atención, pero ya no. El amor la había transformado.

—Tú eres incomparable —dijo Hugh.

Celia volvió a reír y enlazó un brazo con el de su marido.

—Con eso bastará.

Hugh le sonrió y se volvió para contemplar a su familia. Los ojos le dolían, tenía los músculos fatigados de montar a caballo durante la mayor parte del día, y además el dolor que sentía por dentro persistía mientras sus sentimientos continuaban en pie de guerra. Su rabia estaba como en carne viva, en abierto contraste con la alegría que lo rodeaba, la jubilosa alegría que tan fugazmente había creído a su alcance para luego evaporarse como la niebla.

A su familia le estaba yendo bien. Eso ayudaba a aliviar su descontento.

La conversación de la cena versó sobre los niños, el Parlamento, el Club de la Máscara, las fábricas con máquinas de vapor de Rhys y las

tiendas de Xavier. Ned y su madre querían escuchar detalles sobre la manera en que Hugh había solucionado los asuntos de su padre en Bruselas y la cantidad de dinero que había tenido que gastar. Nadie le preguntó por sus propios asuntos. Rara vez lo hacían, reflexionó de repente, pero esa noche se alegró de ello. Esa noche no deseaba hablar de sus propios asuntos… de su breve aventura con Dafne.

Se sirvieron los postres. Bandejas de pasteles, cuencos de frutas y, lo que más incomodó a Hugh, platos de mazapanes. Mason y Higgley sirvieron champán. Cuando terminaron, el general Hensen se levantó.

Tenía su copa de champán en la mano.

—Vuestra madre y yo tenemos un anuncio que haceros.

La conversación se interrumpió.

El general miró a lady Westleigh y le tomó una mano.

—Quiero que sepáis que vuestra madre me ha hecho el hombre más feliz del mundo. Ha consentido en casarse conmigo.

—Oooooh —Adele se puso a aplaudir, deleitada—. Qué noticia tan maravillosa…

Ned frunció el ceño.

—¿Cuándo pensáis casaros? Todavía no ha pasado el año de luto. Deberías esperar a cumplir el año entero, mamá. La familia no debe exponerse a más escándalos.

Ned era el árbitro de la corrección en la familia. En ese sentido, era todo lo contrario que su padre.

Su madre le lanzó una mirada irritada.

—Por supuesto que esperaremos un año. Pero hemos decidido anunciar nuestro compromiso ahora, de modo que podremos ser vistos sin levantar murmuraciones.

Hugh sospechaba que ya corrían bastantes murmuraciones, pero… ¿por qué no atrapar la felicidad al vuelo, cuando la tenían tan cerca?

—Si eso te hace feliz, madre, entonces es una noticia estupenda —le dijo.

Lady Westleigh lanzó al general una amorosa mirada.

—Me hace más que feliz.

—Propongo hacer un brindis —Hensen levantó su copa—. Por vuestra madre. Para que nunca se arrepienta de haberme aceptado. Para que yo tenga éxito en la tarea de hacerla feliz cada día.

Todo el mundo se deshizo en felicitaciones y parabienes. Todos los hermanos habían estado unidos en el apoyo a la felicidad de su madre… siempre y cuando ella no les diera órdenes sobre cómo debían vivir. En ese aspecto, ella había sido implacable con Phillipa. Cruel, incluso. Le sorprendía que, aparentemente, Phillipa la hubiera perdonado.

Comieron pasteles y bebieron champán, y las damas se retiraron enseguida al salón. Hensen fue con ellas. Mason sirvió brandy a Hugh,

a Ned y a Rhys. Higgley retiró las bandejas de pasteles, pero dejó la fruta y los mazapanes.

Hugh tomó dos piezas de mazapán, una con forma de fresa y la otra de pera, y las hizo rodar entre los dedos. Los aromas del mazapán y del brandy lo transportaban de regreso al salón de la casa de Thurnfield y a las veladas que había compartido con Dafne.

Maldijo para sus adentros. ¿Acaso nunca iba a poder dejar de pensar en ella?

—Me alegro de que estemos todos aquí —la voz de Rhys lo sacó de sus reflexiones—. Pero quiero hablaros del Club de la Máscara. Tengo que dejarlo. Ahora necesito pasar mucho más tiempo en mis fábricas. Le he pedido a Xavier que se haga cargo, pero no puede.

—Ojalá pudiera ayudarte yo —dijo Xavier, entristecido—. Pero el tiempo simplemente no me lo permite —estaba demasiado ocupado invirtiendo en tiendas y empleando a soldados licenciados y sin trabajo.

—Eso no puede ser… —una expresión de pánico asomó a los ojos de Ned. Seguimos necesitando esos ingresos. Todavía no hemos estabilizado nuestra situación. Una mala cosecha y volveremos a caer.

Rhys sacudió la cabeza.

—Yo ya no puedo seguir dirigiendo el negocio. Simplemente no puedo. Ahora mismo no veo nunca a Celia ni a los niños.

—Yo tampoco puedo hacerlo —la voz de Ned sonó un tanto estridente—. No solo porque sería impropio de un lord dirigir una casa de juego, sino porque ya estoy inmerso en los asuntos del Parlamento. Y ahora, con el bebé en camino… —se interrumpió y desvió la mirada hacia su hermano—. Debes hacerlo tú, Hugh.

—Ah, no. Yo no —alzó una mano. Ya había dedicado los años que siguieron a la guerra a las necesidades de su familia—. Tengo otros planes.

—¿Qué planes? —exigió saber Ned—. ¿Qué podría ser más importante que preservar la fortuna familiar y asegurar el bienestar de nuestra gente?

Expresado de esa manera, los viajes quedaban como una ambición nimia, insignificante.

—Tienes que ayudarnos. No hay nadie más —Ned se removió incómodo en su silla.

—Tú ya conoces lo suficientemente bien el negocio —añadió Xavier—. No te resultará difícil.

—Siempre podrás consultar conmigo —se ofreció Rhys—. Siempre estaré disponible para aconsejarte sobre el funcionamiento de la casa.

—Y cuando Rhys esté fuera de la ciudad, te ayudaré yo —dijo Xavier.

—Tienes que hacerlo, Hugh —insistió Ned. Las piernas le

temblaban nerviosamente—. Tú eres el único que se encuentra en libertad para ocuparse de la casa.

—Pero… —empezó Hugh.

Ned lo interrumpió.

—Reúnete conmigo mañana y te enseñaré los libros de cuentas. No podemos abandonar el club ahora, no cuando nuestra solvencia está en juego. Te enseñaré cuál es nuestra situación. El último negocio de nuestro padre en Bruselas nos salió muy caro, como tú bien sabes —su tono se volvió desesperado—. Tienes que hacerlo, Hugh.

Hugh cerró los ojos y bebió un sorbo de brandy, pero eso solo sirvió para transportarlo de nuevo a aquellas tranquilas veladas con Dafne. Parpadeó y recorrió los tres pares de ojos que lo miraban expectantes.

¿Qué sentido tenía? Sería infeliz en sus viajes, pensando continuamente que había abandonado a su familia en época de necesidad. Ciertamente conocía el dolor de verse abandonado. Además, ¿qué importaba nada de todo aquello? En Londres sería igual de desgraciado. Pero haría feliz a su familia, aunque él mismo no pudiera serlo.

Parpadeó de nuevo y bebió otro trago de brandy.

—Muy bien. Lo haré.

Trece

Dafne se quedó mirando el calendario y se dio cuenta de que había transcurrido un mes exacto desde que dejó a Hugh. La sorprendía pensar que había logrado soportarlo sin caer en la más completa desesperación.

Pensaba a menudo en él. Se preguntaba dónde estaba. ¿En algún barco, en alguna costa lejana? ¿O viajando por Europa en algún carruaje, siguiendo un camino más conocido? ¿Viajaría por los valles de Suiza? ¿Pasaría por delante de los encalados muros de la abadía de Fahr?

Estuviese donde estuviese, deseaba que fuera feliz. Y esperaba que la hubiera olvidado.

Se subió las mangas de su bata y tamborileó con un dedo sobre el escritorio. Sentada en su cámara mientras tomaba una taza de chocolate, aún sin vestirse, repasó la lista de tareas de la jornada. Había empezado a elaborar listas de cosas que hacer para cada día. Eso la ayudaba a mantenerse ocupada. Porque si no llenaba su jornada de obligaciones se exponía a quedar a merced de la desesperación, siempre al acecho.

—Un buen consejo, mi querida abadesa —pronunció en voz alta. La abadesa solía decirle que manos ocupadas eran manos felices. Pero la palabra «feliz» era mucho esperar en su caso.

Dafne ya no aspiraba a la felicidad.

En lugar de ello, estaba resuelta a hacer buenas obras, empezando por su finca. Su marido le había legado la pequeña propiedad de Vadley a modo de residencia de viuda. Cuando murió y el hijo de su primo segundo heredó Faville House, ella se refugió allí a pasar su periodo de luto antes de salir en busca de Xavier. La finca no había sido un hogar para ella en aquel entonces, pero ahora estaba decidida a que lo fuera.

Al día siguiente de su llegada a Vadley, había mandado llamar al señor Quigg, el administrador de la propiedad, para pedirle que se la enseñara. Quería conocer a todos sus arrendatarios y empleados y aprenderse sus nombres, como Hugh le había dicho que solía hacer su madre, lady Westleigh.

Para su horror, se había encontrado con casas necesitadas de reparaciones, niños hambrientos y gentes en apuros. Los arreglos financieros de su marido para aquella propiedad no habían contado

con las dificultades económicas de los últimos tiempos. O quizá la culpa había sido de ella, porque ella había sido la única responsable desde la muerte de su esposo. En cualquier caso, los arrendatarios y trabajadores no habían recibido suficiente dinero para vivir mínimamente y para dar de comer a sus hijos. El banco que había gestionado el dinero de su esposo, en ese momento suyo, había ignorado las peticiones del administrador de mayores transferencias. ¿Las había ignorado ella también?

Asaeteada por la culpa, inmediatamente había enviado una carta al banco, a través de su apoderado, aprobando los fondos.

El dinero fue entregado y las reformas estaban en camino, pero su apoderado se hallaba en aquel momento de viaje a Vadley para tratar el asunto con ella. Se esperaba su llegada para ese mismo día.

El querido señor Everard. El hombre se había consagrado a ella, mientras que ella se había aprovechado de él. La había acompañado al Club de la Máscara casi cada noche mientras ella estuvo persiguiendo a Xavier. Temía su llegada. Verlo de nuevo le recordaría lo mal que se había portado con él.

Y le recordaría también que, de no haberse portado tan mal, Hugh y ella habrían podido seguir juntos. Escondió la cabeza entre las manos.

Pero entonces no se habrían conocido.

«Confía en la providencia divina», le había dicho la abadesa. Muchas veces.

Tocaron a la puerta y entró Monette.

—Buenos días, milady. ¿Estáis lista para vestiros?

Dafne se levantó.

—Supongo que será mejor que lo haga.

Monette le llevó un vestido mañanero de madrás azul y la ayudó a ponérselo. Cuando Monette se colocó delante de ella para alisarle las faldas, Dafne advirtió que tenía los ojos enrojecidos.

—¡Monette! ¿Has estado llorando?

—Un poco, milady.

Dafne sintió el escozor de sus propias lágrimas, que siempre estaban a punto de brotar.

—¿Qué es lo que te pasa, Monette? Debes decírmelo.

Monette se enjugó los ojos con el delantal.

—Yo… echo de menos a alguien. Eso es todo.

La joven había cambiado completamente de vida. Dafne podía entender lo difícil que debía de ser aquello.

—¿Echas de menos Fahr? ¿A alguna de las monjas de la abadía? Yo también las echo de menos.

Monette sacudió la cabeza.

—No son las monjas… quiero decir, las echo de menos, pero yo no

quería quedarme allí. No me da ganas de llorar el no poder verlas.

—¿A quién, entonces? —se preguntó si habría habido alguien en Suiza que había sido importante para ella.

—Yo… siento nostalgia por la casa de Thurnfield. A la gente de allí. A mí aquello me gustaba —ahogó un sollozo.

—A mí también me gustaba estar allí —repuso Dafne en voz baja. El dolor que sentía en el pecho era cada vez más fuerte.

Monette le hizo una seña a Dafne para que se sentara ante el tocador. Situándose detrás de ella, empezó a peinarla.

—¿Cómo soportáis vos estar separada del señor Westleigh? Quiero decir… Yo sé que vos… que vos y él… fuisteis amantes. ¿Cómo pudisteis soportar dejarlo?

El puñal que Dafne siempre llevaba clavado en el corazón empezó a dar vueltas, ahondando la herida.

—Ya te dije que tenía que marcharme. Él no podía descubrir mi identidad.

—Lo sé, pero vos no deseabais dejarlo, ¿verdad? —recogió la melena de Dafne en un sencillo moño.

—No —sintió un nudo en la garganta—. Yo no quería abandonarlo. Pero tuve que hacerlo. Era lo mejor.

Monette empezó a ponerle las horquillas.

Dafne alzó la mirada al rostro de la doncella en el espejo.

—Pero tú no has estado llorando por el señor Westleigh.

La criada enrojeció.

—No —retrocedió un paso, con la cabeza baja—. Es a Toller a quien más echo de menos.

—¿Toller? —Dafne no había tenido ni idea.

—Nos hicimos amigos —Monette se atrevió a mirarla—. ¿Recordáis cuando bajamos al pueblo juntas y yo os pregunté por los hombres y las mujeres?

—Lo recuerdo —había pensado que Monette, que se había criado entre monjas, había sentido curiosidad por su relación con Hugh.

—Me estaba refiriendo a Toller. Él me gustaba mucho, pero de una manera diferente a como me gustaban Mary y Ann.

—Entiendo —comprendía demasiado bien la palabra «diferente».

—¡Y yo lo echo mucho de menos! —Monette estalló en sollozos.

Dafne se levantó para estrechar a la muchacha entre sus brazos, como la abadesa había hecho con ella. No conocía otra manera de intentar consolar a alguien.

—Tranquila, tranquila —sentía el dolor de Monette como si fuera suyo. Poco faltó para que se pusiera a llorar ella misma.

—¡Ojalá Toller estuviera aquí! —sollozó.

—Puedo mandar a buscarlo —las palabras salieron de su boca antes de que pudiera pensarlas—. Podría enviar una carta a Thurnfield

y preguntar a Toller si le gustaría trabajar para mí aquí. ¿Eso te complacería?

Monette se apartó para mirarla, esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Oh, sí!

Dafne se acercó a su escritorio y sacó un pañuelo. Se lo entregó a Monette.

—Escribiré la carta hoy mismo.

Dafne terminó la carta a Toller y la remitió al señor Brill, el agente de la propiedad de Thurnfield, que sabía que la pondría en manos del muchacho.

No tardó en oír un carruaje. Sin duda era Everard, que había llegado.

Se levantó e irguió la espalda. Podría enfrentarse con él: el hombre al que había tratado tan mal. Si podía enfrentarse con el dolor de haber abandonado a Hugh, podía enfrentarse con todo.

Carter no tardó en anunciarlo y Everard entró en el salón.

—Milady —se le quebró la voz—. Es un privilegio para mí poder visitaros.

Ella le tendió la mano.

—Everard. Estoy encantada de verlo —no era exactamente cierto, pero no se había olvidado de parecer sincera.

Él le tomó la mano y se la apretó suavemente.

Carter esperaba en la puerta.

—¿Sería tan amable de traernos un té, Carter? —se volvió hacia Everard—. ¿O desea usted descansar de vuestro viaje?

—Os agradecería ese té —repuso él—. Ya descansaré en la posada.

—¿La posada? No quiero oír hablar de ello. Debe quedarse aquí. Tengo una habitación reservada para usted.

—¿Aquí? —Everard miró a su alrededor, como si fuera a dormir allí mismo, en el salón—. No quiero ocasionaros molestia alguna…

—¡Absurdo! —replicó ella—. No me ocasionará ninguna molestia y además trataremos de nuestros negocios con mayor comodidad.

—Muy bien —le hizo una reverencia—. Os lo agradezco.

Dafne se interesó por su salud y él por la suya, así hasta que ella se preguntó cuándo empezaría a reñirla por haber gastado tanto capital en mejoras para los inquilinos y los trabajadores.

Esperó a que llegara el té.

—Como vos sabéis, existe una gran preocupación sobre vuestra decisión de mermar vuestro capital.

—Yo no he mermado mi capital —replicó.

—Disculpad —inclinó la cabeza—. Una desafortunada elección de

palabras. Lo habéis recortado: es lo que quería decir. Me temo que no entendéis cómo funcionan estos asuntos. Una vez que se gasta el capital, ya no puede recuperarse. Es mejor inmovilizarlo y dejar que rente al tres por ciento, y vivir así de las rentas.

—Lo entiendo, Everard —continuó utilizando su tono encantador—. Pero necesitaba una gran cantidad de dinero, y sigo teniendo mucho invertido, ¿no? Todavía pueden seguir llamándome una «viuda rica», ¿verdad?

—Tenéis mucho capital —admitió él—. Pero resulta imperativo que no lo gastéis de manera frívola.

—¿En mejoras de granjas y edificios? —no pudo evitar reír—. ¿No es acaso la propiedad la mejor inversión? —sonrió y lo miró directamente a los ojos—. Eso es lo que siempre decía mi marido.

El hombre se ruborizó y removió cuidadosamente su té.

—Y sabéis que me disgusta contrariar vuestro juicio, mi querida señora, pero después de la muerte de vuestro marido prometí que me aseguraría de proteger vuestro bienestar en todos los sentidos.

Esa vez fue ella la que sintió el calor de la vergüenza en las mejillas. Aquel hombre le estaba completamente entregado. Era por eso por lo que había aceptado acompañarla al Club de la Máscara. No se le había ocurrido que él hubiera contemplado su propósito de una manera diferente a la suya. Dafne había dado por supuesto que Xavier y ella debían estar juntos por la hermosa pareja que hacían. Everard debió de haberla tomado por una estúpida y una frívola, y ella se había comportado vilmente obligando al pobre hombre a acompañarla noche tras noche. Nunca se había detenido a pensar que él tenía que trabajar durante el día.

Bajó la mirada.

—Le estoy muy agradecida por ello.

Él se tiró nervioso del pañuelo.

—Como podréis imaginar, estuve altamente preocupado por vuestro viaje a Europa y por… vuestra dilatada estancia en Suiza.

Había sabido de su estancia en el convento. Le había escrito cartas llenas de preocupación pidiéndole que volviera a la vida social, al igual que cartas relativas a sus negocios, por supuesto. Ella le había respondido asegurándole que se encontraba bien y confiándole el cuidado de sus asuntos durante su ausencia. Él había sido la única persona con la que había mantenido correspondencia.

—La estancia en Suiza me sentó bien —le dijo.

El hombre pareció avergonzarse de nuevo.

—No tengo ninguna duda… —bebió apresurado un sorbo de té.

Ella le ofreció un plato de pastas.

—Si está usted dispuesto a ello una vez que terminemos el té, haré que el señor Quigg, mi administrador, le lleve a dar una vuelta por la

propiedad y le enseñe en qué cosas he gastado mi capital, de manera que podamos tratar con mayor detalle de estos asuntos después.

Sabía que no se negaría. Everard nunca le negaba nada.

Dafne no volvió a ver a Everard hasta la hora de la cena.

Acababan de servirles la sopa cuando ella le preguntó con su tono más encantador:

—Así pues, ¿qué piensa usted de la manera en que he gastado mi capital?

Everard sorbió la cuchara de sopa antes de contestar:

—Nada tengo que objetar a lo que habéis hecho, salvo deciros que es posible que hayáis sido un poquito… extravagante.

Dafne enarcó una ceja con gesto desaprobador.

—¿Oh?

—Quiero decir que… —pronunció, atropellándose—. Confieso mi sorpresa por vuestra excepcional generosidad con vuestros trabajadores y arrendatarios. Habríais podido limitaros a las reformas más esenciales, y tampoco teníais necesidad alguna de recortar las rentas e incrementar los salarios.

En otras palabras, que valoraba el dinero por encima del bienestar de la misma gente de la que dependía la prosperidad de la propiedad. Antaño ella se habría mostrado de acuerdo con él… o, mejor dicho, no habría dedicado un solo segundo de sus pensamientos a aquella gente.

Dafne hundió la cuchara en la sopa.

—¿Qué es lo que le ha dicho el señor Quigg sobre ello?

Se encogió de hombros.

—Habló con entusiasmo sobre vuestras reformas, comentando que ya iba siendo hora de que se hiciera algo… —frunció el ceño—. Pero yo debo mirar por vuestro bienestar. No debéis gastar vuestra fortuna.

¿Por qué no? Hasta el momento, ser generosa la estaba ayudando a expiar su egoísmo. Nunca había experimentado aquella clase de satisfacción comprando joyas, o ropa. Y él nunca le había reprochado haber dilapidado su dinero en las mesas de juego del Club de la Máscara.

Pero discutir de aquel punto con Everard seguramente lo incomodaría. Y hablar del Club de la Máscara la incomodaría a ella.

Le regaló una de sus más amables sonrisas.

—Si me consiente estos pequeños caprichos de cuando en cuando, le prometo que confiaré en usted para que me avise si alguna vez gasto demasiado.

El hombre se ruborizó.

—Soy vuestro más fiel servidor.

Carter y un criado, de nombre Finn, según se había enterado

Dafne, sirvió el siguiente plato mientras Everard y ella trataban con mayor detalle de las mejoras realizadas. Everard no hizo otra cosa que alabar los trabajos y la cena transcurrió de manera agradable.

Una vez que fue servida la tarta de manzana y la conversación sobre la finca quedó agotada, Dafne buscó otros temas de conversación.

—¿Qué me dice de usted, señor Everard? ¿Cómo le va?

—¿Yo? —volvió a ruborizarse—. Los negocios marchan razonablemente bien.

—Me alegro —no había pensado en ello antes. Debía de trabajar también para otros clientes. Se dio cuenta de lo muy poco que sabía de él—. Dígame… ¿tiene usted familia? De repente me doy cuenta de que no lo sé. Me disculpo por no habérselo preguntado antes.

Everard abrió mucho los ojos con una expresión de sorpresa.

—¿Por qué habría de hacerlo, milady? —bebió un sorbo de vino—. De todas formas, de hecho tomé esposa el año pasado.

—¿Está usted casado? —le encantaba la idea de que aquel hombre tan dulce hubiera encontrado la felicidad que a ella se le había escapado—. ¡Eso es maravilloso! Hábleme de su mujer.

Él respondió con tono serio:

—Es de buena familia. Su padre es banquero y fue así como nos conocimos.

—No —lo reprendió—. ¡Hábleme de ella! ¿Es bonita? —«Dios mío», exclamó para sus adentros. Esa era la principal cualidad de ella misma. Una cualidad que podía haberla convertido en una esposa deseable, que no en una buena persona.

Everard alzó la mirada hacia ella.

—No es tan bella como vos.

Ciertamente no había querido que la conversación derivara en esa dirección.

Hizo un gesto de indiferencia.

—¿Pero es bonita?

«¿La ama usted?», quiso preguntarle. «¿La ama como yo he amado a Hugh, con todo su cuerpo y toda su alma?».

El hombre desvió la mirada.

—Creo que es una mujer atractiva y sensata.

Pobre señor Everard.

Se obligó a sonreír de nuevo.

—Me alegro mucho por usted.

De hecho, debería aumentarle el salario. Si iba a tener que mantener a una esposa, bien podría necesitar un aumento. La idea la reconfortó. Era otra buena acción que podría realizar.

Pero temía entrar en mayores confidencias sobre el matrimonio de Everard.

—Contadme noticias de Londres.

Para su sorpresa, la expresión de Everard se volvió todavía más seria.

—Entiendo.

¿Entendía que deseara cambiar de tema? ¿Por qué aquella seriedad?

—No sé gran cosa, como comprenderéis. Simplemente lo que he oído comentar a la gente y ha salido publicado en los periódicos —apuró el resto de su vino de un trago.

Dafne se alarmó. Ella solamente había esperado que le diera cuenta de las noticias más generales, de los debates en los que consumía su tiempo el Parlamento o del último espectáculo de la Royal Opera House.

Carter y Finn recogieron los platos y extendieron un mantel nuevo. Aparecieron frutas y pastas y se sirvió el oporto.

Poco después Everard continuaba:

—El caballero de quien deseáis que os hable…

¿Se refería a Xavier? No, ella no quería que le hablara de Xavier.

—…. se casó con la hija del conde Westleigh.

—Sí, ya lo sabía —lo interrumpió ella.

Everard enarcó las cejas.

—Ya no dirige el club. ¿Sabíais eso también? Rhysdale volvió para hacerse cargo de la casa de juego. Se dice que vuestro caballero se ha convertido en dueño de varias tiendas, pero no sé cuánto de verdad hay en ello.

No tenía derecho a preocuparse de lo que hacía Xavier. Ni siquiera tenía derecho a hablar de él.

—Yo… entiendo que el Club de la Máscara fue convenientemente reparado a cuenta mía, ¿verdad? Di instrucciones para ello.

—Oh, sí —masticó una pasta—. Y continúa teniendo tanto éxito como siempre, aunque la *pianiste* dejó de tocar allí.

Por supuesto. Se había casado y estaba esperando un hijo.

—Excelente —comentó con tono demasiado ligero.

—Aunque la otra semana leí que el hermano pequeño del nuevo lord Westleigh había tomado en sus manos la dirección del club. Al parecer los Westleigh han sido socios del negocio durante todo el tiempo.

Dafne se sintió como si el aire hubiera escapado de golpe de sus pulmones.

—¿El hermano pequeño? —logró pronunciar. El corazón se le aceleró.

«¡Hugh!», exclamó para sus adentros.

Everard asintió y bebió un trago de oporto.

—El antiguo lord Westleigh, el viejo réprobo, murió súbitamente y

su primogénito lo heredó. ¿Sabíais eso?

Con dificultad logró forzar una expresión afable.

—Sí, lo había oído.

—Así que cuando hablé del nuevo lord Westleigh, me refería a su hijo mayor. El otro ha regresado recientemente de Europa. Su padre dejó sus asuntos en el mayor desorden y el joven recibió el encargo de arreglarlos —tomó otra pasta—. Es Hugh Westleigh quien dirige ahora el Club de la Máscara.

Hugh.

La cabeza no dejó de darle vueltas durante toda la velada, pensando en él. Acababa de terminar su té en el salón cuando advirtió con alivio que el señor Everard acusaba síntomas de cansancio.

—Querido señor Everard —al menos todavía era capaz de esconder la agitación de sus emociones detrás de un tono encantador—. Espero que me perdonará. Estoy muy fatigada y le ruego me disculpe, pero he de retirarme a mi habitación.

El alivio que reflejó su rostro fue inmediato.

—Sí, claro. Yo también me retiraré. Debo regresar a Londres por la mañana —le ofreció la mano para ayudarla a levantarse.

Dafne la aceptó, pero guardó las distancias mientras abandonaban el salón de camino al vestíbulo.

Cuando llegaron al pie de la escalera, ella se apartó.

—Debo hablar un momento con mi ama de llaves, así que nos despediremos aquí —no era verdad, por supuesto.

Everard pareció nuevamente aliviado.

—Buenas noches, milady —pronunció cortés y le hizo una reverencia formal. Aquello la tranquilizó.

—Buenas noches, señor —soltó el aliento que había estado conteniendo y se volvió hacia la puerta que daba al ala de los criados, pero no llegó a abrirla. En lugar de ello, se apoyó en la pared y esperó, escuchando cómo se apagaban sus pasos mientras terminaba de subir las escaleras.

Hugh.

Estaba libre para volver a pensar en él.

Las lágrimas le escocían los ojos. «¡Hugh, no estás ciego!». No podía estar ciego. De haberlo estado, ¿cómo habría podido dirigir una casa de juego donde su trabajo consistía en vigilar los movimientos de todo el mundo? «¿Pero por qué no estás ahora mismo de viaje, rumbo a algún lugar excitante?». ¿Qué había sucedido para que cambiara de planes?

Cerró los ojos y evocó el Club de la Máscara. Se lo imaginó paseando por sus salones como había hecho Xavier, hablando con los

clientes, vigilándolo todo. Estaría espléndido vestido con ropa formal, circulando entre los clientes con o sin máscara. No podía evocar sus rasgos con exactitud. Solo lo recordaba vendado.

Aunque si llegaba a verlo, lo reconocería. Lo había reconocido durante el incendio, al fin y al cabo. Pero ansiaba mirarlo de pies a cabeza, hasta el último detalle, descubrir el color de sus ojos, confirmar que era tan fuerte y robusto como recordaba. Ojalá tuviera la oportunidad de memorizar toda su persona, porque entonces atesoraría aquel recuerdo durante el resto de sus días.

El corazón empezó a latirle acelerado. ¡El Club de la Máscara era el único lugar donde podría verlo!

Allí, ella podría llevar máscara. Nadie la reconocería.

Sentía el corazón a punto de estallar, de lo entusiasmada que estaba. Abrió la puerta y bajó corriendo la escalera de servicio en busca de Carter.

El señor Everard tendría compañía en su viaje a Londres.

A la mañana siguiente, Dafne se aseguró de coincidir en el desayuno con el señor Everard.

Cuando el hombre entró en la sala del desayuno, una soleada habitación no lejos del más formal comedor, se mostró encantado de verla.

—Milady, no esperaba veros tan temprano.

Ella le sonrió.

—Quería estar segura de hablar con usted.

El hombre se ruborizó.

—He decidido viajar a Londres también —dijo Dafne—. Solo por unos días. Así que no tendrá usted que tomar el coche de postas. Viajará con mi doncella y conmigo.

Everard enarcó las cejas.

—¿Vais a viajar a Londres? Esto es muy repentino.

—Indudablemente. Y muy impulsivo, lo admito —pestañeó rápidamente—. Por favor, sírvase. Espero que la cocinera haya preparado algo de su gusto.

Everard se acercó al aparador para servirse un plato y se sentó frente a ella.

—Por favor, no os sintáis obligada a partir tan temprano por mi culpa. A mí no me importa tomar el coche de postas.

Dafne mordisqueó su tostada de mermelada de frambuesa.

—Para mí no es ninguna molestia.

Finn los atendió y sirvió a Everard una taza de té.

Después de darle las gracias, se volvió nuevamente hacia Dafne.

—Si yo me adelantara, podría asegurarme de que vuestra casa

estuviera lista para recibiros.

—No es necesario —le aseguró ella—. Ya he despachado a un mensajero para avisar.

Everard frunció el ceño.

—Milady, ¿por qué tanta urgencia en viajar a Londres?

—No es urgencia —solo que no podía soportar la espera. Estaba convencida de que ver a Hugh en plena forma, con la vista recuperada, aliviaría por fin la inquietud que anidaba en su interior—. Yo… simplemente me entraron muchas ganas de visitar Londres después de las noticias que usted me dio, y me pareció estúpido que tuviera que tomar un coche de postas cuando podíamos usar mi carruaje.

La miró con expresión escéptica.

—Milady, ¿puedo hablaros con franqueza?

Estaba segura de que no quería escuchar aquello, pero de todas formas asintió.

—Por supuesto.

—¿Fue lo que os dije sobre… cierto caballero de Londres lo que precipitó esta decisión? —inquirió con tono preocupado—. Porque debo advertiros en contra de concertar un encuentro con él.

Cierto caballero, sí. Pero no Xavier.

—En absoluto, señor Everard. No tengo ningún plan de encontrarme con él.

Llamaron a la puerta y entró Monette, con aspecto muy agitado.

—Disculpad la interrupción, milady, pero no consigo encontrar las máscaras que me pedisteis que guardara. No estaban ni en la cómoda ni en el armario.

La aparición de Monette no podía ser más inoportuna. Dafne no había tenido intención alguna de informar a Everard de sus planes de visitar el Club de la Máscara.

—Quizá estén en algún baúl. Que una de las doncellas te enseñe dónde guardan los baúles, pero tampoco te esfuerces demasiado. Ya compraremos lo que sea necesario en Londres —de todas formas, sus viejas máscaras no valdrían. Necesitaría cubrirse completamente el rostro para que nadie pudiera reconocerla.

—Sí, milady —Monette le hizo una reverencia y abandonó la habitación.

El señor Everard se volvió hacia Dafne.

—¡No podéis pretender acudir al Club de la Máscara!

—No se preocupe usted, Everard —le dijo con su voz más encantadora—. Solo deseo asegurarme de que se han hecho las reparaciones necesarias en el edificio.

—Yo estaría honrado de efectuar esa tarea por vos —repuso—. Se os dijo que no volvierais al club, si recordáis bien.

—Lo sé —qué humillante había sido ver vetada su entrada en un lugar a causa de su mal comportamiento—. Es por eso por lo que pienso entrar bien enmascarada. Solo deseo ver lo que tengo que ver.

A Hugh. Iría a ver a Hugh.

—¿No puedo disuadiros? —preguntó con tono desesperanzado.

Dafne volvió a lanzarle su sonrisa más zalamera.

—Por favor, no se preocupe por mí. Le prometo que mi comportamiento será impecable.

Everard suspiró.

—Entonces os acompañaré, por supuesto.

¡Pero ella no lo quería allí!

—¡Ciertamente que no! —exclamó, pero en seguida suavizó su tono—. Si me acompaña usted, es seguro que me reconocerán. No puede ser.

—No consentiré que vayáis allí sola —insistió él.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Ya me las arreglaré de otra manera. Me haré acompañar de un criado.

Dos horas después ya estaban listos para partir. El carruaje esperaba delante de la casa, con Smith a las riendas y un mozo de cuadra sentado a su lado. Carter viajaría en el pescante trasero.

Monette fue la última en abandonar la casa, más con aspecto de encaminarse al patíbulo que de estar a punto de disfrutar del que debería ser un excitante viaje para ella.

Dafne le quitó la cesta de comida de la mano.

—Por Dios, Monette. No te preocupes tanto. Ya compraremos lo que haga falta en Londres. Uno puede comprar de todo en Londres.

—No es eso, milady —dijo su doncella con tono lastimero—. Es por Toller. No estaremos aquí si él nos envía una carta.

Palmeó cariñosamente el brazo de la muchacha.

—Te prometo que no abandonaremos Londres mientras no recibamos noticias de Toller. ¿Eso te complace?

—¡Mucho, milady! —sonrió de oreja a oreja.

Carter ayudó a Dafne y a Monette a subir al carruaje. Everard subió el último, tomando el asiento de delante, el de la contramarcha, y enseguida se pusieron en camino. Monette compartía el otro asiento con Dafne.

Tan pronto como alcanzaron la carretera, Dafne cerró los ojos y apoyó la cabeza en el tapizado de terciopelo rojo del asiento. El viaje duraría unas siete horas como mucho. Sería aún de día cuando llegaran a Londres, pero estaría exhausta para cuando entrara en la residencia de la capital que le había legado su marido. Debería esperar

hasta el día siguiente por la noche para aventurarse a visitar el Club de la Máscara.

Y entonces vería a Hugh.

Catorce

Dafne se hallaba ante la puerta del Club de la Máscara, con el corazón en la garganta. Carter la acompañaba, y ella había dispuesto que Smith los recogiera en el carruaje después de dos horas.

Dos horas. Poco tiempo para volver a ver a Hugh, pero no se atrevía a estar más para no llamar demasiado la atención. Había escogido su vestido más recatado, azul oscuro, y una máscara negra. Monette y ella habían añadido satén a la máscara de manera que le cubriera casi todo el rostro, para asegurarse de que nadie la reconociera. Carter también iba enmascarado y parecía perfectamente cómodo con la idea de visitar una casa de juego.

Carter hizo sonar la aldaba y la puerta se abrió. El sirviente que atendía la puerta era el mismo que había estado allí dos años antes. Cummings. Debía acordarse de no llamarlo por su nombre.

—Hemos venido a jugar —le informó—. ¿Podemos entrar?

Cummings asintió y se hizo a un lado. Carter se sacó sombrero y guantes como si fuera un auténtico caballero y se los entregó a Cummings.

Dafne se quitó la capa.

—¿Qué sigue ahora?

Tuvo la sensación de que Cummings la miraba con demasiado detenimiento.

—Id al cajero —señaló una puerta entreabierta que daba al vestíbulo.

Ella tomó a Carter del brazo y entraron juntos en la habitación. El cajero también era el mismo de hacía dos años: MacEvoy. El hombre estaba entregando sus fichas de juego, de madreperla, al caballero que les había precedido.

El caballero, un hombre mayor, miró a Dafne, sonrió y le hizo una reverencia.

—Buenas noches, *madame*.

Otro caballero que recordaba de sus anteriores visitas.

—Sir Reginald a vuestro servicio, *madame* —la recorrió con la mirada de la cabeza a los pies—. Hacédmelo saber si puedo asistiros en algo.

Dafne inclinó la cabeza.

—Gracias, señor —no tenía intención de solicitar la ayuda de nadie.

MacEvoy carraspeó.

—¿*Madame*? ¿Señor? Quizá sea esta vuestra primera vez. Acercaos a la mesa y os informaré de las reglas de esta casa —procedió a explicárselas con rapidez—. Los jugadores enmascarados no deben apostar mayor cantidad que la de las fichas que hayan adquirido o ganado. No les está permitido firmar pagarés, ni incurrir en deudas con la casa o con otro cliente. Si lo hacen, deberán quitarse la máscara para que pueda ser verificada su identidad. Cada cliente debe saber quién les presta y a quién deben dinero. ¿Os ha quedado claro?

—Sí —Dafne había entendido aquellas reglas dos años atrás.

Carter se adelantó para adquirir las fichas. Mientras el criado contaba de nuevo las que le había entregado MacEvoy, Dafne se dio cuenta de que el cajero no dejaba de mirarla.

—¿Seguro que nunca habíais estado aquí antes? —preguntó.

—Nunca —respondió Carter, sincero—. ¿Dónde está el salón de juego?

—A la derecha del vestíbulo —señaló MacEvoy.

Abandonaron la habitación y Dafne soltó un suspiro de alivio. Evidentemente tanto a Cummings como a MacEvoy les había resultado familiar. Había sido una asidua visitante durante aquel verano de hacía dos años y se había hecho notar demasiado. Hugh ciertamente la había visto unas cuantas de aquellas veces. Él y los demás habrían reconocido sin problemas a lady Faville.

Carter le entregó la mitad de las fichas.

—¿De verdad que podré apostar estas fichas? —le preguntó, enseñándole las que le habían quedado.

—Por supuesto que sí —respondió Dafne—. Y quédate con las ganancias. Disfruta. Carter. No hay necesidad de que te quedes todo el tiempo conmigo. Simplemente acuérdate de estar dispuesto para marcharte de aquí a dos horas.

—Sí, milady.

Cuando entraron al salón de juego, Dafne tuvo la sensación de que nunca se había marchado de allí. Las mesas de naipes continuaban repartidas por toda la habitación, llenas de gente jugando al whist, con dos de ellas reservadas al piquet. Al fondo de la sala y a lo largo de toda una pared estaban las mesas de faro, de azar y de *vingt-et-un*, todas repletas de jugadores. La mayoría de los hombres no llevaban máscara, al contrario que muchas de las mujeres. El rumor de sus voces combinadas llenaba la habitación, junto con el barajar de los naipes y el repiqueteo de los dados.

Dafne recorrió la habitación con la mirada.

—¿Lo ves? —le preguntó a Carter.

Carter sabía que ella había acudido a ver a Hugh. Él también escrutó la sala.

—No.

¿Y si Hugh no había ido al local esa noche? Haber hecho todo el camino para llegar hasta allí y al final no verlo sería un tormento.

—Ve a jugar, Carter —lo despachó—. Yo daré una vuelta por la habitación antes de jugar algo al azar o a algún otro juego.

Carter asintió y se marchó.

Dafne paseó entre las mesas, disimulando que estaba buscando a alguien en concreto. Tanto los hombres como las mujeres se fijaban en ella cuando pasaba a su lado. Antaño le había complacido ver cómo las cabezas se volvían a su paso, pero esa noche anhelaba fundirse con las paredes. Carter eligió rápidamente una mesa de naipes y empezó a barajar las cartas con mano experta. Parecía como si se encontrara en su elemento.

Dafne se acercó a la mesa de faro, pensando que ella debía dar también la impresión de ser una jugadora. Miró a la crupier, una preciosa joven, que estaba a punto de iniciar otra ronda.

—Hagan sus apuestas, damas y caballeros —animó la crupier.

Dafne recordaba que se llamaba Belinda.

Colocó dos fichas en el número siete, el número de días que Hugh y ella habían compartido juntos de manera tan íntima.

Belinda hizo saltar una carta de la caja de faro.

—Diez.

La primera carta era la perdedora.

Todos los jugadores que habían colocado sus fichas en el número diez gruñeron descontentos, y Belinda las recogió para la casa.

Luego hizo saltar una segunda carta. La ganadora.

—¡Siete!

Dafne se sonrió. Su número de la suerte.

Recogió sus ganancias, pero dejó dos fichas en el número siete. Al fin y al cabo, quedaban otros tres sietes en la baraja. Todavía podía ganar más.

Alzó la mirada hacia Belinda, pero enseguida la desvió hacia el hombre que acababa de situarse a su lado.

¡Hugh!

Se estremeció de entusiasmo. Un rostro que solo había visto fugazmente en el pasado adquiría de pronto más importancia que cualquier otra cosa. Sus rasgos no eran perfectos, pero poseían una belleza ruda, áspera. La sombra de su barba oscura le daba un aspecto de libertino. Miró detenidamente sus ojos. Desde el otro lado de la mesa, podía ver que eran castaños. Grandes ojos castaños bajo pobladas cejas. Casi se echó a reír de felicidad mientras los veía moverse de continuo, vigilando la habitación mientras conversaba con Belinda.

¡Podía ver!

Eso ya lo había sabido antes, por supuesto, pero verlo por sus propios ojos hacía que fuera todavía más real. Su propósito al acudir allí había quedado satisfecho.

Ojalá eso hubiera bastado, sin embargo. Anhelaba tocarlo. Delinear sus cejas con el pulgar. Peinar hacia atrás sus indómitos rizos oscuros. Acunar su rostro entre sus manos, como había hecho él con el suyo. Pero era imposible. Debía contentarse con mirarlo.

Belinda hizo saltar una nueva carta de la mesa de faro.

—¡Siete!

Dafne volvió a ganar. Todas las miradas, incluida la de Hugh, se volvieron en su dirección mientras recogía sus ganancias, pero el interés que le demostraba parecía impersonal, distante. Unos cuantos caballeros colocaron sus fichas en el número siete mientras ella dejaba allí las dos originales con las que había apostado desde el principio. Realmente no le importaba ganar. Prefería perder, de hecho, porque perdiendo beneficiaba a los Westleigh, y por tanto a Hugh. Además, su deuda para con su familia nunca podría quedar completamente saldada después de haber estado a punto de quemar aquel edificio hasta sus cimientos y de haber arriesgado tantas vidas.

—La suerte está con vos, *madame* —pronunció una voz a su lado.

Se volvió para descubrir a lord Sanvers junto a ella. Sanvers había estado presente en el incendio de Ramsgate. La había abordado aquella noche, y también la había visto atender a Hugh.

—Sí —murmuró con el corazón acelerado.

No podía haberla reconocido, ¿o sí?

Esperó en la mesa de faro hasta que perdió sus dos fichas y se alegró de la oportunidad de eludir tanta atención. Se alejó hacia una mesa de azar, sin perder de vista a Hugh. Él no había vuelto a mirarla, pero lord Sanvers la siguió.

—¿No nos hemos visto antes? —le preguntó él—. Soy lord Sanvers. ¿Estáis sola?

Era una pregunta impertinente.

—No estoy sola, señor. ¿Y vos? —había intentado adoptar un tono disuasorio, pero estaba demasiado acostumbrada a mostrarse complaciente.

El caballero se ruborizó de placer.

—Yo lo estoy del todo y me encantaría disfrutar de vuestra compañía.

—Oh —ella, en cambio, estaba deseosa de librarse de él—, debo buscar a mi acompañante. Si me disculpáis, señor…

Se alejó apresurada, lamentando tener que perder de vista a Hugh. Se retiraría al comedor por un momento. Quería verlo antes de marcharse para, como le había dicho a Everard, asegurarse de que había sido bien reformado, recuperada su antigua belleza. Abandonó

el salón y subió las escaleras.

Nada más trasponer el umbral del comedor, observó inmediatamente que conservaba en gran medida su estilo Robert Adam. Paredes color pastel. Filigranas de estuco. El pianoforte de Phillipa Westleigh seguía en el mismo lugar. Podía imaginarse a la enmascarada Phillipa sentada en aquel banco, tocando y cantando, totalmente anónima. Dafne había disfrutado con sus interpretaciones.

Un sirviente, otro rostro familiar, se le acercó portando una bandeja.

—¿Vino, *madame*?

Recogió una copa y se acercó a la mesa del bufé. Sobre una mesa semejante había estado la lámpara de aceite que ella, en un acceso de rabia, había arrojado contra la pared. Cerró los ojos al recordar las cortinas en llamas, las lenguas de fuego en la alfombra, sus propias faldas ardiendo.

El recuerdo la dejó estremecida.

—Ah, aquí estáis —era Sanvers, de nuevo—. ¿Puedo serviros un plato?

Hugh advirtió que Sanvers hablaba con la mujer que había ganado en la mesa de faro. La dama se retiró y Sanvers, el viejo rijoso, la había seguido. Las mujeres que acudían enmascaradas al Club de la Máscara no lo hacían con propósito de seducción, sino simplemente para jugar. Si aquella mujer encontraba desagradables las atenciones de Sanvers, tal vez no volviera otro día para jugarse su dinero. Formaba parte del trabajo de Hugh velar para que las jugadoras no fueran molestadas.

Ni Sanvers ni la mujer se quedaron en el salón de juego, y Hugh supuso que la mujer habría huido al comedor. Subió las escaleras y entró en la sala, para descubrir inmediatamente a ambos ante el bufé. Todavía no lograba discernir del todo si se sentía halagada o molesta por las atenciones de Sanvers.

La vio alejarse de él, señal de que su primer presentimiento había sido acertado. Hugh atravesó la sala a donde dos caballeros y otra dama estaban seleccionando comida del bufé. Hugh se acercó disimuladamente, como si fuera a reunirse con ellos.

Desde allí, oyó a Sanvers que decía:

—¿Me haríais el honor de compartir mi mesa, *madame*?

Hugh identificó entonces un aroma a rosas y se quedó paralizado. Cerró los ojos y volvió a aspirar la fragancia.

La oyó responder:

—Sois muy amable, señor, pero no. Prefiero estar sola.

Aquel aroma. Aquella voz.

—Una dama tan encantadora como vos no debería estar aquí sola —insistió Sanvers.

—No hago ningún daño a nadie viniendo aquí —replicó ella—. Y seguro que un caballero como vos respetará los deseos de una dama.

No había equívoco posible. La única persona a la que nunca había esperado volver a ver estaba allí.

Abrió los ojos.

—Disculpad, Sanvers.

Le temblaban las piernas mientras se interponía entre Sanvers y la dama.

Ella abrió mucho los ojos.

Hugh la tomó del brazo.

—Debo hablar con esta dama —se alejó con ella—. Venid conmigo.

Ni siquiera sabía por qué nombre llamarla. La agarraba con firmeza, pero ella no hacía ningún intento por liberarse. Juntos atravesaron la habitación y salieron al pasillo, donde no había nadie más.

Solo entonces habló ella.

—¿Qué significa esto, señor? —exigió, utilizando la voz de institutriz que tan bien recordaba Hugh.

Pero no pensaba discutir con ella allí.

—Subid conmigo.

No la soltó mientras subían las escaleras hacia los aposentos privados de Rhys. Hugh se había trasladado allí cuando asumió la dirección del negocio, un arreglo que prefería mil veces a vivir con su madre… y su amante.

La llevó al salón y cerró la puerta.

—¿Qué manera es esta de tratar a una dama?

—Vamos, Dafne, o como quiera que te llames. Tú al menos sabes quién soy yo, lo que te proporciona una ventaja. Exijo que me digas qué es lo que estás haciendo aquí —la soltó, pero permaneció entre ella y la puerta cerrada.

—He venido a jugar. ¿No es eso lo que hace alguien en una casa de juego? —se irguió, digna—. Habláis como si pensarais que debería conoceros.

¿Esperaba acaso que cediese ante aquellas protestas de inocencia?

—Quítate la máscara, Dafne —su cuerpo entero temblaba de rabia. Pero le dolían hasta los ojos del anhelo de verla.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho.

—No. Si he venido a este club es porque puedo llevar máscara. No me la quitaré por nadie. Ni siquiera por vos, señor.

—¿Ni siquiera por mí? —se acercó, y ella retrocedió—. ¿Así que admites conocerme?

Ella siguió retrocediendo hasta que dio con la espalda en la pared.

—Yo no admito nada.

Apoyó las manos a cada lado, encerrándola entre sus brazos.

—¿Por qué has venido? ¿Para divertirte a mi costa? ¿Para verme sabiendo durante todo el tiempo que yo no podría reconocerte? ¿O acaso tenías algún otro plan? ¿Ha habido siempre algún otro plan?

Vista de cerca, parecía pequeña y vulnerable a su lado. Resultaba irónico pensar que, mientras tuvo los ojos vendados, había sido él quien había dependido de su fuerza. Recordaba la manera en que la había abrazado. Recordaba haberla explorado con sus caricias. Por un breve instante, volvió a cerrar los ojos y sintió su aroma, su calor, envolviéndolo.

Pero los abrió de nuevo para fulminarla con la mirada.

—Yo… yo simplemente quería… —murmuró—. Se suponía que nadie debía saberlo.

Se inclinó hacia ella, con su rostro a pocos centímetros de su máscara, tan cerca que podía sentir su aliento en sus labios.

—Eran muchas las cosas que se suponía que no debía saber.

—Déjalo estar, Hugh —musitó—. Por favor. Deja que me marche y te prometo que no volverás a verme ni a saber nada de mí.

—¿Que te deje marchar? —sacudió la cabeza—. ¿Pretendes desaparecer otra vez sin dar explicaciones? Lo que sucedió entre nosotros… ¿acaso no me da derecho a recibir al menos una explicación? ¿O eso también fue una mentira? ¿Me estuviste engañando ya entonces, cuando nos acostábamos juntos?

Dafne se atrevió entonces a mirarlo.

—No todo fue una mentira —enseguida bajó la mirada—. Pero es mejor que dejemos las cosas así.

Sus ojos tenían el azul de un soleado día de primavera, y sus labios el rosa de su perfume. Anhelaba verla sin máscara.

—¿Mejor para quién? —la desafió—. No presumas de saber lo que es mejor para mí. Quítate la máscara. Muéstrame tu rostro y dime quién eres realmente. Me lo debes.

Ella lo empujó del pecho.

—No. ¡Por favor, deja que me marche, Hugh!

Su contacto lo inflamó. La rodeó con los brazos, estrechándola contra sí. Ella forcejeó solo por un momento antes de derretirse contra él.

—Hugh. Hugh…

Permanecieron abrazados, aferrándose el uno al otro como si estuvieran colgados de un abismo. Hugh deslizó las manos por su espalda mientra se apretaba contra ella, con lo que se excitó de inmediato. Encontró sus labios y reclamó su sabor, el sabor que tanto había anhelado desde que ella lo abandonó. Su beso fue urgente y furioso, cargado de necesidad.

Ella perdió el aliento ante aquel asalto, pero reaccionó con igual intensidad. Le acunó el rostro entre las manos, devolviéndole el beso con un ronco gemido.

Hugh no quería barreras entre ellos. Ni secretos. Ni engaños. Ni ropa.

Alzó una mano y le arrancó de golpe la máscara.

Dafne soltó un grito y lo apartó. Hugh se la quedó mirando fijamente, con su cuerpo latiendo todavía de deseo por ella, el aliento acelerado. El anhelo que sentía por dentro estalló como un vidrio en mil pedazos, lacerándolo con sus astillas.

¡La conocía! ¡Por Dios, la conocía!

Escupió su nombre:

—Lady Faville.

No había error posible. Aquel cutis de alabastro, con el rubor natural de sus mejillas. La boca de labios carnosos. Los enormes ojos azules ribeteados por largas y oscuras pestañas. El cabello del color del hilo de oro. Las tentadoras curvas. Cualquiera en Londres la reconocería. Ella había sabido que la reconocería.

¿Podía su engaño ser más cruel? Era mil veces peor que lo tomaran por estúpido. Ella había sido consciente de la conexión que existía entre ambos desde el principio.

¿Cómo se había atrevido a esconderle su identidad, sabiendo durante todo el tiempo la importancia que eso tenía para él? La humillación que había sufrido a sus manos era absoluta.

Maldijo para sus adentros. En aquel momento, hasta el recuerdo de los íntimos momentos que habían pasado juntos había quedado mancillado. Ni siquiera podía acogerse al engaño de que el hecho de estar con él había significado algo para ella. La había vuelto a perder.

Y esa vez había perdido la ilusión, el espejismo de Dafne.

Dafne sentía el escozor de las lágrimas en los ojos, con el pecho oprimido de angustia.

—Te lo dije. Te dije que era mejor que no me quitara la máscara.

La máscara seguía en su mano. No hizo ningún intento por ponérsela. ¿Qué sentido tenía a esas alturas?

—Durante todo este tiempo… —rio Hugh, irónico—. Lady Faville —pronunció su nombre como una maldición.

Ella hizo un gesto con la mano, apartándose de él.

—Entiendo. Tenía prohibido venir aquí. No volverá a suceder.

Continuaba fulminándola con la mirada. Vio que alzaba la barbilla.

—Te aseguro que no volveré a incendiar esta casa, si es eso lo que temes. De hecho, me marcharé ahora mismo, para que sepas que no voy a hacer mal alguno —se dirigió hacia la puerta.

Pero él la agarró del brazo.

—Tú no te marchas todavía. ¿Mal alguno, dices? —su voz estaba tensa de furia—. El mal ya lo has hecho… y más que suficiente. No te marcharás hasta que no me hayas dado una explicación.

—¿No es obvio, Hugh?

—No para mí —la soltó—. ¿Se trataba de un nuevo truco contra mi familia? ¿Algún tipo de venganza contra Xavier?

—Ni lo uno ni lo otro —se derrumbó en una silla cercana, resistiendo el impulso de cubrirse el rostro con las manos. Ya era demasiado tarde para eso—. No tengo defensa alguna, Hugh. Te engañé de una manera terrible. Nunca debí haber venido. Fue otro capricho estúpido.

Se plantó frente a ella, intimidante.

—¿Capricho estúpido? Te pasaste dos semanas fingiendo ser otra persona, cuando sabías durante todo el tiempo que yo te conocía. ¡Y te acostaste conmigo, sabiéndolo! ¿Cómo quieres que me sienta después de haber descubierto quién eres?

—Te hice algo horrible —no se le ocurría otra cosa que decir.

El corazón se le rompía. Era como si se lo estuviera despedazando el puñal que parecía haberse instalado allí. Se levantó de la silla, pero él no se movió. Permanecía demasiado cerca de ella, agrediéndola con el recuerdo de sus brazos en torno a ella, de su cuerpo apretado contra el suyo.

Y en ese momento la despreciaba, como ella siempre había sabido que lo haría.

—Me iré ahora mismo —le dijo en voz baja—. Te prometo que no volveré.

Dio un paso, pero él volvió a agarrarla del brazo.

—¿Me lo prometes? ¿Acaso no me has demostrado el valor de tus promesas?

Estaba razonablemente segura de que nunca le había prometido nada, pero… ¿de qué servía ponerse a discutir con él?

—No me importa que me creas o no. Aunque quisiera volver, tú me reconocerías, evidentemente, así que sería estúpido intentarlo, ¿no te parece?

Inclinándose hacia ella, le susurró al oído:

—Probablemente sabías que esta vez te reconocería.

No era verdad. Nunca se había imaginado que podría reconocerla por otros sentidos que no fueran el de la vista. Retrocedió un paso.

—Llevaba una máscara completa. En el peor de los casos, habrías podido reconocer a lady Faville, pero nunca a la señora Asher. Nunca imaginé que me reconocerías.

La taladraba con la mirada.

—Yo te conocí de otras maneras, Dafne —parpadeó rápidamente y

sus ojos recuperaron su dureza—. Porque te llamas Dafne, ¿no, lady Faville? ¿O eso también fue una mentira?

Carraspeó.

—Me llamaba Dafne Asher antes de convertirme en lady Faville.

Hugh esbozó una mueca.

—Oh, solo fue una mentira a medias, entonces.

O un muy infantil deseo de volver a ser Dafne Asher.

—Sí. Una mentira a medias.

El reloj de la repisa de la chimenea dio dos campanadas, sobresaltándolos a ambos.

Las dos en punto.

—Debo marcharme, Hugh. Mi carruaje ha venido a buscarme.

Él retrocedió un paso. Ella logró caminar hasta la puerta pese a que sentía los pies de gelatina. No pudo evitar volverse para lanzarle una última mirada. Seguía de pie con los brazos en jarras, fulminándola con la mirada. Se tragó las lágrimas que finalmente brotaron de sus ojos mientras se acercaba a la puerta y la abría. Una vez en el pasillo, se detuvo para volver a atarse la máscara. Tenía la ropa y el pelo desarreglados, pero no le importaba. Para la mayoría de la gente que había allí, no era más que una mujer enmascarada que había acudido a jugar. Y, en todo caso, si alguien la reconocía, nunca sabría que brevemente había vuelto a ser Dafne Asher.

Bajó las escaleras, donde lord Sanvers deambulaba por el rellano como un depredador al acecho de su presa. ¿Tendría que volver a lidiar con él?

—¿Qué diantre es todo esto? —preguntó el caballero con tono ligeramente divertido.

Probablemente pensaba que todo era una insignificancia.

Mientras que para ella era como si una montaña se le hubiera caído encima.

—Nada que sea de vuestro interés, señor.

Pasó de largo sin mirarlo siquiera y bajó las escaleras hasta el vestíbulo.

Carter la estaba esperando allí. No le hizo ninguna pregunta.

—Voy a cambiar vuestras fichas, milady.

—Gracias, Carter —rebuscó en su retícula y se las entregó.

El criado del vestíbulo, Cummings, esperaba cerca.

—¿Sería tan amable de traernos nuestras cosas? —le preguntó ella.

El hombre asintió y desapareció en el guardarropa. Dafne permaneció con la mirada fija en la puerta. Lo único que quería era abandonar aquella casa. Ya habría tiempo después para lamentarse de todo. A esas alturas podía añadir el hecho de haber acudido allí, revelándose ante Hugh, como una más en su larga lista de arrepentimientos.

Oyó que volvía Cummings y se giró, dispuesta a recoger su capa.

Fue entonces cuando vio a Hugh bajando las escaleras. No había esperado que la siguiera.

—Yo ayudaré a la dama con la capa, Cummings —dijo él.

Debía de querer asegurarse de que abandonaba el local. Era la única explicación.

Cummings le tendió la capa y él la recogió para acercarse a ella. Dafne experimentó la agridulce sensación de las manos de Hugh sobre sus hombros mientras le echaba el manto por encima.

—¿Quién te ha acompañado hasta aquí? —le preguntó en voz baja, para que nadie más pudiera oírlo.

Ella no se volvió.

—Carter.

Carter, todavía enmascarado, salió del cajero y retrocedió un paso con expresión sorprendida cuando vio a Hugh con ella. Dafne lo bendijo para sus adentros, porque el criado no hizo nada que pudiera traicionar su identidad. Le entregó una pequeña bolsa llena de monedas.

Hugh se le acercó entonces, con una expresión escéptica en su rostro airado.

—¿Carter?

Asintió con la cabeza.

—Señor.

—Debemos irnos —dijo Dafne—. El carruaje… —lo menos que podía hacer era ahorrarle a Carter un interrogatorio como aquel al que le había sometido Hugh.

Cummings entregó a Carter sus guantes y su sombrero. Carter se los puso y se dirigió hacia la puerta, que abrió para Dafne. Para su consternación, Hugh la agarró del brazo y salió con ella. Ya en la acera, Carter se apartó unos pasos para proporcionar a su ama una intimidad que ella no quería.

—Supongo que es Smith quien vendrá a buscarte —comentó Hugh —. Eso suponiendo que tus criados no usen nombres ficticios, ellos también.

—Todos los nombres son verdaderos —replicó ella—. Incluido el mío —cuadró los hombros—. ¿Por qué has salido conmigo, Hugh? ¿Para asegurarte de que me marcharé, como te dije que haría?

—Quizá encuentre difícil asegurarme de cualquier cosa que me digas.

—Por supuesto —se encogió de hombros—. No puedo culparte por eso —era una consecuencia de no decirle la verdad. La confianza traicionada era difícil de recuperar, cuando no imposible.

Permanecieron en silencio durante lo que a Dafne le pareció una eternidad, aunque no debieron de transcurrir más que unos pocos

minutos. Finalmente apareció Smith con el carruaje. El cochero saludó con un gesto a Hugh, desconfiado.

—Smith —asintió también con la cabeza, a modo de saludo.

Carter se apresuró a abrir la portezuela del coche, desplegó la escalerilla y esperó a que subiera Dafne.

—Buenas noches, Hugh —murmuró ella.

A la luz del portal, vio que estaba muy atractivo, con un aspecto muy misterioso. Y muy enfadado. Sofocó un sollozo. Solo había querido verlo una vez más. Y aquella vez seguro que sería la última.

Hugh la ayudó a subir, pero no dijo nada. Se despidió con otro gesto de Carter, que entró después que ella.

Cuando el coche se puso en movimiento, Dafne se volvió para mirar por última vez a Hugh, con su figura recortada contra la luz, en ese momento apenas más que una silueta.

Carter se sentó frente a ella en el asiento de la contramarcha, quitándose la máscara inmediatamente. Permaneció callado, dejándola a solas con sus pensamientos. El querido Carter… Su intención no era otra que ser amable, estaba segura, pero en aquel momento la soledad le pesaba demasiado. Necesitaba un amigo a su lado, aunque fuera un sirviente.

—Me reconoció, Carter —le confesó—. Me oyó hablar y me reconoció.

—Eso es lo que me ha parecido entender, milady.

—Nunca se me ocurrió que podría reconocerme por la voz. Nunca tuve intención de acercarme tanto a él —se desató la máscara—. Se puso tan furioso…

—Lo siento, milady —el tono de Carter sonaba sinceramente compasivo.

—Nunca debí haber venido —se frotó la frente—. Debimos habernos quedado en Vadley.

—Ya está hecho —repuso él—. Algún bien saldrá de todo esto, ya lo veréis.

Dafne lo miró sorprendida. Aquellas palabras bien habría podido escucharlas de labios de la abadesa.

—Gracias, Carter —sonrió—. Me reconfortas —sintió el peso de la bolsa de las monedas en su regazo—. He ganado algo. ¿Y tú?

El criado esbozó una media sonrisa.

—Se me dio bien.

—Tú ya habías jugado antes, ¿verdad, Carter?

Frunció el ceño.

—Espero que eso no sea motivo de molestia para vos, milady.

—En absoluto —respondió. Quizá algún día le preguntara más al respecto. ¿Tendría acaso que ver con el hecho de que lo hubiera encontrado sin trabajo y sin dinero en Fahr?—. Me alegro de que

hayas ganado.

Quizá eso fuera lo único bueno que había sucedido aquella noche.

Quince

Hugh se quedó mirando el carruaje de Dafne hasta que desapareció detrás de la esquina de Saint James Street. Por dentro estaba ardiendo de rabia y confusión. ¿A qué había ido ella allí?

Dafne no le había dado ninguna respuesta. Y él sabía poco más que el día en que ella lo abandonó. Solo sabía que era lady Faville y que había fingido ser otra persona. ¿Pero por qué? ¿Por qué lo había engañado?

Apenas había conocido a lady Faville. La había visto unas cuantas veces en el Club de la Máscara durante los días en que había estado persiguiendo a Xavier. Aquella persecución lo había disuadido de sumarse a las filas de sus numerosos admiradores. Ella había querido a Xavier y no le había importado a quién tuviera que hacer sufrir en el proceso. Más adelante había descubierto que había sido su hermana la que había terminado sufriendo.

Y luego el acto final, la intentona de incendio del club. ¿Qué habría sido de su familia si ella hubiera tenido éxito? Los Westleigh habrían acabado en la ruina.

Hugh sacudió la cabeza. Se había quedado mirando la calle vacía. Dafne se había marchado y él creía que no volvería ya nunca.

¿Pero por qué se había presentado en el club? Aparentemente no para hablar con él. ¿Para volver a ver el Club de la Máscara? Aquello no tenía sentido.

Volvió a entrar en la casa de juego. Dafne habría podido estar durante todo ese tiempo en Londres sin que él se enterara. ¿Había leído algo sobre la estancia de lady Faville en la capital? No podía recordarlo, pese a que podrían haberla mencionado un centenar de veces. Raramente leía las crónicas de sociedad de los periódicos.

«Olvida todo esto», se dijo. «Olvídala a ella».

Abrió la puerta y entró en el vestíbulo. Cummings se encontraba allí, casi en posición de firmes. Hugh recordó que no por casualidad había servido en el regimiento de Rhys. Rara vez abría la boca.

En ese momento, enarcó significativamente las cejas.

—¿Lady Faville?

A Hugh le sorprendió que el hombre lo hubiera adivinado.

—Sí.

—Lo sospechaba.

En el mes que llevaba al frente del Club de la Máscara, Hugh había

desarrollado una gran habilidad para adivinar la identidad de los clientes enmascarados. Y sin embargo él no era nadie al lado de Cummings y de MacEvoy. Aquellos dos conocían a todo el mundo. También podían identificar a un tahur en un par de minutos.

—Bueno —suspiró Hugh—. No volverá.

Cummings volvió a enarcar las cejas.

Podía mostrarse todo lo escéptico que quisiera. Hugh sabía que ella no volvería.

Se dirigió al salón de juego. «Olvídala», volvió a decirse. Ya era hora de que desempeñara sus obligaciones.

Dafne se hallaba sentada ante el espejo del tocador, ya vestida para acostarse. Solo tenía que esperar a que Monette le retirara las horquillas del pelo y se lo cepillara antes de hacerle una trenza. En aquel momento detestaba mirarse en el espejo, pero no podía esperar que Monette comprendiera eso. Así que se había sentado delante como cada noche. El tocador era de lo más recargado, con dos espejos laterales y decenas de compartimentos para cremas y tintes, pasadores y cepillos. Y su perfume de agua de rosas.

—¿Se enfadó mucho con vos? —le preguntó Monette mientras empezaba a retirarle las horquillas.

—Sabía que reaccionaría así —el dolor de lo sucedido volvió a atravesarla—. Sabía que se pondría furioso cuando descubriera que yo era lady Faville.

—Fue por eso por lo que no se lo dijisteis antes, ¿verdad?

—Sí —había estado en lo cierto cuando supuso que la despreciaría no solo por ser lady Faville, sino también por ocultárselo. Le había hecho pagar un alto precio por aquellas dos gloriosas semanas.

Monette retiró la última horquilla y la rubia melena se derramó sobre los hombros de Dafne.

Miró a la doncella en el espejo. La muchacha fruncía el ceño y los labios.

—Monette, esos son mis problemas, no los tuyos. No dejes que eso te preocupe —Dafne ya cargaba demasiadas cosas sobre su conciencia.

—No es eso, milady —empezó a cepillarle el pelo—. Quiero decir que… claro que estoy preocupada por vos. No quiero que seáis desgraciada, pero… —apretó los labios y continuó cepillándola con mayor vigor.

—¿Pero qué, Monette? —inquirió Dafne.

Fueron necesarios varios golpes de cepillo más antes de que la joven le respondiera:

—Es solo que… ¿Vamos a volver a Vadley ahora?

Dafne comprendió.

—Te preocupa que ordene a todos que regreséis a Vadley con la misma rapidez con que os he traído a Londres.

Monette asintió con la cabeza.

Dafne continuó:

—Y te preocupa que Toller nos envíe una carta aquí y nos la perdamos.

Monette, que miraba fijamente la imagen de su ama en el espejo, volvió a asentir.

No había nada que Dafne deseara más que regresar a Vadley y mantenerse nuevamente ocupada. Aunque perdiera la fortuna entera, deseaba hacer cuantas buenas obras fueran necesarias para no tener un solo momento para pensar en sí misma.

O en Hugh.

Alzó una mano y apretó la de Monette en un gesto reconfortante.

—No te preocupes. Esperaremos aquí a recibir noticias de Toller. Te prometí que verías Londres. Quizá visitemos algunos lugares famosos mientras esperamos. Son muchas las cosas que podríamos hacer aquí. Encargar libreas nuevas para los criados, vestidos para las doncellas. Debemos pensar en lo que necesitemos para Vadley y comprarlo aquí. Una puede encontrar de todo en las tiendas de Londres —se mantendría tan ocupada en la capital que no tendría tiempo para pensar en él.

Monette esbozó una sonrisa.

—Todo eso que habéis dicho me gustaría mucho, milady. Y lo referente a Toller, lo que más.

Dafne le sonrió a su vez.

—Lo sé. Aguardaremos a saber de él y, si quiere venir, esperaremos su llegada.

Después de su horrible comportamiento con Xavier y con la hermana de Hugh, el señor Everard la había animado a retirarse a Europa hasta que la sociedad olvidara todo el episodio. Había estado dos años fuera. ¿Había sido tiempo suficiente? No tenía intención de asistir a fiestas o al teatro, pero el *beau monde*… ¿le negaría el saludo si la encontraba comprando en Floris o disfrutando de un helado en Gunter’s?

Pero no debía preocuparse por asuntos como aquellos. En lugar de ello, debía intentar compensar lo vana, egoísta y mala que había sido con gente que no se lo había merecido en absoluto.

Y en ese momento necesitaba algo para compensar a Hugh. No directamente, sin embargo, porque no debía volver a verlo.

Monette le recogió el cabello en una trenza.

Dafne deseó buenas noches a su doncella y se acostó. Cuando Monette cerró la puerta a su espalda, ella apagó la lámpara y permaneció despierta en la oscuridad, contemplando el resplandor de

la chimenea. ¿Cómo iba a dormir? Quería llorar, pero… ¿qué bien le reportaría eso?

En lugar de ello, cerró los ojos e intentó recordar el rostro de Hugh, sobre todo sus ojos color castaño oscuro que la habían mirado con aquel brillo de rabia. ¿Cómo serían aquellos ojos mientras le hacía el amor? Volvió a sentir sus manos explorando su cuerpo, tocando su rostro, fundiendo su cuerpo con el suyo. Recordó el éxtasis de su liberación, de los momentos de felicidad que había compartido con él.

Viviría de aquellos recuerdos. ¿Qué otra opción le quedaba?

Por la mañana, Dafne se obligó a comer unas tostadas con mermelada para desayunar. Temía ofender los esfuerzos de su cocinera para complacerla con arenques, pastel de ternera y huevos escalfados, pero aquello era lo único que podía tragar. Estaba bebiendo una taza de té cuando entró Carter, de nuevo en el papel de sirviente suyo, que no de jugador enmascarado.

—El señor Everard, milady —anunció.

—¿Everard? ¿Aquí? ¿Tan temprano? —eran las diez de la mañana. Demasiado pronto para las visitas.

—Sí, milady. Dice que está deseoso de hablar con vos.

Apenas había dormido, todavía tenía ganas de llorar y no estaba de humor para recibir visitas.

—Muy bien. Dile que lo recibiré aquí.

Un momento después, Everard entró e inmediatamente le hizo una reverencia.

—Milady.

—Buenos días, Everard —forzó una sonrisa y un tono ligero—. Sírvase el desayuno del aparador. Insisto en ello —quizá el apetito de su visitante honrara al menos el deseo de su cocinera de complacerla.

—Como deseéis, *madame* —le hizo otra reverencia, se sirvió algo de comida y se sentó frente a ella.

Dafne le sirvió té.

—¿A qué debo el honor de su visita?

Ya había empezado a comer y alzó un dedo para señalarle que le contestaría en cuando tragase el bocado.

—Me preocupaba la intención que teníais anoche de acudir al Club de la Máscara, como bien sabéis. Simplemente deseaba asegurarme de que os encontrabais bien —pinchó un pedazo de pastel—. Espero que no consideréis impertinente mi preocupación.

Dafne pensaba que el señor Everard se tomaba demasiado interés por sus asuntos, pero la culpa era suya por haberlo manipulado para que la acompañara noche tras noche al Club de la Máscara, dos años atrás.

—En absoluto —repuso—. Pero no debe usted preocuparse tanto por mí. Estoy segura de que tendrá asuntos mucho más importantes que atender.

Él bajó el tenedor y la miró directamente a los ojos.

—Nada es más importante para mí que vuestro bienestar, milady.

—Absurdo —bebió un sorbo de té—. Como puede usted ver, me encuentro bien. ¿Cómo está su esposa? Es muy afortunada de tener un marido que se preocupe tanto por el bienestar de los demás.

—¿Mi esposa? —sonaba como si se hubiera olvidado de ella—. Disfruta de buena salud.

—Me alegro de oírlo. Me gustaría que me la presentara en alguna ocasión —mordió una tostada.

—¿De veras? —se sirvió más comida en el plato.

¿Realmente deseaba conocer a la señora Everard?, se preguntó Dafne. Suponía que sería un gesto de amabilidad.

El señor Everard masticó otro bocado antes de preguntar:

—¿Encontrasteis satisfactoria vuestra visita al Club de la Máscara?

El estómago se le revolvió ante la mención del club, pero forzó una expresión de agrado.

—Oh, sí. Me alegró mucho verlo tan bien reformado. El comedor sigue siendo tan encantador como siempre.

—¿Entonces no volveréis? —bebió un trago de té.

Dafne bajó la mirada.

—No. No volveré.

El hombre pareció aliviado.

—¿Hay algún servicio que pueda rendiros mientras estéis en la capital?

Se obligó a sonreír.

—Puede usted pagar mis facturas. Pretendo hacer algunas compras mientras esté aquí —sonaba como la antigua Dafne, incluso a sí misma, aunque esa vez no se le ocurriera nada que quisiera comprar para su uso personal.

Se preguntó si podría comprarles algo a sus arrendatarios. Quizá debería enviar una carta al señor Quigg. El administrador de la propiedad estaría al tanto de sus necesidades. Tal vez algunos muebles. Los muebles eran tan caros… A los arrendatarios podrían gustarles un bonito escritorio, un baúl o algo parecido. ¿Quién no usaría un bonito baúl?

—¿Conoce usted tiendas de muebles buenas? —le preguntó.

—¿Tiendas de muebles?

—Oh, no muebles caros, sino de los corrientes para un hogar común.

El hombre se mostró muy sorprendido.

—Ahora mismo no se me ocurre ninguna, pero puedo informarme,

si queréis.

Si se mantenía lo suficientemente ocupada, comprando cosas para sus sirvientes e inquilinos, quizá lograra no pensar en Hugh tan a menudo y aliviar un tanto su desesperación.

Hugh se levantó de la cama a trompicones, con un colosal dolor de cabeza. No había duda de que la botella de brandy que había consumido después de cerrar el Club de la Máscara había sido la culpable. Se sintió casi tentado de beberse otra. Permanecer en un estado de estupor era preferible a recordar. Se acercó al reloj de la repisa de la chimenea y miró la hora. Las doce menos diez. ¿Por qué se había levantado tan temprano?

Porque ni siquiera el brandy lo había ayudado a dormir. Su mente no dejaba de dar vueltas en torno a Dafne. Sentía una cruda rabia contra ella por haberlo abandonado y engañado, y al mismo tiempo una punzada de deseo tan profunda y dolorosa que ni siquiera su furia lograba ahogar.

Dafne había vuelto para engañarlo una vez más, para hacerle una jugarreta: la mayor y mejor de todas. Durante todo el tiempo había sabido quién era. Durante una época ella había sido la maldición de su familia. A punto había estado de destruir la felicidad de su hermana y de incendiar hasta sus cimientos aquel mismo edificio.

¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué lo había engañado desde el principio, y por qué había regresado? Al parecer no había tenido intención de darse a conocer. ¿Por qué?

Había permitido que se le escapara entre los dedos de nuevo sin responder a ninguna de esas preguntas. Bueno, pues esa vez no iba a salirse con la suya. Ahora que sabía quién era, podría descubrir dónde vivía. De hecho, era muy probable que esa información figurara en los registros del Club de la Máscara. Seguro que había querido que Xavier conociera su dirección, por lo que le habría facilitado su domicilio en la capital.

Rebuscó en los armarios del dormitorio hasta que encontró otra botella de brandy. Bebió lo suficiente para aliviar su resaca, aunque le ardía el estómago. Vertió agua de la jofaina en el aguamanil y se lavó, afeitó y vistió antes de bajar a desayunar.

Encontró a MacEvoy desayunando en el comedor.

—Ya he contado lo que recaudamos anoche —le informó MacEvoy.

—¿Cómo nos fue? —quiso saber Hugh, aunque el éxito del Club de la Máscara no era precisamente lo que más le interesaba esa mañana.

—Mejor que la otra noche —respondió MacEvoy—. Unas doscientas libras.

—Buen trabajo —era una suma muy respetable.

Cuando Hugh y Ned lograron convencer a Rhys para que dirigiera el club en su nombre, Rhys se había llevado la mitad de los beneficios, pero ahora que había renunciado, su parte se reducía a un cuarto. Hugh recibía el otro cuarto, y la otra mitad serviría para pagar reparaciones en la finca Westleigh. Si aquella racha seguía, a ese ritmo Hugh no solamente cumpliría con una responsabilidad familiar, sino que terminaría ganando una fortuna.

—Sí, el club está funcionando bien —admitió MacEvoy. Parecía sorprendido.

Hugh suponía que ni Cummings, ni MacEvoy ni los crupieres habían esperado que tuviera tanto éxito como Rhys. En su opinión, Rhys había sentado los cimientos y era poco lo que podía hacer él para debilitarlos. La idea de jugar enmascarado seguía gozando de mucha popularidad en la capital.

Una de las criadas de la cocina le sirvió el desayuno y Hugh se obligó a comer, consciente de que eso aliviaría su estómago estragado por el brandy. Había también una apetecible jarra de café sobre la mesa.

Se sirvió una taza.

—Tengo un favor que pedirle.

MacEvoy levantó la vista de su plato y lo miró desconfiado.

—¿Cuál?

—Buscar el domicilio de lady Faville en los registros.

MacEvoy asintió con expresión astuta.

—Así que era ella, ¿eh? Lo sospechaba. ¿Por qué volvió? ¿Para buscar a Campion?

Campion era el apellido de Xavier.

Dafne había estado obsesionada con Xavier en el pasado, y Hugh temía que todavía lo estuviera.

—Ignoro por qué volvió —respondió Hugh—. Pero tengo intención de averiguarlo.

MacEvoy le lanzó una mirada aprobadora.

—Buena idea. Aseguraos de que cumpla con lo acordado y de que no vuelva más por aquí —pareció pensativo—. Aunque con Campion ocupado con sus tiendas, no hay razón para que lo haga.

De alguna forma, aquello no contentó demasiado a Hugh.

Después de desayunar, MacEvoy revisó los archivos y encontró el domicilio de Dafne. Hugh partió inmediatamente a visitarla.

Residía en Mayfair. ¿Dónde si no residiría lady Faville? Su casa estaba en Hereford Street, a unas pocas calles de Grosvenor Street y cerca de la esquina de Hyde Park que bordeaba Oxford Street. Desde el Club de la Máscara, Saint James Street, había poco más de un

kilómetro y medio de distancia. Hugh agradeció la caminata. Había pasado demasiado tiempo en la oscuridad, vigilando a los clientes mientras jugaban a cartas y a dados. Aunque la vida nocturna convenía a su melancólico humor de las últimas semanas, el sol y el aire fresco le hicieron sentirse más vivo que lo que se había sentido en un mes entero.

¿O era la perspectiva de volver a ver a Dafne lo que lo enardecía de esa manera?

Quizá la furia estuviera a un paso de la melancolía. Porque se negaba a creer que fuera otra cosa que furia lo que lo había impelido a realizar esa visita. Quería respuestas, respuestas que ella hábilmente había evitado proporcionarle. Esa vez no se marcharía hasta que supiera exactamente por qué había vuelto al Club de la Máscara. Si lady Faville planeaba alguna otra maldad contra su familia, él se apresuraría a atajarla.

Mientras estuvo dando vueltas y vueltas en la cama aquella mañana, un único pensamiento lo había consumido, y no era el de que ella hubiese acudido al Club de la Máscara a buscarlo a él. Era el de que hubiera acudido allí en busca de Xavier.

Aparentemente había estado obsesionada con él durante diez años. ¿Qué motivos tenía para pensar que esa obsesión había cesado? ¿O que había desaparecido incluso mientras estuvo conviviendo con él en la casa de Thurnfield? ¿Qué otro motivo que no fuera Xavier podía haberla hecho regresar? Tal vez había ignorado que Xavier pisaba muy rara vez el club, ahora que Hugh se encargaba de su dirección.

Pero si realmente seguía obsesionada con su cuñado, ¿cuáles habían sido sus intenciones al hacer el amor con él?

Dejó atrás Berkeley Square y bajó por Mount Street hasta Park Lane, que bordeaba el parque. Necesitaba oler el aroma de los nuevos brotes de los árboles, de la hierba y de las flores de primavera. Los olores habían cobrado mucha mayor importancia para él, como vestigio de sus dos semanas de ceguera.

Giró en Hereford y encontró fácilmente la casa. Sin vacilar, subió los escalones del portal e hizo sonar la aldaba.

Un sirviente abrió la puerta y esbozó una sonrisa de reconocimiento antes de que tuviera tiempo de volver a componer su expresión.

—Señor Westleigh.

—¿Carter? —era la primera vez que veía el rostro de Westleigh. El hombre se había presentado enmascarado en el club. Hugh le devolvió la sonrisa—. Créeme cuando te digo que me alegro mucho de verte.

Carter le sonrió de nuevo.

—Estoy encantado de que podáis decir eso, señor —se hizo a un lado para dejarlo entrar—. ¿Habéis venido a ver a…? —el hombre

cerró la boca y pareció perplejo, probablemente porque no sabía qué nombre querría su ama que usara.

—He venido a ver a lady Faville.

Carter le hizo una reverencia.

—Permitidme que vaya a ver si está ocupada con alguna visita.

La voz de Carter le resultaba tranquilizadoramente familiar.

El sirviente acompañó a Hugh al salón y lo dejó esperando allí a Dafne.

La estancia está dominada por un retrato de cuerpo entero de Dafne, o mejor dicho, de lady Faville, con una expresión tan fría y remota como la de la Dafne que creía haber conocido. Hugh cerró los ojos y recordó el salón de la casa de Thurnfield, que había aprendido a recorrer a ciegas. Se alejó del cuadro antes de volver a abrir los ojos. Aquella habitación era mayor, de mobiliario más elegante y femenino que el de la casa de campo. Estaba decorada con delicados brocados y terciopelos de tonos marfileños y azules, sin duda un reflejo del azul de sus ojos. No había pianoforte, lo que de alguna manera la hacía parecer más fría e impersonal, no tan cálida y confortable como había sido la casa de campo.

Tal vez aquella habitación encajara bien con la serena belleza del retrato, cuya apariencia parecía calculada para atraer las miradas. Al menos esa había sido la impresión que antaño le había sugerido lady Faville. Aquella no era la misma mujer que había conocido en la casa de campo. Cerró los ojos y la evocó: el sonido de su voz, su perfume, la calidez de su piel. Esa Dafne no había sido real, sino una invención fabricada a partir de las mentiras de ella y de la necesidad de él. De esa manera, conocer a lady Faville no podría sino facilitarle la tarea de olvidar aquella ilusión.

Oyó un rumor de faldas a su espalda, seguida de su voz:

—¿Hugh?

Dafne se hallaba en el umbral. O mejor dicho, lady Faville. Llevaba la resplandeciente melena rubia recogida en un sencillo moño. Su vestido rosa, a juego con sus labios, resaltaba su inmaculado cutis. Aquel epítome de la belleza, tan fría y tan perfecta, no era, indudablemente, la Dafne que había conocido.

—¿A qué has venido, Hugh? —no se había apartado de la puerta, como si temiera entrar en la habitación.

—Tenemos un asunto pendiente, tú y yo —la miró fijamente a los ojos—. Quiero hablar contigo.

Dafne parpadeó varias veces y miró detrás de ella. ¿Buscando tal vez una salida? Pero cerró la puerta y dio un paso hacia él.

—Ya me disculpé contigo por haber acudido al Club de la Máscara. No volveré más a ese lugar.

—Eso ya me lo dijiste —repuso con tono amargo—. Pero no es por

eso por lo que he venido.

—¿Qué más se puede decir? —alzó la barbilla con gesto majestuoso.

No tenía razón alguna para medir sus palabras.

—Quiero saber a qué fuiste, en primer lugar.

—Yo… —juntó las manos—… yo quería ver el sitio.

—¿Ver el sitio? —soltó una seca carcajada—. No me tomes por estúpido. Una vez más.

Sus ojos relampaguearon.

—¿Entonces por qué piensas tú que fui?

La fulminó con la mirada.

—A buscar a Xavier.

—¿A Xavier? —pareció sorprendida.

—A Xavier —repitió—. Te acuerdas de él, ¿no? Xavier Campion. El marido de mi hermana. El hombre al que deseaste durante semanas… durante años. Planeaste romper su matrimonio, si mal no recuerdas.

Vio que bajaba la mirada al suelo.

—De eso hace mucho tiempo —volvió a alzar los ojos con una expresión fría como el hielo—. Seguro que no has venido aquí a recordarme mis errores del pasado. Te aseguro que los tengo bien presentes,

—Quiero saber si fuiste al Club de la Máscara a ver a Xavier.

Se acercó a una de las sillas y apoyó las manos, de dedos largos y finos, sobre el respaldo.

—¿Te has tomado la molestia de venir hasta aquí solamente para preguntarme eso? —elevó su tono una octava—. ¿Solo quieres saber que no seguiré molestando a tu familia?

Esa no era la única razón. Quería saber cuánto de profundo había sido su engaño durante aquellas dos semanas en las que había estado ciego. Quería saber si seguía tan obsesionada con Xavier como lo había estado antes. Y si era así, qué era lo que Hugh había significado para ella.

Se acercó más, situándose a su espalda, lo suficientemente cerca como para aspirar su perfume. Su aroma parecía fundirse con el rosa de su vestido.

—No te causaré más problemas, Hugh —le dijo con voz cansada.

Eso no respondía a su pregunta.

—¿Y yo debo creerte? Ya has hecho otras promesas y las has roto. Ya me has mentido antes.

—Sí —admitió—. Pero lo creas o no, no te seguiré molestando ni a ti ni a tu familia.

Hugh se burló, escéptico.

—Puede que no vuelvas al Club de la Máscara, porque ahora ya sabes que ninguna máscara puede ocultarte de mí, pero… ¿cómo sé

que no vas a tramar otra maldad?

—No puedes saberlo —sacudió la cabeza—. Quiero decir, solo te pido que esta vez creas en mí.

¿Creer en ella?

—¿Quieres que crea que no vas a tramar otra maldad contra mi familia?

—Sí, porque no lo voy a hacer —respondió con voz muy tranquila —. No pretendo hacer ningún daño a nadie.

Hugh se acercó entonces y la agarró de los hombros.

—Entonces dime a qué fuiste. Si el motivo no tenía nada que ver con el esposo de mi hermana, ¿por qué fuiste al club?

Fue un error acercarse demasiado a ella, tocarla. Su cuerpo lo atraía como un imán.

Ella no hizo ningún intento por apartarse. En lugar de ello, alzó la mirada hasta sus ojos.

—¿Me creerías si te dijera que fui a verte a ti?

Sus sentidos se enardecieron ante sus palabras y su cercanía. Le dolía mirarla, de lo muy hermosa que era.

—No —logró pronunciar.

Dafne inspiró profundamente y fue como si le hubiera robado el aire.

—Bueno, pues fui a verte. Quería verte sin vendajes, comprobar por mí misma que ya no estabas ciego. Cuando abandoné la casa de campo, no sabía si te curarías o no.

—Si tanto te preocupaba, Dafne… —soltó—no debiste haberte marchado.

Ella se alejó de él.

—Si me hubiera quedado, habrías descubierto quién era.

—Habría descubierto lo mucho que me habías engañado, querrás decir.

—Sí —asintió de nuevo—. Eso es lo que quiero decir.

¿Tanto había significado para ella como para necesitar verlo curado? Pero no. No debía caer en otro engaño.

—¿Cómo sabías que yo estaba en el Club de la Máscara?

Tardó unos segundos en responder.

—El señor Everard, mi apoderado, me lo dijo.

¿Su apoderado? Hugh sabía que el apoderado de lady Faville se había reunido con Rhys y con Xavier para acordar una compensación por los daños sufridos por el Club de la Máscara.

—¿Tu apoderado te dijo que yo estaba en el club, y fue por eso por lo que fuiste allí?

Ella asintió con la cabeza.

No podía creerla. Si tan importante hubiera sido para ella, no lo habría engañado. Y tampoco lo habría abandonado.

—¿Fuiste para asegurarte por ti misma de que no estaba ciego, y no a ver a Xavier?

—Sí —volvió la cabeza.

¿Estaba bromeando?

—Si yo hubiera estado ciego y al frente de un club de juego, tu apoderado te lo habría mencionado. No puede haber muchos en Londres. Cuando te habló de mí, tuviste que saber que no lo estaba. ¿Para qué comprobarlo?

Dafne se alejó hacia la chimenea con gesto abatido.

—No está bien ir por ahí cotorreando de los demás… Mira, tú no puedes creerme y yo no puedo convencerte. Basta decir que no volveré a molestarte, Hugh… Eso te lo prometo —se le quebró la voz —. Y ahora, por favor, déjame.

Hugh atravesó la habitación y la obligó a volverse para que lo mirara.

—¡No antes de que me digas por qué me mentiste! ¿Por qué no me dijiste que eras lady Faville? ¿Por qué me dejaste pensar que eras otra persona? ¿Y que el tiempo que pasamos juntos significaba algo más?

Vio que le brillaban los ojos por las lágrimas mientras temblaba bajo su contacto. En lugar de apartarse y abofetearlo como se merecía por tan rudo comportamiento, ella alzó de pronto una mano y le acarició la mejilla.

—Lo siento mucho, Hugh —musitó.

Su voz le recordó los susurros que había proferido en la cama. No pudo resistirse más: la besó. Cerrando los ojos, evocó a la Dafne que amaba, cálida, dulce y real.

Dafne lo abrazó y le devolvió el beso, hambrienta de su contacto, de la sensación de sus labios sobre los suyos. Sabía maravillosamente bien, tan familiar, tan masculino… Enterró los dedos en su pelo, saboreando el tacto de su abundante, oscuro y rebelde cabello no cubierto ya por los vendajes. El calor de su cuerpo la inflamó y ya no pudo pensar en nada que no fuera fundirse con él.

Durante el mes que habían estado separados, había sido como si se hubiera partido en dos. Lo necesitaba para volver a estar entera, para dar algún significado a su vida. Se aferraba a él con una desesperación que era un reflejo de la de él. Hugh la acorraló hasta la *chaise longue* que había cerca de la chimenea. Para entonces la necesidad de Dafne era demasiado grande como para que pudiera esperar a quitarse la ropa. Le desabrochó los botones del pantalón mientras él le alzaba las faldas.

De repente estaba debajo de su cuerpo, tirando de él hacia sí, entregándosele. Aquello era una locura, pero una locura gloriosa,

aquella urgente necesidad de hacerle el amor, de volver a compartir el éxtasis de una apasionada liberación,

Se liberaron de un mínimo de ropa y él entró en ella, con una potencia tan excitante que a Dafne le entraron ganas de sollozar de puro placer. Se incorporó para acudir a su encuentro con un apresuramiento frenético y desesperado, distinto de las otras veces que habían hecho el amor. Nunca su necesidad por él había sido tan rápida ni tan violentamente intensa.

Se aferró a él, temerosa de que algo pudiera separarlo de ella, como un marinero arrastrado fuera de su barco durante una tormenta. Aquella tormenta la estaban creando los dos, pensó Dafne, pero ella se sentía tan indefensa como si hubiera sido obra de la naturaleza, del viento.

Las sensaciones se volvían cada vez más intensas, creciendo con cada rítmico embate. ¿Se daría él cuenta de lo que le hacía con su cuerpo? De repente alcanzó el precipicio y sintió reventar su semilla en su interior. Gritó cuando sobrevino su desahogo y se estremeció bajo su cuerpo en oleadas y oleadas de supremo placer.

Un momento después, todo terminó. Cayeron rápidamente en picado desde la más alta cumbre a la más honda realidad.

Permaneció sobre ella solo un breve instante antes de incorporarse con expresión alarmada. Ella hizo un intento por bajarse las faldas mientras él rebuscaba en sus bolsillos y le entregaba su pañuelo. Fue una amabilidad que no esperaba después de un acoplamiento tan animal. La miró, pero rápidamente desvió la vista para abotonarse el pantalón y alisarse la ropa.

—¿Te he hecho daño, Dafne? —la miró de nuevo.

Ella negó con la cabeza, pero se le escapó una lágrima que resbaló por su mejilla.

Él se inclinó para enjugársela delicadamente con el pulgar.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —frunció el ceño. ¿Se arrepentía de aquello?

—No he debido haberte tratado así. No ha estado bien por mi parte.

¿Se avergonzaba acaso?

—¿Pero entonces por qué…? —no pudo pronunciar las palabras.

—¿Por qué? —suspiró—. Sinceramente no lo sé. ¿Tu belleza…?

Su belleza.

Fue como si la daga que sentía en su corazón empezara a removerse.

Aparte de su marido, no había consentido en acostarse con ningún hombre. Excepto Hugh. Aunque la despreciaba por haber causado tantos problemas a su familia y por haberle mentido, había hecho el amor a su belleza.

Y ella se lo había permitido.

Lo había querido. No había querido otra cosa.

Excepto quizá que le hubiera hecho el amor a Dafne. A la mujer que no había podido ver.

Contempló la habitación. Las cortinas estaban descorridas y la luz del sol entraba a raudales. Cualquiera que hubiera pasado por la calle habría podido verlos en la *chaise*. Le ardían las mejillas solo de pensarlo.

—Debo irme —dijo él.

Ella se las arregló para levantarse y se alisó las faldas.

—Sí. Vete.

Se marcharía por aquella puerta, se marcharía de su vida. Mucho se temía que todas las buenas obras del mundo no bastaran para aliviar el dolor que eso iba a producirle.

Él asintió y atravesó la habitación en dirección a la puerta. Dafne no podía dejar de mirarlo. Las lágrimas todavía le escocían en los ojos, pero se negaba a que la viera llorar. Ya tendría tiempo para sollozar en medio de la noche.

Llegó hasta la puerta y la abrió. Dafne sintió que su respiración se aceleraba. Aquello era el final.

De repente se giró hacia ella.

—¿Dafne?

El corazón le atronaba en el pecho.

—¿Sí?

Agitó una mano, como borrando en el aire lo que estaba a punto de decirle. Atravesó el umbral y se marchó.

No dejó de mirarlo hasta que desapareció en el pasillo. Lo oyó intercambiar una palabra o dos con Carter y escuchó luego el ruido de la puerta principal al cerrarse. Se acercó a una de las ventanas y volvió a verlo cuando salió a la acera.

Cuando pasaba por debajo de su ventana, se volvió y la descubrió allí. Sus miradas se encontraron por un momento, pero él continuó andando hasta desaparecer de su vista.

Dafne bajó la mirada a su mano: seguía aferrando su pañuelo, lo único que le quedaba de él. Abandonó apresurada la habitación y subió las escaleras hasta su habitación, donde lavó la pequeña pieza de tela. Cuando secara, lo guardaría en un lugar especial y lo atesoraría para siempre.

Dieciséis

Tras lanzar una última mirada a Dafne al otro lado de la ventana, Hugh se volvió y caminó con rapidez. Su vista lo desconcertaba. Mientras estuvo ciego, con los ojos vendados, su mente se había formado una clara visión de ella. Pero verla como lady Faville había disparado todo un surtido de contradictorios sentimientos.

La Dafne de su imaginación nunca había sido lady Faville.

Hugh escogió el bullicio de Oxford Street en vez de desandar el camino a través de Mayfair. Caminaba a paso vivo, necesitado de poner la mayor distancia posible entre él y lady Faville.

Pero fuera quien fuera Dafne en realidad, él se había comportado de manera abominable, emparejándose con ella en un lascivo frenesí. ¿Adónde había ido a parar su control? ¿Su caballeroso respeto? Nunca antes se había dejado arrastrar de aquella forma por el deseo por una mujer.

Solo había tenido que mirarla una vez para ver lo muy afectada que se había quedado. ¿Cómo había podido poseerla con aquella necesidad? Durante un instante, durante aquellos breves momentos del acto amoroso, había creído volver a encontrarla.

Giró en Bond Street y dejó atrás a los vendedores ambulantes, cruzándose con barrenderos y paseantes. Estaba pasando por delante de una joyería cuando casi chocó con un caballero que salía de allí.

—¡Hugh! —era su hermano Ned.

Hugh, que no estaba de humor para hablar con nadie, murmuró unas palabras de saludo.

—Hace dos semanas que no te veo. Tenía intención de pasarme por el club, pero… —se disculpó Ned.

—Todo va bien por allí —le aseguró Hugh.

—¿Adónde te dirigías? —Ned no esperó a que su hermano respondiera—. ¿Tienes tiempo? Acompáñame a White’s. Tomaremos una copa —le suplicó con la mirada que aceptara.

¿Cómo podía negarse? Ned continuó:

—No tenía ni idea del trabajo que me esperaría en la Cámara de los Lores, y de la complejidad de las decisiones que tendría que tomar. La Ley del Socorro de Pobres. Las Leyes de Usura. Para no hablar del presupuesto y de los preparativos de la coronación —inspiró profundamente—. No entiendo cómo se las arreglaba nuestro padre.

—Sospecho que eludía sus deberes parlamentarios al igual que

hacía con todo lo demás —comentó Hugh.

—Y yo sospecho que estás en lo cierto —admitió Ned—. Pero, para mí, esas obligaciones son demasiado importantes como para descuidarlas.

Ned era el hombre más adecuado para poseer un título. Siempre se esforzaba por cumplir con su deber, por hacer siempre lo correcto. Era el polo opuesto de su padre, de hecho. Hasta un punto casi irritante, a veces.

Durante todo el camino hasta White's, Ned le habló de las diversas leyes que tenía que votar, buscando la aprobación de Hugh a sus decisiones. Continuó hablando mientras se sentaban y ordenaban sendas copas de clarete. Hugh vio que había varios clientes en la casa de juego, concentrados en sus cartas. Reconoció a algunos de los caballeros, a los que esperaba ver en el Club de la Máscara esa misma noche. ¿Acaso no se tomaban sus deberes parlamentarios con la seriedad de Ned? O tal vez se dedicaran a ganar apoyos para sus causas de aquella manera. En política había más de una forma de conseguir un resultado.

—¿Cómo está tu esposa? —le preguntó Hugh cuando Ned dejó de hablar para beber un sorbo de vino.

—¿Adele? —su expresión se dulcificó—. Lo soporta muy bien, excepto por las mañanas. Su estómago no consigue retener la comida. Me ha asegurado que es algo muy común entre las mujeres encinta.

Hugh pensó en Dafne, que no había tenido hijos. Había estado convencido de que eso la había entristecido. ¿Habría entristecido igualmente a lady Faville? No podía dejar de pensar en ella como en dos mujeres distintas. No podía dejar de pensar en ella en absoluto, ni siquiera bajo el torrente de las palabras de Ned.

Le preguntó por el resto de la familia. Por su madre. Por Phillipa. Por Rhys.

Ned le preguntó a su vez por el Club de la Máscara: preguntas detalladas sobre los beneficios y los gastos en los que había incurrido. Debatieron sobre la necesidad de comprar dados y barajas nuevas, artículos sobre los que solía insistir Hugh. Rhys le había convencido de la importancia de asegurar a los clientes que los juegos eran limpios y honestos. Los dados y los mazos de naipes nuevos representaban una garantía.

Para cuando el reloj dio la hora por segunda vez, Ned se levantó.

—Debo irme. Adele me está esperando.

Hugh se levantó más lentamente, pero siguió a Ned fuera del local.

Ned le estrechó la mano, agarrándole cariñosamente del brazo al mismo tiempo.

—Me ha alegrado mucho verte, Hugh, te prometo que me pasaré por el Club de la Máscara a la primera oportunidad que tenga.

Mientras tanto, si me necesitas para algo, solo tienes que avisarme.

Hugh no tenía ninguna duda de que su hermano se pasaría por el club y que acudiría en su ayuda en caso de que él lo necesitara, aunque se hallaba lo suficientemente absorbido por sus obligaciones como para olvidarse de preguntarle por su vida, al margen del Club de la Máscara. O por cualquier cosa que no fuera la tarea que le había asignado.

Si Ned le hubiera preguntado por su vida, ¿le habría hablado él de Dafne? Lo dudaba.

Hugh se quedó mirando a su hermano mientras se alejaba apresuradamente, hasta que se perdió en la multitud de paseantes. A falta de otra cosa mejor que hacer, se volvió para recorrer a pie la corta distancia que lo separaba del Club de la Máscara.

Aquella noche Rhys y Xavier visitaron la casa de juego. Después de saludar a los trabajadores y a los clientes que frecuentaban el local, se sentaron con Hugh en un rincón del comedor, ante una mesa llena de platos de comida y botellas de vino. El propio Hugh sirvió una copa a cada uno.

Rhys saboreó la comida y asintió con gesto aprobador.

—Veo que la cocinera sigue fiel a su vieja pauta. Me había olvidado de lo buena que era la comida aquí.

Hugh también la valoraba mucho, y se había asegurado de que la mujer lo supiera. Viuda de uno de los hombres del regimiento de Rhys y de Xavier, era ferozmente leal a ambos hombres.

—No hemos tenido ningún problema digno de mención —dijo Hugh—. ¿Veis vosotros alguno?

Xavier desvió la mirada hacia el pianoforte. Sonrió.

—Echas de menos a la *pianiste* —su esposa, Phillipa, la mujer a la que Dafne trató tan mal, había hecho crecer la afluencia de clientes mientras estuvo trabajando allí.

Hugh forzó una sonrisa.

—¿Volverá quizá? ¿Tiene las noches libres?

La expresión de Xavier se volvió socarrona.

—Me temo que sus noches están bastante ocupadas.

Hugh lo miró discretamente. Xavier era indudablemente un hombre muy atractivo. Las miradas de las mujeres del comedor solían volverse en su dirección. Con su pelo oscuro y abundante, románticamente rebelde, sus rasgos masculinos y sus ojos de un azul deslumbrante, no era de extrañar que Dafne se hubiera enamorado de él. Habrían hecho una pareja muy bella.

Hugh ahuyentó ese pensamiento.

Al menos Xavier era un hombre decente, pensó. De hecho, Hugh

sospechaba que no era un hombre consciente de su apariencia. La opinión de los demás nada significaba para él. Había desafiado las expectativas que le habían estado reservadas como hijo de aristócrata para invertir su dinero en tiendas. Si olía a comercio, por utilizar una expresión de la nobleza, entonces a todas las mujeres que se encontraban en aquel momento en esa habitación les gustaba ese olor.

Hugh le preguntó por Phillipa y el bebé, y se interesó luego por sus locales.

—Ya tengo diez —explicó Xavier—. La tienda de muebles es la que mejor marcha. Hay un buen mercado para el mobiliario de calidad a precios moderados. Prefiero los negocios que requieren manufactura, ya que de esa manera podemos emplear a más trabajadores. Últimamente he contratado a un artesano de pianofortes.

—¿Un antiguo soldado que sabía fabricar pianofortes? —inquirió Rhys.

Xavier contrataba principalmente a soldados licenciados del ejército.

—No —Xavier bebió un sorbo de vino—. El hombre que había fabricado el pianoforte de Phillipa estaba en peligro de perder su negocio. Aceptó instruir a antiguos soldados en el oficio.

La benevolencia de Xavier le recordó a Hugh la que había desplegado Dafne con los sirvientes de la casa de Thurnfield.

Volvió a ahuyentar ese pensamiento. Necesitaba cambiar de tema.

—¿Y tú, Rhys? ¿Qué tal marchan tus negocios?

Rhys estaba invirtiendo a fondo en la industria de máquinas de vapor.

—Buscamos constantemente mejorar los diseños, pero algunas de nuestras máquinas ya están empezando a venderse a fábricas y a minas. Ya sabes que existe una locomotora a vapor funcionando entre Stockton y Darlington. Estoy convencido de que habrá más en el futuro.

Hugh se encogió de hombros.

—Es otra clase de juego, ¿no?

Su padre se había negado a reconocer a su hijo bastardo, Rhys, después de que muriera su madre. En aquel entonces Rhys no había sido más que un muchacho pobre que había logrado sobrevivir gracias a los juegos de azar.

Rhys asintió.

—Así es, pero mucho más excitante que cualquier vuelta de naipe. Y más útil, también.

Xavier vio que uno de sus hermanos entraba en el comedor y se disculpó para acercarse a hablar con él.

En cuanto Xavier se levantó de la mesa, Hugh le preguntó a Rhys:

—¿Estás contento entonces con la vida que llevas?

Hugh se había portado pésimamente con Rhys cuando eran muchachos, pero a esas alturas solo deseaba que le fuera bien.

Rhys desvió la vista por un momento antes de clavar en él sus ojos cálidos.

—Tengo más de lo que nunca soñé con poseer —se llevó un pedazo de comida a la boca—. Y no me refiero al dinero.

—Tienes esposa e hijos.

—Una familia —repuso Rhys en voz baja.

—Nosotros también somos tu familia, Rhys —añadió Hugh en el mismo tono—. Nosotros, los Westleigh. Soy consciente de que no siempre pensé de esa manera, pero mi opinión ha cambiado mucho.

—La gente cambia. Yo lo he hecho, ciertamente.

¿Sería eso cierto? ¿Podía la gente cambiar de verdad? ¿O acaso sus caracteres estaban forjados ya desde el nacimiento? Las circunstancias, ¿fomentaban que ciertos rasgos de la personalidad afloraran y otros permanecieran ocultos? Rhys y él se habían odiado desde la infancia, hasta que descubrió al hombre fuerte, decente y compasivo que era. O que siempre lo había sido. Quizá, de muchacho, Hugh solo había visto en Rhys su fachada: la de un muchacho tosco y duro siempre dispuesto a la pelea.

¿Era lady Faville una simple fachada, o lo era Dafne?

Comprendió que debía averiguarlo.

Cuando Xavier volvió a la mesa, Hugh le preguntó:

—¿Dónde está tu tienda de pianofortes?

—¿Por qué quieres saberlo?

Hugh pinchó un pedazo de carne fría.

—Puede que quiera adquirir uno.

Xavier señaló el instrumento que había en el comedor.

—Tienes un pianoforte aquí. ¿O es que lo quieres para otra persona?

—Así es. Para otra persona —todavía no estaba preparado para decirle quién, pero con ella había pasado momentos muy agradables sentados ante el pianoforte de la casa de campo de Thurnfield. Quizá con ese regalo quisiera expresarle su agradecimiento por haberlo atendido durante aquellas dos semanas. Y su disculpa por haberla tratado tan mal ese día.

O tal vez ello le diera una buena excusa para volver a verla.

A la mañana siguiente Dafne no tuvo ninguna dificultad en levantarse temprano. Apenas había dormido. Parecía que solamente en la intimidad de su habitación, en medio de la noche, era capaz de desahogar el dolor que la torturaba tanto durante el día. La oscuridad ahuyentaba cualquier recordatorio de quién era y dónde estaba. Lo

que al final quedaba eran sus sentimientos, que no se atrevía a expresar durante el día.

El día anterior no había estado tan ocupada como para poder distraerse, por mucho que se había esforzado. Monette necesitaba distraerse, también. A la muchacha la inquietaba mucho que todavía no hubieran recibido respuesta alguna de Toller, o que al final él decidiera quedarse en Thurnfield.

Con tal de hacer lo que fuera, Dafne y Monette habían estado revisando los baúles del ático. Había guardado allí mucha ropa y muchos zapatos, guantes, sombreros, capas. Le daba vergüenza haber tenido almacenados tantos artículos que habrían podido hacer felices a tantas personas, o buscarles un buen uso. Lo que Monette no quería, Dafne pensaba ofrecérselo a las doncellas y a la plantilla de la cocina. Una vez que terminaran de revisarlo y seleccionarlo todo, el resto podrían venderlo en Petticoat Lane.

Hurgar entre los recuerdos, sin embrago, no había sido la mejor manera de soportar el día. Una y otra vez Dafne se había visto impelida a enfrentarse a la mujer que había sido, a la mujer de la que temía no poder escapar nunca.

Pero ese amanecer inauguraba un nuevo día y un nuevo propósito. Ese día le enseñaría a Monette las tiendas de Londres. Proporcionaría a la joven algún placer, alguna aventura. Oh, quizá no una aventura como aquellas de las que le había hablado Hugh, pero sí cosas que Monette jamás había visto. Nada podía compararse con el inmenso surtido de las tiendas de Londres.

Estaba terminando de desayunar cuando Carter entró en la sala.

—El señor Everard de nuevo, milady.

—¿Everard? —la había visitado apenas el día anterior. Temía que estuviera forjando un vínculo con ella que podía terminar perjudicando a todo el mundo—. Supongo que tendrías que decirle que lo veré aquí.

Un momento después apareció en el umbral.

—Buenos días, milady —le hizo una reverencia.

—Buenos días, señor —intentó no sonar demasiado cortante, pero tampoco demasiado invitadora—. Ha regresado usted muy pronto para verme. Espero que no haya ocurrido nada malo.

—En absoluto, en absoluto —permaneció en el umbral.

Dafne suspiró para sus adentros.

—Entre usted y coma algo, si quiere. Le confieso que no dispongo de mucho tiempo ya que voy a salir muy pronto, pero dígame a qué ha venido.

—Un té sí que me tomaría —dijo mientras se sentaba.

Ella le sirvió una taza.

Everard bebió un sorbo, agradecido.

—He venido a informaros de que he hecho lo que deseabais de mí.

¿Qué era lo que le había pedido? No se acordaba. Esperó a que él continuara.

—Me pedisteis recomendaciones para tiendas de muebles.

—Ah, sí.

Pensó que una nota con las direcciones de las tiendas habría bastado.

—Yo no estoy muy versado en estos asuntos, pero he dispuesto que alguien con bastante conocimiento os visite —parecía muy satisfecho consigo mismo.

Dafne no quería visitantes, aunque suponía que no podía esconderse de la sociedad para siempre. ¿A quién le enviaría Everard?

—¿Quién me va a visitar?

—Mi esposa.

¿Su esposa? ¿Qué iba a hacer ella con una visita de su esposa?

Se contuvo. Sería un detalle por su parte recibir a su mujer. Decidió que sería amable con la muchacha.

Se obligó a sonreír.

—Encantador.

—Fue ella la que compró la mayor parte de los muebles de nuestra residencia y tiene buen ojo para detectar la calidad a un precio justo. No se me ocurriría una mejor persona para aconsejaros —se interrumpió—. Y vos misma dijisteis que deseabais conocerla.

—Cierto, ¿verdad? —mordió una tostada—. Supongo que podría visitarme esta misma tarde, después de mediodía. A partir de las dos seguro que ya estaré de vuelta en casa.

Everard se levantó.

—Me aseguraré de decírselo. No os defraudará, milady —se inclinó ante ella—. Me temo que debo marcharme. Con vuestro permiso, por supuesto.

—Por supuesto —intentó parecer agradecida—. Que tenga usted un buen día, señor.

Poco después de la marcha del señor Everard, Dafne salió con Monette a enseñarle tiendas y distraerla así de la tardanza de Toller en responder. Empezaron en Oxford Street y visitaron mercería tras mercería. En una de ellas, Monette encontró una muselina azul que era solamente un tono más oscuro que el de los ojos de Dafne. Le suplicó que lo comprara para poder hacerle así un vestido, en agradecimiento a la generosidad que le había demostrado.

Fue una decisión difícil. Ella no necesitaba un vestido nuevo. ¿Acaso no se había deshecho de incontables vestidos apenas el día anterior? Pero esa vez se vio obligada a admitir que aceptar el regalo

de Monette era el acto más generoso que podía realizar en aquel momento.

Exploraron las sombrererías, guanterías y joyerías. Dafne poseía varias piezas de joyería fina bien guardadas, regalos muy caros de su difunto marido, que no había vuelto a lucir desde que abandonó Londres para viajar a Europa dos años atrás. Ciertamente no había necesitado joyas en la abadía. Le sorprendía lo poco que las había echado de menos.

Se detuvieron en la relojería. En un estante, entre modelos más grandes, había un reloj de caja de porcelana que parecía gemelo del que había dejado en la habitación de Hugh en Thurnfield. Tragándose las lágrimas, lo compró y encargó que lo enviaran a su residencia de la capital.

Compraron galletas holandesas a un vendedor callejero, disfrutando de su sabor dulce y especiado. Acababan de comérselas cuando pasaron por delante de una tienda de partituras de música.

—Quiero echar un vistazo —Dafne abrió la puerta y entró.

Monette la siguió al interior.

El propietario se acercó a ellas.

—¿En qué puedo ayudaros, *madame*?

La mirada de admiración que le dirigió le resultó inmediatamente familiar.

—Espero que podáis hacerlo, señor. Estoy buscando música para pianoforte escrita por una dama.

—¿Una dama? —enarcó las cejas—. ¿Conocéis el nombre de la dama o el título de la pieza?

Sonrió.

—No. Sospecho que ha escrito la música de manera anónima.

El hombre se llevó un dedo a los labios.

—Tengo una idea —la llevó a un archivador de partituras de música. Estuvo rebuscando en ellas hasta que sacó una—. ¿Quizá esta?

Vio que era una sonata firmada por la Señorita Cantante. El corazón se le aceleró. Fue así como ella misma bautizó a Phillipa Westleigh antes de conocerla, cuando todavía no era más que la *pianiste* del Club de la Máscara.

Se le cerró la garganta de emoción. Si ella hubiera sido mejor persona, la Señorita Cantante habría podido ser una buena amiga suya.

—Sí —le dijo al propietario—. Esta es, exactamente. ¿Hay más composiciones firmadas por la Señorita Cantante?

Localizó tres más, una de ellas muy reciente. Una nana.

—Las compraré todas —pensó que era lo mínimo que podía hacer por Phillipa. Honrar de alguna forma su música.

—¿Milady? —Monette le tocó la manga—. Aquí no tenéis el

pianoforte. ¿Qué pensáis hacer con esta música?

Dafne no había pensado en interpretar las partituras, aunque… ¿acaso no era esa la mejor manera de homenajear el talento de Phillipa?

Se volvió hacia el dueño de la tienda.

—¿Hay alguna tienda de pianofortes que podáis recomendarme?

—Por supuesto que sí —respondió—. Cerca de aquí, en Duke Street.

Se marcharon después de pagar sus compras.

—¿Vais a comprar un pianoforte? —le preguntó Monette.

Dafne sonrió.

—Creo que sí —interpretar música sería otra manera de pasar el tiempo.

Encontraron la tienda de los pianofortes y entraron. El local tenía varios instrumentos en exhibición. El empleado estaba ocupado hablando con tres caballeros, así que Dafne y Monette pasearon por la tienda mirando los pianofortes; algunos estaban decorados, e incluso había uno portátil. El empleado interrumpió su conversación y se acercó a Dafne.

El hombre se ruborizó cuando miró su rostro.

—¿Estáis interesada en un pianoforte, milady?

—Desde luego que sí.

Cuando habló, los tres caballeros se volvieron y Dafne se quedó de pronto sin aire.

Eran el nuevo lord Westleigh, Xavier… y Hugh.

Hugh sintió la repentina tensión de Ned y de Xavier cuando la vieron.

Ella pareció igualmente consternada, pero, sobre todo, parecía vulnerable. ¿Cómo reaccionarían Ned y Xavier?

Se acercó a ella y le hizo una reverencia.

—Buenos días, *madame*… Dafne —no pudo evitar llamarla por su nombre—. ¿Estás pensando en comprar un pianoforte?

Ella lanzó una mirada a Xavier y a Ned antes de contestar.

—Sí. Yo… yo no tengo ninguno y últimamente he estado interesada en volver a tocarlo —le enseñó un abultado sobre—. He comprado unas partituras.

—¿De veras? —extendió la mano—. ¿Puedo verlas?

Ella palideció, dudando antes de entregarle el sobre. Echó un vistazo dentro. Alzó rápidamente la cabeza, buscando su mirada, cuando vio las partituras que había adquirido. La música de Phillipa.

—Yo… estaba interesada en esta compositora. Quería darle mi apoyo —explicó.

¿Cómo podía interpretar el dato de que hubiera adquirido las partituras de su hermana? Se volvió para mirar a Xavier. ¿Lo habría hecho por él?

Ned la miraba como si fuera una apestada. Xavier se había puesto en guardia. Ambas reacciones lo irritaron. ¿Había necesidad de ser cruel con ella?

—Xavier, lady Faville ha venido a comprar uno de tus pianofortes. Ned, ¿te acuerdas de lady Faville, verdad?

Ned inclinó la cabeza, pero no dijo nada.

Xavier dio un paso al frente.

—¿Sabíais que esta era una de mis tiendas? —sus palabras habrían podido parecer corteses al empleado y a Monette, pero Hugh sospechaba que tanto Ned como Dafne habían percibido su aguzado filo.

Dafne se mostró genuinamente sorprendida.

—No tenía ni idea.

Monette se acercó a ella.

Hugh se dirigió a la joven doncella:

—¿Cómo estás, Monette?

—Muy bien, señor —respondió, tímida, desviando la mirada hacia Xavier—. Nosotras… acabamos de enterarnos de la existencia de este lugar en la tienda de partituras.

Hugh admiró el valor de la muchacha al defender a Dafne ante un conde y ante el hijo de otro conde. Aunque eso ella no lo sabía.

Le devolvió el sobre a Dafne y, al hacerlo, sus dedos se rozaron. Ella se ruborizó.

—No lo sabía —pronunció en una voz lo suficientemente baja como para que solamente la oyera él.

Hugh asintió ligeramente con la cabeza y se volvió hacia el empleado.

—¿Tenéis algún instrumento que recomendar a la dama? ¿Cuál pensáis que le convendría mejor?

—Podéis elegirlos por el sonido. Todos son de gran calidad, pero su sonido varía según los modelos —el hombre pulsó las teclas de los que tenía más cerca.

Hasta Hugh podía detectar las diferencias.

El empleado carraspeó y continuó:

—O quizá os interese más la decoración de las cajas —se acercó a uno que estaba pintado con rosas con el borde dorado—. Este quedaría muy bien en cualquier estancia.

—Yo… preferiría uno menos llamativo —Dafne se volvió hacia uno de estilo sencillo. Era bastante parecido al de la casa de campo de Thurnfield, aunque obviamente de mejor calidad—. Este. Desearía que me preparara la factura y me lo enviara a mi domicilio —le dio la

dirección de su residencia en la capital.

El empleado miró a Xavier.

—Sí, señor Ball. Envíeselo al lay Faville.

—Sí, señor —se acercó al mostrador y sacó un libro para prepararle la factura.

Xavier se volvió hacia Dafne.

—No sabía que estuvieras en la ciudad.

Ella se atrevió a mirarlo, pero no mantuvo la mirada.

—Sí. Hemos venido a hacer compras.

Monette volvió a hablar.

—Mi señora me ha estado enseñando todas las tiendas.

Ned la interrumpió con tono sarcástico:

—¿Las tiendas?

—Sí, eso es todo —le aseguró Dafne—. No tengo otros planes. Aunque tal vez veamos también algunos de los atractivos de la capital. La Torre de Londres, la abadía de Westminster, el Salón Egipcio… —se le apagó la voz como si temiera haber dicho demasiado.

Miró de nuevo a Xavier.

Hugh se preguntó qué estaría pensando al volver a ver a Xavier. ¿Realmente no había sido consciente de que aquella era una de sus tiendas? Le parecía demasiada casualidad.

Aunque… ¿cómo podía haber sabido que Xavier se encontraría en aquel momento en la tienda? Los inversores no solían pasar mucho tiempo en sus negocios. ¿Acaso lord George Cavendish patrullaba la Burlington Arcade como uno más de sus maceros, los guardianes del pasaje comercial? Indudablemente que no. ¿Y cómo podía haber sabido siquiera que Xavier poseía aquellas tiendas? Por el señor Everard, quizá, si aquel hombre hubiera tenido alguna forma de enterarse.

Tenía más sentido que Dafne quisiera enseñar Londres a Monette. Se había traído a la muchacha de Suiza y la trataba casi como si fuera una hermana suya.

El empleado volvió con la factura.

—Le pagaré a la entrega del instrumento —dijo Dafne, y se volvió hacia Ned y Xavier—. Que tengáis un buen día, caballeros —miró entonces a Hugh—. Hugh.

Él la acompañó hasta la puerta y se la abrió.

—Disfruta de tu música, Dafne. Monette.

Una vez cerrada la puerta, el empleado se disculpó para regresar a la trastienda.

Ned se dirigió a su hermano:

—¿Qué significa todo esto, Hugh? Has hablado con lady Faville como si fuera una buena amiga tuya —le lanzaba dardos con la mirada—. Permíteme que te recuerde que esa mujer estuvo a punto de

arruinarnos.

—Yo no sabía que estuviera en Londres —dijo Xavier como si estuviera hablando para sí mismo—. Dios sabe que no quiero más problemas con ella. No consentiré que vuelva a hacer daño a Phillipa.

—Problemas. Eso es lo que significa esa mujer —rio Ned, irónico —. Y tú bien lo sabes, Hugh. ¿Es que has perdido el juicio?

Había perdido el juicio con ella, pero no tenía sentido intentar explicarle eso a su hermano.

—No más que tú, Ned —le espetó—. No hay razón alguna para que hable de esto contigo.

Ned lo fulminó con la mirada.

—Creo que tengo todas las razones para hablar contigo de ella.

—Soy amigo de lady Faville —admitió Hugh—. Pero ella no es ni mucho menos la arpía que tú piensas que es.

—Supongo que la conocerías en Bruselas —dijo Ned—. Se dijo que había huido a Europa. ¿Fuiste tú una de las conquistas que hizo allí? Estuviste mucho tiempo allá. Quizá no lo dedicaste todo a atender los asuntos de nuestro padre….

—Tú no sabes nada, Ned —Hugh alzó la voz. La rabia que sentía había alcanzado el punto de ebullición—. Si no confiabas en mí para que me ocupara de los asuntos de Bruselas, quizá deberías haber ido tú mismo… y haber arreglado ese desastre tú solo.

—¡No puedes hablarme de esa manera! —replicó su hermano, todo colorado.

—¿Por qué? ¿Porque tú posees el título? Yo te he visto sin tu toga de parlamentario. Y ha pasado mucho tiempo desde que me vencías a los puños —deseó que Ned lo desafiara en aquel mismo momento. Le habría encantado aplastarle su aristocrática nariz.

Xavier se interpuso entre ambos.

—Basta ya. No debéis pelearos como un par de colegiales. Lady Faville es mi problema, si es que lo es de alguien —miró a Hugh—. ¿Vas a comprar un pianoforte?

Hugh negó con la cabeza.

—Hoy no. He cambiado de idea.

—Muy bien —dijo Xavier—. Yo me marcho. Necesito informar a Phillipa de que lady Faville está en Londres.

—No se lo digas —protestó Ned—. Eso la alterará.

—No tanto como si se lo oculto —avisó al señor Ball de que se marchaba, lanzó una mirada irritada a ambos hermanos y abandonó la tienda.

Hugh se dirigió también hacia la puerta.

Ned le pisó los talones.

—Prométeme que no volverás a tener nada que ver con lady Faville.

—¿Que te lo prometa? —Hugh se echó a reír mientras salía del local—. ¿Por qué no confías simplemente en que obraré de la manera adecuada?

Se alejó de su hermano sin volver la mirada. En aquel momento estaba demasiado furioso con él como para soportarlo un segundo más.

Diecisiete

Dafne caminaba a un paso tan vivo que Monette tenía dificultades en seguirla. De pronto se detuvo y la esperó.

—Perdona, Monette. Simplemente necesito regresar cuanto antes a casa.

—Sí, *madame* —dijo Monette, sin resuello—. Os ha alterado mucho ver al señor Westleigh. Lo siento por vos.

—Eso… eso me ha sorprendido. No me lo esperaba —no había esperado volver a verlo.

Había sido cortés con ella, incluso amable. Eso hacía aún más grande su dolor. Si hubiera sido tan grosero como su hermano, su furia habría podido amortiguar el pesar de haberlo vuelto a perder.

—¿Quiénes eran los otros caballeros? —preguntó Monette—. Parecían muy enfadados con vos. Uno de ellos era muy guapo. Nunca había visto a un hombre tan guapo.

Otra sorpresa. Ver a Hugh había eclipsado de una manera tan completa la vista de Xavier que no había experimentado sentimiento alguno hacia él. Simplemente no le había importado volverlo a ver. Nunca había llegado a conocerlo realmente: solo la superficial fantasía que se había fabricado ella misma.

En cambio, a Hugh lo había conocido. Íntimamente. Conocía su carácter, su determinación, su fortaleza. Respondió a Monette:

—Ese hombre tan guapo está casado con la hermana del señor Westleigh. Y el otro es el hermano de Hugh, lord Westleigh.

Monette abrió mucho los ojos.

—¿Lord Westleigh?

—Es conde.

—*Mon Dieu* —murmuró la muchacha.

Desanduvieron el camino de Oxford Street y volvieron a la casa. Cuando estaban entrando, Dafne dijo:

—Me recuperaré, Monette. Simplemente necesito un poco de soledad.

La doncella asintió.

Dafne se obligó a subir las escaleras a paso tranquilo. Cuando entró en el dormitorio, se dio cuenta de que seguía estrujando el sobre que contenía las partituras. Lo dejó sobre una mesa, se quitó los guantes y el sombrero y se presionó las sienes con los dedos.

«Serénate», se ordenó. Era altamente improbable que volviera a ver

a Hugh, incluso aunque saliera. Simplemente se había tratado de una terrible coincidencia. Se acercó apresurada al cajón de su escritorio y sacó su pañuelo, todo limpio y doblado.

Se dejó caer en la mecedora con el pañuelo entre las manos. Permaneció mirando por la ventana mientras se mecía, pero sin ver el azul del cielo o el verde de los árboles. La consumía el recuerdo de los dedos de Hugh rozando los suyos. Por supuesto, se había mostrado perplejo cuando vio la música que había adquirido. ¿Por qué había hecho eso? Habría podido comprar cualquier partitura. ¿Qué pensaría él de que hubiera seleccionado precisamente la música de Phillipa?

Apenas podía recordar lo que había dicho Xavier. De su antiguo enamoramiento no había quedado ni un solo vestigio.

El enfado del hermano de Hugh había sido más que evidente. Había esperado una reacción así de un Westleigh. Se lo merecía. La sorpresa había sido la manera en que la había defendido Hugh. Al menos ella lo había percibido como una defensa, cuando prácticamente obligó a su hermano a ser cortés con ella. ¿Por qué había hecho tal cosa?

Durante la siguiente hora su mente continuó girando en círculos, enredada siempre en las mismas preguntas.

Llamaron a la puerta y Monette asomó la cabeza.

—La señora Everard ha venido a visitaros.

Dafne se había olvidado por completo de la señora Everard. Se levantó con un gesto cansado.

—Sí. Debo verla.

—Esperad —Monette señaló su vestido—. ¿No deseáis que os ayude antes a cambiaros? Tengo listo uno de vuestros vestidos mañaneros.

Dafne se miró. Tenía las faldas algo manchadas de la calle.

—Podríamos limitarnos a cepillarle un poco el polvo a este… Detestaría hacerla esperar —tenía verdaderas ganas de acabar con aquella entrevista, arrepentida de haber dicho algo, en sus conversaciones con el señor Everard, que hubiera podido poner a su esposa en el brete de tener que visitar a una persona de categoría superior.

Monette procedió rápidamente a sacudirle el polvo del borde del vestido.

—Permitidme que os arregle el pelo —le dijo cuando hubo terminado.

Dafne se miró en el espejo. El cabello se le estaba escapando de las horquillas y algunos mechones colgaban sueltos del moño.

Se sentó ante el espejo del tocador y dejó que Monette le arreglara el pelo, lo suficiente para que ofreciera un aspecto mínimamente presentable. Aunque también habría podido conseguirlo cubriéndoselo

con un bonete.

La entrevista no la atraía nada, pero la pobre señora Everard se encontraba en peor situación. Dafne no podía recibirla con aquel humor tan sombrío. Probablemente la mujer pensaría que la causa era precisamente su presencia.

Se obligaría a mostrarse alegre y cordial. Desde pequeña había sido entrenada para ello, al margen de cómo se sintiera por dentro. Y durante años había desempeñado esa tarea tan bien que hasta se había olvidado de sentir.

Pero ya no.

Monette le recogió el cabello con una cinta, con lo que su rostro quedó enmarcado por una cortina de rizos.

Dafne se levantó, irguiéndose.

—Gracias, Monette —debía acordarse de mostrarse agradecida—. Ahora estoy muchísimo mejor.

Abandonó la habitación y bajó las escaleras, forzando una sonrisa y sofocando todo lo que estaba sintiendo por dentro. Levantada una vez más la fachada social de costumbre, entró en el salón, donde la señora Everard se hallaba contemplando atentamente el retrato que dominaba la estancia.

Pensó que debería haberlo sustituido ya por algún bonito paisaje.

—¿Señora Everard?

La mujer se volvió y disimuló de inmediato su expresión de tristeza por otra de cortesía. Le hizo una reverencia.

Dafne se le acercó con la mano tendida.

—Soy lady Faville —desvió la mirada hacia el retrato—, como indudablemente habrá adivinado —le estrechó la mano—. Lamento mucho haberla hecho esperar tanto. Sobre todo cuando ha sido usted tan amable en venir.

El apretón de la señora Everard fue pudoroso, vacilante.

—*Madame* —fue todo lo que dijo.

Dafne la tomó de un brazo y la llevó hacia un grupo de sillas cercano a la chimenea.

—Siéntese, por favor —le ofreció una silla que se encontraba de espaldas al retrato. La pobre mujer tenía más que suficiente con una sola lady Faville.

Dafne siempre había sido consciente de que era más bonita que la mayoría de las mujeres. Su madre se había encargado de decírselo desde que era bien pequeña. Había sido la abadesa quien la había ayudado a entender hasta qué punto su belleza podía ser una barrera. Pero al final se había dado cuenta de que la mayor barrera era la que se había creado ella misma. Porque había sido ella la que no había visto nada en los demás más allá de su apariencia física.

Sonrió a su visitante.

—He pedido té. Nos lo servirán en cualquier momento.

—No deberíais haberos tomado tantas molestias por mí…

La señora Everard era joven, no tendría quizá más de veinte años. Tenía un físico agradable, aunque plano, pese a que con un pequeño esfuerzo podría ser incluso bonita. Llevaba el pelo, de un color castaño común, peinado hacia atrás y cubierto con un bonete. Su vestido estaba bien cortado, pera era de un color gris sin adornos, el color de un día nublado y desagradable. Sus ojos tenían el mismo tono gris, pero Dafne sospechaba que habrían resaltado más con una ropa verde o azul. Podía pensar en tres vestidos de su fondo de armario que le sentarían maravillosamente bien. Se preguntó si la señora Everard los aceptaría.

—¿Molestias, dice usted? Servir un té no es ninguna molestia. Y hará esta visita más íntima y confortable, ¿no le parece?

Para su sorpresa, Dafne vio que los ojos de la muchacha brillaban de rabia.

—Como gustéis.

¡La señora Everard estaba furiosa con la visita! Dafne no se había dado cuenta al principio, pensando que se sentía simplemente incómoda, pero la señora Everard se resentía de encontrarse allí. Estaba completamente segura de ello.

Uno de los criados de Londres llevó el té. Dafne tomó nota mental de aprender su nombre.

—Gracias —dijo viendo como colocaba la bandeja sobre la mesa, entre las dos damas.

El criado abandonó la habitación.

Dafne levantó una taza.

—¿Cómo lo toma usted?

La señora Everard se quitó los guantes, que dejó sobre su regazo.

—Con un poco de leche simplemente, gracias.

Encajaba que no quisiera azúcar. No había dulzura alguna en sus maneras, pero la espontánea expresión de su rostro sugería que su acritud estaba exclusivamente dirigida contra ella. Semejante reacción, la de que una persona se sintiera disgustada solo por su aspecto, le resultaba extraña.

Sirvió el té y entregó su taza a la señora Everard. El silencio se prolongó tanto que llegó a plantearse recurrir al tiempo como tema de conversación.

—Mi marido habla mucho de vos —dijo finalmente su invitada.

Ah, los celos. Dafne se llevó la taza a los labios.

—¿De veras?

La señora Everard asintió.

—No habla de otra cosa. Al menos desde que llegó vuestra carta informando de que volvíais a Inglaterra.

Dafne sabía lo muy peligrosos que podían llegar a ser los celos. Habían estado a punto de destruir un edificio mediante un incendio, el Club de la Máscara.

—El señor Everard se toma muy seriamente sus obligaciones.

—Demasiado seriamente, podrían decir algunos —la joven levantó su taza, pero no llegó a beber—. Creo que se preocupa más por vuestras finanzas que por las nuestras.

Dafne rio suavemente, intentando tomarse a la ligera el comentario.

—No entiendo por qué habría de hacer eso.

Los ojos de la muchacha relampaguearon de nuevo.

—¿Ah, no?

Se dijo que debería conducirse con cuidado. Bebió otro sorbo de té y adoptó una expresión pensativa.

—Quizá su esposo tenga más confianza en la capacidad que posee usted para administrarse que en la mía. Esta mañana, cuando me visitó, me habló de ella en los términos más elogiosos.

La señora Everard alzó rápidamente la mirada.

—¿Os visitó esta mañana?

«Oh, Dios mío», exclamó Dafne para sus adentros.

—Muy brevemente —se apresuró a asegurarle—. Solo para asegurarse de que yo estaría en casa para recibir su visita, de manera que no hiciera usted el viaje en balde.

La joven frunció el ceño como si no hubiera considerado esa posibilidad. Por supuesto, Dafne temía que la visita de Everard hubiera respondido más bien a su encaprichamiento por su persona. ¿Cómo podría convencer a ese hombre de que aquel presunto enamoramiento no era más que una simple fantasía?

Dafne continuó:

—Le pregunté a su marido por el nombre de un buen fabricante de muebles, y él me comentó que usted era una experta en ese campo. Por lo que me dijo, entiendo que usted ha decorado bellamente su hogar y a un precio más que razonable.

La señora Everard barrió con la mirada la habitación.

—¿Qué necesidad tenéis vos de muebles? ¿Y, sobre todo, de muebles de un coste modesto?

Quizá si fingía confiarse a la señora Everard, conseguiría que se encontrara más cómoda. Había empleado esa táctica con Phillipa Westleigh en el pasado, cuando se hizo pasar por amiga suya.

Por otro lado, sería tan bonito contar con una amiga… Esa mujer no podía serlo, sin embargo. La señora Everard la odiaba sin conocerla. La odiaba solamente de verla.

Se inclinó hacia ella.

—Le diré por qué quiero comprar muebles. Pero debe prometerme

que no le contará nada a su marido.

La señora Everard la miró desconfiada.

—No tengo costumbre de ocultarle cosas a mi marido.

Había hablado como la mujer recién casada que era. Dafne hizo un gesto de indiferencia.

—Sí, pero este es un asunto que solo a mí me preocupa… Verá, hace poco que autoricé una serie de reformas en las viviendas de mis arrendatarios y pensé en regalar un mueble a cada uno —bebió un sorbo de té—. ¿Qué le parece? Pensé que quizá un escritorio para cada familia sería lo más adecuado. Y algunos bonitos baúles de madera para los trabajadores de la granja y de las cuadras.

La señora Everard derramó un poco de té en el plato.

—¿Estáis pensando en comprar muebles para vuestros arrendatarios?

—Sí, y para los trabajadores también —añadió Dafne—. Así que necesito mobiliario robusto, pero también quiero que esté bien hecho y que sea agradable a la vista —lanzó a la señora Everard otra pensativa mirada—. Soy de la opinión de que a todo el mundo le gustan las cosas bonitas, cualquiera que sea su situación.

—Entiendo —la señora Everard bebió su primer sorbo de té—. ¿Pero por qué habríais de hacer algo así?

Habría podido contestarle que como desagravio por no haber pensado nunca, en toda su vida, en aquella gente.

—Considérelo un capricho —fue lo que respondió al final.

—Bien —la señora Everard dejó su taza sobre la mesa y desató su bolsito de retícula. Sacó un pedazo de papel y se lo tendió a Dafne—. Aquí tiene el nombre de un fabricante de muebles y ebanista de Cheapside.

—Muebles Jeffers —leyó Dafne, y sonrió—. ¡Muchas gracias! Estoy en deuda con usted.

La señora Everard recogió un guante y se lo puso.

—Si me disculpáis, debo marcharme. Ya os he quitado demasiado tiempo.

Dafne se levantó.

—Absurdo. Ha sido un placer conoceros.

La muchacha se levantó mientras se ponía el otro guante. Había empezado a alejarse cuando se detuvo de pronto y se volvió hacia ella.

—Una cosa más —la miró directamente a los ojos—. Mi marido os profesa un afecto extraordinario —contempló por un instante su retrato—. Una mujer como vos debe… debe de ejercer una influencia desmedida sobre los hombres. Yo os pido que liberéis a mi esposo de esa influencia —un brillo de dolor asomó a sus ojos—. Él es todo lo que tengo.

Se volvió de nuevo para marcharse, pero Dafne le puso una mano

en el brazo.

—Yo aprecio a su marido, pero él es mi apoderado. Nada más. Les deseo a los dos la mayor felicidad en su matrimonio.

La señora Everard se apartó bruscamente.

—Vos me eclipsáis. Él ni siquiera me ve cuando estáis cerca.

Dafne quiso decirle que no seguiría cerca por mucho tiempo. La carta de Toller llegaría en cualquier momento. Si alguna enseñanza había sacado de ese día, era que no debía bajar a la capital. Allí no hacía otra cosa que hacer desgraciada a la gente.

Acompañó a la señora Everard hasta la salida. El criado, cuyo nombre seguía sin conocer, se hallaba en el umbral a punto de tocar a la puerta.

—Otra visita, milady —dijo—. El señor Westleigh.

¿Hugh?

El corazón se le subió a la garganta.

La señora Everard ladeó la cabeza con gesto elocuente, pero ella no podía conocer a Hugh. Más probablemente conocería a Phillipa Westleigh. Quizá incluso su atolondrado marido le hubiera contado toda la historia…

No le extrañaba entonces que la pobre temiera que pudiera quitárselo.

—Haga pasar al señor Westleigh —dijo Dafne al criado antes de volverse hacia la señora Everard—. Muchas gracias por haber venido y por haberme proporcionado tan excelente recomendación. Y en cuanto al resto… por favor, no se preocupe,

La señora Everard evitó mirarla y simplemente siguió al criado fuera de la habitación.

La mujer de gris miró rápidamente a Hugh cuando pasó a su lado en el vestíbulo. No parecía el tipo de dama que visitara a lady Faville.

—Lady Faville os recibirá en el salón, señor —dijo el criado, señalándole la estancia donde había estado el día anterior. Y donde había hecho el amor con Dafne.

Saludó con una inclinación de cabeza a la mujer de gris y atravesó el vestíbulo hacia el salón.

Dafne lo estaba esperando de pie.

—Entra, Hugh.

—¿He interrumpido algo? —señaló el vestíbulo por donde había desaparecido la mujer.

—No, ya se marchaba —frunció el ceño—. Tu visita… ¿tiene que ver con lo sucedido en la tienda de pianofortes? Te doy mi palabra de que no sabía nada sobre la relación de Xavier con la tienda. De haberlo sabido, me habría dirigido a otro sitio.

Llevaba el mismo vestido de paseo de rayas verdes y blancas que había lucido antes, solo que su cabello caía en una cascada de rizos rubios sostenidos por una cinta en lo alto de la cabeza. Su expresión no se parecía en nada a la fría perfección de su retrato, sino que parecía triste y dolida.

Recordó el frenesí con que habían hecho el amor en aquella misma habitación. ¿Se resentiría todavía de aquel asalto o sería el encuentro con Xavier el responsable de su estado?

¿O su entrevista con la dama de gris?

En cualquier caso, se hallaba a la defensiva.

Y él con ella.

—¿Por qué adquiriste la música de mi hermana? —le preguntó, dejándose de preámbulos.

Pareció encogerse ante sus palabras.

—Sentí que se lo debía. Era lo menos que podía hacer.

¿Que se lo debía?

Ella continuó:

—También disfruté mucho de su música cuando la oí tocar.

—¿Y compraste un pianoforte para poder tocar su música?

Le parecía excesivo. Vio que desviaba la mirada.

—Compré el pianoforte porque aquí no tengo ninguno. Como bien sabes, ayuda a pasar el tiempo.

—¿Necesitas ayuda para pasar el tiempo durante la Temporada? —habitualmente una dama recibía más invitaciones de las que podía aceptar.

Parpadeó varias veces antes de atreverse a mirarlo de nuevo.

—Yo no asisto a actos sociales —se apartó un rizo de la frente—. Ni espero ninguna invitación.

—¿No esperas invitaciones? —frunció el ceño. ¿Hasta ese punto había dañado su reputación el escándalo con Xavier y el Club de la Máscara? Seguro que alguien querría contar con una criatura tan bella en su salón de baile.

—No he anunciado mi llegada a la capital.

¿Entonces a qué había ido a Londres?, se preguntó Hugh.

Ella se alejó de él para situarse frente a la ventana, la misma ventana a través de la cual la había visto el día anterior, cuando se marchó con intención de no volver a verla.

—Solo me quedaré unos pocos días, pero te prometo que cualquier encuentro que pueda tener contigo o… con tu familia será puramente casual, como el de hoy. Te lo repito, no quiero dar problemas a tu familia.

Pero se los daba a él. Cerró los ojos y aspiró su aroma a rosas. Sus manos anhelaban volver a abrazarla. Su cuerpo ansiaba fundirse con el suyo. La furia que antes lo había abrasado tanto como el incendio

de la posada ardía ahora apenas en un rincón de su alma, casi olvidado. Mucho más ardiente había sido la necesidad que había experimentado de protegerla de la rudeza que le había demostrado su hermano en la tienda de pianofortes.

—¿Solo estarás unos pocos días en la capital? —intentó disimular la enorme decepción que ello le producía—. ¿Podré visitarte mientras estés aquí?

Ella se giró en redondo.

—¡Visitarme!

—Para empezar de nuevo. Para que lleguemos a conocernos mejor, mutuamente. Tú a mí, al nuevo director de la casa de juego, y yo a Dafne, a lady Faville. Una mujer a la que no creo conocer.

—Yo… yo no sé qué decir —su voz era poco más que un murmullo.

—Dime que saldrás a pasear conmigo por el parque. Ahora mismo.

¿Por qué no?, se preguntó Hugh. Habían disfrutado de paseos juntos mientras estuvo ciego.

Ella se lo quedó mirando fijamente.

Al final fue él quien desvió la vista.

—Te prometo que me portaré como un caballero. Mi abominable comportamiento de ayer no se repetirá.

Volvió a mirarla y solo pudo leer perplejidad en su expresión.

—Un paseo. Como en los viejos tiempos —insistió—. Es temprano, A esta hora no habrá tanta gente.

Todavía no eran las tres. La hora de rigor para ser vista en el parque rondaba las cuatro.

Bajó la voz.

—¿Dafne?

Ella se apartó un rizo de la frente.

—Dame solo un momento para que recoja mi sombrero y mis guantes.

Dafne subió apresurada a su dormitorio, con el corazón acelerado de placer. Hugh le había dicho que quería pasar tiempo con ella. Salir a dar un paseo con ella.

Quizá sería un poco como aquellos paseos que habían dado en Thurnfield, solo que esa vez él podía ver. Ella podría tomarlo del brazo y la guiaría él, y no al revés. Y ella podría ver su rostro entero, todas sus expresiones, todo lo que antes había quedado oculto por los vendajes.

Incluso aunque aquello durara únicamente los pocos días que estaría en Londres, era más de lo que nunca había soñado.

Monette se encontraba en su habitación, doblando su ropa interior

recién planchada. Alzó la mirada con los ojos brillantes cuando la vio entrar.

—¡Milady, hay una carta para vos!

—¿Una carta? Pero ahora mismo tengo prisa —corrió hacia ella, juntando las manos—. ¡El señor Westleigh se ha presentado y me ha invitado a dar un paseo con él!

Le pareció que Monette forzaba una sonrisa.

—Oh, me alegro mucho por vos.

Dafne se acercó para mirarla detenidamente.

—Algo te preocupa. Dime qué es.

La doncella se volvió.

—Oh, no es nada que no pueda esperar. Debéis de tener prisa —dijo con decisión.

Pero Dafne insistió:

—¿De qué se trata?

Monette desvió de nuevo la mirada hacia la mesa cercana a la puerta.

—La carta.

—Oh —de pronto comprendió—. ¿Es de Toller?

Monette se animó en seguida.

—Eso creo. ¿Haríais… haríais el favor de abrirla? ¿Para ver lo que dice?

Dafne se acercó apresurada a la mesa y recogió la carta.

—¡Es de Thurnfield! —rompió el sello, desdobló el papel y leyó en voz alta—: «Querida lady Faville» —le había explicado a Toller su verdadera identidad—. «Acepto inmensamente agradecido vuestra oferta de empleo. Viajaré a Londres dentro de cuatro días para volver a vuestro servicio con gran placer. Respetuosamente suyo, Toller».

Alzó la mirada.

Monette estaba radiante.

—La carta está muy bien escrita.

—Ciertamente, sí —convino Dafne.

—¡Estará aquí dentro de cuatro días! —alzó la voz, entusiasmada.

—En tres días, Monette —la corrigió Dafne—. La carta está fechada ayer.

Monette se lanzó a los brazos de su ama y la abrazó con fuerza.

—Oh, gracias, *madame*. ¡Gracias!

Dafne se sentía eufórica. Había hecho otra buena obra.

Monette la soltó de golpe.

—¡Pero debéis daros prisa! El señor Westleigh os está esperando —corrió a la cómoda y sacó un nuevo par de guantes de un cajón. De repente su expresión se tornó preocupada—. No estará enfadado con vos, ¿verdad?

Dafne sonrió.

—No, no está enfadado. Y yo también estoy muy feliz.

Fue a recoger el sombrero que se había puesto antes, pero Monette la detuvo.

—No, no. Llevaos uno más bonito —fue al armario y sacó uno ribeteado de flores de seda, con un grueso lazo de satén que se ataba bajo la barbilla. Se lo puso y le arregló el lazo. Luego la ayudó con la chaquetilla corta que combinaba con su vestido—. Ahora sí, estáis muy guapa.

Dafne le dio un rápido abrazo.

—¡Gracias, Monette!

Corrió fuera de la habitación y bajó las escaleras.

Hugh la estaba esperando abajo, con el sombrero en las manos. Dafne había visto la misma expresión de admiración en incontables rostros masculinos, pero verla en Hugh le provocó un entusiasmo completamente nuevo. Le importaba que la admirara. Aunque deseaba también que la admirara por su carácter.

Eso era algo por lo que lucharía de buena gana por conseguir. Aunque no volviera a verlo más, podría ser como una pequeña prueba. «¿Pensará Hugh bien de mí a partir de ahora?».

Él se caló el sombrero y le ofreció su brazo.

—¿Vamos?

Dafne asintió. El criado les abrió la puerta y abandonaron la casa.

Solo tenían que cruzar Park Lane para alcanzar Cumberland Gate y entrar en Hyde Park. Escogieron un paseo que llevaba a la Serpentina. No era una hora muy concurrida, pero había gente en el parque. Institutrices con niños. Empleados y dependientas de tiendas disfrutando de un rápido receso. Unos pocas caballeros con mujeres ataviadas con recargados vestidos: probablemente sus amantes, que no sus esposas.

—Esto no es tan tranquilo como la casa de campo de Thurnfield, ¿verdad? —comentó Dafne.

—Allí tampoco había mucho silencio —repuso Hugh—. Aunque no habría oído todos los ruidos, de no haber tenido los ojos vendados.

Ella se agarró con fuerza a su brazo.

—Debieron de haber sido días muy difíciles para ti.

—Difíciles, sí —convino él. De repente se detuvo y le alzó la barbilla con un dedo—. Difíciles pero felices. No me arrepiento ni de un solo instante.

—¿De veras? —estaba asombrada.

Hugh continuó caminando.

—Solo del final —murmuró—. Cuando te marchaste.

—Cometí muchos errores —bajó la cabeza—. Debí haberte dicho quién era desde el primer día.

—¿Por qué no lo hiciste? —le preguntó él.

—Fui una cobarde.

—¿Cobarde, dices? —parecía sorprendido.

Le había prometido que sería sincera con él.

—Sabía que me odiarías. Y no quería enfrentarme a eso. Oh, yo no quería que te vieras obligado a aceptar los cuidados de alguien que había significado un verdadero tormento para tu familia. Pero, sobre todo, no quería tener que enfrentarme a tu desprecio.

Él le apretó la mano.

—En lugar de ello, te metiste a hacer de niñera y desembolsaste mucho dinero por mi culpa.

—No fue tanto dinero —replicó ella—. Al principio pensé que solamente sería un día o dos. No me pareció tan mala idea fingir que no era lady Faville por tan poco tiempo. Pero luego…

Él la interrumpió.

—Pero luego yo me negué a que avisases a mi familia, y entonces te quedaste atrapada conmigo.

—Pero tú también te convertiste en mi amigo —añadió ella—. Y yo no quería renunciar a tener un amigo.

Alzó la mirada hasta su rostro. La expresión de Hugh era perpleja, pero cargada asimismo de compasión. Qué extraño le resultaba que alguien la mirara con compasión.

Probablemente no se la merecía.

—Una mujer muy sabia me dijo una vez que incluso las pequeñas mentiras terminan por hacerse grandes. Es por eso por lo que uno no debe mentir nunca. Yo sabía eso, y aun así mentí.

Llegaron a una zona de flores de primavera y estuvieron comentando cada variedad. Ella no era mejor que él a la hora de reconocer las flores. Pensó que quizá debería añadir la jardinería a su lista de actividades para cuando volviera al campo.

—Debo decirte que Toller entrará a trabajar para mí.

—¿Toller? —enarcó las cejas—. Eso me sorprende. Parecía muy apegado a Thurnfield.

Sonrió.

—Creo que está aún más apegado a cierta doncella suiza.

—Ah —rio Hugh—. Deduzco entonces que realmente no necesitabas otro criado, pero que lo contrataste de todas formas.

Sintió que se ruborizaba.

—Bueno, otro criado nunca está de más…

Hugh bajó la mirada a la mujer que caminaba a su lado, y que en aquel momento se había ruborizado por su sugerencia de que había contratado a un nuevo criado solo para complacer a su doncella. ¿Era aquella la misma mujer que había perseguido a Xavier de una manera

tan implacable? Xavier decía que había sido porque ella pensaba que hacían una pareja muy hermosa.

Y la habrían hecho. El hombre más apuesto y la mujer más bella.

Caminó en silencio durante un rato, incapaz de olvidar su pasado y de conciliarlo con la mujer en la que parecía haberse convertido.

Finalmente dijo:

—¿Qué sentiste cuando viste a Xavier? Entiendo que no habías vuelto a verlo hasta que te lo encontraste en la tienda de pianofortes.

Ella no respondió de inmediato.

—Sentí que me merecía su furia y su desconfianza.

Esa no era la respuesta que buscaba.

—Fuiste implacable cuando lo perseguiste hace dos años. Después de aquello, ¿eso fue lo único que sentiste?

—Lamenté encontrármelo. Te aseguro que habría preferido que no hubiera vuelto a verme nunca —lo dijo sin ningún tono de resentimiento.

Él se detuvo y la obligó a que lo mirara.

—Dafne, lo que quiero saber es si todavía lo deseas. Si conservas aún aquella atracción que sentías por él.

Ella giró la cabeza, pero poco a poco volvió a alzar la mirada hasta sus ojos.

—No. Aquella atracción desapareció hace mucho tiempo. Después del incendio. Del incendio que causé yo, quiero decir.

La creía. No sabía cuánto tiempo tardaría en cambiar de opinión, pero en aquel momento estaba absolutamente convencido de que decía la verdad.

—Dafne… —susurró, desesperado por acariciarle los labios con los suyos y de sentir su calor, su sabor único.

Ella miró a su alrededor y retrocedió un paso. Estaban a plena vista de todos. Alguien podía verlos.

Sonrió y se inclinó para susurrarle al oído:

—Quizá después.

Vio que volvía a enrojecer, lo que no hizo sino aumentar todavía más su belleza.

—Deberíamos caminar —sugirió ella.

Continuaron paseando. Llevaban recorrida media Serpentina cuando Hugh divisó a otra pareja caminando en su misma dirección.

—Maldición.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Mi madre y el general Hensen.

Mala suerte la suya, que había decretado que su madre estuviera paseando por el parque en aquel mismo momento.

—¿El general Hensen? Lo recuerdo del Club de la Máscara.

Todavía se encontraban a alguna distancia, pero lo suficientemente

cerca como para reconocerse. Su madre lo había visto, de eso estaba seguro. Y estaba igualmente seguro de que había reconocido a Dafne.

—No quiero que nos encontremos con mi madre —dijo. Ned ya había sido suficientemente duro con Dafne. No quería ni imaginarse lo que podría decirle su madre—. Demos la vuelta aquí y salgamos por Grosvenor Gate.

Podrían hacerlo sin parecer que estaban huyendo. Que era lo que pretendían.

—Lo entiendo. No quieres que te vean conmigo.

Estaba en lo cierto. No quería tener que explicar algo que él mismo no comprendía, y su madre le exigiría una explicación de por qué había salido a pasear por Hyde Park con lady Faville.

El cómodo ambiente de camaradería había desaparecido. Dafne tenía la sensación de que, después de haber visto a su madre, lo único que quería Hugh era acompañarla hasta su casa y deshacerse de ella.

El puñal que sentía continuamente en el corazón volvió a dar vueltas, ahondando la herida, pero lo comprendía. Su madre debía de odiarla. ¿Qué otra opción le quedaría a una madre?

Ojalá pudiera olvidarse del pasado y de sus consecuencias. Ojalá pudiera emerger de verdad como Dafne Asher y empezar de nuevo. Entonces quizá podría tener una oportunidad de estar con Hugh.

La acompañó hasta la puerta de su casa.

Ella le tendió la mano.

—Adiós, Hugh —tenía la sensación de que siempre se estaba despidiendo de él.

Él le tomó la mano, pero tiró de ella hacia sí para abrazarla.

—Lamento que nuestro paseo haya sido tan corto —le dijo—. ¿Puedo visitarte mañana?

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Visitarme? —¿iba a verlo otra vez?—. Sí. Sí. Por supuesto.

Se inclinó y la besó suavemente en los labios.

Dieciocho

Para cuando Hugh volvió al Club de la Máscara, el mensaje lo estaba esperando. De su madre. Convocándolo a cenar.

No se dejó engañar. Lo había visto con Dafne.

Podría saltarse la cena, transmitirle sus disculpas, pasar los siguientes días con Dafne y dejar a su familia al margen, pero eso le parecía una cobardía. Se enfrentaría con su madre y se lo explicaría.

Si acaso podía.

Llegó a la hora señalada y el mayordomo lo condujo al salón. Para su sorpresa, Ned y Adele estaban allí, con Xavier y Phillipa. ¿Así que iba a ser una reunión de familia? Presión familiar, más bien.

Miró a las dos parejas.

—Vaya. ¿No han venido Rhys ni Celia? ¿Es que ellos no son miembros de pleno derecho de la familia? —pensó que aquellos dos podía inyectar un poco de racionalidad, algo a lo que su madre se habría opuesto.

—Rhys tenía que ausentarse de la capital —dijo Xavier—. ¿A qué obedece esta reunión, Hugh? Nosotros no tenemos ni idea.

Hugh atravesó la estancia y se sirvió una copa de clarete de la licorera que había sobre una mesa lateral.

—Supongo que pronto lo averiguaremos.

Poco tiempo después, su madre entró en la habitación del brazo del general Hensen.

—Qué bien que hayáis podido venir todos —miró a Adele—. ¿Te sientes bien, querida?

—La mayor parte de las veces, sí —respondió la muchacha—. Lo bastante como para poder asistir a la ópera con vos y con el general, de eso estoy segura.

La ópera era el principal entretenimiento de las noches, después del cual afluían más clientes al Club de la Máscara.

Su madre sonrió.

—Excelente —posó la mirada en Hugh por un momento, pero se dirigió a todo el mundo—. Me alegro de que hayáis podido venir, porque parece que este es un asunto familiar que debemos tratar juntos.

—¿De qué se trata, madre? —inquirió Ned.

Se volvió hacia su hijo menor.
—Díselo tú, Hugh.
No se inmutó.
—¿Decirles qué, madre? —sabía muy bien lo que quería decir.
Ella tomó asiendo en un sillón de alto respaldo, tan majestuosa como una reina en un trono.
—No te muestres evasivo conmigo, Hugh —le recriminó—. Diles con quién estuviste en el parque hoy.
Hugh bebió un sorbo de vino.
—Díselo tú, madre. Supongo que tú insuflarás a la historia un mayor dramatismo que yo.
Ella entrecerró los ojos y se volvió hacia los demás.
—El general y yo hemos visto a Hugh paseando por el parque con lady Faville.
—¿Lady Faville? —exclamó Adele—. ¿No fue ella la que intentó incendiar el Club de la Máscara?
—No fue exactamente así —dijo Phillipa.
—¡Hugh! —le interpeló Ned—. ¿Buscaste su compañía cuando sabías que yo no quería que tuvieras nada que ver con ella?
—A ti no te correspondía decirme lo que tenía que hacer o no —replicó Hugh.
Ned se irguió, todo ofendido.
—Como cabeza de familia que soy, por supuesto que era asunto mío.
Su madre lanzó a Ned una mirada de aprobación. Su expresión se tornó severa cuando volvió a dirigirse a Hugh.
—¿Qué estabas haciendo con esa mujer, Hugh?
La fulminó con la mirada.
—¿Y si te respondiera que la estaba cortejando?
—¿Cortejando? —gritó su madre.
—¿Estás loco? —Ned dio un paso hacia él, furioso.
—No sabía que la conocieras —terció su hermana con voz algo tensa, pero sin el tono escandalizado de Ned y de su madre. Cuando precisamente ella tenía más derecho que nadie a sentirse ofendida.
Lo último que quería Hugh era herirla.
—La traté antes de mi regreso a Londres —respondió.
Todavía no estaba preparado para contarles toda la verdad. De hecho, echaba de menos el tradicional desinterés de su familia por sus asuntos.
—Ah, sí, Xavier me comentó que había estado en Europa —Phillipa miró a su marido—. Me dijo también que la habías visto hoy en una de sus tiendas.
Ned lo apuntó entonces con el dedo.
—Esa mujer ha vuelto para intentar arruinar el matrimonio de

nuestra hermana. Recuerda mis palabras.

Xavier alzó las manos.

—Yo no quiero saber nada de ella.

—¡Es peligrosa! —insistió Ned.

Hugh se preguntó qué derecho tenía su hermano a juzgarla.

Su madre intervino entonces:

—No es la clase de mujer a la que daría la bienvenida en la familia. No debes cortejarla. Es algo fuera de toda cuestión.

Hugh se había olvidado. Ned había heredado de su madre su mojigata actitud. Ella continuó:

—Supongo que simplemente pretendías burlarte de nosotros con eso de que la estabas cortejando, pero quién sabe qué nuevo escándalo arrojará esa mujer sobre nuestra familia. Si está tratando de congraciarse contigo, Hugh, indudablemente lo que quiere es volver a acercarse a Xavier.

—¿Estás segura de eso, Honoria? —le preguntó el general—. A mí me pareció una mujer encantadora cuando la conocí hace años.

Su madre le lanzó una mirada cargada de reproche.

—Acuérdate de que estuvo a punto de destruir el Club de la Máscara —le dijo Ned—. ¿Qué habría sido de nuestra familia si hubiera tenido éxito?

—¡Te prohíbo absolutamente que veas a esa mujer! —gritó su madre—. Piensa en los rumores que correrían por ahí. En lo peligroso que sería que ella tuviera acceso a Xavier. Arruinaría la felicidad de Phillipa.

Hugh se volvió entonces hacia su hermana.

—¿Tú crees que ella busca acceder a Xavier?

Se encogió de hombros.

—Yo no sé qué pensar, pero sí que creo que es posible que esa sea su motivación…

Xavier la interrumpió:

—Sea cual sea su motivación, ella no arruinará la felicidad de Phillipa… porque yo no pienso permitirlo —tomó la mano de su esposa—. Te prevengo, Hugh. Dafne sabe muy bien utilizar sus encantos para conseguir lo que quiere. Puede jugar un papel más que convincente.

—¿Lo ves? —metió otra vez baza Ned—. Es una hipócrita.

Las preocupaciones de su familia eran las mismas que él arrastraba por dentro, eso tenía que admitirlo. Pero al mismo tiempo anhelaba a la Dafne que había conocido en Thurnfield, la Dafne que se había mostrado tan vulnerable en la tienda de pianofortes y que había paseado con él por el parque aquella misma tarde. Cuánto más hablaba su familia contra aquella Dafne y se empeñaba en decirle lo que tenía que hacer, más se enervaba Hugh ante sus palabras.

Bajó su copa.

—¿Había alguna otra razón para que me convocaras hoy? —le preguntó a su madre.

—¿Te parece poca razón?

Mason, que indudablemente había estado escuchando toda la conversación, llamó a la puerta.

—La cena está servida, milady.

Su madre se levantó del sillón.

—Gracias, Mason.

El mayordomo le hizo una reverencia y se dispuso a retirarse. Pero Hugh lo detuvo.

—Mason, ¿querría traerme mi sombrero y mis guantes? No voy a quedarme.

—¿No te quedas? —los ojos de su madre relampaguearon indignados.

Se acercó a ella y le apretó la mano.

—Sé que tu intención es buena, madre, pero no deberías dictarnos lo que debemos o no debemos hacer —se volvió hacia su hermano—. Y tú tampoco, Ned. No puedo quedarme.

Se dirigió hacia la puerta.

Ned llegó primero y le dijo en voz baja, de manera que solamente él pudiera escucharle:

—No es mi intención dictarte nada, Hugh. Yo… yo no quiero ver sufrir a la familia, ni a ti tampoco. ¿No es ese… mi papel?

Hugh se había olvidado de que Ned seguía aprendiendo a ser el conde Westleigh, pero eran demasiados los sentimientos que batallaban en su interior para que pudiera ser caritativo con su hermano en ese momento.

Sin embargo, suavizó su tono.

—No digas más, Ned.

Abandonó la habitación. Mason esperaba en el vestíbulo con su sombrero y sus guantes. Los recogió y abandonó el edificio.

Se hallaba ya a un par de casas de distancia cuando oyó una voz a su espalda.

—¡Hugh!

Era Phillipa. Lo alcanzó.

—¿Estás bien?

Asintió con la cabeza.

—Nosotros fuimos peores contigo cuando mamá intentaba obligarte a hacer lo que quería y ni Ned ni yo te protegimos —la miró a los ojos—. Créeme que lo siento.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Todo eso pertenece al pasado.

Esperó que su hermana continuara presionándolo con lo de Dafne,

pero no lo hizo.

Le pasó un brazo por los hombros.

—Hace frío. Deberías volver —la acompañó de vuelta a la casa, pero se detuvo en la puerta—. Ella compró tu música, Phillipa. Antes de entrar en la tienda de pianofortes.

—¿Mi música? —enarcó las cejas.

—Dijo que te lo debía.

—Qué extraño. Siento que tengo que decirte algo… pero no quiero influirte de una manera o de otra.

Hugh se tensó.

—En el Club de la Máscara, cuando estuve tocando y ella me llamaba Señorita Cantante, a veces tenía la impresión de que deseaba realmente que fuéramos amigas, pero resultaba difícil de decir, porque ella siempre tendía a ser lo que la gente esperaba que fuera. Y ella esperaba que la gente fuera lo que ella quería que fuera. Xavier nunca la animó a nada, pero ella creía realmente que él sería suyo, porque era hermosa y porque así lo quería. Cuando descubrió que me amaba a mí, una mujer con la cara marcada, se quedó consternada.

—Y provocó aquel incendio —añadió Hugh.

—Ella también se prendió fuego, ¿lo sabías? Se le prendieron las faldas y se asustó muchísimo. Lo pasó peor que Xavier y que yo.

Pobre Dafne. No le extrañaba que hubiera entrado en pánico cuando se incendió la posada.

Ella le acarició la mejilla.

—Me temo que yo no puedo perdonarla, pero si te soy sincera, mi querido hermano, a veces sentía pena por ella.

—¿Pena?

Phillipa se encogió de hombros.

—Eso era lo que me inspiraba, en ocasiones.

Hugh se inclinó y le dio un beso en la cicatriz que le corría desde la comisura de un ojo hasta casi el borde de los labios.

—Gracias, querida hermana.

Ella volvió a entrar en la casa y él partió de nuevo para recorrer las pocas calles que lo separaban del Club de la Máscara, en Saint James Street.

Nada más entrar en el club, olfateó satisfecho el delicioso aroma de las comidas que la cocinera estaba preparando para la noche. Cummings, MacEvoy y alguno de los crupieres estaban ya ocupados organizándolo todo. El club abría a las once, pero solamente se llenaba una vez que terminaban los actos sociales de costumbre, cuando gente con más dinero que sentido común buscaba la excitación de las mesas de juego.

Pensó en el paseo por el parque de aquel día, en el olor de la hierba húmeda, de las flores de primavera, de los árboles llenos de

hojas. Las habitaciones de la casa de juego, con su luz artificial, le recordaban de alguna forma la prisión de su antigua ceguera.

MacEvoy se le acercó.

—Todo está dispuesto, señor Westleigh, o casi. Hemos cambiado la caja de faro por una nueva. La hemos probado —continuó detallándole una decena de otros asuntos de los que se había ocupado con sus compañeros. Asuntos que en aquel momento a Hugh se le antojaban insignificantes.

Aquella picazón por volver a ser libre había retornado en toda su intensidad.

—MacEvoy, dígame, ¿podrían encargarse ustedes del local esta noche?

MacEvoy asintió.

—Ciertamente. Ya lo hemos hecho antes en alguna que otra ocasión. Recorreré yo las salas y uno de los crupieres atenderá la caja —se ofreció de buen grado.

—Bien —volvió a calarse el sombrero—. Me marcho, entonces. Probablemente le veré mañana.

MacEvoy ni siquiera parecía interesado por saber dónde pasaría Hugh la noche.

—De acuerdo. Hasta mañana entonces. No os preocupéis.

¿Dónde iba Hugh a pasar la noche? Por el momento, lo único que le importaba era sentirse con libertad para ir a donde se le antojara. Sin obligaciones. Sin órdenes.

Volvió a salir. No tardaría en hacerse de noche, pero no le importaba. Solo quería vaciar su mente, olvidarse de las voces de su familia y de sus propias dudas. Caminó por Bond Street, donde las tiendas seguían abiertas y por cuyas aceras paseaba casi tanta gente como de día. Cuando llegó a Oxford Street, sin embargo, supo a dónde se dirigía.

A casa de Dafne.

Quería estar con ella pese a las advertencias de su familia, pese a sus propias dudas. Cuando estaba en su compañía, nada de todo aquello importaba.

Llegó ante la puerta e hizo sonar la aldaba.

Fue Carter quien abrió.

—¡Señor Westleigh!

—Sé que es imperdonablemente tarde, Carter, pero… ¿podrías preguntarle a Dafne si quiere recibirme?

—Está en el salón, esperando la hora de la cena —le dijo—. Un momento, por favor.

Hugh lo detuvo.

—Espera, Carter. ¿Podría entrar sin que me anunciaras?

El criado reflexionó por un momento.

—Supongo que sí.

Hugh no le dio oportunidad a que cambiara de idea. Le entregó guantes y sombrero y atravesó el vestíbulo hacia el salón. Cuando abrió la puerta, ella se encontraba de espaldas. No se volvió, probablemente pensando que sería Carter.

—¿Dafne?

Se giró en redondo.

—¡Hugh!

No le salían las palabras.

—¿Qué pasa? —inquirió ella.

—Vengo de casa de mi madre. Ha reunido a la familia para ordenarme que no vuelva a verte.

Vio que se encogía de dolor.

—Entonces no deberías estar aquí, ¿verdad?

¿Por qué le había impuesto a ella aquella carga? Era cruel por su parte. Cerró la distancia que los separaba y la abrazó. Le dijo la verdad:

—Me he dado cuenta de que no había otro lugar donde quisiera estar.

Inclinó la cabeza y la besó desesperadamente. Ella le echó los brazos al cuello y se entregó al beso, derritiéndose contra él.

Cuando finalmente se apartó para respirar, le preguntó:

—¿Puedo quedarme contigo?

—¿A cenar? Por supuesto que sí.

—A cenar no —murmuró con sus labios todavía sobre los suyos—. A pasar la noche.

Hugh se despertó para encontrar el cálido cuerpo de Dafne arrebujado contra el suyo, con su melena dorada derramada sobre su pecho. Se la apartó para poder verle el rostro. Con las primeras luces del amanecer recordaba a una madona de Rafael, celestial en su belleza.

Verla en aquel momento representó un gran cambio. Apenas podía recordar ya el rostro de la despreciada lady Faville cuando la desenmascaró por primera vez. Ahora era Dafne, cálida, dulce y generosa, adjetivos que nunca habría usado para describirla cuando acudía al Club de la Máscara persiguiendo a Xavier.

Vio que se movía y abría los ojos. Unos ojos que se clavaron en los suyos, reflejando asombro y anhelo.

El anhelo lo entendía. Su cuerpo ardía de necesidad por ella. De necesidad de fundirse una vez más con su cuerpo en el acto amoroso, esa vez a la luz del día. Esa vez cuando pudiera verla mientras la tocaba, oírla, saborear sus labios, dejarse envolver por su aroma a

rosas.

Apartó las sábanas de lino y se inclinó sobre ella, admirando su piel cremosa, sus senos redondeados, su estrecha cintura. El cabello se derramaba sobre sus hombros y sobre la almohada como un halo dorado. Contempló su rostro que en ese momento le recordaba efectivamente a su Dafne, la mujer con la que había hecho el amor en la casa de campo de Thurnfield.

En ese momento podía ver: tenía los ojos abiertos, y en más de un sentido. La amaba al margen de lo que hubiera sido antes. La amaba por la mujer que era en aquel momento, una mujer dispuesta a entregarse a él. La cubrió con su cuerpo y la besó, enredando su lengua con la suya, mezclando sus sabores. Interrumpiendo el beso, entrando en ella. La sensación de su cuerpo cerrándose sobre el suyo incrementó su excitación, y quiso saborear el momento durante el mayor tiempo posible.

Se movió con lentos y lánguidos embates, disfrutando con la aceleración de su aliento, con la forma en que alzaba las caderas para recibirlo. Podía aumentar el placer de ella moviéndose lentamente, dejando que su pasión ardiera como un ascua que poco a poco se iba convirtiendo en fuego. Si la primera vez que se habían encontrado había sido en un incendio… que el fuego los fundiera para siempre.

Dafne era la respuesta a sus deseos de viajar. No era un viaje lo que necesitaba, sino un lugar así, con ella, donde cada instante fuera una aventura.

Su júbilo avivó las llamas y empezó a moverse más rápido, gozando con el calor que ambos creaban y que consumía todo pensamiento para dejar únicamente emoción y sentimientos. Creciendo. Creciendo. Creciendo…

Hasta la liberación.

Soltó un gruñido animal y ella gritó, con su propio clímax fundiéndose con el suyo. Aquello era lo que quería. Ser de ella. Ser forjado con ella en el fuego de su recíproca pasión.

Los músculos de Hugh se relajaron y se dejó caer de nuevo a su lado.

—Debería vestirme. Tu doncella aparecerá de un momento a otro para avivar el fuego. No debería seguir aquí.

Ella lo abrazó.

—Yo no quiero que te marches.

La atrajo hacia sí para darle otro beso.

—Y yo no quiero dejarte. Nunca —se sentó y la miró. La excitación le daba nuevas fuerzas—. Viaja conmigo, Dafne. Vayámonos a cualquier lugar del mundo, tú y yo… y los sirvientes que quieras que llevemos con nosotros. Podríamos viajar a París. O a Roma. O a Venecia. Podríamos navegar hasta América. O la India. A donde tú

quisieras.

Ella también se incorporó, envolviéndose en la sábana.

—¿Qué pasa con tu familia? ¿Y el Club de la Máscara?

—Ya he consagrado demasiado tiempo de mi vida a las necesidades de mi familia —le acunó el rostro entre las manos—. Dime que vendrás conmigo. Dime que te casarás conmigo.

Dafne abrió mucho los ojos.

—¿Casarme contigo?

La soltó.

—Sí. Casarte conmigo.

—Hugh, no puedo casarme contigo. Tu familia me desprecia, y con razón.

—Ellos no te conocen tanto como yo —su optimismo cayó de pronto en picado. Pero no pensemos en ellos. Yo no puedo vivir mi vida simplemente para complacerlos a ellos —la abrazó por detrás—. Quiero estar contigo, Dafne. Dime que te casarás conmigo.

Sus músculos estaban rígidos de tensión y se quedó callada durante unos atormentadores segundos. Finalmente dijo:

—Sí, Hugh —suspiró, relajándose en su abrazo—. Muy bien. Me casaré contigo, porque no podría soportar no hacerlo.

Le dio la vuelta y la besó de nuevo, en un beso de júbilo que amenazó con excitarlo insoportablemente una vez más. En lugar de ello, la soltó y saltó de la cama.

—Me vestiré y me iré enseguida. Veré lo que puedo hacer con el Club de la Máscara. Al fin y al cabo, sigue siendo el medio de vida de mi familia.

Ella se tensó de nuevo.

—¿Y si no encuentras una solución para el Club de la Máscara?

Se inclinó para acariciarle los labios con los suyos.

—La encontraré.

Se puso la ropa, esperando que no se hubiera arrugado mucho después de haberla dejado en un montón en el suelo, durante toda la noche. Dafne se levantó de la cama y le ató al pañuelo de cuello con un nudo decente.

Después de darle otro beso, se despidió.

—Volveré esta tarde o te mandaré recado. No temas.

Diecinueve

Dafne se sentía como si estuviera flotando entre nubes mientras Monette la ayudaba a vestirse y le arreglaba el pelo.

Monette le sonrió.

—No necesitáis contarme por qué estáis tan contenta, milady. Sabemos que el señor Westleigh compartió vuestro lecho esta noche.

Dafne sonrió.

—Yo nunca dije que lo hiciera.

—No son muchas las cosas que en una casa le pasan desapercibidas a un sirviente.

Dafne le lanzó una mirada divertida.

—Parece como si llevaras en el servicio toda tu vida, Monette, en lugar de unos pocos meses.

La muchacha se puso seria.

—En ese sentido, la abadía no era muy distinta de la casa. Siempre estábamos al tanto de todos los secretos. Pero yo prefiero ser doncella de una dama —dijo con gesto decidido—, porque pronto tendré yo también un hombre, cuando llegue Toller.

Dafne le apretó la mano.

—Monette, no debes acostarte con Toller, a no ser que se case contigo. Para mí es diferente. Yo estuve casada, pero tú eres una criada y debes conservar tu doncellez hasta que un hombre se case contigo.

Monette frunció el ceño.

—Pero puedo recibir besos, ¿verdad?

El rol de aya era nuevo para Dafne.

—Puedes recibir besos, pero tienes que llevar buen cuidado de que la cosa no pase a mayores —de repente se le ocurrió algo—. Monette, ¿sabes tú lo que ocurre entre un hombre y una mujer? Entre un hombre y su esposa, quiero decir.

—Lo sé, *madame* —le aseguró la muchacha—. Las novicias hablaban de ello durante todo el tiempo. Y observábamos a los animales, claro.

—Es un poco diferente a como lo hacen los animales —el corazón de Dafne se llenó de ternura, y también de preocupación, por su doncella. ¿Sería eso lo que sentiría una madre? Experimentaba un sentimiento muy protector. De hecho, pensaba tener una larga conversación con Toller cuando volviera. No quería que Monette

sufriera daño o maltrato alguno, a manos de nadie.

Cuando Dafne bajó a desayunar, el señor Everard estaba esperando en el vestíbulo. Carter se encontraba al pie de la escalera.

—El señor Everard desea hablar con vos, milady —pronunció Carter al tiempo que lanzaba una apenas discernible mirada de desaprobación a su visitante.

Asintió con la cabeza y se volvió hacia Everard.

—Desayune conmigo y cuénteme a qué se debe esta nueva visita suya.

—Mis disculpas, milady —le hizo una reverencia—. Os quitaré muy poco de vuestro tiempo.

La siguió a la sala del desayuno. Dafne fue directamente al aparador y eligió una rodaja de jamón y algo de queso.

—Sírvase —lo invitó ella.

—No me quedaré mucho tiempo —esa vez no se sirvió comida, sino que se puso a pasear de un lado a otro de la habitación—. Temo que mis esfuerzos por ayudaros enviándoos a mi esposa con recomendaciones sobre los fabricantes de muebles ha tenido imprevistas consecuencias.

La extrañó que hubiera sido tan directo. Se sentó y se sirvió un poco de té.

—¿Qué consecuencias?

—Mi esposa cree que yo os profeso un afecto que va más allá… del que un hombre de mi posición debería profesaros.

Dafne pensó que su esposa era evidentemente más perceptiva que él, cuando no había visto lo que resultaba tan evidente.

—Interpretó que yo la enviara aquí como un ardid —continuó Everard—y no como una necesidad por vuestra parte.

—Señor Everard, yo no le pedí que me visitara ni que me enviara a su esposa. Eso fue cosa suya. No puede culparla por encontrar el asunto un tanto extraño.

Everard se frotó la frente.

—Sí. Sí, lo sé. Fue un grave error.

—Espero que se disculpara usted con ella.

Volvió a pasear por la habitación.

—Lo hice. Muchas veces, pero piensa que yo la veo tan gris y aburrida en comparación con vos… —se interrumpió y sacudió la cabeza—. Por supuesto, no hay comparación posible. Quiero decir, yo no os estoy comparando con mi esposa…

Dafne habría apostado lo que fuera a que jamás le había dicho a su mujer que era bonita o hábil, o que la valoraba en cualquier sentido.

El hombre se quedó pensativo.

—Quizá le haya hablado demasiado de vos. O… de vuestros asuntos. De vuestros asuntos financieros, quiero decir —pareció reconsiderar esa frase—. No es que haya divulgado detalle alguno. Yo simplemente hablo de mi trabajo con ella, nada más…

¿Qué era lo que le había contado a su esposa de ella? ¿Le habría hablado del tiempo que había pasado en el Club de la Máscara? Su esposa, ¿tendría a Dafne por una mujer aficionada a romper matrimonios? Si ese era el caso, no le extrañaba que la pobre estuviera tan preocupada.

—Señor Everard, si su esposa está preocupada por la relación que mantiene usted conmigo, entonces no debería visitarme con tanta frecuencia, sino solamente a propósito de un asunto de gran importancia.

—Esto es de gran importancia —se quejó—. Mi esposa amenaza con abandonarme…

—Yo no tengo capacidad alguna de influenciar sobre su esposa.

Pensó que la mujer del señor Everard figuraba claramente entre la gente que la despreciaba.

—Pero yo os suplico que me hagáis un favor.

Dafne casi temió que fuera a caer de rodillas ante ella.

—No os resultará difícil y vos saldréis también beneficiada, os lo prometo —insistió.

—¿Qué es lo que puedo hacer por usted?

Se inclinó hacia ella, juntando las manos en actitud de súplica.

—Escribidle una carta, Suplicadle que se reúna con vos en la tienda de muebles. Decidle que necesitáis su consejo sobre el mobiliario que queréis comprar.

¿Qué daño podía hacerle eso? Quizá la señora Everard supiera qué clase de muebles convenía mejor a sus inquilinos. Además, dos años atrás ella había manipulado desvergonzadamente al señor Everard. Podía al menos complacerlo en ese aspecto. No se hacía ilusiones, sin embargo, de que escribiendo esa carta y forzando aquella entrevista consiguiera de la noche a la mañana que la señora Everard dejara de despreciarla y de sentirse celosa hacia ella.

—Muy bien —cedió—. Lo haré, pero usted deberá hacer algo por mí. Y deberá prometérmelo.

El hombre la miraba con una expresión de veneración.

—Haré cualquier cosa que me pidáis, milady. Siempre lo he hecho.

Ella le habló como si fuera un niño, usando lo que Hugh denominaba su «voz de institutriz».

—No deberá usted hablar nunca de mí con su esposa. Deberá decirle una vez al día que es hermosa. Deberá darle las gracias cada día por las cosas buenas que ella hace por usted, aunque las considere vulgares, como planificar las comidas, encargarse de lavar vuestra

ropa o de la limpieza de la casa.

El hombre frunció el ceño.

—¿Es eso lo que deseáis?

Asintió con gesto enfático.

—Y deberá animarla a que se compre bonitos vestidos y sombreros. Y si se hace algún bonito vestido para ella, le dirá que está preciosa con él.

Se daba cuenta de que todas esas cosas eran las mismas que su marido había hecho por ella, cosas que habían halagado su vanidad. Pero, con el tiempo, ella había aprendido que había necesitado otras más.

—Y hablará con ella —continuó Dafne—. Le pedirá su opinión. Le preguntará por lo que es importante para ella —hasta que conoció a la abadesa, y a Hugh, nadie le había hecho nunca a ella esa pregunta.

Everard la miraba escéptico.

—Prométamelo o no escribiré esa carta ni me entrevistaré con ella en la tienda de muebles —volvió a dirigirse a él como una severa institutriz.

—Lo haré —dijo Everard con voz desesperada.

Por desgracia el hombre no podía detectar la sabiduría de aquellas palabras, aunque terminaría quizá por darse cuenta cuando experimentara los resultados.

—Pídale a Carter que traiga el recado de escribir y le escribiré su carta.

El hombre se apresuró a hacer lo que le decía.

Cuando llegara el momento, mandaría alistar su carruaje y le pediría a Smith que la llevara a ella y a Carter a Cheapside, a la tienda de muebles de Jeffers. Esperaba que no se cruzara con Hugh si decidía acudir a visitarla mientras ella estaba fuera. Le dejaría recado de que la esperara.

Poco después de mediodía Hugh estaba sentado en el salón de juego con MacEvoy, Cummings y algunos de los crupieres, pidiéndoles su opinión sobre la posibilidad del funcionamiento del local sin su presencia. Nadie veía dificultad alguna en ello. MacEvoy pensaba que con una visita mensual de un miembro de la familia sería suficiente, para asegurarse de que el club era dirigido a su conveniencia. Quizá pudieran contratar a un caballero para sustituirlo, alguien como sir Reginald, que era un visitante asiduo del local, pero que podría disfrutar de algunos fondos de la casa para jugar.

Hugh no podía esperar para exponer el plan a la familia. Tendrían que aceptarlo, porque pensaba declararse liberado de cualquier obligación.

De repente se abrió la puerta del salón y entró Xavier.

—¡Xavier! Pasa —le hizo un gesto—. Quiero que oigas lo que estamos hablando.

Xavier saludó a todo el mundo con una inclinación de cabeza.

—Me alegro de verlos a todos —miró a Hugh—. ¿Puedo hablar antes contigo? ¿En el vestíbulo?

Hugh se levantó.

—Por supuesto.

Algo marchaba mal. ¿Tendría que ver con algún miembro de la familia?

Para su sorpresa, Phillipa estaba esperando en el vestíbulo.

—¿Qué ocurre? —inquirió, cada vez más alarmado—. ¿Está alguien enfermo? ¿Herido?

—No es nada de eso —le aseguró su hermana.

Xavier se sacó un papel del bolsillo.

—Recibí esta carta hace un rato. Pensamos que debías verla.

Hugh recibió la nota y reconoció de inmediato la letra. En la casa de campo de Thurnfield le habían entregado una nota similar que había leído suficientes veces como para familiarizarse con su escritura.

¿Sería usted tan amable de reunirse conmigo en la tienda Muebles Jeffers a las tres de esta tarde? Después de nuestra entrevista de ayer, me di cuenta de que necesitaba de usted, y solo de usted, para poner en marcha mi plan.

Por favor, olvide cualquier malentendido y hágame el honor de asistir a esta cita.

Afectuosamente suya.
Dafne, lady Faville

Hugh estrujó la nota.

—Un muchacho me la entregó hace un rato —explicó Xavier—. Nos dijo que una dama le pagó para que lo hiciera.

Phillipa le tocó el brazo.

—Lo siento mucho, Hugh.

Sintió que se le cerraba la garganta.

—No.

¿Dafne concertando una cita con Xavier? ¿Qué había sucedido? ¿Acaso ella había empezado a pensar en Xavier después de que él la hubiese dejado esa misma mañana? ¿O tal vez había planeado un encuentro con Xavier antes de que él la hubiera pedido en matrimonio? En ese caso, Ned habría tenido razón durante todo el tiempo. Quizá Hugh había caído en una trampa diseñada solamente para permitirla que se acercara a Xavier. ¿Sería es el «plan» que ella

deseaba «poner en marcha» con él?

Un tajo de sable no le habría producido mayor dolor que su traición. Hugh se había dejado engañar por ella una vez, cuando se presentó ante él como la señora Asher, y ahora había vuelto a hacerlo.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Xavier sacó su reloj de bolsillo.

—Las tres y veinte.

Rápidamente recogió su sombrero y sus guantes.

—Puede que todavía siga allí. Voy a buscarla.

A Dafne no la sorprendió que la esposa de Everard no apareciera en la tienda de muebles. De hecho, se sintió aliviada. Fácilmente podría elegir los muebles que pensaba regalar a sus arrendatarios ella sola, sin tener que soportar actitudes desagradables. En el día en que Hugh le había pedido en matrimonio, solo deseaba estar contenta y ser feliz.

Le encantó la tienda de muebles. Percibía que era un negocio muy próspero, con trabajadores contentos y satisfechos. Las piezas estaban muy bien hechas, con buenas maderas. El señor Jeffers, el propietario, un hombre de aspecto temible con la cicatriz que le cruzaba la cara, era simpático y se notaba que se sentía muy orgulloso de su negocio. Se mostró muy complacido cuando ella le encargó diez escritorios de roble para sus arrendatarios y una docena de arcones de pino para los trabajadores de la granja y de las cuadras.

El señor Jeffers y ella habían terminado la transacción cuando se abrió la puerta de la tienda.

Dafne se volvió y esbozó una sonrisa de sorpresa.

—¡Hugh!

Pero la mirada que él le devolvió fue como un cuchillo.

—¿Sorprendida de verme, Dafne?

Tras él entraron Xavier y su esposa.

—¿Señor Campion? —Jeffers se dirigió hacia él.

Xavier le indicó que se retirara, y el hombre desapareció detrás de la cortina que separaba el taller de trabajo de la tienda.

El corazón de Dafne atronaba de angustia. Algo estaba pasando, algo horrible. Carter debía de haberlo percibido también, porque se apartó del rincón donde había estado esperando para situarse a su lado.

Desvió la mirada hacia Xavier y a Phillipa.

—No entiendo.

Hugh la miraba como si fuera una apestada. Le entregó un papel arrugado.

Dafne miró la nota.

—Pero esto es… ¿cómo la has conseguido?

—Por Xavier, evidentemente —respondió Hugh con voz áspera.

—¿Pero cómo él…? —le devolvió la carta a Hugh—. ¡Yo no le envié esto a Xavier!

Él se acercó a ella, echando chispas por los ojos.

—Es tu letra, Dafne.

—No sé cómo explicarlo —ella había enviado la nota a la señora Everard.

Hugh resopló, furioso.

—No lo intentes. No te creeré.

Le flaquearon las piernas. Tuvo que agarrarse al brazo de Carter.

—¡Yo no le envié esto a Xavier! —miró a Xavier—. Yo no sé dónde vives.

—Conocías mi tienda. Pudiste haber averiguado también mi domicilio.

—¿Tu tienda? —al parecer poseía aquella tienda, al igual que la de los pianofortes.

Tuvo la sensación de que las paredes se abatían sobre ella, al igual que se habían desplomado las de la posada cuando el incendio. Hugh nunca creería que ella no había sabido que aquella era una tienda de Xavier.

La esposa de Everard sí que debía de haberlo sabido. ¿No resultaría una historia todavía más increíble explicarle que había sido la esposa de su apoderado la que había tramado todo aquello? No tenía sentido. Hugh jamás la creería.

Nadie creería nunca que la bella lady Faville podía cambiar, reformarse.

Antaño se había puesto en evidencia por el increíblemente apuesto Xavier Campion, y nadie se convencería de que ya no lo amaba. Xavier no era el hombre a quien quería.

Era Hugh.

Se aferró al brazo de Carter.

—Es inútil —susurró para sí misma, pero se obligó a mirar a Hugh —. Te confundí una vez. Te hice pensar que yo era alguien que no era, pero no te mentí, y tampoco te mentiré ahora. Yo no concerté ningún encuentro con Xavier. Me avergüenzo de aquella época. Me pasé dos años intentando cambiar, y he cambiado —hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban y se irguió cuan alta era—. Lo que no puedo cambiar es lo que piensen los demás de mí —suspiró—. Yo no puedo cambiar cómo piensas, Hugh.

Hugh parpadeó varias veces, perdida la roja rabia que se había dibujado en su rostro.

Se volvió hacia su criado.

—Vámonos de aquí, Carter.

—Sí, milady —era lo único sólido a lo que podía agarrarse mientras su mundo estallaba en mil pedazos.

Carter la acompañó hasta la calle, donde Smith esperaba con el carruaje, y la ayudó a subir. Antes de cerrar la portezuela y encaramarse al pescante, el sirviente le tocó una mano.

—Algunas cosas de nuestro pasado nunca desaparecen, milady. Pero de todas formas hemos de seguir adelante, ¿verdad?

Parecía saberlo por experiencia.

Ella forzó una sonrisa.

—Así es.

El coche partió y Dafne intentó recuperarse.

Necesitaba seguir adelante. En realidad nunca había existido la menor posibilidad de que Hugh y ella pudieran estar juntos. Su pasado siempre los separaría. No merecía la pena seguir intentándolo. Hugh sería un precioso recuerdo. La prueba de que podía amar de verdad a un hombre. La prueba de que podía sentir emociones verdaderas. Verdadera alegría, verdadera desesperación.

Para cuando el coche llegó a su residencia de la capital, Dafne había recuperado un mínimo de compostura. Podía sostenerse en pie. Podía andar, podía hablar.

Podía seguir adelante.

Tan pronto como entró en el vestíbulo, Monette corrió hacia ella.

—¡Milady! ¡Milady! ¡Mirad quién está aquí! Toller ha llegado un día antes.

Dafne forzó una sonrisa. No estropearía la felicidad de Monette con su aflicción.

—Me alegro mucho de verte, Toller. Has llegado en el momento adecuado. Mañana podremos salir para Vadley —se volvió hacia Carter—. ¿Te encargarás de los preparativos, Carter? Toller podrá ayudarte.

—¿Tan pronto nos marchamos de Londres? —Monette parecía decepcionada.

Dafne experimentó una punzada de culpa.

—Ya volveremos más adelante, pero ahora necesito regresar a Vadley.

—¿Y el señor Westleigh? —inquirió Monette.

—Ya lo sabe —Dafne bajó la voz—. Él lo sabe.

Hugh sabía que ella se marcharía.

Veinte

Hugh pensaba que se había recuperado bien. Se había sumergido en sus obligaciones para con el Club de la Máscara, renunciando a la idea de abandonarlo. Después de cerrar el club por las noches, ¿qué importaba que consumiera demasiado brandy con la intención de conciliar el sueño?

Ignoraba las casi diarias reconvenciones de su madre. No veía a nadie fuera del club. De hecho, rara vez salía de allí. La Temporada florecía sin él. Los preparativos para la coronación del rey producían una cierta expectación, pero… ¿qué tenía eso que ver con él?

Transcurrió una semana entera. Dafne, estaba seguro de ello, había regresado a su residencia campestre, dondequiera que estuviera. Nunca se había molestado en descubrir dónde vivía y a esas alturas carecía de importancia. Por completo.

Aquella tarde abrió la puerta del comedor y paseó por la estancia para asegurarse de que todo estuviera en orden para la noche. Había adquirido la costumbre de revisarlo todo dos o tres veces… para ayudar a que los días pasaran más rápidamente. Aquella tarde contempló el pianoforte, elemento ocioso e inútil desde que su hermana dejó de tocar. Contratar a una pianista para aquella sala había sido una buena idea. Mucha gente había acudido a la casa de juego solo por oír tocar a Phillipa. Seguro que habría por ahí otra señorita cantante a la que podría contratar…

Se sentó en el banco del pianoforte y cerró los ojos. Como ya había hecho una vez antes, tocó las notas de *El último puesto*.

Se volvió y se levantó del banco. Abandonó el comedor mientras se preguntaba si quedaría algo de brandy en la botella que había dejado en el salón.

Antes de que pudiera subir las escaleras, Cummings se le acercó.

—El capitán Rhysdale desea veros.

Rhys siempre era «el capitán» para Cummings.

—¿Dónde? —inquirió Hugh.

—En el vestíbulo.

Si Hugh había oído que Rhys había regresado a la capital, se había olvidado. Había recibido notas de Ned y de Phillipa, así como de su madre, pero les había hecho poco caso.

Cuando llegó al vestíbulo, vio que Rhys no se había quitado ni el sombrero ni los guantes.

—Acompáñame, Hugh —le ordenó.
Hugh alzó las manos.
—No puedo, Rhys. Necesito preparar el club para la noche.
—No, tú no —dijo él—. MacEvoy y Cummings se encargarán de ello. Nos ha convocado tu madre y a mí me han comisionado para que me asegure de que esta vez irás.
—No iré.
—Sí que irás —le puso el sombrero en la cabeza—. No me obligues a pelearme contigo.
Hugh esbozó una mueca.
—Creo que preferiría pelearme.
Rhys tiró de él hacia la puerta.
—Todavía puedo ganarte.
—Todavía puedo ganarte yo a ti —lo desafió Hugh, pero enseguida pensó que el esfuerzo no merecería la pena. Tarde o temprano tendría que enfrentarse con su familia, así que… ¿por qué no en ese momento?
Al menos Rhys no le hizo preguntas mientras recorrían a pie la corta distancia que lo separaba de la residencia de los Westleigh en la capital. Xavier debía de haberle contado a Rhys lo de Dafne y la carta. Hugh sospechaba que la familia entera conocía la historia.
Pero no la historia completa. Ninguno de ellos sabía que se habían acostado juntos. Ninguno sabía que ella lo había cuidado mientras estuvo ciego. Esos recuerdos se los guardaba para él solo.

Cuando Rhys y él llegaron a la casa y entraron en el salón, el resto de la familia estaba allí reunida. Su madre. El general. Ned y Adele, cuya cintura ya estaba ensanchando. Xavier y Phillipa, con expresión compasiva. Celia, con gesto especialmente alerta. Obviamente su madre había ordenado que nadie hablara con él de Dafne, porque apenas le dirigieron la palabra. No le preguntaron nada que no pudiera responder con una o dos sílabas.
Durante la cena, tuvo más apetito de vino que de comida. La conversación no le interesaba. Observaba a su familia como si fueran los exóticos animales de la Torre de Londres, especies completamente diferentes a la suya. Había sentido eso mismo antes, cuando intentaron convencerlo de que Dafne no era de fiar.
Por supuesto, habían tenido razón.
Aunque… ¿cómo encajaban las apasionadas noches que Dafne y él habían compartido con la imagen que su familia le había pintado de ella? Aquello era como la pieza de un rompecabezas completamente diferente.
Después de la cena se retiraron al salón, donde Hugh se sentó con

una copa de brandy que se dedicó a rellenar constantemente.

La madre de Hugh sacó entonces una carta.

—Adele, querida, he recibido carta de tu abuela. Me había olvidado completamente de decírtelo. ¿Te la leo?

—¡Oh, sí, por favor! —gritó Adele con un entusiasmo que hizo que Hugh esbozara una mueca.

Su madre alzó la carta con ostentación.

—«Querida Honoria…». No sé a qué responde tanta familiaridad, dirigiéndose a mí por mi nombre de pila. Vaya. Querida Honoria.

Hugh se sentó muy derecho. «Querida Honoria…», repitió para sus adentros.

Un pensamiento que no se le había ocurrido antes lo golpeó de pronto como un martillo a un yunque.

—Un encabezamiento —pronunció la palabra en voz más alta de lo que había pretendido y todo el mundo se lo quedó mirando boquiabierto. Se volvió hacia Xavier—. Pero la nota no tenía ningún encabezamiento, ¿verdad?

Su madre frunció los labios.

—De verdad, Hugh. No dices una palabra en toda la noche y luego nos interrumpes con una tontería.

—No es una tontería —se levantó de la silla y se dirigió a donde se encontraba Xavier, de pie—. La carta que recibiste de Dafne. No tenía encabezamiento.

Xavier se mostró perplejo.

—Creo que no lo tenía.

Phillipa lo interrumpió.

—Yo sé que no lo tenía. Recuerdo que en su momento me pareció raro, pero… ¿qué importa eso?

Hugh se sintió como si su cerebro se hubiera aclarado de repente.

—Significa que la carta pudo no haber sido dirigida a Xavier —se golpeó los labios con los dedos—. Dime, aquella carta que te envió dos años atrás… ¿tenía encabezamiento?

Evidentemente Xavier sabía muy bien a qué carta se refería: aquella que le envió Dafne pidiéndole que se encontrara con él en el Club de la Máscara. Xavier sacudió la cabeza.

—No lo recuerdo.

—Yo sí me acuerdo —dijo Phillipa—. Recuerdo hasta la última palabra. Empezaba así: «Mi querido Xavier…».

Hugh alzó un dedo en el aire.

—¿Entonces por qué no empezó esta última carta de la misma manera?

Qué estúpido había sido. Había visto lo que alguien había esperado que viera: que Dafne había buscado una relación con Xavier. ¿Pero y si la carta no había sido originalmente escrita para Xavier?

—Ella escribió la carta a otra persona, y esa otra persona cortó el encabezamiento —Hugh estaba seguro de ello. Ahora las piezas encajaban perfectamente.

—Hugh —Ned alzó los brazos—. Has vuelto a perder el juicio. Esa mujer iba detrás de Xavier.

—Estoy de acuerdo con Ned —terció Adele, como si su opinión tuviera algún peso para Hugh.

Ned continuó:

—Tú sabes cómo es esa mujer.

—Cómo era —enfatizó Hugh—. Cómo era. Ha cambiado. No es la mujer que era entonces.

—¡Eso es un completo absurdo! —exclamó su madre.

Hugh se volvió de nuevo hacia Xavier, como si su madre no hubiera dicho nada.

—Esa nota se la envió a otra persona.

Xavier no parecía muy convencido.

—Me parece un engaño demasiado recargado, entonces: que ella enviara su carta a otra persona, que esa otra persona cortara el encabezamiento y que luego conociera mi dirección para enviármela. ¿Por qué habría alguien de hacer tal cosa?

—No lo sé —admitió Hugh—. Solo sé que lo hizo.

Xavier sacudió nuevamente la cabeza.

—La única explicación razonable es que la envió ella.

Rhys se incorporó a la conversación.

—Pero la versión de Hugh es factible.

—Solo hay una manera de averiguarlo —intervino Celia—. Ve a buscarla. Pregúntaselo. Escucha lo que tenga que decirte.

Cosas todas ellas que no había hecho.

—Tienes razón, Celia —admitió Hugh, aunque enseguida se desanimó—. Solo hay un problema.

—¿Cuál es? —quiso saber Celia.

Hugh se encontró con su mirada.

—Se ha ido.

Hugh montaba el mismo caballo que había adquirido en Thurnfield, el caballo que Dafne le había conseguido para que montara allí, el mismo que había montado cuando realizó su solitario viaje de vuelta a Londres después de que ella lo hubiera abandonado. Esa vez, sin embargo, galopaba hacia ella.

Descubrir a dónde había ido había sido asunto fácil. Simplemente fue tras la pista de Everard, su apoderado. Para su sorpresa, la entrevista con Everard significó al mismo tiempo la resolución del misterio de la carta. Dafne la había escrito para la señora Everard,

quien sabía por su marido de su antiguo enamoramiento por Xavier. La señora Everard había cortado el encabezamiento y enviado la nota a Xavier, esperando crearle problemas a Dafne. La mujer había reaccionado así por celos, todo lo cual tenía perfecto sentido para Hugh.

Al menos Everard no parecía estar al tanto de la relación de Hugh con Dafne, y Hugh tampoco lo ilustró al respecto. Aunque él no le explicó por qué necesitaba ponerse en contacto con Dafne, Everard le informó de todas formas de que su residencia campestre estaba en Vadley, cerca de Basingtoke, a una jornada a caballo de Londres.

Era ya media tarde para cuando Hugh llegó al pueblo. Se detuvo en la taberna de la posada para reponer fuerzas y preguntar por la dirección de la casa.

Cayó simpático al tabernero, que le contó muchas cosas sobre lady Faville.

—Permitidme que os diga que no era muy popular aquí la primera vez que llegó. Al margen de lo bella que era, no le importaba hacer más difícil la vida de aquellos que dependían de ella. Pero ahora dicen que ha hecho importantes reformas en sus casas y que les ha subido los salarios —continuó detallándole sus otras buenas obras mientras le servía otra jarra de cerveza—. ¿Sois vos amigo suyo?

—Lo soy —respondió Hugh. Tenía intención de ser un fervoroso amigo suyo a partir de aquel momento.

Tras despedirse del tabernero, cabalgó hasta la casa de Dafne. Atravesó la verja y continuó por el camino flanqueado de árboles hasta el gran edificio de arenisca de estilo jacobino que se alzaba al fondo. Cuando llegó a la puerta principal, desmontó e hizo sonar la aldaba.

Toller abrió la puerta.

—¡Señor Westleigh!

Hugh sonrió.

—Toller. Estoy sorprendido y a la vez complacido de verte aquí.

—La señora Toller… lady Faville, quiero decir —sonrió—, me ofreció un puesto.

Otra buena obra.

—¿Está en casa? —preguntó—. ¿Le preguntarás si quiere recibirme?

Pero Toller negó con la cabeza.

—Está fuera, visitando a los arrendatarios, creo. Podréis esperarla en el salón.

No podría soportar la espera.

—Podría ir a buscarla a donde estuviera…

—¿Y sorprenderla? —Toller le indicó cómo llegar a las casas de los arrendatarios.

Hugh volvió a montar en su caballo, con la esperanza de no tardar mucho en encontrarla.

La divisó de lejos, sin saber de cierto en un principio si era ella. Llevaba un vestido tan sencillo que habría podido pertenecer a cualquiera de sus trabajadoras. Ataviada con un delantal blanco, portaba una gran cesta. Su rostro quedaba oculto por las anchas alas de su sombrero de paja. Se acercó lentamente e identificó el momento exacto en que ella lo reconoció.

Desmontó.

—¿Reconoces el caballo?

—Sí —acarició la cabeza del animal.

La suave luz de la tarde iluminaba su rostro, coloreándolo. El azul de sus ojos rivalizaba con el del cielo. Nunca la había visto tan bella.

Su expresión, sin embargo, era desconfiada.

—¿A qué has venido, Hugh?

—Esta vez, para disculparme.

Dafne continuó andando.

—Para disculparte.

Caminó a su lado, llevando el caballo de la rienda.

—Por no escucharte. Por no creerte. Me equivoqué contigo.

—Eso no importa —repuso ella con tono desapasionado, sin emoción.

—¿Qué quieres decir con que no importa? —él en cambio estaba cargado de emoción. Sentía júbilo de verla. Arrepentimiento por su comportamiento. Miedo a que no llegara a perdonarlo.

—Quiero decir que eso no cambia las cosas —de repente parecía triste.

—He vuelto contigo, Dafne —¿había perdido su oportunidad? El corazón le atronaba en el pecho—. Para pedirte perdón. Me dejé llevar por el pasado. Escuché a mi familia. Dejé que tanto el pasado como mi familia me cegaran. Pero ahora puedo ver con claridad. Quiero empezar de nuevo. Quiero estar contigo.

Dafne se detuvo de pronto y alzó la mirada hacia él con una expresión llena de dolor.

—Me he reconciliado con eso. El pasado siempre me perseguirá, siempre estará ahí para interponerse entre nosotros —alzó una mano como para tocarlo, pero enseguida la bajó—. Lo intentamos, pero el pasado siempre vuelve. Yo no puedo cambiar lo que he hecho. Nunca podré cambiarlo y eso siempre será un obstáculo.

Un sordo dolor fue creciendo en el pecho de Hugh.

—Pero tú has cambiado. Hasta el tabernero del pueblo lo sabe.

Ella empezó a caminar de nuevo.

—Sí, he cambiado, y no quiero volver a ser la mujer que era antes. Pero esa mujer sigue formando parte de mí. Todavía debo pagar por lo que hice —lo miró—. Tu familia nunca me perdonará, y tampoco debe hacerlo.

—Maldita sea, Dafne. Si tu comportamiento fue imperdonable, entonces el mío debe serlo también —caminó unos cuantos pasos antes de detenerse—. No me importa tu pasado y estoy decidido a no repetir el mío —al ver que intentaba alejarse, la sujetó de un brazo—. Yo quiero estar contigo. Te pedí que te casaras conmigo y me dijiste que sí. Renuevo mi propuesta. Cásate conmigo y vivamos juntos. Olvídate del resto.

Dafne contempló su rostro, aquel rostro tan querido. Miró aquellos ojos que la miraban a su vez tan intensamente, y se regocijó de nuevo de que pudiera ver, evocando lo que debía de haber sentido mientras estuvo ciego y vendado, caminando tentativamente con un bastón.

Anhelaba estar con él más que cualquier otra cosa, pero habían llegado muy lejos antes y todo se había acabado. ¿Podrían soportarlo una segunda vez?

—¿Qué me dices de tu familia, Hugh? ¿No te desheredarán?

Ella no tenía familia. Tanto peor sería tenerla y que no lo reconocieran a uno.

Él la tomó firmemente de los hombros.

—Puede que sí. O puede que ellos cambien también. Eso es cosa suya. Yo solamente sé que haberte perdido ha sido un tormento, y que no estoy dispuesto a escoger a mi familia antes que a ti.

Desvió la vista.

—No lo sé.

La obligó a que lo mirara de nuevo.

—Te amo, Dafne. Si necesitas tiempo, lo entiendo. Pero permíteme que te corteje. Tomaré habitaciones cerca de aquí. Dame la oportunidad de demostrarte que he cambiado, que creo en ti. Completamente.

—Pero yo no quiero viajar, Hugh. Quiero quedarme aquí. Hay mucho que hacer en este lugar. Con un pequeño esfuerzo por mi parte, puedo ayudar de verdad a las gentes que trabajan para mí. Podría hacer su vida mucho más fácil.

Él sonrió.

—Creo que me estás diciendo que sí —la levantó en volandas y empezó a dar vueltas. El caballo percibió su entusiasmo y relinchó. Cuando de nuevo la bajó al suelo, continuó abrazándola—. Nada de

viajes —la besó—. Nos quedaremos donde quieras. En ti he encontrado lo que estaba buscando.

Inclinó la cabeza y le acarició los labios con los suyos. Ella le echó los brazos el cuello y él la besó con pasión. Deseó que aquel beso no terminara nunca. Qué maravilla. Qué milagro. Dafne lo amaba.

Y él la amaba a ella con todo su corazón y toda su alma.

Epílogo

Mandaron publicar las amonestaciones cuanto antes, en la iglesia parroquial de Vadley y en la de Saint George, en Hanover Square. Dafne, que no consintió que Hugh tomara habitaciones cerca, lo acogió en su casa y en su lecho durante un feliz tiempo de espera hasta que pronunciaron sus votos ante Dios y ante testigos.

Hugh había escrito a su familia tan pronto como supo el día exacto de la ceremonia de la boda. Le apenó que ninguno respondiera a la invitación, porque quería compartir su felicidad con ellos. Se negó, sin embargo, a que le amargaran la alegría. Nunca había sido tan feliz como durante aquellas cuatro semanas, y solo esperaba que aquella felicidad creciera con el tiempo.

No veía ya a la fría y perfecta belleza que había sido Dafne antes. En ese momento veía solamente su dulzura y su bondad. A sus ojos, era cada vez más hermosa.

El día de su boda amenazaba con convertirse en una celebración mayor de la que había imaginado, porque el pueblo entero parecía deseoso de festejarlo con ella. Le hacía feliz ver que los demás podían verla como él la veía ahora.

Rio en voz alta. Ya no estaba ciego.

Llegó el día de la boda y vio vedada la entrada a la cámara de Dafne mientras ella se vestía. Caminó hasta la iglesia con el señor Quigg, el administrador de la propiedad, un hombre que no tenía más que palabras de elogio para Dafne. Quigg había aceptado hacer de padrino suyo, a falta de candidatos. La gente del pueblo ya se había congregado. Saludó a los que no conocía y fue presentado a los demás. Quigg y él entraron en la iglesia y el sacerdote se acercó para hablar con ellos.

Mientras hablaban, se oyó un ruido de carruajes y Hugh supuso que sería Dafne. Se abrieron las puertas del vestíbulo, pero no era Dafne, ni nadie de la casa.

Por la nave avanzaron primero la madre de Hugh y el general, seguidos de Ned y de Adele, Phillipa y Xavier, Rhys y Celia. Se habían presentado todos.

Corrió hacia ellos. Besó a su madre, a Phillipa y a las mujeres, abrazó a sus hermanos, estrechó la mano de Xavier. Más emocionado

de lo que podía recordar, retrocedió un paso para contemplarlos a todos.

—Habéis venido.

—Por supuesto que hemos venido —replicó su madre. No parecía muy contenta, pero al menos estaba allí—. Somos tu familia.

Rápidamente los presentó al sacerdote, que se aseguró de sentarlos a todos en un banco de primera fila.

Se volvió hacia Quigg:

—¿Le importaría…? Me gustaría que mis hermanos fueran mis padrinos, ahora que ya han venido todos.

—No me importa en absoluto. Al contrario —respondió el hombre, sonriente.

—¿Querrás, Ned? ¿Rhys? —pidió Hugh.

La sonrisa de Ned pareció algo forzada, pero sonrió.

—Lo haré, si quieres.

Rhys miró de cerca a Hugh.

—¿Está seguro de que también me quieres a mí de padrino?

Hugh sonrió.

—Quiero a mis dos hermanos.

Estaba todo arreglado para cuando oyeron llegar otro carruaje, esa vez entre vítores y aplausos. Un hombre entró para anunciar:

—Ha llegado la novia.

Más lugareños y los sirvientes y trabajadores de Dafne entraron y tomaron asiento. El órgano empezó a tocar, y Hugh vio a Phillipa tomar la mano de Xavier y apoyar la mejilla en su hombro. Las puertas volvieron a abrirse y Monette avanzó por la nave para ocupar su lugar junto al altar.

Hugh se preguntó qué pensaría su madre de aquello. La doncella de Dafne iba a ser su madrina, mientras que Carter, en ese momento su mayordomo, se encargaría de entregar a la novia.

Pero entonces apareció Dafne y Hugh se olvidó de todo lo demás.

Llevaba un sencillo vestido azul con ribetes de encaje en la falda y las mangas, con un velo cubriéndole el rostro. El vestido, que no pudiera compararse tal vez con los modelos de alta costura de Mayfair, había sido diseñado y cosido con el mayor cariño por Monette. Y gracias a ello la belleza y la felicidad de Dafne resplandecía con mayor brillo.

Se quedó sorprendida cuando vio a Ned y a Rhys junto a Hugh. Hugh sonrió y le señaló con un gesto el banco donde su madre y los demás se hallaban sentados.

Dafne se soltó del brazo de Carter para acercarse a saludarlos.

—Me siento tan honrada y agradecida de que hayáis venido… —se detuvo ante Xavier y Phillipa—. Yo… no tengo palabras.

Phillipa, algo pálida, aceptó su mano.

—Felicidades.

Xavier asintió con la cabeza, tenso.

Dafne desvió la mirada hacia Hugh.

Luego volvió con Carter, pero antes de situarse junto a su futuro marido al pie del altar, saludó a Ned y a Rhys, dándoles también las gracias.

Finalmente se situó junto a Hugh y el sacerdote dio comienzo a la ceremonia.

—Queridos hermanos…

Más tarde, durante el improvisado desayuno de boda con la familia, Dafne se sentó junto a Hugh, demasiado feliz para probar bocado. En alguna parte de la casa, institutrices y niñeras se encargaban de los niños de Rhys y de Phillipa. Fuera, los lugareños festejaban el acontecimiento con vino y manjares. La familia de Hugh conversaba fluidamente, como si estuvieran en una comida más de la suyas. O al menos como Dafne se imaginaba que serían aquellas comidas en una gran familia como la suya.

Buscó la mano de Hugh por debajo de la mesa.

Él se le apretó.

—¿Qué te parece, Dafne?

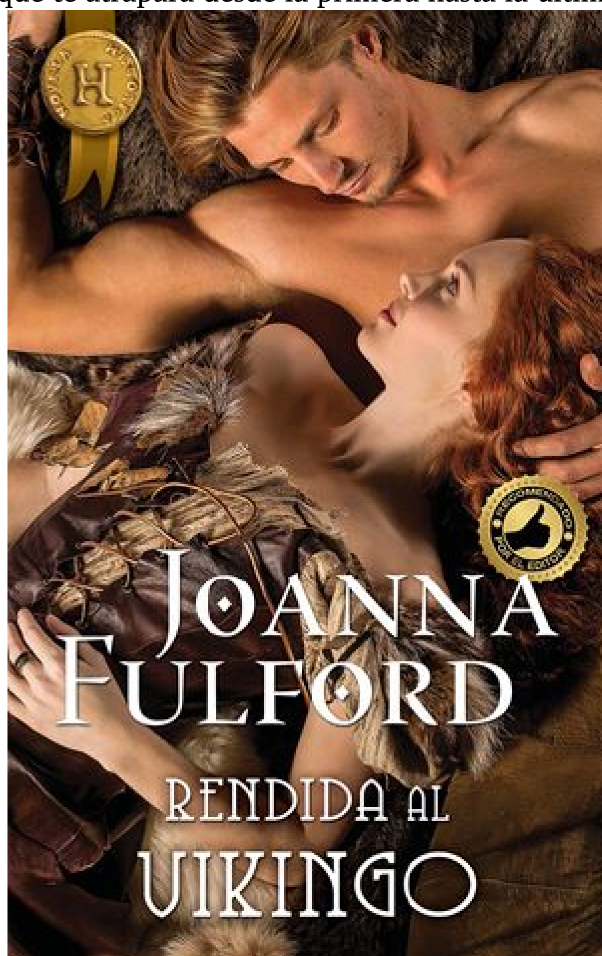
Alzó la mirada al techo.

—Creo que en alguna parte del cielo hay una abadesa que ahora mismo me está sonriendo y diciéndome: «¿No te lo había dicho yo?».

Hugh pareció perplejo, pero se inclinó y la besó de todas formas.

Y Dafne se echó a reír de pura felicidad.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com